PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/losmuertosmandan00blas

LS
B6445mu

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

LOS MUERTOS MANDAN

— NOVELA —

31.000

491983
19.5.49

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, número 10
VALENCIA

Sucursal: Mesonero Romanos, 42
MADRID

Derechos de traducción reservados en todos los países, incluso Suecia y Noruega.

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

LOS MUERTOS MANDAN

PRIMERA PARTE

I

Jaime Febrer se levantó á las nueve de la mañana. *Madó* Antonia, que le había visto nacer, servidora respetuosa de las glorias de la familia, movíase desde las ocho en la habitación, para despertarle. Pareciéndole escasa la luz que penetraba por el montante de un amplio ventanal, abrió las hojas de madera carcomida, desprovistas de vidrios. Luego levantó las colgaduras de damasco rojo con galones de oro que cubrían como una tienda el amplio lecho, vetusto, señorial y majestuoso, en el que habían nacido, procreado y muerto varias generaciones de Febrer.

La noche anterior, al retirarse del Casino, la había encargado Jaime con gran insistencia que le despertase pronto. Estaba invitado á almorzar en Valldemosa. ¡Arriba! La mañana era de las

mejores de primavera: en el jardín de la casa chillaban á coro los pájaros sobre las ramas florecientes, mecidas por la brisa que soplaba el vecino mar, por encima de la muralla.

La criada se fué, camino de la cocina, al ver que el señor se decidía al fin á echarse fuera de la cama. Anduvo Jaime Febrer casi desnudo por la habitación, ante la ventana abierta, partida por una columna delgadísima. No había miedo de que le viesen. La casa de enfrente era un palacio viejo como el suyo; un caserón de pocos huecos. Frente á su ventana se extendía un muro de color indefinido, con profundos desconchados y restos de antiguas pinturas, pero tan próximo por la estrechez de la calle, que parecía poder tocarse con la mano.

Habíase dormido tarde, desasosegado y nervioso por la importancia del acto que iba á realizar en la mañana siguiente, y el aturdimiento de un sueño corto é ineficaz le hizo buscar con avidez la caricia reconfortante del agua fría. Al lavarse en una palangana estudiantil, angosta y pobre, Febrer tuvo un gesto de tristeza. ¡Ah, miseria!... Le faltaban las más rudimentarias comodidades en aquella casa de un lujo señorial y vetusto que los ricos modernos no podían improvisar. La pobreza le salía al paso, con todas sus molestias, en estos salones que le recordaban los espléndidos decorados de ciertos teatros vistos en sus viajes por Europa.

Como si fuera un extraño que entrase por pri-

mera vez en el dormitorio, admiraba Febrer esta pieza grandiosa y de elevado techo. Sus poderosos abuelos habían edificado para gigantes. Cada habitación del palacio era tan grande como una casa moderna. El ventanal carecía de vidrios, como los demás huecos del edificio, y en invierno había que mantenerlos todos con las hojas cerradas, sin más luz que la que entraba por los montantes, cubiertos de cristales resquebrajados y opacos por el tiempo. La carencia de alfombras dejaba al descubierto los pavimentos de piedra arenisca y blanda de Mallorca, cortada en finos rectángulos, como si fuese madera. Los techos lucían aún el viejo esplendor de los artesonados, unos obscuros, de artificiosas trabazones, otros con un dorado mate y venerable que hacía resaltar los cuarteles coloreados de las armas de la casa. Las paredes altísimas, simplemente enjalbegadas de cal, desaparecían en unas piezas bajo filas de cuadros antiguos, y en otras detrás de ricas colgaduras de colores vivos que el tiempo no lograba apagar. El dormitorio estaba adornado con ocho grandes tapices de un tono verde de hoja seca representando jardines, amplias avenidas de árboles otoñales, con una plazoleta terminal en la que triscaban venados ó goteaban solitarias fuentes en triples tazones. Encima de las puertas colgaban viejos cuadros italianos de una suavidad acaramelada: niños de carnes ambarinas jugueteaban con rizados corderos. El arco que dividía el verdadero dormitorio del resto de la

habitación tenía algo de triunfal, con columnas acanaladas sosteniendo un medio punto de follaje tallado, todo de un oro pálido y discreto, como si fuese un altar. Sobre una mesa del siglo XVIII veíase una imagen polícroma de San Jorge pisoteando moros bajo su corcel, y más allá la cama, la imponente cama, monumento venerable de la familia. Algunos sillones antiguos, de encorvados brazos, con el rojo terciopelo calvo y raído hasta mostrar la blancura de la trama, mezclábanse con sillas de paja y el pobre lavabo. «¡Ah, miseria!», volvió á pensar el mayorazgo. El viejo caserón de los Febrer, con sus hermosos ventanales faltos de vidrios, sus salones llenos de tapices y sin alfombras, sus muebles venerables confundidos con los más ruines enseres, parecíale un príncipe en la miseria, ostentando aún manto brillante y corona gloriosa, pero descalzo y sin ropa blanca.

Él era igual á este palacio, imponente y vacío caparazón que en otros tiempos había guardado la gloria y la riqueza de sus abuelos. Unos habían sido mercaderes, otros soldados, todos navegantes. Las armas de los Febrer habían ondeado en flámulas y banderas sobre más de cincuenta navíos de gavia, lo mejor de la marina mallorquina, que luego de tomar órdenes en Puerto Pi iban á vender aceite de la isla en Alejandría, embarcaban especierías, sedas y perfumes de Oriente en las escalas del Asia Menor, traficaban con Venecia, Pisa y Génova, ó pasando las columnas de Hércules sumíanse

en las brumas de los mares del Norte para llevar á Flandes y á las repúblicas anseáticas la loza de los moriscos valencianos, llamada *mayólica* por los extranjeros, á causa de su procedencia mallorquina. Esta navegación continua á través de mares infestados de piratas había hecho de la familia de ricos mercaderes una tribu de valerosos soldados. Los Febrer habían peleado ó ajustado alianzas con corsarios turcos, griegos y argelinos, habían escoltado sus flotas por los mares del Norte para hacer frente á los piratas ingleses, y hasta una vez, á la entrada del Bósforo, sus galeras habían abordado á las de Génova, que monopolizaban el comercio de Bizancio. Luego, esta dinastía de soldados del mar, al retirarse de la navegación comercial, había rendido tributo de sangre á la seguridad de los reinos cristianos y á la fe católica, haciendo ingresar una parte de sus hijos en la santa milicia de los caballeros de Malta.

Los segundones de la casa de Febrer, al mismo tiempo que recibían el agua del bautismo, llevaban cosida á sus pañales la cruz blanca de ocho puntas, que simbolizaba las ocho bienaventuranzas, y al ser hombres capitaneaban galeras de la belicosa Orden y acababan sus días como ricos comendadores de Malta, contando sus proezas á los hijos de sus sobrinas y haciéndose cuidar achaques y heridas por esclavas infieles que vivían con ellos, á pesar del voto de castidad. Monarcas famosos, al pasar por Mallorca habían salido del alcázar de la Almudaina

para visitar á los Febrer en su palacío. Unos habían sido almirantes de las flotas del rey; otros gobernantes de lejanos territorios; algunos dormían el sueño eterno en la catedral de La Valette con otros ilustres mallorquines, y Jaime había contemplado sus tumbas en una visita á Malta.

La Lonja de Palma, gallardo edificio gótico, vecino al mar, había sido durante siglos un feudo de sus ascendientes. Para los Febrer era todo cuanto arrojaban en el inmediato muelle las galeras de alto castillo, las cocas de pesado casco, las ligeras fustas, las saetías, panfiles, rampines, tafureas y demás embarcaciones de la época, y en el inmenso salón columnario de la Lonja, junto á los fustes salomónicos que se perdían en la penumbra de las bóvedas, sus abuelos recibían como reyes á los navegantes de Oriente que llegaban con anchos zaragüelles y birrete carmesí, á los patrones genoveses y provenzales con su capotillo rematado por frailuna capucha, á los valerosos capitanes de la isla cubiertos con la roja barretina catalana. Los mercaderes de Venecia enviaban á sus amigos de Mallorca muebles de ébano con menudas incrustaciones de marfil y lapizlázuli ó grandes espejos de luna azulada y marco cristalino. Los navegantes de vuelta de África traían manojos de plumas de avestruz, colmillos de marfil, y estos tesoros y otros iban á adornar los salones de la casa, perfumados por misteriosas esencias, regalo de los corresponsales asiáticos.

Los Febrer habían sido durante siglos los intermediarios entre Oriente y Occidente, haciendo de Mallorca un depósito de productos exóticos que luego desparramaban sus naves por España, Francia y Holanda. Las riquezas afluían fabulosamente á la casa. En algunas ocasiones, los Febrer hicieron préstamos á los reyes, pero esto no evitaba que Jaime, el último de la familia, la noche anterior, luego de perder en el Casino todo cuanto poseía (unos centenares de pesetas), hubiese tenido que aceptar dinero, para poder ir á la mañana siguiente á Valldemosa, de Tòni Clapés, el contrabandista, hombre rudo, de entendimiento despierto, y el más fiel y desinteresado de sus amigos.

Mientras se peinaba Jaime, se contempló en un espejo antiguo, rajado y de luna nebulosa. Treinta y seis años: no podía quejarse de su aspecto. Era feo, con una fealdad *grandiosa,* según expresión de una mujer que había ejercido cierta influencia en su vida. Esta fealdad le había proporcionado algunas satisfacciones amorosas. Miss Mary Gordon, rubia idealista, hija del gobernador de un archipiélago inglés de Oceanía, que viajaba por Europa sin otro acompañamiento que el de una doméstica, le había conocido un verano en un hotel de Munich, y ella fué la que impresionada dió los primeros pasos. El español era, según la miss, un vivo retrato de Wágner joven. Y Febrer, sonriendo á impulsos del grato recuerdo, contemplaba su frente abombada, que parecía oprimir con su pesadumbre los

ojos imperiosos, pequeños é irónicos, sombreados por gruesas cejas. La nariz era aguda y aguileña, la nariz de todos los Febrer, valientes pájaros de presa de las soledades del mar; la boca desdeñosa y sumida; el menton saliente y recubierto por la suave vegetación, rala y fina, de la barba y el bigote. ¡Ah, deliciosa miss Mary! Cerca de un año había durado la alegre peregrinación por Europa. Ella, enamorada de él rabiosamente por su genial semejanza, quería casarse, y le hablaba de los millones del gobernador, mezclando sus entusiasmos románticos con las aficiones prácticas de su raza; pero Febrer acabó al fin por huir antes de que la inglesa le dejase á su vez por algún director de orquesta que se asemejara más á su ídolo.

¡Ah, las mujeres!... Y Jaime erguía su cuerpo de varón forzudo, algo encorvado de espaldas por el exceso de estatura. Hacía tiempo que había renunciado á interesarse por ellas. Unas leves canas en la barba y un ligero fruncimiento de la piel en las comisuras de los ojos, revelaban la fatiga de una existencia que había marchado, según decía él, «á toda máquina». Pero aun así le buscaban, y era el amor el que iba á sacarle de su apurada situación.

Cuando acabó el arreglo de su persona, salió del dormitorio. Atravesó un salón vastísimo, iluminado por los rayos del sol, que entraban al través de los montantes de los ventanales cerrados. El suelo estaba en la penumbra y las paredes brillaban como un jardín de vivos colores, cubiertas de

interminables tapices con figuras de doble tamaño natural. Eran escenas mitológicas y bíblicas; damas arrogantes, de abultadas carnes color de rosa, que comparecían entre guerreros rojos y verdes; enormes columnatas; palacios con guirnaldas de flores; cimitarras en alto, cabezas por el suelo, tropeles de caballos panzudos con una pata en lo alto: todo un mundo de viejas leyendas, pero con tintas frescas y primaverales á pesar de los siglos, encerrado entre franjas de manzanas y hojarasca.

Febrer miró al pasar con ojos irónicos estas riquezas heredadas de sus ascendientes. Nada era suyo. Hacía más de un año que estos tapices y los del dormitorio, y todos los de la casa, pertenecían á ciertos usureros de Palma que los habían dejado colgados en el mismo sitio. Esperaban la llegada de un aficionado rico que los pagase con más esplendidez al creerlos adquiridos directamente de su dueño. Jaime no era más que un depositario, amenazado con la cárcel en caso de infidelidad en su custodia.

Al llegar al centro del salón dió un pequeño rodeo á impulsos de la costumbre, pero rompió á reir viendo que no había nada que le obstruyese el paso. Un mes antes aun estaba allí una mesa italiana de mármoles preciosos que había traído el famoso comendador don Priamo Febrer de una de sus expediciones en corso. Más allá tampoco había nada que le hiciese tropezar. Un brasero enorme de plata repujada, montado sobre una tarima del

mismo metal, con una fila circular de geniecillos que sostenían este monumento, lo había convertido Febrer en dinero, vendiéndolo al peso. Y el brasero le hizo recordar una áurea cadena regalo del emperador Carlos V á uno de sus ascendientes, que años antes había vendido en Madrid, también al peso, con el aditamento de dos onzas de oro por el trabajo artístico y la antigüedad. Después había llegado vagamente hasta él la noticia de que la cadena la habían adquirido en París por cien mil francos. ¡Ah, miseria! Los caballeros no podían vivir ya en estos tiempos.

Su vista tropezó con el brillo de unos enormes vargueños de labor veneciana montados sobre mesas antiguas sostenidas por leones. Parecían fabricados para gigantes, con innumerables y profundos cajones, cuyas caras exteriores tenían esmaltes de vivo color, representando escenas mitológicas. Eran cuatro piezas magníficas de museo; un ligero recuerdo de la antigua magnificencia de la casa. Tampoco eran suyos. Habían corrido la misma suerte que los tapices, y allí estaban esperando un comprador. Febrer no era ya más que el conserje de su propia casa. Y también pertenecían á los acreedores los cuadros italianos y españoles que adornaban las paredes de dos gabinetes inmediatos, los muebles antiguos con sedas rapadas ó rotas, pero de hermosas tallas; todo, en fin, lo que conservaba algún valor de los restos de la secular herencia.

Salió á la sala de recibimiento, vasta pieza en el centro del edificio, fría y de altísimo techo, que comunicaba con la escalera. Las paredes blancas habían tomado con los años un tono amarillento de marfil. Era preciso echar la cabeza atrás para alcanzar con la vista el negro artesonado del techo. Ventanas junto á la cornisa ayudaban á los ventanales de abajo á iluminar este salón inmenso y austero. Muebles, pocos y conventuales: amplios sillones de brazos con asientos y respaldares de baqueta adornados de clavos; mesas de roble, de retorcidas patas; cofres obscuros con herrajes herrumbrosos, sobre fondos de paño verde apolillado. La blancura amarillenta de los muros sólo era visible, como un enrejado, entre las filas de lienzos, muchos de ellos sin marco. Eran centenares de cuadros, todos malos é interesantes á la vez, pinturas de encargo para perpetuar las glorias de la familia, hechas por antiguos artistas italianos y españoles de paso en Mallorca. Un encanto tradicional parecía emanar de estos lienzos. Era la historia del Mediterráneo escrita por torpes é ingenuos pinceles; encuentros de galeras, asaltos de fortalezas, grandes batallas navales envueltas en humo, sobre cuyas vedijas flotaban los gallardetes de los navíos y las altas torres de popa, en cuya cima rizábanse las banderas con la cruz de Malta ó la media luna. Los hombres peleaban en las cubiertas de los buques ó en los esquifes que flotaban junto á ellos; el mar, enrojecido por la sangre ó las llamas

de los barcos, estaba matizado de centenares de cabecitas de náufragos, que á su vez luchaban sobre las olas. Una masa de cascos y chambergos chocaba sobre dos navíos aferrados con otra de turbantes blancos y rojos, y sobre ellas alzábanse mandobles y picas, cimitarras y hachas de abordaje. El disparo de cañones y trabucos cortaba con lenguas rojas el humo del combate. En otros lienzos, no menos obscuros, veíanse castillos arrojando llamas por sus troneras, y al pie de ellos guerreros con la cruz blanca de ocho puntas sobre la coraza, tan grandes casi como las torres, y aplicando á éstas sus escalas para subir al asalto.

Los cuadros tenían á un lado cartelas blancas con los mismos remates plegados de un escudo de armas, y en ellas, escrito en defectuosas mayúsculas, el relato del suceso: encuentros victoriosos con galeras del Gran Turco ó con piratas pisanos, genoveses y vizcaínos; guerras en Cerdeña; asaltos de Bujía y de Tedeliz; y en todas estas empresas un Febrer que dirigía á los combatientes ó se hacía notar por su heroísmo, descollando sobre todos el comendador don Priamo, héroe endiablado, burlón y poco religioso, que había sido la gloria y la vergüenza de la familia.

Alternando con estas escenas belicosas estaban los retratos de la familia. En la parte más alta, tocando á una fila de viejos lienzos de evangelistas y mártires, que formaban un friso, mostrábanse los Febrer más antiguos, venerables mercaderes de

Mallorca, pintados algunos siglos después de su muerte, graves varones de nariz judaica y ojos agudos, con joyas sobre el pecho y altos gorros de aspecto oriental. Á continuación venían los hombres de armas, los navegantes de espada, con la cabeza al rape y el perfil de pájaro de presa, todos vistiendo armadura de negro acero y algunos con la blanca cruz de Malta. De retrato en retrato, los rostros se iban afinando, sin perder la frente abombada y la nariz imperiosa de la familia. El cuello de la camisa, ancho, flácido y de burdo tejido, iba elevándose con el serpenteo almidonado de la rizada gola; la coraza se convertía en justillo de terciopelo ó seda; las barbas duras y anchas á la moda del Emperador, trocábanse en agudas perillas y empinados bigotes, á los que servían de marco suaves guedejas. Entre los rudos hombres de guerra y los elegantes caballeros, resaltaban los hábitos negros de ciertos eclesiásticos con bigotes y barbillas, ostentando altos bonetes de borla. Unos eran dignatarios religiosos de Malta, á juzgar por la insignia blanca que adornaba su pecho; otros venerables inquisidores de Mallorca, según la leyenda que ensalzaba su celo en pro de la fe. Después de todos estos señores, negros, de gesto imponente y ojos duros, venía el desfile de pelucas blancas, de rostros aniñados por la rasura, de vistosas casacas de seda y oro, adornadas con bandas y condecoraciones. Eran regidores perpetuos de la ciudad de Palma; marqueses cuyo marquesado

había perdido la familia con los entronques matrimoniales, yendo sus títulos á fundirse con otros de la nobleza de la Península; gobernadores, capitanes generales y virreyes de países americanos y oceánicos, cuyos nombres despertaban una visión de fantásticas riquezas; entusiastas *botiflers* partidarios de los Borbones desde primera hora, que habían tenido que huir de Mallorca, apoyo postrero de los Austrias, y ostentaban como supremo título nobiliario el apodo de *butifarras*, dado por el populacho hostil. Cerrando el glorioso desfile, casi á ras de los muebles, estaban los últimos Febrer de principios del siglo XIX, oficiales de la Armada, de cortas patillas, rizos sobre la frente, alto cuello con anclas de oro y negro corbatín, que habían peleado en el cabo de San Vicente y en Trafalgar; y tras ellos el bisabuelo de Jaime, un viejo de ojos duros y boca desdeñosa, que al volver Fernando VII de su cautiverio de Francia se había embarcado para prosternarse á sus pies en Valencia, pidiendo con otros grandes señores que restableciese los usos antiguos y exterminase la naciente plaga del liberalismo. Era un patriarca prolífico, que había prodigado su sangre en varios distritos de la isla persiguiendo á las payesas, sin perder nada de su gravedad, y al dar á besar la mano á alguno de los hijos que vivían en la casa y llevaban su apellido, decía con voz solemne: «¡Dios te haga un buen inquisidor!»

Entre estos retratos de los Febrer ilustres,

veíanse algunos de mujeres. Eran señoras con hinchados guardainfantes, que llenaban todo el lienzo, iguales á las damas pintadas por Velázquez. Una que emergía su busto frágil de la campana de terciopelo floreado de sus faldas, con cara puntiaguda y pálida, y un lazo descolorido en las rizadas y cortas melenillas, era la hembra notable de la familia, la que habían apodado la *Greca,* por su sabiduría en letras helénicas. Su tío, fray Espiridión Febrer, prior de Santo Domingo, gran lumbrera de la época, había sido su maestro, y la *Greca* podía escribir en su idioma á los corresponsales de Oriente que aun mantenían con Mallorca un mortecino comercio.

Jaime encontraba con su vista, algunos lienzos más allá (distancia que representaba el paso de un siglo), otro retrato de hembra famosa de la familia. Era una niña de blanca peluquita, vestida de mujer, con la falda plegada y los grandes ahuecadores de las damas del siglo XVIII. Estaba junto á una mesa, al lado de un búcaro de flores, y sostenía con la exangüe diestra una rosa igual á un tomate, mirando ante ella con ojillos porcelanescos de muñeca. Á ésta la habían llamado la *Latina*. La cartela del retrato hablaba, en el estilo ampuloso de la época, de su discreción y su ciencia, acabando por llorar su muerte á los once años. Las hembras eran como retoños secos en el tronco vigoroso de los Febrer, peleadores y exuberantes. La sabiduría se agostaba pronto en esta familia de marinos

y guerreros, como planta que surge por equivocación en un clima adverso.

Preocupado por sus pensamientos de la noche anterior y por el viaje á Valldemosa, Jaime se detuvo en el recibimiento contemplando los retratos de sus ascendientes. ¡Cuánta gloria... y cuánto polvo! Hacía veinte años, tal vez, que un trapo misericordioso no se había remontado á lo largo de la ilustre familia, para adecentarla un poco. Los abuelos más remotos y las batallas famosas, estaban cubiertos de telarañas. ¡Y pensar que los prestamistas no habían querido adquirir este museo de glorias, con el pretexto de que eran pinturas malas! ¡No poder traspasar estos recuerdos á ciertos ricos ansiosos de crearse un origen ilustre!...

Jaime atravesó el recibimiento, entrando en las habitaciones del ala opuesta. Eran piezas de techo más bajo; tenían encima un segundo piso, ocupado en otros tiempos por el abuelo de Febrer, habitaciones relativamente modernas, con muebles viejos de estilo Imperio, y en las paredes estampas iluminadas del período romántico, representando las desventuras de Atala, los amores de Matilde y las hazañas de Hernán Cortés. Sobre las cómodas ventrudas, veíanse santos polícromos y crucifijos de marfil, entre polvorientas flores de trapo, bajo campanas de cristal. Una panoplia de ballestas, flechas y cuchillos recordaba á un Febrer, capitán de corbeta del rey, que hizo un viaje alrededor del mundo á fines del siglo XVIII. Conchas purpú-

reas, caracolas de mar enormes, con entrañas de nácar, adornaban las mesas.

Siguiendo un corredor, camino de la cocina, dejó á un lado la capilla, que estaba cerrada muchos años, y al otro la puerta del archivo, vasta pieza cuyas ventanas daban sobre el jardín, y en la que había pasado Jaime, de vuelta de sus viajes, muchas tardes, revolviendo legajos guardados tras el enrejado de alambre de vetustas estanterías.

Se asomó á la cocina, inmensa dependencia donde se preparaban en otros tiempos los famosos banquetes de los Febrer, rodeados de parásitos y generosos con todos los amigos que llegaban á la isla. *Madó* Antonia parecía más pequeña en esta habitación de altos techos y dilatados términos, junto á la gran chimenea del hogar, que podía admitir un enorme montón de troncos, asando á la vez varias piezas. Los bancos de los hornillos podían servir para toda una comunidad. El frío aseo de esta dependencia demostraba su falta de uso. En las paredes, grandes escarpias delataban la ausencia de las vasijas de cobre, que habían sido en otros tiempos gloria esplendorosa de esta cocina conventual. La vieja criada hacía sus guisos en un pequeño hornillo al lado de la artesa en la que amasaba el pan.

Jaime dió un grito á *madó* Antonia para avisarle su presencia, y se introdujo en una habitación inmediata, el pequeño comedor que habían utilizado los últimos Febrer, venidos á menos en su

fortuna, huyendo del gran salón donde se verificaban los antiguos banquetes.

También aquí se notaba el paso de la miseria. La mesa larga hallábase cubierta con un hule resquebrajado, de dudosa blancura. Los aparadores estaban casi vacíos. La antigua loza, al romperse, había sido reemplazada por unos cuantos platos y jarros de grosera fabricación. Dos ventanas abiertas en el fondo encuadraban pedazos de mar, de intenso é inquieto azul, palpitante bajo el fuego del sol. Junto á ellas balanceábanse pausadamente las ramas de unas palmeras. Más allá marcábanse en el horizonte las alas blancas de una goleta que venía hacia Palma, lentamente, como una gaviota fatigada.

Entró *madó* Antonia, dejando sobre la mesa un tazón humeante de café con leche y una gran rebanada de pan cubierta de manteca. Jaime atacó el desayuno con avidez, y al mascar el pan hizo un gesto de desagrado. *Madó* asintió con un movimiento de cabeza, rompiendo á hablar en su lenguaje mallorquín.

Muy duro, ¿verdad?... Aquel pan no podía compararse con los panecillos que comía el señor en el Casino; mas la culpa no era de ella. Pensaba haber amasado el día antes, pero no tenía harina y estaba esperando que el payés de *Son Febrer* trajese su tributo. ¡Las gentes ingratas y olvidadizas!...

La vieja servidora insistió en su desprecio al

labriego cultivador de *Son Febrer,* predio que constituía la última fortuna de la casa. Todo lo debía el rústico á la benevolencia de la familia, y ahora, en los momentos difíciles, olvidaba á sus buenos señores.

Jaime siguió mascando, con el pensamiento puesto en *Son Febrer*. Tampoco aquello era suyo, no obstante figurar él como su dueño. El predio, situado en el centro de la isla—la mejor finca heredada de sus padres, la que llevaba el nombre de la familia—, teníalo hipotecado é iba á perderlo de un momento á otro. La renta escasa y corta, conforme á los usos tradicionales, servíale para pagar únicamente una parte del interés de los préstamos, engrosando el resto la cuantía de la deuda. Quedaban las aldehalas, los pagos en especie que el payés debía hacerle, siguiendo costumbres antiguas, y con ellos se mantenían él y *madó* Antonia, perdidos en el inmenso caserón que había sido hecho para albergar una tribu. En Navidad y en Pascua de Resurrección recibía una pareja de corderos acompañados de una docena de aves de corral: en el otoño dos cerdos bien cebados para la matanza, y todos los meses huevos y una cantidad de harina, á más de los frutos de la estación. Con estas aldehalas, unas consumidas en la casa y otras vendidas por la sirviente, iban sosteniéndose Jaime y *madó* Antonia en la soledad del palacio, aislados de la curiosidad pública, como dos náufragos perdidos en un islote. Las ofrendas en especie se re-

trasaban cada vez más. El payés, con ese rústico egoísmo que huye de la desgracia, hacíase el remolón para cumplir sus obligaciones. Sabía que el mayorazgo ya no era el verdadero amo de *Son Febrer,* y muchas veces, al llegar á la ciudad con sus presentes, torcía el camino, yendo á depositarlos en las casas de los acreedores, temibles personajes á los que deseaba tener propicios.

Jaime miró con tristeza á la servidora, que permanecía erguida ante él. Era una antigua payesa que aun conservaba el traje de su pueblo: jubón obscuro con doble fila de botones en las mangas, falda clara y rameada, y cubriéndole la cabeza el rebocillo, blanco velo sujeto al cuello y al pecho, por debajo del cual se escapaba la gruesa trenza (que llevaba postiza y muy negra) rematada por largas cintas de terciopelo.

—Miserias, *madó* Antonia—dijo el señor con el mismo lenguaje—. Todos huyen de los pobres, y el mejor día, si ese tuno no trae lo que nos debe, tendremos que comernos uno á otro lo mismo que si fuésemos náufragos.

La vieja sonrió: el señor siempre alegre. En esto era un vivo retrato de su abuelo don Horacio, eternamente grave, con una cara que metía miedo, ¡pero diciendo unas cosas!...

—Esto debe acabar—prosiguió Jaime, sin hacer caso de la alegría de la sirviente—. Esto acabará hoy mismo: estoy decidido... Sábelo, *madó,* antes de que la noticia corra: me caso.

La criada juntó las manos devotamente para expresar su asombro, y elevó la mirada al techo. ¡Santísimo Cristo de la Sangre! Ya era hora... Antes debía haberlo hecho, y otro sería el estado de la casa. Despertóse en ella la curiosidad y preguntó con una avidez de campesina:

—¿Es rica?...

El gesto afirmativo del señor no la sorprendió. Forzosamente había de ser rica. Sólo una mujer que llevase con ella una gran fortuna podía aspirar á unirse con el último de los Febrer, que habían sido los hombres más notables de la isla, y tal vez del mundo entero. La pobre *madó* pensó en su cocina, poblándola instantáneamente con la imaginación de vasijas de cobre brillantes como oro, viéndola con todos los fogones encendidos, llena de muchachas de brazos arremangados, el rebocillo atrás, la trenza flotante, y ella en medio, sentada en un sillón, dando órdenes y aspirando el deleitoso tufillo de las cacerolas.

—¡Será joven!—afirmó la vieja para sacar más noticias á su señor.

—Sí, joven; mucho más joven que yo; demasiado joven: unos veintidós años. Poco me falta para poder ser su padre.

Madó hizo un gesto de protesta. Don Jaime era el hombre más guapo de la isla. Lo decía ella, que le había admirado desde que le llevaba de la mano, con pantalón corto, á pasear entre los pinos inmediatos al castillo de Bellver. Era de la familia, de

aquella familia de señorones arrogantes, y con esto quedaba dicho todo.

—¿Y ella es de buena casa?—siguió preguntando para forzar el laconismo de su señor—. Familia de caballeros: indudablemente de lo mejorcito de la isla... Pero no: ya adivino. Tal vez será de Madrid. Algún noviazgo de cuando usted vivía allá.

Jaime quedó indeciso algunos instantes, palideció, y luego dijo con ruda energía, para ocultar su turbación:

—No, *madó*... Es una *chueta*.

Antonia fué á juntar las manos, como momentos antes, invocando otra vez la Sangre de Cristo, tan venerada en Palma, pero de pronto se dilataron las arrugas de su rostro moreno, y rompió á reir. ¡Qué señor tan alegre! Lo mismo que su abuelo: decía las cosas más estupendas é increíbles con una seriedad que engañaba á las gentes. ¡Y ella, pobre boba que había creído tales bromas! Tal vez hasta lo del casamiento era mentira...

—No, *madó*. Me caso con una *chueta*... Me caso con la hija de don Benito Valls. Para eso voy hoy á Valldemosa.

La voz apagada con que hablaba Jaime, sus ojos bajos, el acento tímido con que susurró estas palabras, quitaron toda duda á la sirviente. Quedó ésta con la boca abierta, los brazos caídos, sin fuerzas para levantar las manos ni los ojos.

—¡Señor... Señor... Señor!...

Le era imposible decir más. Creyó que había

sonado un trueno haciendo estremecerse la vieja casa, que un nubarrón acababa de pasar ante el sol obscureciéndolo, que el mar se volvía plomizo avanzando en encrespadas olas contra la muralla. Luego vió que todo estaba lo mismo, que sólo ella se había conmovido con esta noticia estupenda, digna de trastornar el orden de lo existente.

—¡Señor... Señor... Señor!...

Y agarrando el vacío tazón y los restos del pan, echó á correr, deseosa de refugiarse cuanto antes en la cocina. Después de oir tales horrores, la casa le inspiraba miedo. Debía andar alguien por los venerables salones de la otra parte del edificio; alguien que ella no podía explicarse quién fuese, pero que seguramente acababa de despertar de un sueño de siglos. Aquel palacio tenía un alma indudablemente. Cuando la vieja quedaba sola en él, crujian los muebles como si hablasen entre ellos; palpitaban los tapices movidos por su cara oculta, vibraba en un rincón un arpa dorada de la abuela de don Jaime, y ella no sentía miedo nunca, porque los Febrer habían sido gente buena, simple y bondadosa con sus servidores. ¡Pero ahora, después de oir tales cosas!... Pensaba con cierta inquietud en los retratos que adornaban la pieza de recibimiento. ¡Qué cara la de aquellos señores, si habían llegado hasta ellos las palabras de su descendiente! ¡Qué ojos los suyos!...

Madó Antonia acabó por serenarse, bebiendo los restos del café preparado para el señor. Ya no

tenía miedo, pero sentía honda tristeza por la suerte de don Jaime, como si le viese en peligro de muerte. ¡Acabar de este modo la casa de los Febrer! ¿Y Dios podía tolerar tales cosas?... Cierto desprecio por el señor vino á sobreponerse momentáneamente al antiguo cariño. Al fin, un calavera olvidado de la religión y las buenas costumbres, que había derrochado lo que restaba de la fortuna de su casa. ¿Qué iban á decir sus ilustres parientes? ¡Qué vergüenza la de su tía doña Juana, aquella noble señora, la más santa y linajuda de la isla, á la que unos por burla, y otros por exceso de veneración, llamaban la *Papisa!*

—Adiós, *madó*... Al anochecer estaré de vuelta.

La vieja saludó con un gruñido á Jaime, que asomaba la cabeza para despedirse. Luego, viéndose sola, levantó los brazos, invocando la ayuda de la Sangre de Cristo, de la Virgen del Lluch, patrona de la isla, y el portentoso San Vicente Ferrer, que tantos milagros había realizado durante sus predicaciones en Mallorca. ¡Uno más, santo prodigioso, para evitar la monstruosidad que proyectaba su señor!... ¡Que cayese un pedrusco de las montañas interceptando para siempre el camino de Valldemosa; que volcase el carruaje y trajeran á don Jaime entre cuatro hombres... todo antes que aquella vergüenza!

Febrer atravesó el recibimiento, abrió la puerta de la escalera y comenzó á descender los suaves peldaños. Sus abuelos, como todos los nobles de la

isla, construían en grande. La escalera y el zaguán ocupaban una tercera parte de los bajos de la casa. Una especie de logia á la italiana, con cinco arcos sostenidos por delgadas columnas, extendíase á la terminación de la escalera, abriéndose en sus extremos las dos puertas que daban acceso á las dos alas superiores del edificio. En el centro de su baranda, situada sobre el arranque de la escalera, frente al portalón de la calle, estaba el escudo en piedra de los Febrer, con un farolón de hierro forjado.

Jaime, al descender, chocaba su bastón en la piedra arenisca de los escalones, ó tocaba las grandes ánforas barnizadas que adornaban los rellanos, las cuales devolvían el golpe con una sonoridad de campana. La baranda de hierro, oxidada por los años y deshaciéndose en herrumbrosas escamas, temblaba casi suelta de sus alvéolos con el ruido de los pasos.

Al llegar al zaguán, Febrer se detuvo. La extrema resolución que había adoptado, y que iba á influir para siempre en los destinos de su nombre, le hizo mirar con curiosidad los mismos lugares que antes cruzaba indiferente.

En ninguna parte del edificio se notaba como allí la antigua prosperidad. El zaguán, enorme cual una plaza, podía admitir más de una docena de carrozas y todo un escuadrón de jinetes. Doce columnas, algo panzudas, de mármol avellanado de la isla, sostenían los arcos de piedra, cortada en

piezas, sin revestimiento alguno, encima de los cuales extendíase el techo de vigas negras. El pavimento era de guijarros, entre los cuales crecía el musgo de la humedad. Una frescura de ruina extendíase por esta entrada gigantesca y solitaria. Un gato atravesó el zagún, saliendo por el orificio de una puerta carcomida de las antiguas cuadras para desaparecer en los abandonados subterráneos que habían guardado las cosechas en otros tiempos. Á un lado había un pozo de la misma época en que se construyó el palacio; un orificio abierto en la roca, con brocal de piedra roída por el tiempo y una espadaña de hierro trabajada á martillo. La hiedra crecía en frescos ramilletes entre los salientes de la pulida roca. Muchas veces Jaime, siendo niño, se había asomado para contemplarse allá abajo, en la pupila circular y luminosa de sus aguas dormidas.

La calle estaba solitaria. Al final de ella, junto á las tapias del jardín de los Febrer, veíase la muralla de la ciudad, y abierto en ella un portalón, con barrotes de madera en el arco, semejantes á los dientes de una boca enorme de pescado. En el fondo de esta boca temblaban verdes y luminosas las aguas de la bahía, con reflejos de oro.

Anduvo algunos pasos Jaime por las azuladas piedras de la calle, falta de aceras, y se detuvo luego para contemplar su casa. No era más que un pequeño resto del pasado. El antiguo palacio de los Febrer ocupaba toda una manzana, pero

había ido empequeñeciéndose con el paso de los siglos y los apuros de la familia. Ahora una parte de él era residencia de monjas, y otras partes habían sido adquiridas por ciertos ricos, que desfiguraban con modernos balconajes la primitiva unidad del edificio, atestiguada por la línea igual de aleros y tejados. Los mismos Febrer refugiados en la parte del caserón que miraba al jardín y al mar, habían tenido que ceder los pisos bajos, para aumento de sus rentas, á almacenistas y pequeños industriales. Junto á la portada señorial, tras unas vidrieras, trabajaban planchando ropa blanca algunas muchachas que saludaron á don Jaime con respetuosa sonrisa. Éste siguió inmóvil en su contemplación de la antigua casa. ¡Qué hermosa todavía, á pesar de sus amputaciones y su vejez!...

La piedra del zócalo, agujereada y combada hacia adentro por el roce de personas y carruajes, estaba partida por varios tragaluces con rejas á ras del suelo. La parte baja del palacio mostrábase roída, lacerada y polvorienta, como unos pies que hubiesen caminado durante siglos.

Á partir del entresuelo, piso con entrada independiente que había sido alquilado á un almacenista de drogas, comenzaba á desarrollarse el esplendor señorial de la fachada. Tres ventanales al nivel del arco del portalón, divididos por dobles columnas, mostraban sus marcos de mármol negro, finamente trabajado. Los pétreos cardos trepaban

por las columnas que sostenían las cornisas, y sobre estas últimas campeaban tres grandes medallones: el del centro con el busto del Emperador y la inscripción *Dominus Carolus Imperator 1541,* recuerdo de su paso por Mallorca para la infortunada expedición de Argel: los de los lados ostentando las armas de los Febrer, sostenidas por peces con barbudas cabezas de hombre. En las grandes ventanas del primer piso trepaban por jambas y cornisas guirnaldas formadas con anclas y delfines, testimonio de las glorias de una familia de navegantes. Sobre sus remates abríanse enormes conchas. En la parte más alta de la fachada extendíase una fila compacta de ventanillas con adornos góticos, unas tapiadas, otras abiertas para dar luz y aire á los desvanes, y sobre ellas el alero monumental, el alero grandioso como sólo se encuentra en los palacios de Mallorca, extendiendo hasta el promedio de la calle su ensamblaje de maderos tallados, ennegrecidos por el tiempo y sostenidos por vigorosas gárgolas.

Por toda la fachada extendíanse, formando cuadriláteros, listones de madera carcomida con clavos y abrazaderas de hierro oxidado. Eran restos de las grandes iluminaciones con que la casa conmemoraba ciertas fiestas en sus tiempos de esplendor.

Jaime pareció satisfecho de este examen. Aun era hermoso el palacio de sus abuelos, á pesar de las ventanas faltas de cristales, del polvo y las

telarañas amontonados en los huecos, de los desgarrones que los siglos habían abierto en su revoque. Cuando él se casara y la fortuna del viejo Valls pasase á sus manos, iban todos á asombrarse de la magnífica resurrección de los Febrer. ¿Y aun se escandalizaban algunos de su resolución y sentía él ciertos escrúpulos?... ¡Valor, adelante!

Se dirigió hacia el Borne, ancha avenida que es el centro de Palma, antiguo torrente que en otros tiempos dividía la ciudad en dos villas y dos bandos enemigos: *Can Amunt* y *Can Avall*. Allí encontraría un coche que le llevase á Valldemosa.

Al entrar en el Borne atrajo su atención la inmovilidad de varios paseantes, que bajo la sombra de los copudos árboles contemplaban á unos campesinos detenidos ante el escaparate de una tienda. Febrer reconoció sus trajes, distintos de los usados por los payeses de la isla. Eran ibicencos... ¡Ah, Ibiza! El nombre de esta isla evocaba el recuerdo de un año remoto de su adolescencia pasado allá. Al ver á aquellas gentes que hacían sonreir á los mallorquines como si fuesen extranjeros, Jaime sonrió también, mirando con interés sus trajes y figuras.

Eran, indudablemente, un padre con su hija y su hijo. El campesino calzaba blancas alpargatas, sobre las que caía la ancha campana de un pantalón de pana azul. Su chaqueta-blusa iba sujeta sobre el pecho con un broche, dejando ver la camisa y la faja. Un mantón obscuro de mujer descansaba

sobre sus hombros como un chal, y para completar este atavío semifemenil, que contrastaba con sus facciones duras y morenas de moro, llevaba bajo el sombrero un pañuelo anudado en el menton, con las puntas colgando sobre la espalda. El hijo, que tenía unos catorce años, iba vestido como él, con el mismo pantalón estrecho de pierna y amplio de campana, pero sin el mantón ni el pañuelo. Un lazo de color de rosa pendía sobre su pecho á guisa de corbata, un ramito de hierbas asomaba tras una de sus orejas, y el sombrero de cinta bordada á flores, echado sobre el cogote, dejaba en libertad una onda de rizos cayendo sobre el rostro moreno, enjuto, malicioso, animado por la luz de unos ojos africanos, de intensa negrura.

La muchacha era la que llamaba más la atención, con su falda verde de menudos pliegues, bajo la cual se adivinaba la presencia de otras faldas, hinchado globo de varias envolturas que parecía empequeñecer aun más los pies finos y graciosos, encerrados en blancas alpargatas. El pecho ocultaba sus contornos salientes bajo un mantoncillo amarillento con flores rojas. De él surgían unas mangas de terciopelo de distinto color que el jubón, adornadas con doble fila de botones de filigrana, obra de los plateros *chuetas*. Una triple cadena de oro, deslumbrante y rematada por una cruz, partía su pecho, pero con eslabones tan enormes, que á no ser huecos la hubiesen agobiado bajo su pesadumbre. El pelo negro y brillante separábase en

dos bandós sobre la frente, y se perdía bajo un pañuelo blanco anudado en el menton, volviendo á surgir atrás en forma de trenza larga y enorme, con adorno de cintas multicolores que tocaban el borde de la falda.

La muchacha, con una cestilla al brazo, permanecía inmóvil en el borde de la acera, mirando fijamente á todos los curiosos, admirando las altas casas y las terrazas de los cafés. Era blanca y sonrosada, sin la rudeza cobriza y dura de las hembras del campo. Tenía en sus facciones una delicadeza de monja aristocrática y bien cuidada, una suavidad pálida de leche y rosa, animada por el reflejo luminoso de la dentadura y el tímido brillo de sus ojos, bajo el pañuelo semejante á una toca monástica.

Jaime, por una curiosidad instintiva, se aproximó al padre y al hijo, vueltos de espaldas á la muchacha y enfrascados en la contemplación del escaparate. Era una tienda de armas. Los dos ibicencos examinaban una por una todas las expuestas, con ojos ardientes y gestos de devoción, cual si adorasen ídolos milagrosos. El muchacho avanzaba su cabeza ansiosa de pequeño moro, como si pretendiese introducirla por el cristal.

—*Fluxas... ¡Pare, fluxas!*—exclamaba con la sorpresa del que encuentra un amigo inesperado, señalando á su padre unos pistolones Lefaucheux.

Pero la admiración de los dos era para las armas desconocidas, que les causaban la sensación de

maravillosas obras de arte: para las escopetas sin llaves visibles, las carabinas de repetición, las pistolas con depósito que podían hacer seguidos muchos disparos. ¡Lo que inventan los hombres! ¡Lo que gozan los ricos!... Aquellas armas inmóviles parecíanles seres vivos, con un alma maligna y un poder sin límites. Debían matar solas, sin que su dueño se tomase el trabajo de apuntar.

La imagen de Febrer, reflejándose en el cristal, hizo volver al padre la cabeza rápidamente.

—*¡Don Chaume!... ¡Ay, don Chaume!*

Tal era el aturdimiento de su sorpresa y tan grande su alegría, que, agarrando las manos de Febrer, faltó poco para que se arrodillase, al mismo tiempo que hablaba tembloroso. Estaban entreteniéndose en el Borne para ir á casa de don Jaime cuando éste se hubiese levantado. Ya sabía él que los señores se acuestan tarde. ¡Qué felicidad verle!... ¡Aquí los *atlòts,* y que mirasen bien al señor! Era don Jaime: era el amo. Diez años que no le había visto, pero lo mismo le hubiese reconocido entre mil personas.

Febrer, desconcertado por las vehemencias cariñosas del payés y la curiosidad respetuosa de los dos hijos, plantados ante él, no acertaba á coordinar sus recuerdos. El buen hombre adivinó este olvido en su mirada indecisa. ¿De veras que no le reconocía? Pèp Arabi, de Ibiza... Pero esto mismo no decía gran cosa, pues en la isla sólo existen seis ó siete apellidos, y Arabi eran una cuarta parte

de los habitantes. Se explicaría mejor. Pèp de *Can Mallorquí.*

Febrer sonrió. ¡Ah, *Can Mallorquí!* Un pobre predio de Ibiza donde él había pasado un año siendo muchacho: la única herencia de su madre. Hacía doce años que *Can Mallorquí* no era suyo. Se lo había vendido á Pèp, cuyos padres y abuelos venían cultivando la finca. Fué en una época en que aun tenía dinero. ¿Pero de qué le servía aquella tierra en una isla apartada á la que no volvería nunca?... Y en una genialidad de gran señor bondadoso, la había cedido á Pèp á bajo precio, capitalizándola con arreglo al arrendamiento tradicional y concediendo amplios plazos para el pago; cantidades que, al sobrevenir después épocas de apuro, habían representado muchas veces para él una alegría inesperada. Hacía varios años que Pèp había satisfecho su deuda, y sin embargo, aquellas buenas gentes seguían llamándole amo, y al verle ahora sentían la impresión del que se halla en presencia de un ser superior.

Pèp Arabi presentaba á su familia. La *atlòta* era la mayor, y se llamaba Margalida: una verdadera mujer, aunque sólo tenía diez y siete años. El *atlòt,* que era casi un hombre, contaba trece. Quería trabajar la tierra, como su padre y sus abuelos, pero él lo destinaba al Seminario de Ibiza, ya que era listo en asuntos de letra. Sus tierras las guardaba para un muchacho bueno y trabajador que se casase con Margalida. Ya andaban muchos en la

isla tras de ella, y apenas volviesen iba á empezar la temporada de los *festeigs*, el cortejo tradicional, para que escogiera marido. Pepet estaba llamado á más altos destinos: sería cura, y después que cantase misa entraría en un regimiento ó se embarcaría con rumbo á América, como lo habían hecho otros ibicencos que recogían allá mucho dinero y lo enviaban á sus padres para comprar tierras en la isla. ¡Ay, don Jaime, y cómo pasa el tiempo!... Él había visto al señor casi un niño, cuando pasó un verano con su madre en *Can Mallorquí*. Pèp le había enseñado á manejar la escopeta, á cazar los primeros pájaros. «¿Se acuerda *vòstra mercé?*...» Él estaba entonces para casarse; aun vivían sus padres. Luego sólo se habían visto una vez en Palma, para lo de la venta del predio (un gran favor que no olvidaba nunca), y ahora, cuando volvía á presentarse ya era casi un viejo, con hijos tan altos como él.

Al explicar su viaje, enseñaba su fuerte dentadura de campesino con sonrisa de inocente malicia. ¡Una verdadera calaverada, de la que hablarían mucho tiempo los amigos allá en Ibiza! Él había sido siempre andariego y atrevido: resabios del tiempo en que fué soldado. El patrón de un laúd, gran amigo suyo, tenía carga para Mallorca, y le había invitado como por broma. Pero con él no valían bromas: ¡lo pensado, hecho al instante! Los chicos no habían estado en Mallorca: en toda la parroquia de San José, que era la suya, no había una docena de personas que conocieran la capital.

Muchos habían ido á América; uno había estado en Australia; algunas vecinas hablaban de sus viajes á Argelia en faluchos contrabandistas, pero á Mallorca nadie iba, y con razón. «No nos quieren, don Jaime: nos miran como animales raros, nos creen salvajes, como si no fuésemos todos hijos de Dios...» Y allí estaba él con sus *atlòts,* aguantando desde por la mañana la curiosidad de las gentes, lo mismo que si fuesen moros. Diez horas de navegación con un mar magnífico; la *atlòta* llevaba en la cesta la comida para los tres. Se marcharían al amanecer del día siguiente, pero él deseaba antes hablar con el amo. Tenían que tratar de negocios.

Jaime hizo un gesto de extrañeza, prestando mayor atención á las palabras de Pèp. Éste se expresaba con cierta timidez, embarullándose en sus palabras. Los almendros eran la mejor riqueza de *Can Mallorquí.* El año anterior la cosecha había sido buena, y éste no se presentaba mal. Se vendía á buen precio á los patrones, que la embarcaban para Palma y Barcelona. Él había plantado de almendros casi todos sus campos, y ahora pensaba desmontar y limpiar de piedras ciertas tierras del señor, cultivando trigo en ellas, el preciso nada más para el consumo de la familia.

Febrer no ocultó su asombro. ¿Qué tierras eran aquéllas?... ¿Pero le quedaba á él algo en Ibiza?... Pèp sonrió. No eran tierras precisamente: era un peñón, un promontorio de rocas avanzado sobre el mar, pero que podía aprovecharse por la parte de

tierra formando algunos bancales en su pendiente. Arriba estaba la torre del Pirata, ¿no se acordaba el señor?... Una fortificación del tiempo de los corsarios, á la que había subido don Jaime muchas veces cuando niño, lanzando gritos de pelea, con un garrote de sabina en la mano, dando órdenes para el asalto á un ejército imaginario.

El señor, que había creído por un instante en el descubrimiento de una finca olvidada, la única de la que podía ser verdadero dueño, sonrió tristemente. ¡Ah, la torre del Pirata! Se acordaba de ella. Una roca caliza, un avance de la costa, en cuyos intersticios nacían plantas salvajes, refugio y alimento de conejos. El viejo fortín de piedra era una ruina que lentamente iba deshaciéndose bajo los embates del tiempo y los soplos del mar. Los sillares caían de sus alvéolos: las almenas tenían las puntas roídas. Al vender *Can Mallorquí,* la torre había quedado fuera del contrato, tal vez por olvido, á causa de su inutilidad. Podía hacer Pèp lo que gustase: él no había de volver jamás á aquel lugar olvidado de su juventud.

Y como el payés pretendiese hablar de futuras remuneraciones, don Jaime le atajó con un gesto de gran señor. Luego miró á la muchacha. Muy guapa; parecía una señorita disfrazada: en la isla debían ir los *atlòts* locos tras ella. El padre sonrió orgulloso y turbado por estos elogios. «¡Saluda, *atlòta!* ¿Cómo se dice?...» La hablaba como si fuese una niña, y ella, con los ojos bajos, el rostro colo-

reado por una llamarada de sangre, cogiéndose con una mano una punta del delantal, murmuró con voz trémula algunas palabras en ibicenco: «No; no soy guapa. Servidora de vuestra mercé...»

Febrer dió por terminada la entrevista, ordenando á Pèp y á los suyos que fuesen á su casa. El payés conocía de antiguo á *madó* Antonia, y la vieja tendría mucho gusto en verle. Comerían con ella lo que tuviese. Ya les vería al anochecer, cuando volviera de Valldemosa. ¡Adiós, Pèp! ¡Adiós, *atlòts!*

Y con el bastón hizo seña á un cochero sentado en el pescante de un carruaje mallorquín, vehículo ligerísimo, montado sobre cuatro ruedas finas, con alegre toldo de lona blanca.

II

Febrer, al verse fuera de Palma, en plena campiña primaveral, se arrepintió de su vida presente. Llevaba un año sin salir de la ciudad, pasando las tardes en los cafés del Borne y las noches en la sala de juego del Casino.

¡No ocurrírsele jamás asomar la cabeza fuera de Palma para ver el campo de un verde tierno, con sus acequias susurrantes; el cielo de un azul suave, en el que flotaban islotes de blancos vellones; las colinas de verde obscuro con sus molinillos de viento braceando en la cumbre; las sierras abruptas de color de rosa cerrando el fondo; todo el paisaje risueño y rumoroso que había asombrado á los antiguos navegantes, haciéndoles llamar á Mallorca la isla Afortunada!... Cuando, gracias á su casamiento, adquiriese una fortuna y pudiera rescatar el hermoso predio de *Son Febrer*, pasaría en él una parte del año, lo mismo que sus ascendientes, haciendo la vida rústica y benéfica de un gran señor, dadivoso y respetado.

El carruaje, á todo correr de sus dos caballos,

rozaba y dejaba atrás una fila de payeses que volvían de la ciudad por el borde del camino; esbeltas mujeres morenas, llevando sobre la trenza y el blanco rebocillo un ancho sombrero de paja con cintas pendientes y ramos de flores silvestres; hombres vestidos de dril rayado (la llamada tela mallorquina), con fieltros echados atrás que parecían una aureola negra ó gris en torno de sus rostros afeitados.

Febrer recordaba los accidentes de este camino, por el que no había pasado en algunos años, lo mismo que un extranjero que volviese á la isla tras una visita remota. Más adelante se bifurcaba la ruta: una rama se dirigía á Valldemosa y otra á Soller... ¡Ay, Soller!... ¡La niñez olvidada que acudía de golpe á su memoria! Todos los años, en un carruaje como aquél, emprendía la familia de Febrer su viaje á Soller, donde poseía una antigua casa, de amplio zaguán, la casa de la Luna, llamada así por un hemisferio de piedra con ojos y nariz que adornaba lo alto del portalón, representando al astro de la noche.

Era siempre á principios de Mayo. El pequeño Febrer, cuando el carruaje transponía una garganta, en lo más alto de la sierra, lanzaba gritos de alegría contemplando á sus pies el valle de Soller, el jardín de las Hespérides de la isla. Las montañas, obscuras de pinares y moteadas de blancas casitas, tenían las cumbres envueltas en turbantes de vapores. Abajo, en torno de la villa y prolongándose

por todo el valle hasta el mar invisible, estaban los huertos de naranjos. La primavera estallaba en este suelo feliz con una explosión de colores y perfumes. Las plantas salvajes crecían entre los peñascos coronados de flores; los árboles tenían los troncos vestidos de serpenteante verdura: las pobres casas de los payeses ocultaban su miseria ruinosa bajo sábanas de rosales trepadores. Acudían de todos los pueblos del contorno á la fiesta de Soller las rústicas familias: las mujeres con blancos rebocillos, pesadas mantillas y botones de oro en las mangas; los hombres con vistosos chalecos, capotes de paño y fieltros con cintas de color. Gangueaba la dulzaina llamando al baile: pasaban de mano en mano los vasos de dulce aguardiente de la isla y de vino de Bañalbufar. Era la alegría de la paz después de mil años de guerra y de piratería con los pueblos infieles del Mediterráneo; la regocijada conmemoración de la victoria conseguida por los payeses de Soller contra una flota de corsarios turcos en el siglo XVI.

En el puerto, los pescadores, disfrazados de musulmanes y de guerreros cristianos, fingían á trabucazos y estocadas sobre sus pobres barcas una batalla naval, ó se perseguían por los caminos inmediatos á la costa. En la iglesia se celebraba una fiesta para conmemorar la milagrosa victoria, y Jaime, sentado junto á su madre, en un sitio honorífico, estremecíase de emoción escuchando al predicador, lo mismo que cuando leía un fo-

lletín interesante en la biblioteca que su abuelo tenía en Palma, en el segundo piso de la casa.

El vecindario se ponía en armas con los habitantes de Alaró y Buñola, al saber por una barca de Ibiza que veintidós galeotas turcas con algunas galeras marchaban sobre Soller, la más rica población de la isla. Mil setecientos turcos y africanos, lo peor de la piratería, tomaban tierra atraídos por la riqueza del pueblo, y más aún por el deseo de asaltar cierto convento de monjas, donde vivían retiradas del mundo jóvenes hermosas y de ilustre familia. Divididos en dos columnas, marchaba una contra la tropa de cristianos que había salido á su encuentro, mientras la otra, dando un rodeo, penetraba en la población, cautivando doncellas y mancebos, robando las iglesias, matando á los sacerdotes. Los cristianos sentían la incertidumbre de su situación. Enfrente mil turcos que avanzaban: á sus espaldas la villa entregada al saqueo, sus familias sometidas al ultraje y á la violencia, que les llamaban con desesperación. Pero la duda fué corta. Un sargento de Soller, valeroso veterano de los ejércitos de Carlos V en las guerras de Alemania y el Gran Turco, los decide á todos por el ataque contra el enemigo inmediato. Se arrodillan, invocan al apóstol Santiago, y esperando un milagro, atacan con sus escopetas, arcabuces, lanzas y hachas. Los turcos cejan y vuelven las espaldas. En vano les anima su temible caudillo Suffarais, capitán general del mar, turco viejo y

de gran obesidad, famoso por su coraje y atrevimiento. Al frente de una escuadra de negros, que eran su guardia, ataca cimitarra en mano, formando en torno de él un círculo de cadáveres, pero al fin un sollerense le atraviesa el pecho con una lanza, y al caer huyen los invasores, perdiendo su estandarte. Pero un nuevo enemigo les cierra el paso cuando escapan hacia la costa para salvarse en sus navíos. Una cuadrilla de bandoleros ha presenciado el combate desde los riscos, y al ver huir á los turcos sale á su encuentro, disparando los pedreñales y esgrimiendo sus dagas. Llevan con ellos una tropa de mastines, feroces compañeros de su vida infame, y estas bestias, arrojándose sobre los fugitivos y destrozándolos, prueban, según los cronistas de la época, «la bondad de la casta mallorquina». La tropa, vencedora, vuelve atrás, penetrando en la villa desolada, y los saqueadores huyen como pueden camino del mar, ó caen degollados en las calles.

El predicador exaltábase al relatar esta acción victoriosa, atribuyendo la mejor parte del éxito á la Reina de los Cielos y al guerrero apóstol. Luego ensalzaba al capitán Angelats, el héroe de la expedición, el Cid de Soller, y á las *valentas dònas de Can Tamany,* dos mujeres de un predio inmediato á la villa que habían sido sorprendidas por tres turcos ansiosos de saciar en ellas su carnívoro apetito tras largas abstinencias en las soledades del mar. Las *valentas dònas,* arrogantes y duras como

buenas payesas, no gritaban ni huían á la vista de los tres piratas enemigos de Dios y de los santos. Con la tranca de la puerta mataban á uno, y luego se encerraban en la casa. Arrojando el cadáver por una ventana sobre los asaltantes, descalabraban á otro, y perseguían á pedradas al tercero, como esforzadas nietas de los honderos mallorquines. ¡Ah, las *valentas dònas,* las esforzadas hembras de *Can Tamany!* El buen pueblo las adoraba como santas heroínas de la guerra milenaria contra los infieles, y reía cariñosamente de las hazañas de estas Juanas de Arco, pensando con orgullo en lo peligroso que era el trabajo de los musulmanes para abastecer de carne nueva sus haremes.

Luego el predicador, siguiendo la costumbre tradicional, daba fin á su arenga citando las familias que habían tomado parte en el combate; un centenar de apellidos, que escuchaba con atención el rústico auditorio, moviendo la cabeza cada cual con signos de asentimiento cuando sonaba el nombre de uno de sus ascendientes. Esta enumeración interminable parecía corta á muchos, que hacían un gesto de protesta al callarse el predicador. «Más estuvieron, y no los nombran», murmuraban los payeses cuyos apellidos no habían sonado. Todos querían ser descendientes de los guerreros del capitán Angelats.

Cuando terminaban las fiestas y Soller recobraba su plácida tranquilidad, el pequeño Jaime pasaba los días correteando por los naranjales con An-

tonia, la vieja *madó* Antonia de ahora, que era entonces una mujerona fresca de blancos dientes, curvo pecho y pisada fuerte, viuda á los pocos meses de matrimonio y perseguida por las miradas ardorosas de toda la payesía. Juntos iban al puerto, tranquilo y solitario lago, cuya entrada era casi invisible por las revueltas de un brazo de mar entre las peñas. Sólo de tarde en tarde aparecían en esta plaza cerrada de agua azul los mástiles de algún velero que venía á cargar naranjas para Marsella. Las bandas de gaviotas viejas, enormes como gallinas, aleteaban con evoluciones de contradanza sobre la tersa superficie. Á la caída de la tarde entraban las barcas de los pescadores, y bajo los tinglados de la playa quedaban colgando de escarpias peces enormes, con la cola arrastrando por el suelo, que sangraban lo mismo que bueyes; rayas y pulpos que despedían como pedazos de tembloroso cristal sus blancas viscosidades.

Jaime amaba este puerto tranquilo, de misteriosa soledad, con un respeto religioso. Recordaba en él las milagrosas historias con que su madre le adormecía por la noche; el gran prodigio de un siervo de Dios para burlar sobre aquellas aguas á los empedernidos pecadores. San Raimundo de Peñafort, virtuoso y austero monje, indignábase contra el rey don Jaime de Mallorca, torpemente amancebado con una dama, doña Berenguela, y sordo á sus santos consejos. El fraile quiso huir de la isla de perdición, y el rey se lo impidió poniendo

embargo á todas las barcas y navíos. Entonces el santo bajó al solitario puerto de Soller, tendió su manto sobre las olas, montó en él y emprendió el rumbo hacia las costas de Cataluña. *Madó* Antonia le había contado también este milagro, pero en versos mallorquines, en un sencillo romance que respiraba la cándida credulidad de los siglos aficionados á lo maravilloso. El santo, embarcado en su manto, ponía el bordón por mástil y el capuchón por vela: un viento de Dios soplaba sobre la extraña nave; en pocas horas el siervo del Señor iba de Mallorca á Barcelona; el vigía de Montjuich anunciaba con bandera la aparición del prodigioso barco, repicaban las campanas de la Seo y los mercaderes acudían á la muralla de mar para recibir al santo viajero.

El pequeño Febrer, con la curiosidad excitada por estas maravillas, quería saber más, y su acompañante llamaba á los viejos pescadores, que le enseñaban la roca en que había puesto los pies el santo mientras invocaba el auxilio de Dios antes de embarcarse. Una montaña de tierra adentro, vista desde el puerto, tenía la forma de un fraile encapuchado. Á lo largo de la costa, en un lugar inaccesible, una peña, que sólo veían los pescadores, era semejante á un monje arrodillado y en oración. Tales prodigios los había hecho Dios, según estas almas sencillas, para perpetuar el famoso milagro.

Jaime aun recordaba los estremecimientos de

emoción con que acogía estos relatos. ¡Ah, Soller! ¡La época de santa inocencia en que abrió sus ojos á la vida, entre relatos de milagros y conmemoraciones de luchas heroicas!... La casa de la Luna habíala perdido para siempre, lo mismo que la credulidad y la inocencia de aquella época para él casi remota. Sólo quedaban recuerdos. Habían transcurrido más de veinte años sin que volviese á la olvidada Soller, que ahora resucitaba en su memoria con todos los risueños espejismos de la infancia.

Llegó el carruaje á la bifurcación del camino, emprendiendo la ruta de Valldemosa, y todos los recuerdos parecieron quedar atrás, inmóviles al borde de la carretera, esfumándose con la distancia.

El camino de Valldemosa no ofrecía para él memoria alguna del pasado. Sólo lo había seguido dos veces, siendo ya hombre, para visitar con unos amigos las celdas de la Cartuja. Se acordaba de los olivos del camino, los famosos olivos seculares de formas extrañas y fantásticas que habían servido de modelo á muchos artistas, y avanzaba la cabeza por una ventanilla deseando verlos. El terreno subía; comenzaban los campos pedregosos de secano, las primeras estribaciones de la sierra. El camino serpenteaba en pendiente entre arboledas: pasaban ya ante las ventanillas del carruaje los primeros olivos.

Febrer los conocía, había hablado de ellos muchas veces, y sin embargo, sintió la sensación de lo

extraordinario, como si los viese por primera vez. Eran árboles negros, de enorme tronco nudoso y abierto, abombados por grandes excrecencias y con escaso follaje; olivos que tenían siglos de existencia, que no habían sido podados nunca y en los que la vejez robaba savia al ramaje, hinchando el tronco con las expansiones de una lenta y penosa circulación. El campo parecía un abandonado taller de escultura, con miles de bocetos informes, de monstruos esparcidos en el suelo, sobre una alfombra verde matizada de margaritas y campanillas silvestres.

Un olivo parecía un sapo enorme, encogido y en actitud de saltar con un ramillete de hojas en la boca; otro una boa informe de amontonados anillos, con un penacho de olivo en la cabeza: veíanse troncos abiertos como ojivas, al través de cuyos orificios lucía el cielo azul; serpientes monstruosas enrolladas en grupo como las espirales de una columna salomónica; gigantes negros, cabeza abajo, con las manos en el suelo, hundiendo los dedos de sus raíces y los pies en alto, de los que surgían varas llenas de hojas. Algunos olivos, vencidos por los siglos, se acostaban en el suelo, sostenidas sus leñosidades por horquillas, como viejos que intentasen incorporarse sobre sus muletas.

Parecía haber pasado sobre estos campos una tempestad, abatiéndolo todo, retorciéndolo todo, petrificándose después para mantener esta desolación bajo su peso y que no recobrara las primiti-

vas formas. Algunos olivos erguidos, de perfiles más suaves, parecían tener rostro y formas femeniles. Eran vírgenes bizantinas, con tiara de leves hojas y luengas vestiduras de leña. Otros eran ídolos feroces, de ojos saltones y barbas ondeadas y rastreantes; fetiches de religiones obscuras y bárbaras, capaces de detener á la humanidad primitiva en sus emigraciones, haciéndola caer de rodillas con la emoción de un encuentro divino. En la calma de este retorcimiento tempestuoso é inmóvil, en la soledad de los campos poblados de espantables y perennes visiones, cantaban los pájaros, extendían su invasión hasta el pie de los troncos carcomidos las flores silvestres, y las hormigas iban y venían en infinito rosario, socavando como mineras infatigables las añosas raíces.

Gustavo Doré había dibujado, según decían, en estos olivares de siglos sus más fantásticas concepciones, y el recuerdo de este artista traía á la memoria de Jaime el de otros más célebres que pasaron también por el mismo camino y vivieron y sufrieron en Valldemosa.

Dos veces había visitado la Cartuja, sólo por ver de cerca los lugares inmortalizados por el amor triste y enfermizo de una pareja de seres famosos. Su abuelo le había hablado muchas veces de «la francesa» de Valldemosa y su compañero «el músico».

Un día, los habitantes de Mallorca y los peninsulares que se habían refugiado en la isla, huyen-

do de los horrores de la guerra civil, vieron desembarcar un matrimonio extranjero acompañado de un niño y una niña. Era en 1838. Al bajar el equipaje á tierra, los isleños admiraron con asombro un piano enorme, un piano Erard, como entonces se veían pocos. El piano quedó cautivo en la Aduana, mientras se resolvía el enredo de ciertos escrúpulos administrativos, y los viajeros fueron á alojarse en una posada, alquilando después la finca de *Son Vent*, inmediata á Palma. El hombre parecía enfermo: era más joven que ella, pero enflaquecido por las dolencias, pálido, con una palidez transparente de hostia, los claros ojos brillantes de fiebre, el angosto pecho agitado por ruda y continua tos. Unas patillas finísimas sombreaban sus mejillas; una cabellera de león, negra y tumultuosa, coronaba su frente, cayendo atrás en cascada de rizos. Ella era varonil y corría con todos los trabajos de la casa, como una buena burguesa más pródiga en voluntad que en habilidades. Jugaba con sus hijos lo mismo que una niña, y su rostro bondadoso y risueño ensombrecíase únicamente al oir la tos del «amado enfermo». Un ambiente de exotismo, de existencia irregular, de protesta contra las leyes que rigen á los humanos, parecía envolver á esta familia vagabunda. Ella vestía trajes de cierta fantasía, con un puñal de plata clavado en la cabellera, adorno romántico que escandalizaba á las devotas damas mallorquinas. Además, no iba á misa á la ciudad, no hacía visitas; no salía de su

casa más que para juguetear con sus hijos ó sacar al sol al pobre tísico, dándole el brazo. Los niños eran tan extraordinarios como la madre: la hija iba vestida de muchacho, para correr por los campos con mayor soltura.

Pronto la isleña curiosidad se enteró de los nombres de estos forasteros de aspecto alarmante. Ella era una francesa, autora de libros; Aurora Dupín, antigua baronesa separada de su marido, que se había hecho una reputación universal por sus novelas, las cuales firmaba con un nombre masculino y el apellido de un asesino político: Jorge Sand. Él era un músico polaco, organismo delicado que parecía dejar un pedazo de existencia en cada una de sus obras, y se sentía moribundo á los veintinueve años. Le llamaban Federico Chopín. Los hijos eran de la novelista, que estaba ya en los treinta y cinco años.

La sociedad mallorquina, encerrada en sus preocupaciones tradicionales, como un molusco en sus valvas, y enemiga por instinto de las novedades impías de París, indignóse ante este escándalo. ¡No eran casados!... ¡Y ella escribía novelas que espantaban por su audacia á las gentes de bien!... La curiosidad femenil quiso conocerlas, pero en Mallorca sólo recibía libros don Horacio Febrer, el abuelo de Jaime, y los pequeños volúmenes de *Indiana* y *Lelia,* propiedad de aquél, corrieron de mano en mano sin que los lectores los entendiesen. ¡Una mujer casada que escribía libros y vivía con

un hombre que no era su marido!... Doña Elvira, la abuela de Jaime, una señora venida de Méjico, cuyo retrato había él contemplado tantas veces, y á la que se imaginaba siempre vestida de blanco, con los ojos en alto y el arpa dorada entre las rodillas, visitó á la solitaria de *Son Vent*. Gozábase en abrumar con su superioridad de forastera á las señoras de la isla que no sabían francés; escuchaba á la escritora sus líricos elogios de la originalidad de este paisaje africano, con sus blancas casitas, espinosos cactus, esbeltas palmeras y seculares olivos, que tan rudamente contrastaba con el armónico orden de las campiñas de Francia. Luego doña Elvira, en las tertulias de Palma, defendía con vehemencia á la escritora, una pobre mujer apasionada, cuya vida actual era más abundante en tristezas y cuidados de hermana de la Caridad que en satisfacciones de amor. El abuelo tuvo que intervenir, prohibiendo á la esposa estas visitas para acallar murmuraciones.

Se hizo el vacío en torno de la escandalosa pareja. Mientras los niños jugaban con su madre en el campo, como pequeños salvajes, el enfermo tosía recluído en su dormitorio, tras los cristales, ó se asomaba á la puerta buscando un rayo de sol. Por las noches, á altas horas, era la visita de la musa, enfermiza y melancólica, y sentado al piano improvisaba entre toses y gemidos su música, de una voluptuosidad amarga.

El dueño de *Son Vent*, un burgués de la ciudad,

dió orden á los forasteros de levantar el campo, como si fuesen una banda de bohemios. El pianista estaba tísico, y él no quería contagiar su finca. ¿Adónde ir?... El regreso á la patria era difícil: estaban en pleno invierno, y Chopín temblaba como un pájaro abandonado pensando en los fríos de París. La isla inhospitalaria era amada, sin embargo, por la dulzura de su clima. La cartuja de Valldemosa se ofreció á ellos como único refugio; un edificio sin bellezas arquitectónicas, sin otro encanto que el de su antigüedad medioeval, pero enclavado entre montañas por cuyas laderas se derrumban bosques de pinos, teniendo como suaves cortinas que amortiguan el ardor del sol plantaciones de almendros y palmeras, por entre cuyo ramaje alcanzan los ojos la verde llanura y el lejano mar. Era un monumento casi en ruinas, un convento de melodrama, lúgubre y misterioso, en cuyos claustros acampaban vagabundos y mendigos. Para entrar en él había que atravesar el cementerio de los frailes, con sus fosas removidas por las raíces de las plantas silvestres, que sacaban los huesos á flor de tierra. En las noches de luna vagaba por el claustro un espectro blanco, el alma de un fraile maldito que aguardaba la hora de la redención paseándose por el lugar de sus pecados.

Allá marcharon los fugitivos un día lluvioso de invierno, azotados por el aguacero y el huracán, siguiendo el mismo camino que ahora seguía Febrer, pero un camino antiguo que sólo tenía de tal

el nombre. Los carros de la caravana iban, como decía Jorge Sand, «con una rueda por la montaña y otra por el fondo de una torrentera». El músico, arrebujado en un capote, temblaba y tosía bajo la lona del toldo, estremeciéndose con los dolorosos vaivenes. La novelista seguía á pie en los malos pasos, llevando á sus hijos de la mano en este viaje de vagabundos.

Pasaron todo el invierno en la soledad de la Cartuja. Ella, calzando babuchas y con el puñalito en la cabellera mal peinada, hacía la cocina animosamente, con la ayuda de una mozuela del país, que aprovechaba el menor descuido para engullirse los bocados destinados al «querido enfermo». Los chicuelos de Valldemosa apedreaban á los pequeños franceses, creyéndolos moros, enemigos de Dios; las mujeres robaban á la madre al venderla los comestibles, y además la apodaban *la Bruja*. Todos hacían la cruz á estos gitanos que se atrevían á vivir en una celda del monasterio, cerca de los muertos, en continuo trato con el fraile fantasma que se paseaba por el claustro.

De día, mientras descansaba el enfermo, preparaba ella el puchero y ayudaba á la sirvienta, con sus manos finas y pálidas de artista, á mondar las legumbres: luego corría con sus hijos á la abrupta costa de Miramar, cubierta de arboleda, donde Raimundo Lulio estableció su escuela de estudios orientales. Sólo al llegar la noche comenzaba su verdadera existencia.

El claustro obscuro, enorme, conmovíase con una música misteriosa, que parecía venir de muy lejos, al través de los recios paredones. Era Chopín, que inclinado ante el piano componía sus *Nocturnos*. La novelista, á la luz de una vela, escribía *Spiridón,* la historia del monje que acaba por demoler todas sus creencias, y muchas veces cortaba su trabajo para correr al lado del músico y preparar sus tisanas, alarmada por la frecuencia de la tos. En las noches de luna tentábala el escalofrío de lo misterioso, la voluptuosidad del miedo, y salía al claustro, cuya lobreguez cortaban las manchas lácteas de los ventanales. ¡Nadie!... Después sentábase en el cementerio de los monjes, esperando en vano la aparición del fantasma para animar su monótona existencia con algo novelesco.

Una noche de Carnaval, la Cartuja fué invadida por los moros. Eran jóvenes de Palma que después de recorrer la ciudad disfrazados de berberiscos, pensaron en «la francesa», avergonzados sin duda del aislamiento en que la tenían las gentes. Llegaron á media noche, turbando con sus canciones y guitarreos la calma misteriosa del convento, haciendo aletear medrosos á los pajarracos albergados en las ruinas. En una pieza de la celda bailaron danzas españolas, que el músico seguía atentamente con sus ojos de fiebre, mientras la novelista iba de un grupo á otro sintiendo la simple alegría de la burguesa que no se ve olvidada.

Esta fué su única noche feliz en Mallorca. Lue-

go, al volver la primavera, el «amado enfermo» se sintió mejor y emprendieron el lento retorno á París. Eran aves de paso, que tras su invernaje no dejaban más huella que la del recuerdo. Ni siquiera pudo saber Jaime con certeza qué habitación había sido la suya. Las reformas realizadas en el convento habían borrado todo vestigio. Muchas familias de Palma veraneaban ahora en la Cartuja, convirtiendo las celdas en hermosas habitaciones, y cada cual quería que la suya fuese la de Jorge Sand, infamada y despreciada por sus abuelas. Febrer había visitado el convento con un nonagenario de los que fueron vestidos de moros á dar serenata á la francesa. No se acordaba de nada: no podía reconocer la habitación.

El nieto de don Horacio sentía una especie de amor retrospectivo hacia aquella mujer extraordinaria. La veía como en los retratos de su juventud, con el rostro inexpresivo y los ojos profundos y enigmáticos, bajo una cabellera suelta, sin más adorno que una rosa en una sien. ¡Pobre Jorge Sand! El amor había sido para ella lo que la antigua esfinge: cada vez que intentaba interrogarlo, sentía en el corazón su zarpazo sin misericordia. Todas las abnegaciones y rebeldías del amor las había conocido aquella mujer. La hembra caprichosa de las noches venecianas, la infiel compañera de Musset, era la misma enfermera que guisaba la cena y preparaba las tisanas al moribundo Chopín en la soledad de Valldemosa... ¡Si él hubie-

se conocido una mujer así, una mujer que llevase dentro mil mujeres, toda la infinita variedad femenil de dulzuras y crueldades!... ¡Ser amado por una hembra superior á la que pudiera imponer el ascendiente varonil, y que al mismo tiempo le inspirase respeto por su grandeza intelectual!...

Quedó Febrer largo rato como adormecido por este deseo, mirando el paisaje sin verlo. Luego sonrió irónicamente, como si compadeciese su insignificancia. Recordaba el objeto de su viaje y se tenía lástima. Él, que soñaba con grandes amores desinteresados y extraordinarios, iba á venderse, ofreciendo su mano y su nombre á una mujer que apenas había visto, á contraer una alianza que escandalizaría á toda la isla. ¡Digno final de una vida inútil y atolondrada!

El vacío de su existencia se le aparecía ahora claramente, sin los engaños de la presunción personal, como nunca lo había contemplado. La proximidad del sacrificio le hacía replegarse en sus recuerdos, cual si buscase en ellos una justificación de los actos presentes. ¿Para qué había servido su paso por el mundo?...

Volvía otra vez á las memorias de la infancia que había evocado en el camino de Soller. Veíase en el venerable caserón de los Febrer con sus padres y su abuelo. Era hijo único. Su madre, una señora pálida, de belleza melancólica, había quedado enferma á consecuencia de su nacimiento. Don Horacio vivía en el segundo piso en compañía

de un viejo criado, como si fuese un huésped en la casa, mezclándose con la familia ó aislándose de ella según su capricho. Jaime, en medio de la vaguedad de sus recuerdos infantiles, contemplaba con saliente relieve la figura de su abuelo. Jamás había encontrado una sonrisa en aquel rostro de patillas blancas, que contrastaban con sus ojos negros é imperiosos. Los de la casa tenían prohibido subir á sus habitaciones. Nadie le había visto más que en traje de calle, con una pulcritud minuciosa. El nieto, que era el único que podía subir á su dormitorio á todas horas, encontrábale de buena mañana con su levita azul, su alto cuello de puntas y la negra corbata arrollada en varias vueltas, con una perla enorme. Hasta cuando se sentía enfermo conservaba su aspecto correcto, de una elegancia antigua. Si la enfermedad le obligaba á guardar cama, daba órdenes al criado para que no recibiese ni á su hijo.

Jaime pasaba las horas sentado á los pies del abuelo, escuchando sus relatos é intimidado por la enorme cantidad de libros que desbordaba de los armarios, extendiéndose por sillas y mesas. Le veía igual en todo tiempo, con su levita forrada de seda roja, que parecía siempre la misma y era renovada, sin embargo, cada seis meses. Las estaciones no traían otra mudanza que el convertir el invernal chaleco de terciopelo en otro de seda bordada. Cifraba su principal orgullo en la ropa blanca y en los libros. Le traían del extranjero docenas de

docenas de camisas, que muchas veces amarilleaban olvidadas, sin estrenar, en el fondo de los armarios. Los libreros de París enviábanle enormes paquetes de volúmenes recién publicados, y en vista de sus continuas demandas, escribían en la dirección una línea que don Horacio mostraba con burlona complacencia: «Mercader de libros».

Hablaba el último de los Febrer con una bondad de abuelo, esforzándose por hacerle comprender sus relatos, á pesar de que era parco en palabras y poco sufrido en sus relaciones con la famílla. Le contaba sus viajes á París y Londres, unos en buque de vela hasta Marsella y luego en silla de posta: otros en vapores de ruedas y en camino de hierro, grandes inventos cuya infancia había presenciado. Hablaba de la sociedad de Luis Felipe; de los grandes estrenos del romanticismo, á los que había asistido; de las barricadas que había visto levantar desde su cuarto, callándose que al mismo tiempo abarcaba en su brazo el talle de una griseta asomada junto á él. Su nieto había nacido en buen tiempo: el mejor de todos. Don Horacio acordábase de sus desavenencias con su terrible padre, que le habían obligado á viajar por Europa; aquel caballero que salía al encuentro del rey Fernando, para pedirle la vuelta á los usos antiguos, y bendecía á los hijos diciendo: «Dios te haga un buen inquisidor.»

Luego enseñaba á Jaime grandes estampas, con vistas de las ciudades en las que había vivido, y

que al niño le parecían poblaciones de ensueño. Algunas veces se quedaba contemplando el retrato de «la abuela del arpa», de su esposa, la interesante doña Elvira, el mismo lienzo que estaba ahora en el recibimiento con las demás señoras de la familia. No parecía conmoverse: mantenía la misma gravedad con que acompañaba las bromas á que era aficionado y las palabras gruesas de que matizaba su conversación, pero decía con voz algo trémula:

—Tu abuela era una gran señora, un alma de ángel, una artista. Yo parecía un bárbaro á su lado... Era de la familia, pero vino de Méjico para casarse conmigo. Su padre fué marino y se quedó allá con los insurgentes. No hay en toda nuestra raza quien se parezca á aquella mujer.

A las once y media de la mañana abandonaba al nieto, y calándose un sombrero de copa, de seda negra en invierno y de castor en verano, salía á dar un paseo por las calles de Palma, siempre por igual sitio é idénticas aceras, lo mismo cuando llovía que cuando abrasaba el sol, insensible al frío y al calor, puesto de levita en todo tiempo, siguiendo su marcha con una regularidad de autómata de reloj, que aparece, camina y se oculta al sonar ciertas horas.

Sólo una vez en treinta años había modificado su camino por las calles solitarias y blancas de sol, en las que resonaban sus pasos. Una mañana había oído la voz de una mujer en el interior de una casa.

—*Atlòta*... las doce. Pon el arroz, que pasa don Horacio.

Él se había vuelto hacia la puerta, con su gravedad de gran señor.

—No soy reloj de p...

Y soltó la palabra gorda, sin despojarse de su seriedad, como lanzaba siempre las expresiones más atroces. Desde aquel día modificó su camino para huir de los que tenían fe en la exactitud de sus paseos.

Algunas veces hablaba al nieto de las antiguas grandezas de la casa. Los descubrimientos geográficos habían arruinado á los Febrer. El Mediterráneo no era ya el camino de Oriente. Los portugueses y los españoles del otro mar habían encontrado nuevos derroteros, y las naves mallorquinas pudríanse en la inacción. Ya no había guerras con los piratas: la santa Orden de Malta sólo era una distinción honorífica. Un hermano de su padre, comendador en la Valette, cuando Bonaparte conquistó la isla, había venido á morir á Palma con su pobre pensión de retirado. Los Febrer hacía dos sigles que, olvidados del mar, donde no quedaba comercio y sólo hacían la guerra pobres patrones é hijos de pescadores, se habían dedicado á imponer su nombre con un lujo esplendoroso, arruinándose lentamente. El abuelo aun había alcanzado los tiempos de verdadero señorío, cuando ser *butifarra* era en Mallorca algo que colocaban las gentes entre Dios y los caballeros. La venida al mundo de un Febrer

era un acontecimiento del que se hablaba en toda la ciudad. La gran dama parturienta permanecía recluída en el palacio cuarenta días, y en todo este tiempo las puertas estaban abiertas, el zaguán lleno de carrozas, la servidumbre formada en la antecámara, los salones llenos de visitas, las mesas cubiertas de dulces, bizcochos y refrescos. Había días de la semana destinados á la recepción de cada clase social. Unos eran únicamente para los *butifarras,* aristocracia de la aristocracia, casas privilegiadas, contadísimas familias, unidas todas por el parentesco de continuos cruces: otros para los caballeros, nobleza tradicional que vivía sin saber por qué supeditada á los anteriores: luego se recibía á los *mossons,* clase inferior, pero en trato familiar con los grandes, intelectuales de la época, médicos, abogados y escribanos que prestaban sus servicios á las familias ilustres.

Don Horacio recordaba el esplendor de estas recepciones. Los antiguos sabían hacer las cosas en grande.

—Cuando nació tu padre—decía al nieto—, fué la última fiesta en esta casa. Ochocientas libras mallorquinas pagué á un confitero del Borne por azucarillos, bizcochos y refrescos.

De su padre se acordaba Jaime menos que de su abuelo. Era en su memoria una figura simpática y dulce, pero algo borrosa. Al pensar en él, sólo veía una barba suave y algo clara como la suya, una frente calva, una sonrisa dulce y unos lentes

que brillaban al inclinarse. Contaban que de muchacho había tenido amores con su prima Juana, aquella señora austera llamada por todos la *Papisa*, que vivía como una monja y gozaba de enormes riquezas, regalándolas pródigamente en otros tiempos al pretendiente don Carlos, y ahora á las gentes eclesiásticas que la rodeaban.

El rompimiento de su padre con ella era, sin duda, la causa de que la *Papisa Juana* se mantuviese alejada de esta rama de su familia, tratando á Jaime con hostil despego.

El padre había sido oficial de la Armada, siguiendo una tradición de la familia. Estuvo en la guerra del Pacífico, fué teniente en una fragata de las que bombardearon el Callao, y como si sólo esperase haber dado una prueba de valor, se retiró inmediatamente del servicio. Luego se casó con una señorita de Palma, de fortuna escasa, cuyo padre era gobernador militar de la isla de Ibiza. La *Papisa Juana,* hablando un día con Jaime, había pretendido herirle, con su voz fría y su gesto altivo.

—Tu madre era noble, de familia de caballeros... pero no era *butifarra* como nosotros.

Jaime pasó los primeros años de su vida, cuando empezó á darse cuenta de lo que le rodeaba, sin ver á su padre más que en los rápidos viajes que hacía á Mallorca. Era progresista, y la Revolución le había hecho diputado. Luego, al ser proclamado rey Amadeo de Saboya, este monarca

revolucionario, execrado y abandonado por la nobleza tradicional, había tenido que acudir á nuevos nombres históricos para formar su corte. El *butifarra,* por una exigencia del partido, fué alto funcionario de palacio. Su mujer, instada por él para que se trasladase á Madrid, no quiso abandonar la isla. ¡Ir ella á la corte! ¿Y su hijo?... Don Horacio, cada vez más enjuto y más débil, pero siempre erguido en su eterna levita nueva, seguía dando el paseo diario, ajustando su vida á la marcha del reloj del Ayuntamiento. Liberal antiguo, gran admirador de Martínez de la Rosa, por sus versos y la elegancia diplomática de sus corbatas, torcía el gesto al leer los periódicos y las cartas de su hijo. ¿En qué pararía todo aquello?...

En el corto período de la República volvió el padre á la isla, dando por terminada su carrera. La *Papisa Juana,* á pesar del parentesco, fingía no conocerle. Estaba ocupadísima en aquella época. Hacía viajes á la Península: giraba, según se decía, enormes cantidades para los partidarios de don Carlos que sostenían la guerra en Cataluña y las provincias del Norte. ¡Que no la hablasen de Jaime Febrer, el antiguo marino! Ella era una verdadera *butifarra,* una defensora de la tradición, y hacía sacrificios para que España fuese gobernada por caballeros. Su primo era menos que un *chueta:* era un descamisado. Y según afirmaba la gente, á este odio de ideas iba unida la amargura por ciertas decepciones del pasado que no había podido olvidar.

Al restaurarse los Borbones, el progresista, el palatino de don Amadeo, se convirtió en republicano y conspirador. Hacía frecuentes viajes; recibía cartas cifradas de París; iba á Menorca para visitar la escuadra surta en Mahón, y valiéndose de sus amistades de antiguo oficial, catequizaba á los compañeros, preparando una sublevación de la marina. Puso en estas empresas revolucionarias el mismo ardor aventurero de los antiguos Febrer, su audacia tranquila, hasta que repentinamente murió en Barcelona, lejos de los suyos.

El abuelo acogió la noticia con impasible gravedad, pero ya no le vieron á mediodía en las calles de Palma las vecinas que aguardaban su paso para poner el arroz al fuego. Ochenta y seis años: ya había paseado bastante. ¡Para lo que le quedaba que ver!... Se recluyó en el piso segundo, donde sólo admitía á su nieto. Cuando venían á visitarle los parientes prefería bajar al salón, á pesar de su debilidad, correctamente vestido, con levita nueva, los dos triángulos blancos del cuello asomando sobre las roscas de la corbata, siempre recién afeitado, con las patillas bien peinadas y el tupé brillante de goma. Llegó un día en que no pudo abandonar la cama, y el nieto le vió entre sábanas, con el mismo aspecto de siempre, conservando la fina camisa de batista, la corbata que el criado le cambiaba todos los días y el chaleco de seda á flores. Cuando le anunciaban la visita de su nuera, don Horacio hacía un gesto de contrariedad.

—Jaimito: la levita... Es una señora, y hay que recibirla con decencia.

Igual operación se repetía al llegar el médico ó las contadas visitas que se dignaba recibir. Había que mantenerse hasta el último momento «sobre las armas», como le habían visto toda la vida.

Una tarde llamó con voz débil á su nieto, que leía junto á una ventana un libro de viajes. Podía retirarse: necesitaba estar solo. Jaime se fué, y el abuelo pudo morir dignamente, en la soledad, sin el tormento de tener que velar por la pulcritud de su aspecto, pudiendo entregarse sin testigos á las muecas y estremecimientos de la agonía.

Al quedar solos Febrer y su madre, el muchacho sintió ansias de libertad. Tenía llena la imaginación de aventuras y viajes leídos en la biblioteca del abuelo, y de las hazañas de sus ascendientes inmortalizadas en los relatos de familia. Quería ser marino de guerra, como su padre y como la mayoría de sus abuelos. La madre se opuso, con grandes extremos de susto, que hacían palidecer sus mejillas y azulear sus labios. ¡El único Febrer, sometido á una existencia peligrosa y viviendo lejos de ella!... No; bastantes héroes había tenido la familia. Debía ser señor en la isla; un caballero de vida tranquila que crease una familia para perpetuar el apellido que llevaba.

Jaime cedió á los ruegos de su madre, eterna enferma á la que la menor contrariedad parecía poner en riesgo de muerte. Ya que no le quería

marino, estudiaría otra carrera. Necesitaba vivir como los otros muchachos de su edad, á los que trataba en las aulas del Instituto. Á los diez y seis años se embarcó para la Península. Su madre deseaba que fuese abogado para que pudiera desenmarañar la fortuna de la familia, gravada y revuelta con hipotecas y préstamos. Su equipaje era enorme; un verdadero ajuar de casa, y el bolsillo iba bien provisto. Un Febrer no podía vivir como un pobre estudiante. Fué primero á Valencia, por creer la madre esta población menos peligrosa para la juventud: en otro curso pasó á Barcelona, y así estuvo varios años yendo de una á otra Universidad, según el humor de los catedráticos y su benevolencia con los alumnos. Su carrera no adelantó gran cosa. Aprobaba ciertos cursos por una feliz casualidad en el momento del examen y por la tranquila audacia con que hablaba de lo que no sabía. En otros se atascaba, no pudiendo seguir adelante. La madre aceptaba como buenas todas sus explicaciones al volver á Mallorca. Ella misma le consolaba, aconsejándole que no extremase sus estudios, y se revolvía contra la injusticia de los tiempos presentes. Su implacable enemiga, la *Papisa Juana,* estaba en lo cierto. Estos tiempos no eran de caballeros; les habían declarado la guerra; cometían con ellos toda clase de injusticias para mantenerlos relegados.

Jaime tenía cierta popularidad en todas las sociedades y cafés de Barcelona y Valencia donde se

jugaba. Llamábanle «el mallorquín de las onzas», porque su madre le remitía el dinero en onzas de oro, que rodaban con reflejo escandaloso sobre las mesas verdes. Al prestigio de esta magnificencia iba unido su título extraño de *butifarra*, que hacía sonreir en la Península, evocando al mismo tiempo en la imaginación de muchos una especie de autoridad feudal, con derechos de señor soberano, en lejanas islas.

Trancurrieron cinco años. Jaime era ya hombre, pero aun no había llegado á la mitad de sus estudios. Sus condiscípulos de la isla, al volver durante el verano, regocijaban á los contertulios de los cafés del Borne con el relato de las aventuras de Febrer en Barcelona. Le veían del brazo por las calles con mujeres de lujo: la gente bravía que frecuenta las timbas, guardaba grandes respetos al «mallorquín de las onzas» por su fuerza y su coraje. Contaban que una noche había agarrado á cierto matón, levantándolo en vilo con sus brazos de atleta, para arrojarlo por la ventana. Y los mallorquines pacíficos, al oir esto, sonreían con un orgullo de localidad. Era un Febrer, un verdadero Febrer; la isla producía mozos bravos como siempre.

La buena doña Purificación, la madre de Jaime, tuvo un grave disgusto y una alegría maternal al saber que cierta hembra escandalosa había llegado á la isla en seguimiento de su hijo. La comprendía y la excusaba. ¡Un mozo tan guapo como

lo era su Jaime!... Pero la mozuela alborotaba con sus trajes y ademanes las tranquilas costumbres de la ciudad; las buenas familias indignábanse, y doña Purificación trató con ella, valiéndose de intermediarios, para darle dinero y que abandonase la isla. En otras vacaciones el escándalo fué mayor. Jaime, que cazaba en *Son Febrer,* tuvo relaciones con una payesa joven y hermosa y estuvo próximo á andar á escopetazos con un mozo rústico que la pretendía. Sus amores campestres le ayudaban á pasar el destierro del verano. Era un legítimo Febrer, lo mismo que su abuelo. La pobre señora sabía á qué atenerse respecto á aquel suegro siempre serio y correcto, que acariciaba la barbilla de las payesas jóvenes con su frialdad de señor grave. En los alrededores del predio de *Son Febrer*, eran muchos los mozos que tenían la cara de don Horacio, pero su esposa la mejicana, alma poética, vivía muy por encima de estas vulgaridades, mientras con el arpa en las rodillas y los ojos entornados, recitaba las poesías de Ossian. Las rústicas beldades de nítido rebocillo, trenza suelta y blancas alpargatas, atraían á los pulcros y señoriales Febrer con una fuerza irresistible.

Cuando doña Purificación se quejaba de las largas excursiones de caza que emprendía su hijo por la isla, éste quedábase en la ciudad y pasaba el día en el jardín, ejercitándose en el tiro de pistola. Enseñaba á su asustadiza madre un saco guardado á la sombra de un naranjo.

—¿Ve usted esto?... Es un quintal de pólvora. Hasta que no lo queme no descanso.

Y *madó* Antonia tenía miedo á asomarse á las ventanas de la cocina, y las monjas que ocupaban una parte del antiguo palacio mostraban un instante sus tocas blancas, ocultándose inmediatamente como palomas amedrentadas por el continuo tiroteo.

El jardín, encerrado entre tapias almenadas lindantes con la muralla del mar, estremecíase de la mañana á la noche bajo el estrépito de las detonaciones. Huían los pájaros con medroso aleteo; trepaban por los agrietados muros verdosos lagartos, ocultándose entre las capas de hiedra; trotaban los gatos por las avenidas, con un galope de terror. Los árboles eran viejísimos, respetables como el palacio; naranjos centenarios, de tronco retorcido, que necesitaban el apoyo de un cerco de horquillas para sostener sus miembros venerables; magnolieros gigantes con más leña que hojas; palmeras infecundas que se remontaban en el espacio azul buscando el mar por encima de las almenas, para saludarlo con vaivenes de su cabeza empenachada.

El sol hacía crujir las cortezas de los árboles y estallar las simientes olvidadas á flor de tierra; danzaban como chispas de oro los insectos zumbadores en las barras de luz que perforaban el follaje; caían con blando chapoteo, de tarde en tarde, los higos maduros despegándose de las ramas; sona-

ba á lo lejos el arrullo del mar batiendo las rocas al pie de la muralla, y en esta calma, poblada de murmullos, seguía Febrer disparando pistoletazos. Era ya un maestro. Cuando apuntaba al monigote dibujado en el muro, lamentábase de que éste no fuese un hombre, un enemigo odiado al que necesitase exterminar. Esta bala iba al corazón. ¡Pum! Y sonreía satisfecho al ver marcarse el agujero del proyectil en el mismo lugar á que había apuntado. El estrépito de los tiros, el humo de la pólvora, despertaban en su imaginacion belicosas fantasías, historias de lucha y de muerte en las que siempre era un héroe triunfador. ¡Veinte años, y aun no se había batido!... Necesitaba un lance para hacer prueba de coraje. Era una desgracia que no tuviese enemigos, pero ya procuraría crearse alguno cuando volviera á la Península. Y siguiendo en estos desvaríos de su imaginación, excitada por el estampido de las detonaciones, figurábase un lance de honor. Su adversario le tocaba al primer tiro y él caía al suelo. Aun tenía la pistola en la mano; debía defenderse, contestar tendido en tierra. Y con gran escándalo de su madre y de *madó* Antonia, que al asomarse le creían loco, permanecía echado de bruces y disparaba en esta posición, amaestrándose «para cuando le hiriesen».

Al volver á la Península con el propósito de seguir sus interminables estudios, iba fortalecido por la vida de campo, arrogante por sus ensayos del jardín y deseoso de tener el ansiado duelo con

el primero que le diera el más leve pretexto. Pero como era hombre cortés, incapaz de injustas provocaciones y su aspecto imponía respeto á los insolentes, transcurría el tiempo y el lance no llegaba. Su vitalidad exuberante, su fuerza impulsiva, consumíase en obscuras aventuras y estúpidos derroches, de los que hablaban luego en la isla con admiración los compañeros de estudios.

Viviendo en Barcelona recibió un telegrama anunciándole que su madre estaba enferma de gravedad. Tardó dos días en embarcarse: no había un buque pronto á zarpar. Cuando llegó á la isla, su madre había muerto. De la antigua familia que había visto en su niñez no quedaba nadie. Sólo *madó* Antonia le podía recordar los tiempos pasados.

Jaime, al verse dueño de la fortuna de los Febrer y en plena libertad, tenía veintitrés años. La tal fortuna estaba roída por las esplendideces de sus ascendientes y abrumada con toda clase de gravámenes. La casa de Febrer era grande, como esos buques que al encallar y perderse para siempre hacen la riqueza de la costa adonde van á morir. Sus restos y despojos, que hubieran mirado con desprecio los antiguos, representaban aún una fortuna. Jaime no quiso pensar, no quiso saber. Necesitaba vivir, ver mundo, y renunció á sus estudios. ¿Qué le importaban las leyes y costumbres romanas y los cánones eclesiásticos para pasar una buena existencia? Ya sabía bastante. En realidad, lo mejor y

más ameno de sus conocimientos se lo debía á su madre, cuando de niño vivía en el palacio, sin haber visto todavía maestros. Ella le había enseñado algo de francés y un poco de piano en un antiguo instrumento de amarillentas teclas y gran frontispicio de seda roja que casi llegaba al techo. Otros sabían menos que él y eran tan caballeros y mucho más dichosos. ¡Á vivir!...

Permaneció dos años en Madrid y tuvo amantes que le dieron cierta popularidad, caballos famosos, alborotó en los entresuelos de Fornos, fué íntimo amigo de un torero célebre y jugó fuerte en los círculos de la calle de Alcalá. Tuvo un duelo, pero fué á espada, no como él se lo había imaginado, tendido en el suelo, con la pistola en la diestra, y salió del lance con un pinchazo en un brazo, algo así como una puntada de alfiler en una epidermis de elefante. Ya no era «el mallorquín de las onzas». El depósito de redondeles de oro guardado por su madre se había extinguido, pero arrojaba los billetes pródigamente en las mesas de juego, y cuando venía «la mala» escribía á su administrador, un abogado hijo de una familia de antiguos *mossons*, dependientes de los Febrer desde hacía siglos.

Jaime se cansó de Madrid, donde se consideraba casi un extranjero. Perduraba en él el alma de los antiguos Febrer, grandes viajeros de todos los países menos de España, pues siempre habían vivido vueltos de espaldas á sus reyes. Muchos de sus abuelos eran familiares de todas las ciudades im-

portantes del Mediterráneo, habían visitado á los príncipes de los pequeños Estados italianos, habían sido recibidos en audiencia por el Papa y por el Gran Turco, pero jamás se les ocurrió ir á Madrid. Además, Febrer se irritaba muchas veces con sus parientes de la corte, jóvenes orgullosos de sus títulos nobiliarios, que sonreían ante lo extraño de su cualidad de *butifarra*. ¡Y pensar que la familia había dejado que pasasen á los parientes de la Península varios marquesados, prefiriendo su título supremo de nobleza isleña y el goce de las altas dignidades caballerescas de Malta!...

Comenzó á viajar por Europa, fijando su residencia el otoño y parte del invierno en París, los meses de frío en la Costa Azul, la primavera en Londres y el verano en Ostende, con varias expediciones á Italia, á Egipto y á Noruega para ver el sol de media noche. En esta nueva existencia apenas era conocido. Vivía como un viajero más, insignificante glóbulo circulante de la gran red arterial que el ansia del viaje extiende sobre el continente. Pero esta vida de continuo movimiento, con monotonías abrumadoras é inesperadas aventuras, satisfacía sus instintos atávicos, las aficiones heredadas de sus remotos ascendientes, grandes visitadores de pueblos nuevos. Además, la existencia errante halagaba su ansia por todo lo extraordinario. En los hoteles de Niza, falansterios de la corrupción mundial más correcta é hipócrita, se había visto halagado en la obscuridad de su cuarto

por inesperadas visitas. En Egipto había tenido que huir de las caricias decadentes de una condesa húngara, marchita flor de elegancia, de ojos hundidos y violento perfume, que revelaba bajo tersos y juveniles esmaltes la podredumbre de su carne.

Estando en Munich cumplió veintiocho años. Había ido poco antes á Baireuth para una representación de las óperas de Wágner, y ahora en la capital de Baviera asistía al teatro de la Residencia, donde se verificaba el festival de Mozart. Jaime no era melómano, pero su vida errante le obligaba á ir adonde iba la gente, y su condición de pianista de afición le había impulsado dos años seguidos á esta romería musical.

En el hotel que habitaba en Munich encontró á miss Mary Gordon, á la que había visto antes en el teatro de Wágner. Era una inglesa alta, esbelta, de pocas y firmes carnes, un cuerpo de gimnasta, en el que los *sports* habían contenido las amenas redondeces femeniles, dándola un aspecto juvenil, sano y asexual de bello muchacho. La cabeza era lo más hermoso: una cabeza de paje con transparencias de porcelana, sonrosadas naricillas de perro juguetón, húmedos ojos azules y una cabellera rubia, de oro blanquecino en la superficie y oro obscuro en sus profundidades. Su belleza era adorable y frágil; esa belleza británica que se pierde á los treinta años bajo violáceas rubicundeces y granulaciones de la piel.

En el restaurant había sorprendido Jaime va-

rias veces la mirada de sus ojos azules, cándidos y tranquilamente atrevidos, fijos en él. Iba con una dama gorda, fofa y de rostro arrebolado, una señora de compañía vestida de negro, con una *canotier* de paja roja y un cinturón de igual color que partía en dos abultados hemisferios su pecho y su vientre. Ella, juvenil y ligera, parecía una flor de oro y nácar dentro de sus vestidos de franela blanca, de corte masculino, con corbata de hombre y un panamá de alas caídas, al que se arrollaba un velo azul.

Febrer encontrábase con ellas á cada paso: en la Pinacoteca, frente á los *Evangelistas* de Durero; en la Glicoteca, contemplando los mármoles de Egina; en el teatro rococo de la Residencia, donde cantaban á Mozart, sala de otro siglo con una decoración de porcelana y guirnaldas que parecía imponer á los espectadores el uso del tacón de púrpura y la peluca blanca. Habituados á verse, Jaime la saludaba con una sonrisa, y ella parecía contestarle tímidamente con el brillo de sus ojos.

Una mañana, al salir de su cuarto, encontró á la inglesa en un rellano de la escalera. Inclinaba su busto de muchacho sobre la barandilla.

—*¡Lift! ¡Lift!*—gritaba con su vocecita de pájaro, avisando al encargado del ascensor para que lo subiese.

Febrer la saludó al entrar con ella en la caja movible, y dijo algunas palabras en francés para entablar conversación. La inglesa callaba mirán-

dolo fijamente con sus pupilas de un azul claro, en el que parecía flotar una estrella de oro. Permaneció inmóvil como si no le entendiese, pero Jaime la había visto en el salón de lectura hojeando diarios de París.

Al salir del ascensor, la inglesa se dirigió con paso rápido á la oficina, donde estaba pluma en mano el cajero del hotel. Éste la escuchó con gesto obsequioso, como un políglota pronto á entender á todos los huéspedes, y saliendo de su encierro fuése hacia Jaime, que fingía leer los anuncios del vestíbulo, turbado aún por su fracaso. Febrer creyó que no le hablaban á él: «Señor, esta señorita me pide que le presente.»

Y volviéndose hacia la inglesa, el hotelero añadió con germana tranquilidad, como quien cumple un deber de su cargo:

—*Monsieur* el hidalgo Febrer: marqués de España.

Sabía su obligación. Todo español que viaja con buenas maletas, es hidalgo y marqués mientras no prueba lo contrario.

Luego indicó con sus ojos á la inglesa, que permanecía tiesa y grave durante esta ceremonia, sin la cual ninguna joven bien nacida puede cruzar su palabra con un hombre: «Miss Gordon, doctora de la Universidad de Melbourne.»

La *miss* alargó su manecita enguantada de blanco y sacudió con rudeza gimnástica la diestra de Febrer. Sólo entonces se decidió á hablar.

—¡Oh, España!... ¡Oh, *don Quichotte!*

Sin saber cómo salieron los dos del hotel hablando de las representaciones á que asistían por las tardes. Aquel día no era de teatro, y ella pensaba ir á la pradera llamada *Theresienwiese*, al pie de la estatua de la *Bavaria*, para ver la feria de los tiroleses y escuchar sus canciones. Después de almorzar en el hotel fueron al campo de la feria; subieron á la cabeza de la enorme estatua, contemplando la planicie bávara, sus lagos y sus lejanas montañas; recorrieron la *Galería de la Gloria*, llena de bustos de bávaros célebres, cuyos nombres en su mayor parte leían por primera vez, y acabaron yendo de barraca en barraca, admirando los trajes de los tiroleses, sus bailes gimnásticos, sus gorgeos y trinos iguales á los de los ruiseñores.

Marchaban los dos como si se hubiesen conocido toda la vida, admirando Jaime, en los ademanes de ella, esa libertad varonil de las muchachas sajonas que no temen el contacto con el hombre y se sienten fuertes al ser guardadas por ellas mismas. Desde aquel día salieron juntos á correr los museos, las academias, las viejas iglesias, unas veces solos, otras con la *miss* de compañía, que se esforzaba por seguir sus pasos. Eran dos camaradas que se comunicaban sus impresiones sin pensar nunca en la diversidad de sus sexos. Jaime sentía deseos de aprovecharse de esta intimidad diciendo galanterías, osando pequeños atrevimientos, pero se detenía en el momento oportuno. Con estas muje-

res era peligrosa la acción: se mantienen impasibles, á prueba de toda clase de impresiones: había que esperar á que fuese ella la que tomase una iniciativa. Eran hembras que podían ir solas por el mundo, sintiéndose capaces de interrumpir los arrebatos de pasión con golpes de boxeo. Algunas había visto él en sus viajes que llevaban en el manguito ó en el bolso de mano, entre la caja de polvos y el pañuelo, un diminuto y niquelado revólver.

Miss Mary le hablaba del lejano archipiélago oceánico en el que su padre era algo así como un virrey. No tenía madre, y había venido á Europa para completar los estudios hechos en Australia. Ella era doctora de la Universidad de Melbourne; doctora en música... Jaime, conteniendo el asombro que le causaban estas noticias de un mundo lejano, hablaba de él, de su familia, de su país, de las curiosidades de la isla, de la caverna de Artá, trágicamente grandiosa, caótica como una antesala del infierno; de las cuevas del Dragón, con sus bosques de estalactitas luminosas, cual un palacio de hielo, y sus lagos milenarios y dormidos, de cuyo profundo cristal parecía que iban á surgir mágicas desnudeces semejantes á las de las hijas del Rhin que guardaban el tesoro de los Nibelungos. Miss Gordon le escuchaba embelesada. Jaime parecía engrandecerse ante sus ojos, al ser hijo de aquella isla de ensueño, donde se muestra azul el mar, luce el sol en todo tiempo y florece el naranjo.

Poco á poco Febrer fué pasando las tardes en

la habitación de la inglesa. Habían terminado las representaciones del festival de Mozart. Miss Gordon necesitaba diariamente el alimento espiritual de la música. Tenía un piano en su salón y un rimero de partituras que la acompañaban en sus viajes. Jaime sentábase junto á ella, frente al teclado, y procuraba seguirla como acompañante en las piezas que interpretaba, siempre del mismo autor, del dios, del único. El hotel estaba próximo á la estación, y el ruido de camiones, coches y tranvías enervaba á la inglesa, haciéndola cerrar las ventanas. La dama de compañía quedábase en su cuarto, satisfecha de verse libre de aquel chaparrón musical, cuyas delicias no podían compararse con las de hacer una buena labor de punto de Irlanda. Miss Gordon, sola con el español, le trataba como una maestra.

—Á ver, otra vez: repitamos el tema de «la espada». Ponga usted atención.

Pero Jaime se distraía contemplando de reojo el cuello largo y blanquísimo de la inglesa, erizado de pelillos de oro, la red de venas azules que se marcaba levemente en la transparencia de su epidermis nacarada.

Llovía una tarde: el cielo plomizo parecía rozar los tejados de las casas; en el salón había una luz difusa de bodega. Tocaban casi á tientas, avanzando las cabezas, para leer en la mancha blanca de la partitura. Zumbaba la selva de los encantos, moviendo sus verdes y rumorosas cabelleras ante

el rudo Sigfrido, inocente hijo de la Naturaleza, ansioso de conocer el lenguaje y el alma de las cosas inanimadas. Cantaba el pájaro maestro, haciendo resaltar su dulce voz entrecortada sobre los murmullos del follaje. Mary se estremeció.

—¡Ah, poeta!... ¡Poeta!

Y siguió tocando. Luego, en la creciente obscuridad del salón, sonaron los rudos acordes que acompañan al héroe á la tumba; la fúnebre marcha de los guerreros llevando sobre el pavés el cuerpo membrudo, blanco y rubio de Sigfrido, interrumpida por la frase melancólica del dios de los dioses. Mary seguía temblando, hasta que de pronto sus manos abandonaron el teclado y su cabeza fué á posarse en un hombro de Jaime, como un pájaro que abate sus alas.

—*¡Oh, Richard!... ¡Richard, mon bien aimée!*

El español vió sus ojos extraviados y su boca llorosa que se ofrecían; sintió en sus manos las manos frías de ella; le envolvió su aliento. Sobre su pecho se aplastaron ocultas redondeces de elástica y firme dureza, cuya existencia no había podido sospechar...

Y aquella tarde no hubo más música.

Á media noche, cuando se acostó Febrer, aun no había salido de su asombro. Él era el precursor, el primero que llega; no tenía dudas. Después de tantos temores, así habían ocurrido las cosas, con la mayor simpleza, como quien ofrece la mano, sin que él pusiera nada de su parte.

Otro de sus asombros había sido oirse llamar con un nombre que no era el suyo. ¿Quién podía ser aquel Ricardo?... Pero en la hora de dulces y soñolientas explicaciones que siguen á las de locura y olvido, ella le había hablado de la impresión que sintió en Baireuth al verle por primera vez entre las mil cabezas que llenaban el teatro. ¡Era *él! ¡Él,* como le representaban los retratos de joven! Y al encontrarle de nuevo en Munich, bajo el mismo techo, había sentido que «la suerte estaba echada» y era inútil luchar por desprenderse de esta atracción.

Febrer se examinó con irónica curiosidad en el espejo de su cuarto. ¡Lo que una mujer es capaz de descubrir! Sí: algo tenía del otro... la frente pesada, los cabellos lacios, la nariz picuda y la barba saliente, que andando los años se inclinarían buscándose, para darle cierto perfil de bruja... ¡Excelente y glorioso Ricardo! ¡Por dónde había venido á proporcionarle una de las mayores felicidades de su vida!... ¡Qué hembra tan original aquella!

Y su asombro aun fué en aumento en los otros días, mezclado con cierta amargura. Era una mujer que parecía renovarse diariamente, olvidando lo pasado. Le recibía con grave tiesura, como si nada hubiese ocurrido, como si en ella no dejasen rastros los hechos, como si el día anterior no existiese, y únicamente cuando la música evocaba la memoria del otro, venían el enternecimiento y la sumisión.

Jaime, irritado, se proponía dominarla: por algo era hombre. Al fin fué consiguiendo que el piano sonase menos y que ella viese en su persona algo más que un retrato viviente del ídolo.

En su feliz embriaguez les pareció feo Munich y enojoso aquel hotel, donde les habían conocido extraños el uno al otro. Sentían la necesidad de arrullarse libremente, de volar lejos, y un día se vieron en un puerto que tenía á su entrada un león de piedra, y más allá la líquida planicie de un lago inmenso que se confundía con el cielo en la línea del horizonte. Estaban en Lindau. Un vapor podía conducirlos á Suiza, otro á Constanza, y prefirieron la tranquila ciudad alemana del famoso Concilio, yendo á instalarse en el hotel de la Isla, antiguo monasterio de los dominicos.

¡Cómo se conmovía Febrer al recordar esta época, la mejor de su existencia! Mary seguía siendo para él la mujer original, en la que siempre quedaba algo por conquistar; abordable á ciertas horas y repelente y austera en el resto del día. Era su amante, y sin embargo no podía permitirse un descuido, una libertad que revelase la confianza de la vida común. La más leve alusión á sus intimidades la hacía enrojecer de protesta: *¡Schoking!...* Y sin embargo, todas las madrugadas, al romper el alba, Febrer, siguiendo los corredores del antiguo convento, regresaba á su cuarto, deshacía la cama para que no sospechasen los sirvientes y se asomaba al balcón. Cantaban los pájaros en un

jardín de altos rosales situado á sus pies. Más allá, la sábana inmensa del lago de Constanza se coloreaba de púrpura con la salida del sol. Los primeros esquifes de pesca partían las aguas con ondulaciones de tono anaranjado; sonaban á lo lejos, veladas por la húmeda brisa mañanera, las campanas de la catedral; comenzaban á rechinar las grúas en la orilla donde el lago deja de serlo encauzándose para convertirse en el Rhin; los pasos de los criados y los frotes de la limpieza, despertaban en el hotel los ecos del claustro monacal.

Junto al balcón, adosada al muro, y tan inmediata que Jaime podía tocarla con la mano, había una torrecilla con montera de pizarra y antiguos escudos en su pared circular. Era la torre en que había vivido preso Juan Huss antes de marchar á la hoguera.

El español pensaba en Mary. Á aquellas horas estaría en la penumbra perfumada de su cuarto, con la rubia cabecita entre los brazos, durmiendo el primer sueño serio de la noche, cansado el cuerpo y vibrante aún por la más noble de las fatigas... ¡Pobre Juan Huss! Febrer le compadecía como si hubiese sido su amigo. ¡Quemarle ante un paisaje tan hermoso, tal vez en una mañana como aquella!... ¡Meterse en la boca del lobo y dar la vida por si el Papa era bueno ó malo, ó si los laicos debían comulgar con vino lo mismo que los sacerdotes! ¡Morir por tales simplezas cuando la vida es tan hermosa y el hereje hubiera podido

amenizarla tan ricamente con cualquiera de las rubias pechugonas y caderudas, amigas de cardenales, que presenciaron su suplicio!... ¡Infeliz apóstol! Jaime compadecía irónicamente la simpleza del mártir. Él veía la existencia con otros ojos. ¡Viva el amor!... Era lo único serio de la vida.

Cerca de un mes permanecieron en la antigua ciudad episcopal, paseando á la caída de la tarde por las calles solitarias cubiertas de hierba, con sus palacios ruinosos del tiempo del Concilio; bajando en esquife la corriente del Rhin, á lo largo de riberas cubiertas de bosques; deteniéndose á contemplar las casitas de rojo techo y amplias parras, bajo las cuales cantaban los burgueses jarro en mano, con una alegría germánica de sochantre, grave y reposada.

De Constanza pasaron á Suiza y después á Italia. Un año anduvieron juntos contemplando paisajes, viendo museos, visitando ruinas cuyas sinuosidades y escondrijos aprovechaba Jaime para besar la nacarada piel de Mary, gozándose en su oleada de rubor y en el gesto de enfado con que protestaba: *¡Schoking!* La acompañanta, insensible como una maleta á las novedades del viaje, seguía la confección de un gabán de punto de Irlanda empezado en Alemania y seguido al través de los Alpes, á lo largo de los Apeninos y á la vista del Vesubio y el Etna. Privada de poder hablar con Febrer, que ignoraba el inglés, lo saludaba con el brillo amarillento de sus dientes y volvía á su tra-

bajo, siendo una figura decorativa de los *halles* de los hoteles.

Los dos amantes hablaban de casarse. Mary resolvía la situación con enérgica rapidez. Á su padre sólo necesitaba escribirle dos líneas. Estaba muy lejos, y además nunca le había consultado en ningún asunto. Aprobaría cuanto ella hiciese, seguro de su seso y prudencia.

Estaban en Sicilia, tierra que recordaba á Febrer su isla. También los antiguos de la familia habían andado por allí, pero con la coraza sobre el pecho y en peor compañía. Mary hablaba del porvenir, arreglando la parte financiera de la futura sociedad con el sentido práctico de su raza. No le importaba que Febrer tuviese poca fortuna: ella era rica para los dos. Y enumeraba todos sus bienes, tierras, casas y acciones como un administrador seguro de su memoria. Al regresar á Roma se casarían en la capilla evangélica y en una iglesia católica. Ella conocía á un cardenal que le había proporcionado una visita al Papa. Su Eminencia lo arreglaría todo.

Jaime pasó una noche en claro en un hotel de Siracusa... ¿Casarse? Mary era agradable: embellecía la vida y llevaba con ella una fortuna. ¿Pero realmente se casaba con él?... Comenzaba á molestarle el otro, el fantasma ilustre que había surgido en Zurich, en Venecia, en todos los lugares visitados por ellos y que guardaban recuerdos del paso del maestro... Él se haría viejo, y la música,

su temible rival, se conservaría siempre fresca. Dentro de poco, cuando el matrimonio hubiese quitado á sus relaciones el encanto de lo ilegal, el deleite de lo prohibido, Mary encontraría algún director de orquesta más semejante aún al otro, ó un violoncellista feo, melenudo y de pocos años, que le recordase á Beethoven muchacho. Además, él era de otra raza, de otras costumbres y pasiones; estaba cansado de aquella reserva pudibunda en el amor, de aquella resistencia á la entrega definitiva que le gustaba al principio, como una renovación de la mujer, pero había acabado por fatigarle. No; aun era tiempo de salvarse.

—Lo siento por lo que pensará de España... Lo siento por don Quijote—dijo haciendo su maleta en la madrugada.

Y huyó, yendo á perderse en París, adonde la inglesa no iría á buscarle. Odiaba á esta ciudad ingrata por la silba del *Tannhauser,* ocurrida muchos años antes de nacer ella.

De estas relaciones, que habían durado un año, sólo guardaba Jaime el recuerdo de una felicidad agrandada y embellecida por el paso del tiempo, y un mechón de cabellos rubios. También debía tener entre sus papeles, guías de viaje y postales con vistas, olvidadas en un secreter antiguo del caserón, un retrato de la doctora en música, extrañamente adorable en su toga de luengas mangas, con un birrete de plato cuadrado, del que pendía una borla.

Del resto de su vida apenas se acordaba; un vacío de tedio cortado por congojas monetarias. El administrador mostrábase tardo y doliente en sus remesas. Le pedía dinero, y contestaba con cartas quejumbrosas, hablando de intereses que había de satisfacer, de segundas hipotecas, para las cuales apenas encontraba prestamistas, de la irregularidad de una fortuna en la que no quedaba nada libre de gravamen.

Febrer, creyendo que con su presencia podía resolver esta mala situación, hacía cortos viajes á Mallorca, terminados siempre por la venta de alguna finca, y apenas veía dinero en sus manos levantaba otra vez el vuelo, sin prestar oído á los consejos del administrador. El dinero le comunicaba un optimismo sonriente. Todo se arreglaría. Á última hora contaba con el recurso del matrimonio. Mientras tanto... ¡á vivir!

Y vivió todavía algunos años, unas veces en Madrid, otras en las grandes ciudades del extranjero, hasta que al fin el administrador cerró este período de alegres prodigalidades, enviando su dimisión, sus cuentas, y con ellas la negativa á seguir remitiéndole dinero.

Un año llevaba en la isla, *enterrado,* como él decía, sin otra diversión que las noches de juego en el Casino y las tardes pasadas en el Borne, en una mesa de antiguos amigos, isleños sedentarios que gozaban con el relato de sus viajes. Apuros y miseria: esta era la realidad de su vida presente.

Los acreedores le amenazaban con inmediatas ejecuciones. Aun conservaba aparentemente *Son Febrer* y otros bienes de sus antepasados, pero la propiedad producía poco en la isla: las rentas, por una costumbre tradicional, eran iguales que en tiempo de sus abuelos, pues las familias de arrendatarios se perpetuaban en el disfrute de las fincas. Éstos pagaban directamente á sus acreedores, pero aun así no llegaban á satisfacer la mitad de los intereses. Los ricos adornos del palacio sólo los conservaba como un depósito. La noble casa de los Febrer estaba sumergida, y nadie podía sacarla á flote. Jaime pensaba fríamente algunas veces en la conveniencia de salir del mal paso sin humillaciones ni deshonras, haciendo que le encontrasen una tarde en el jardín, dormido para siempre bajo un naranjo, con un revólver en la mano.

En esta situación, alguien le sugirió una idea á la salida del Casino, á altas horas de la noche, en esos momentos en que el insomnio nervioso hace ver las cosas con una luz extraordinaria que les da distinto relieve. Don Benito Valls, el rico *chueta*, le quería mucho. Varias veces había intervenido espontáneamente en sus asuntos, librándole de inminentes peligros. Era simpatía á su persona y respeto á su nombre. Valls no tenía más que una heredera, y además estaba enfermo: la exuberancia prolífica de su raza se había desmentido en él. Su hija Catalina había querido ser monja en la adolescencia, pero ahora, pasados los veinte años,

sentía gran amor por las pompas del mundo, y compadecía tiernamente á Febrer cuando hablaban ante ella de sus desgracias.

Jaime se resistió ante la proposición casi con tanto asombro como *madó* Antonia. ¡Una *chueta!*... Pero la idea fué abriéndose camino, lubrificada en su incesante taladro por los apuros y las miserias crecientes, que acompañaban la llegada de cada día. ¿Por qué no?... La hija de Valls era la heredera más rica de la isla, y el dinero no tiene sangre ni raza.

Al fin había cedido á las instancias de los amigos, oficiosos mediadores entre él y la familia, y aquella mañana iba á almorzar en la casa de Valldemosa donde vivía Valls gran parte del año para alivio del asma que le ahogaba.

Jaime hizo un esfuerzo de memoria queriendo recordar á Catalina. La había visto varias veces en las calles de Palma. Buena figura, rostro agradable. Cuando viviera lejos de los suyos y vistiese mejor sería una señora muy «presentable»... ¿Pero amarla?

Febrer sonreía escépticamente. ¿Acaso resultaba indispensable el amor para casarse? El matrimonio era un viaje ó dos por el resto de la vida, y únicamente había que buscar en la mujer las condiciones que se exigen en un compañero de excursión: buen carácter, identidad de gustos, las mismas aficiones en el comer y en el dormir... ¡El amor! Todos se creían con derecho á él, y el amor era como el ta-

lento, como la belleza, como la fortuna, una dicha especial que sólo disfrutaban contadísimos privilegiados. Por suerte, el engaño venía á ocultar esta cruel desigualdad, y todos los humanos acababan sus días pensando nostálgicamente en la juventud, creyendo haber conocido realmente el amor, cuando no habían sentido otra cosa que el delirio de un contacto de epidermis.

El amor era una cosa hermosa, pero no indispensable en el matrimonio ni en la existencia. Lo importante era escoger una buena compañera para el resto del viaje; acomodarse bien en los asientos de la vida; arreglar el paso de los dos á un mismo ritmo, para que no hubiesen saltos ni encontronazos; dominar los nervios y que la piel no se repeliese en el continuo contacto de la existencia común; poder dormir como buenos camaradas, con mutuo respeto, sin herirse con las rodillas ni meterse los codos en los costillares... Él esperaba encontrar todo esto, dándose por contento.

Valldemosa se presentó de pronto á su vista sobre la cumbre de una colina, rodeada de montañas. La torre de la Cartuja, con adornos de verdes azulejos, elevábase sobre la frondosidad de los jardines de las celdas.

Febrer vió un carruaje inmóvil en una revuelta del camino. Un hombre descendió de él, moviendo los brazos para que el cochero de Jaime detuviese sus bestias. Luego abrió la portezuela y subió riendo, sentándose al lado de Febrer.

—¡Hola, capitán!—dijo éste con extrañeza.

—No me esperabas, ¿eh?... También soy del almuerzo; me convido yo mismo. ¡Qué sorpresa va á tener mi hermano!...

Jaime estrechó su diestra. Era uno de sus más leales amigos: el capitán Pablo Valls.

III

Pablo Valls era conocido en toda Palma. Cuando tomaba asiento en la terraza de un café del Borne, formábase en torno de él apretado círculo de oyentes, que sonreían ante sus ademanes enérgicos y su voz ruidosa, incapaz de sonar en tonos discretos.

—Yo soy *chueta,* ¿y qué?... ¡Judío de lo más judío! Todos los de mi familia procedemos de *la calle.* Cuando yo mandaba el *Roger de Lauria,* una vez que estuve en Argel, me detuve á la puerta de la sinagoga, y un viejo, luego de mirarme, me dijo: «Tú puedes pasar: tú eres de los nuestros.» Y yo le di la mano, y le contesté: «Gracias, correligionario.»

Los oyentes reían, y el capitán Valls, declarando á gritos su calidad de *chueta,* miraba á todas partes como si desafiase á las casas, las personas y al alma de la isla, hostil á su raza por un odio absurdo de siglos.

Su rostro delataba su origen. Las patillas rubias y canosas, con bigote corto, revelaban al ma-

rino retirado de la navegación, pero sobre estos adornos capilares resaltaban su perfil semita, de curva y pesada nariz, su menton saliente y unos ojos de párpados prolongados, con la pupila de ámbar y oro, según era la luz, y en la que flotaban algunas pintas de color de tabaco.

Había navegado mucho: había vivido largas temporadas en Inglaterra y los Estados Unidos, y de la permanencia en estas tierras de libertad, insensibles á los odios religiosos, traía una franqueza belicosa que le impulsaba á desafiar las preocupaciones tradicionales de la isla, tranquila é inmóvil en su estancamiento. Los otros *chuetas,* atemorizados por varios siglos de persecución y desprecio, ocultaban su origen, ó querían hacerlo olvidar con su mansedumbre. El capitán Valls aprovechaba todas las ocasiones para hablar de él, ostentándolo como un título de nobleza, como un reto que lanzaba á la general preocupación.

—Soy judío, ¿y qué?...—seguía gritando—. Correligionario de Jesús, de San Pablo y otros santos, á los que se venera en los altares. Los *butifarras* hablan con orgullo de sus abuelos, que datan casi de ayer. Yo soy más noble, más antiguo. Mis ascendientes fueron los patriarcas de la Biblia.

Luego, indignándose contra las preocupaciones que se habían ensañado en su raza, volvíase agresivo.

—En España—decía gravemente—no hay cristiano que pueda levantar el dedo. Todos somos

nietos de judíos ó de moros. Y el que no... el que no...

Aquí se detenía, y tras breve pausa afirmaba con resolución:

—Y el que no, es nieto de fraile.

En la Península no se conoce el odio tradicional al judío que aun separa la población de Mallorca en dos castas. Pablo Valls se enfurecía hablando de su patria. No existían en ella judíos de religión. Hacía siglos que había quedado disuelta la última sinagoga. Todos se habían convertido en masa, y los rebeldes fueron quemados por la Inquisición. Los *chuetas* de ahora eran los católicos más fervorosos de Mallorca, llevando á sus creencias un fanatismo semita. Rezaban en alta voz, hacían sacerdotes á sus hijos, buscaban influencia para meter á sus hijas en los conventos, figuraban como gente de dinero entre los partidarios de las ideas más conservadoras, y sin embargo, pesaba sobre sus personas la misma antipatía que en otros siglos, y vivían aislados, sin que ninguna clase social quisiera aliarse con ellos.

—Cuatrocientos cincuenta años llevamos en el cogote el agua del bautismo—seguía vociferando el capitán Valls—, y somos aún los malditos, los réprobos, como antes de la conversión. ¿No tiene gracia esto?... ¡Los *chuetas!* ¡Cuidado con ellos! ¡Mala gente!... En Mallorca hay dos catolicismos: uno para los nuestros y otro para los demás.

Luego, con un odio en el que parecían concen-

tradas todas las persecuciones, decía el marino refiriéndose á sus hermanos de raza:

—Bien empleado les está: por cobardes, por tener demasiado amor á la isla, á esta *Roqueta* en la que hemos nacido. Por no abandonarla se hicieron cristianos, y hoy que lo son de veras les pagan á coces. De seguir judíos, esparciéndose por el mundo como lo hicieron otros, tal vez serían á estas horas personajes y banqueros de reyes, en vez de estar en las tiendecitas de *la calle* fabricando bolsillos de plata.

Escéptico en materias religiosas, despreciaba ó atacaba á todos; á los judíos fieles á sus antiguas creencias, á los conversos, á los católicos, á los musulmanes, con los que había vivido en sus viajes á las costas de África y las escalas de Asia Menor. Otras veces sentíase dominado por una ternura atávica, mostrando cierto respeto religioso hacia su raza.

Él era semita: lo declaraba con orgullo golpeándose el pecho. «El primer pueblo del mundo.»

—Éramos unos piojosos muertos de hambre cuando estábamos en Asia, porque allí no había con quien comerciar ni á quien prestarle dinero. Pero nadie más que nosotros ha dado al rebaño humano sus pastores actuales, que aun serán por los siglos de los siglos los amos de los hombres. Moisés, Jesús y Mahoma son de mi tierra... Qué tres socios de fuerza, ¿eh, caballeros? Y ahora hemos dado al mundo un cuarto profeta, también de nuestra raza y nuestra sangre, sólo que éste tiene dos caras y

dos nombres. Por un lado se llama Rothschild, y es el capitán de todos los que guardan el dinero: por otro lado se llama Carlos Marx, y es el apóstol de los que quieren quitárselo á los ricos.

La historia de su raza en la isla condensábala Valls á su modo en breves palabras. Los judíos eran muchos, muchísimos, en otros tiempos. Casi todo el comercio estaba en sus manos; gran parte de las naves eran suyas. Los Febrer y otros potentados cristianos no tenían reparo en ser sus socios. Los tiempos antiguos podían llamarse de libertad: la persecución y la barbarie eran relativamente modernas. Judíos eran los tesoreros de los reyes, los médicos y otros cortesanos en las monarquías de la Península. Al iniciarse los odios religiosos, los hebreos más ricos y astutos de la isla habían sabido convertirse á tiempo, voluntariamente, fundiéndose con las familias del país y haciendo olvidar su origen. Estos católicos nuevos eran los que después, con el fervor del neófito, habían azuzado la persecución contra sus antiguos hermanos. Los *chuetas* de ahora, los únicos mallorquines de origen judío conocido, eran los descendientes de los últimos convertidos, los nietos de las familias en las que se había ensañado la Inquisición.

Ser *chueta*, proceder de la calle de la Platería, á la que se llamaba por antonomasia *la calle*, era la peor desgracia que le podía ocurrir á un mallorquín. En vano se habían hecho revoluciones en España y aclamado leyes liberales que reconocían

la igualdad de todos los españoles: el *chueta*, al pasar á la Península, era un ciudadano como los otros, pero en Mallorca un réprobo, una especie de apestado que sólo podía emparentar con los suyos.

Valls comentaba irónicamente el orden social en que habían vivido, escalonadas durante siglos, las diversas clases de la isla, y del que quedaban aún muchos peldaños intactos. Arriba, en la cúspide, los orgullosos *butifarras;* luego los nobles, los caballeros; después los *mossons;* tras éstos los mercaderes y los menestrales y á continuación los payeses cultivadores del suelo. Abríase aquí un enorme paréntesis en el orden seguido por Dios al crear á unos y á otros: un vasto espacio libre que cada cual podía poblar á su capricho. Indudablemente tras los mallorquines nobles y plebeyos venían en orden de consideración los cerdos, los perros, los asnos, los gatos, las ratas... y á la cola de todas estas bestias del Señor el odiado vecino de *la calle*, el *chueta,* paria de la isla. Nada importaba que fuese rico como el hermano del capitán Valls, ó inteligente como otros. Muchos *chuetas* funcionarios del Estado en la Península, militares, magistrados, hacendistas, al volver á Mallorca encontraban que el último mendigo se consideraba superior á ellos, y al creerse molestado prorrumpía en insultos contra sus personas y familias. El aislamiento de este pedazo de España, rodeado de mar, servía para mantener intacta el alma de otras épocas.

En vano los *chuetas,* huyendo de este odio que perduraba al través del progreso, extremaban su catolicismo con una fe vehemente y ciega, en la que influía mucho el miedo infiltrado en su alma y en su carne por una persecución de siglos. En vano seguían rezando á gritos en sus casas para que se enterasen los vecinos de la calle, imitando en esto á sus abuelos, que hacían lo mismo y además guisaban la comida en las ventanas con el propósito de que viesen todos que comían tocino. Los odios tradicionales de separación no caían vencidos. La Iglesia católica, que se titula universal, era cruel é inabordable para ellos en la isla, pagando su adhesión con hurañas repulsiones. Los hijos de los *chuetas* que deseaban ser curas no encontraban sitio en el Seminario. Los conventos cerraban las puertas á toda novicia procedente de *la calle.* Las hijas de los *chuetas* se casaban en la Península con hombres notables ó de gran fortuna, pero en la isla apenas encontraban quien aceptase su mano y sus riquezas.

—¡Gente mala!—seguía diciendo irónicamente Valls—. Son trabajadores, ahorran, viven en paz en el seno de sus familias, hasta son más católicos que los otros, pero son *chuetas,* y algo tendrán cuando les odian. Tienen... *algo:* ¿se enteran ustedes? *Algo.* El que quiera saber más que averigüe.

Y el marino reía hablando de los pobres payeses del campo que hasta pocos años antes afirmaban de buena fe que los *chuetas* estaban cubiertos

de grasa y tenían rabo, aprovechando la ocasión de encontrar solo á un niño de *la calle* para desnudarlo y convencerse de si era cierto lo del apéndice caudal.

—¿Y lo de mi hermano?—proseguía Valls—. ¿Y lo de mi santo hermano Benito, que reza á voces y parece que se vaya á comer las imágenes?...

Todos recordaban el caso de don Benito Valls, y reían francamente, ya que el hermano era el primero en burlarse del suceso. El rico *chueta* se había visto dueño, al cobrar unos créditos, de una casa y valiosas tierras en un pueblo del interior de la isla. Al ir á tomar posesión de la nueva propiedad, los vecinos más prudentes le habían dado buenos consejos. Era muy dueño de visitar su hacienda durante el día, ¿pero pernoctar en su casa?... ¡nunca! No había memoria de que un *chueta* hubiese dormido en el pueblo. Don Benito no prestó atención á estos consejos y se quedó una noche en su propiedad, pero apenas se metió en la cama huyeron los caseros. Cuando el amo se cansó de dormir saltó del lecho. Ni el más tenue resplandor entraba por las rendijas. Creía haber dormido doce horas lo menos, pero aun era de noche. Abrió una ventana, y su cabeza tropezó cruelmente en la obscuridad: intentó franquear la puerta, y no pudo. Durante su sueño, el vecindario había tapiado todos los huecos y salidas y el *chueta* tuvo que salvarse por el tejado, entre las risotadas de la gente que celebraba su obra. Esta broma sólo era á guisa de advertencia: si

persistía en ir contra las costumbres del pueblo, alguna noche despertaría entre llamas.

—¡Muy bárbaro, pero gracioso!—añadía el capitán—. ¡Mi hermano!... ¡Una buena persona!... ¡Un santo!...

Todos reían al oir estas palabras. Seguía tratándose con su hermano, aunque con cierta frialdad, y no hacía secreto de los agravios que tenía con él. El capitán Valls era el bohemio de la familia, siempre en el mar ó en lejanas tierras, llevando una vida de solterón alegre: bastante tenía para vivir. Y á la muerte del padre su hermano se había quedado con los negocios de la casa, quitándole muchos miles de duros.

—Lo mismo que entre cristianos viejos—se apresuraba á añadir Pablo—. En esto de las herencias no hay razas ni credos. El dinero no conoce religión.

Las interminables persecuciones sufridas por sus ascendientes irritaban á Valls. Todas las circunstancias eran buenas para atropellar á las gentes de *la calle*. Cuando los payeses tenían agravios con los nobles y bajaban los foráneos en bandas armadas contra los ciudadanos de Palma, el conflicto se resolvía asaltando unos y otros el barrio de los *chuetas,* matando á los que no huían y robando sus tiendas. Si un batallón mallorquín recibía orden de marchar á España en caso de guerra, los soldados se amotinaban, salían del cuartel y saqueaban *la calle.* Cuando las reacciones sucedían en España á las revoluciones, los realistas, para

celebrar su triunfo, asaltaban las platerías de los *chuetas*, se apoderaban de sus riquezas y hacían hogueras con los muebles, arrojando á las llamas hasta los crucifijos... ¡Crucifijos de antiguo judío, que forzosamente habían de ser falsos!

—¿Y quiénes son los de *la calle?*—gritaba el capitán—. Ya se sabe: los que tienen la nariz y los ojos como yo; y hay muchos que son romos y no presentan nada del tipo común. En cambio, ¿cuántos hay que se tienen por caballeros rancios, de nobleza orgullosa, con una cara que ni la de Abraham y Jacob?...

Existía una lista de apellidos sospechosos para conocer á los verdaderos *chuetas*. Pero estos mismos apellidos los llevaban cristianos viejos, y era el capricho tradicional el que separaba á unos de otros. Sólo habían quedado marcadas por el odio popular las familias descendientes de los que fueron azotados ó quemados por la Inquisición. El famoso catálogo de los apellidos estaba sacado indudablemente de los autos del Santo Oficio.

—¡Una felicidad el hacerse cristiano! Los abuelos achicharrados en la hoguera y los nietos marcados y malditos por los siglos de los siglos...

El capitán perdía su tono irónico al recordar la historia horripilante de los *chuetas* de Mallorca. Se coloreaban sus mejillas y brillaban sus ojos con fulgores de odio. Para vivir tranquilos se habían convertido todos en masa en el siglo XV. No quedaba un judío en la isla, pero á la Inquisición

le era preciso hacer algo para justificar su existencia, y hubo quemas de sospechosos de judaísmo en el Borne, espectáculos organizados, como decían los cronistas de la época, «con arreglo á las funciones más lucidas celebradas para el triunfo de la Fe en Madrid, Palermo y Lima». Unos *chuetas* fueron quemados, otros sufrieron azotes, otros salieron únicamente á la vergüenza con caperuza pintada de diablos y vela verde en la mano; pero todos vieron por igual confiscados sus bienes, y el Santo Tribunal se enriqueció. Desde entonces los sospechosos de judaísmo, los que no contaban con un protector clérigo, tuvieron que ir todos los domingos á misa á la catedral con sus familias, bajo el mando y custodia de un alguacil, que los formaba en rebaño, les ponía un manto para que nadie los confundiese, y así los llevaba al templo entre las rechiflas, insultos y pedradas del devoto populacho. Esto era un domingo y otro domingo, y en este suplicio semanal y sin término morían los padres, y se convertían en hombres los hijos, engendrando nuevos *chuetas* destinados al insulto público.

Unas cuantas familias se concertaron para huir de la vergonzosa esclavitud. Se reunían en un huerto inmediato á la muralla y las aconsejaba y dirigía un tal Rafael Valls, hombre animoso y de gran cultura.

—No sé ciertamente si fué pariente mío—decía el capitán—. ¡Han pasado más de dos siglos desde

entonces! Pero si no lo fué, quiero que lo sea... Me honra mucho tenerlo como abuelo mío. ¡Adelante!

Pablo Valls había coleccionado en su casa papeles y libros de la época de las persecuciones, y hablaba de éstas como de un suceso acaecido días antes.

—Se embarcaron hombres, mujeres y niños en un buque inglés, pero un temporal lo volvió de nuevo á las costas de Mallorca y los fugitivos fueron presos. Esto era gobernando á España Carlos II el Hechizado. ¡Querer huir de Mallorca, donde tan bien les trataban, y á más de esto, en un buque tripulado por protestantes!... Tres años estuvieron presos, y la confiscación de sus bienes produjo un millón de duros. Además, el Santo Tribunal contaba con otros millones arrancados á las víctimas anteriores, y construyó un palacio en Palma, el mejor y más lujoso que tuvo en parte alguna la Inquisición. Á los prisioneros les dieron tormento hasta confesar lo que deseaban sus jueces, y en 7 de Marzo de 1691 comenzaron las ejecuciones. Aquel suceso tuvo un historiador como no se conoce otro en el mundo, el padre Garau, santo jesuíta, pozo de ciencia teológica, rector del seminario de Monte-Sión, donde ahora está el Instituto, autor del libro *La fe triunfante,* un monumento literario que no lo vendo por todo el dinero del mundo. Aquí está: me acompaña á todas partes.

Y sacaba de un bolsillo *La fe triunfante,* librito encuadernado en pergamino, de antigua y roji-

za impresión, que acariciaba con un cariño feroz.

¡Bendito padre Garau! Encargado de exhortar y fortalecer á los reos, lo había visto todo de cerca, y se hacía lenguas de los miles y miles de espectadores que acudieron de los diversos pueblos de la isla para presenciar la fiesta, de las misas solemnes con asistencia de treinta y ocho reos destinados á la quema, del lujoso atavío de caballeros y alguaciles, jinetes en briosos corceles, al frente de la procesión, y de la «piedad del gentío, que prorrumpía otras veces en gritos de lástima cuando llevaban á la horca á un facineroso, y permanecía mudo ante estos réprobos olvidados del Señor»... En aquel día se mostró, según el docto jesuíta, el temple de alma de los que creen en Dios y de los que le desconocen. Los sacerdotes marchaban animosos, dando gritos de exhortación sin cansarse: los miserables reos iban pálidos, decaídos y sin fuerzas. Bien se vió de qué parte estaba la ayuda celeste.

Los sentenciados fueron conducidos al pie del castillo de Bellver para la quema final. El marqués de Leganés, gobernador del Milanesado, de paso en Mallorca con su flota, se apiadó de la juventud y belleza de una muchacha condenada á las llamas, y pidió su perdón. El tribunal alabó los sentimientos cristianos del marqués, pero no quiso admitir su súplica.

El padre Garau era el encargado de convencer á Rafael Valls, «hombre de ciertas letras, pero al que inspiraba el demonio un desmedido orgullo,

impulsándolo á maldecir á los que le condenaban á muerte, y sin querer reconciliarse con la Iglesia». Pero como decía el jesuíta, estas valentías, obra del Malo, acaban ante el peligro y no pueden compararse con la serenidad del sacerdote que exhorta al reo.

—El padre jesuíta era un héroe lejos de las llamas. Ahora verán ustedes con qué piedad evangélica relata la muerte de mi abuelo.

Y abriendo Valls el libro por una página señalada, leía con lentitud: «Mientras llegó sólo el humo á él, era una estatua: en llegando la llama, se defendió, se cubrió y forcejeó como pudo, y hasta que no pudo más. Estaba gordo como un lechonazo de cría, y encendióse en lo interior de manera que aun cuando no llegaban las llamas, ardían sus carnes como un tizón: y reventando por medio, se le cayeron las entrañas como á Judas. *Crepuit medius difusa sunt omnia viscera ejus.*»

Esta lectura bárbara producía siempre efecto. Cesaban las risas, se entenebrecían los rostros, y el capitán Valls paseaba en torno sus ojos de ámbar, respirando satisfecho, como si acabase de alcanzar un triunfo, mientras el pequeño volumen volvía á ocultarse en su bolsillo.

Una vez que Febrer figuraba entre los oyentes, el marino le dijo con voz rencorosa:

—Tú también estabas allí... Es decir, tú no. Uno de tus abuelos, un Febrer que llevaba la bandera verde como alférez mayor del Tribunal; y las da-

mas de tu familia fueron en carroza al pie del castillo para presenciar la quema.

Jaime, molestado por el recuerdo, encogió los hombros.

—¡Cosas viejas! ¿Quién se acuerda de lo que pasó? Sólo algún loco como tú... Anda, Pablo, cuéntanos algo de tus viajes... de tus conquistas de mujeres.

El capitán rezongaba... ¡Cosas viejas! El alma de la *Roqueta* era aún la misma que en aquellos tiempos. Persistía el odio de religión y de raza. Por algo vivían aparte, en un pedazo de tierra aislado por el mar.

Pero Valls recobraba pronto su buen humor, y como todos los que han rodado por el mundo, no podía resistirse á la invitación de relatar su pasado.

Febrer, otro vagabundo como él, gozaba escuchándole. Los dos habían vivido una existencia agitada y cosmopolita, distinta de la monótona vida de los isleños; los dos habían gastado el dinero con prodigalidad. La única diferencia estribaba en que Valls había sabido ganarlo igualmente con el genio activo de su raza, y ahora, diez años mayor que Jaime, tenía con qué atender desahogadamente á sus modestas necesidades de solterón. Todavía comerciaba de vez en cuando y desempeñaba comisiones para amigos que le escribían desde puertos lejanos.

De su accidentada historia de marino, Febrer desechaba el relato de hambres y borrascas y sólo

sentía curiosidad por los amoríos en los grandes puertos internacionales donde se amontonan los vicios exóticos y las hembras de todas las razas. Valls, en sus tiempos juveniles, cuando mandaba buques de su padre, había conocido mujeres de todas clases y colores, viéndose mezclado en orgías marinerescas que acababan entre olas de *whisky* y golpes de cuchillo.

—Pablo, cuéntanos aquellos amoríos en Jaffa, cuando los moros te querían matar.

Y Febrer lanzaba carcajadas escuchándole, mientras el marino se decía que Jaime era un buen muchacho, digno de mejor suerte, sin otro defecto que ser un *butifarra* algo pegado á las preocupaciones de familia.

Cuando subió al carruaje de Febrer en el camino de Valldemosa, dando orden al suyo para que volviese á Palma, se echó atrás el sombrero de fieltro flexible, que llevaba en todo tiempo, aplastado de copa, con el ala delantera subida y la posterior desplomada sobre la nuca.

—Aquí estamos todos. ¿De veras que no me esperabas? Yo lo sé todo; me lo cuentan, y ya que hay fiesta de familia, que sea completa.

Febrer fingía no entenderle. El carruaje entró en Valldemosa, deteniéndose en las inmediaciones de la Cartuja ante una casa de construcción moderna. Cuando los dos amigos transpusieron la verja del jardín, vieron venir hacia ellos un señor de blancas patillas apoyado en un bastón. Era don

Benito Valls. Saludó á Febrer con voz lenta y opaca, cortando varias veces sus palabras para sorber el aire. Hablaba humildemente, celebrando con grandes extremos el honor que le hacía Febrer al aceptar su invitación.

—¿Y yo?—preguntó el capitán con sonrisa maligna—. ¿Yo no soy nadie?... ¿No te alegras de verme?

Don Benito se alegraba de verle. Así lo dijo varias veces, pero sus ojos revelaban inquietud. Su hermano le inspiraba cierto miedo. ¡Qué lengua!... Mejor vivían sin verse.

—Hemos venido juntos—continuó el marino—. Al saber que Jaime almorzaba aquí, me he convidado yo mismo, seguro de darte un alegrón. Estas reuniones de familia son encantadoras.

Habían entrado en la casa, adornada con sencillez. Los muebles eran modernos y vulgares. Algunos cromos y unas pinturas horribles representando paisajes de Valldemosa y Miramar, adornaban las paredes.

Catalina, la hija de don Benito, bajó apresuradamente del piso superior. Llevaba aún polvos de arroz esparcidos en el pecho, revelando el apresuramiento con que había dado un último toque de adorno á su persona al ver llegar el carruaje.

Jaime pudo contemplarla detenidamente por primera vez. No se había equivocado en sus apreciaciones. Era alta, de un moreno mate, con negras cejas, ojos iguales á gotas de tinta y un ligero

vello en el labio y las sienes. Su esbeltez juvenil ofrecíase llena y firme, anunciando una mayor expansión para el porvenir, como en todas las hembras de su raza. Parecía de carácter dulce y sumiso: una buena compañera incapaz de estorbos en el viaje de la vida común. Tenía los ojos bajos y se coloreó su rostro al encontrarse frente á Jaime. En su actitud, en sus miradas furtivas, notábase el respeto, la adoración del que se halla intimidado en presencia de un ser que considera superior.

El capitán acarició á su sobrina con cierta libertad, adoptando el mismo gesto de viejo alegre con que hablaba á las muchachuelas de Palma, á altas horas de la noche, en algún restaurant del Borne. ¡Ah, buena moza! ¡Y qué guapa estaba! Parecía imposible que fuese de una familia de feos.

Don Benito los encaminó á todos al comedor. El almuerzo esperaba hacía mucho rato: en aquella casa se comía al uso antiguo: las doce en punto. Sentáronse á la mesa, y Febrer, que estaba al lado del dueño, sintióse molestado por su respiración jadeante, por las grandes aspiraciones con que interrumpía sus palabras.

En el silencio que envuelve siempre el principio de toda comida sonaba trabajosamente el silbido de sus pulmones enfermos. El rico *chueta* avanzaba los labios, poniéndolos en forma circular como la boca de una trompetilla, y aspiraba el aire con ruido fatigoso. Como todos los enfermos, sentía la necesidad de hablar, y sus palabras eran inter-

minables, entre balbuceos y largos descansos que le dejaban con el pecho jadeante y los ojos en alto, cual si fuese á morir asfixiado. Un ambiente de inquietud extendíase por el comedor. Febrer le miraba con cierta alarma, como si aguardase verle caer moribundo de su silla. La hija y el capitán, habituados á este espectáculo, parecían más indiferentes.

—Es el asma... don Jaime—dijo trabajosamente el enfermo—. En Valldemosa... estoy mejor... En Palma me moría.

Y la hija aprovechaba la ocasión para dejar oir una voz de monjita tímida, que contrastaba con sus ardientes ojos orientales.

—Sí; papá está aquí mejor.

—Aquí estás más tranquilo—añadió el capitán—y haces menos pecados.

Febrer pensaba en el tormento de pasar su existencia al lado de aquel fuelle roto. Por fortuna moriría pronto. Una molestia de algunos meses que no modificaba su resolución de entrar en la familia. ¡Adelante!

El asmático, en su manía verbosa, hablaba á Jaime de sus ascendientes, de los ilustres Febrer, los caballeros más buenos y nobles de la isla.

—Yo tuve el honor de ser muy amigo de su señor abuelo don Horacio.

Febrer le miró asombrado... ¡Mentira! Á su señor abuelo le conocían todos en la isla y con todos hablaba, pero guardando una gravedad que imponía

respeto á las gentes sin alejarlas. ¡Más de esto á ser su amigo!... Tal vez le habría tratado con motivo de alguno de los préstamos que necesitaba don Horacio para sostener su fortuna en plena decadencia.

—También conocí mucho á su señor padre —prosiguió don Benito animado por el silencio de Febrer—. Trabajé por él cuando salía diputado. ¡Aquellos eran otros tiempos! Yo era joven, y no tenía la fortuna que tengo ahora... Entonces figuraba entre los rojos.

El capitán Valls le interrumpió riendo. Ahora, su hermano era conservador y miembro de todas las cofradías de Palma.

—Sí lo soy—gritó el enfermo ahogándose—. Me gusta el orden... me gusta lo antiguo... que manden los que tienen que perder. ¿Y la religión? ¡Ah, la religión!... Por ella daría la vida.

Y se llevaba una mano al pecho, respirando angustiosamente, como si le ahogase el entusiasmo. Clavaba en lo alto sus ojos mortecinos, adorando con el respeto del miedo la santa institución que había quemado á sus ascendientes.

—No haga usted caso de Pablo—continuó al recobrar el aliento, dirigiéndose á Febrer—; usted ya lo conoce: una mala cabeza, un republicano, un hombre que podía ser rico y va á llegar á viejo sin tener dos pesetas.

—¿Para qué? ¿Para que tú me las quites?...

Tras esta brusca interrupción del marino se

hizo el silencio. Catalina puso un gesto triste, como si temiese que se reprodujeran ante Febrer las ruidosas escenas que había presenciado ella muchas veces al discutir los dos hermanos.

Don Benito levantó los hombros y habló sólo para Jaime. Su hermano estaba loco: buena cabeza, corazón de oro, pero loco, rematadamente loco. Con sus ideas exaltadas y sus vociferaciones en los cafés, era el principal culpable de que las personas decentes guardasen cierta prevención contra... de que hablasen mal de...

Y el viejo acompañaba sus truncadas expresiones con gestos humildes, evitando pronunciar la palabra *chueta* y nombrar la famosa *calle*.

El capitán, con las mejillas coloreadas por el arrepentimiento de su acometividad, quería hacer olvidar las anteriores palabras y comía vorazmente, teniendo la cabeza baja.

La sobrina rió de su buen apetito. Siempre que comía con ellos les admiraba por la capacidad de su estómago.

—Es que yo sé lo que es hambre—dijo el marino con cierto orgullo—. Yo he sufrido hambre de verdad, hambre de la que hace pensar en la carne de los compañeros.

Y lanzado por este recuerdo en pleno relato de sus aventuras marítimas, hablaba de los tiempos juveniles cuando había sido «agregado» á bordo de una fragata de las que iban á las costas del Pacífico. Al empeñarse en ser marino, su padre, el viejo

Valls, autor de la fortuna de la casa, le había embarcado en una goleta de su propiedad que traía azúcar de la Habana. Aquello no era navegar. El cocinero le guardaba los mejores platos, el capitán no se atrevía á darle una orden, viendo en él al hijo del armador. Nunca sería un buen marino, duro y experto. Con la tenaz energía de su raza, se había embarcado sin saberlo su padre en una fragata que se hacía á la vela para cargar guano en las islas Chinchas, tripulada por gentes de pueblos diversos: ingleses desertores de la flota, lancheros de Valparaíso, indios peruanos, lo peor de cada casa, bajo el mando de un catalán, cicatero, más pródigo en los rebencazos que en el rancho. El viaje de ida fué regular, pero á la vuelta, luego de pasado el estrecho de Magallanes, sobrevinieron las calmas, y la fragata quedó inmóvil en el Atlántico cerca de un mes, agotándose rápidamente el páñol de los víveres. El armador, un avaro, había aprovisionado el buque con escandalosa parsimonia, y el capitán á su vez había roído los víveres apropiándose una parte de la cantidad destinada á la compra.

—Nos daban dos galletas por día, llenas de gusanos. Cuando recibí las primeras me entretuve cuidadosamente, como un señorito de buena casa, quitándolas uno por uno aquellos animalejos. Pero después de la limpia sólo quedaban unas cortezas, delgadas como hostias, y me moría de hambre. Luego...

—¡Oh, tío!—protestó Catalina adivinando lo que

iba á decir y repeliendo el tenedor y el plato con un gesto de repugnancia.

—Luego—continuó el marino impasible—suprimí la limpieza, y me las tragué enteras. Bien es verdad que comía de noche... ¡Muchas que hubiese tenido, muchacha! Al final sólo nos daban una por día, y cuando llegué á Cádiz hube de estar sometido á caldo, para que el estómago se arreglase.

Al terminar el almuerzo, Catalina y Jaime salieron al jardín. El mismo don Benito, con aires de patriarca bondadoso, ordenó á su hija que acompañase al señor de Febrer para mostrarle unos rosales de exótica variedad que él había plantado. Los dos hermanos quedaron en la habitación que servía de despacho, viendo á la pareja que paseaba por el jardín y acabó sentándose en dos sillones de junco á la sombra de un árbol.

Catalina contestaba á las preguntas de su acompañante con una timidez de doncella cristiana, santamente educada, adivinando el propósito oculto bajo sus palabras de vulgar galantería. Aquel hombre venía por ella, y su padre era el primero en aceptar este deseo. ¡Cosa hecha!... Era un Febrer, y ella iba á decirle que sí. Recordaba sus años infantiles en el colegio, rodeada de niñas más pobres que aprovechaban todas las ocasiones para molestarla, por envidia á su riqueza y por un odio aprendido de sus padres. Era la *chueta*. Sólo podía juntarse con las de su raza, y aun éstas, ansiosas de congraciarse con el enemigo, se traiciona-

ban mutuamente, sin energía ni cohesión para la defensa común. Á la hora de salida, las *chuetas* marchábanse antes por indicación de las monjas, para evitar los insultos y ataques de las otras alumnas al verse juntas en la calle. Hasta las criadas que acompañaban á las niñas peleábanse, asumiendo los odios y preocupaciones de sus amos. También en las escuelas de niños, los *chuetas* salían antes, huyendo de las pedradas y correazos de los cristianos viejos.

La hija de Valls había sufrido los tormentos del alfilerazo traidor, del arañazo oculto, del golpe de tijera en la trenza, y luego, al ser mujer, el odio y el desprecio de sus antiguas compañeras le había seguido en la vida, amargando sus placeres de mujer joven y rica. ¿Para qué ser elegante?... En los paseos sólo la saludaban los amigos de su padre: en el teatro no veía visitado su palco más que por gentes procedentes de *la calle*. Con uno de ellos tendría que casarse, como se habían casado su madre y sus abuelas.

La desesperación y el misticismo de la adolescencia la habían arrastrado hacia la vida monjil. Su padre estuvo próximo á ahogarse de pena. Pero la religión, ¡aquella religión por la que deseaba dar la vida!... Aceptó don Benito lo del monjío en un convento de Mallorca, donde él pudiera ver á su hija todos los días. Pero ningún convento quiso abrirle sus puertas. Las superioras, tentadas por la fortuna del padre, que acabaría por pasar á la co-

munidad, mostrábanse transigentes y buenas, pero los rebaños monásticos alborotábanse ante la idea de recibir en su seno á una de *la calle,* y no humilde ni resignada para soportar la superioridad de las otras, sino rica y soberbia.

Cuando empujada de nuevo hacia el mundo por esta resistencia, no sabía qué pensar de su porvenir y vivía como una enfermera junto al padre, ignorando cuál iba á ser su suerte, volviendo la espalda á los jóvenes *chuetas* que mariposeaban en torno de ella, atraídos por los millones de don Benito, presentábase el noble Febrer, como un príncipe de cuento de hadas, para hacerla su esposa. ¡Qué bueno es Dios! Se veía en aquel palacio inmediato á la Catedral, en el barrio de los nobles, por cuyas estrechas calles de pavimento azul y silencioso pasaban los canónigos durante las horas dormidas de la tarde, atraídos por la campana del coro. Se veía en un carruaje lujoso por entre los pinos de la montaña de Bellver ó á lo largo del muelle, con Jaime al lado de ella, y gozaba pensando en las miradas de odio de sus antiguas compañeras, que no sólo la envidiarían su riqueza y su nuevo rango, sino la posesión de aquel hombre al que lejanas aventuras y una vida agitada habían proporcionado cierta aureola de terrible seducción, deslumbradora y fatal para las tranquilas señoritas de la isla. ¡Jaime Febrer!... Catalina le había visto siempre de lejos, pero cuando entretenía su aburrida soledad con una

lectura incesante de novelas, ciertos personajes, los más interesantes por sus aventuras y sus audacias, le hacían pensar siempre en aquel noble del barrio de la Catedral que andaba por el mundo con elegantes mujeres disipando su fortuna. ¡Y de pronto su padre le hablaba de este personaje extraordinario, dando por seguro que iba á ofrecerle su nombre, y con él la gloria de sus ascendientes, que habían sido amigos de reyes!... No sabía ella si era amor ó gratitud, pero un sentimiento de ternura que empañaba sus ojos la impelía hacia aquel hombre. ¡Ay, cómo iba á quererlo! Y escuchaba como un zumbido dulce sus palabras, sin saber ciertamente qué decía, embriagándose con su música, pensando al mismo tiempo en el porvenir que rápidamente se había abierto ante ella, como una salida de sol que rasga las nubes.

Luego, haciendo un esfuerzo, concentraba su atención y oía á Febrer, que le hablaba de grandes y lejanas ciudades, de desfiles de coches lujosos con mujeres que ostentaban las últimas modas, de escalinatas de teatros por donde descendían cascadas de brillantes, plumas y hombros desnudos, esforzándose él por colocarse al nivel del pensamiento de la muchacha, por halagarla con estas descripciones de gloria femenil.

Jaime no decía más, pero Catalina adivinaba el propósito que había precedido á estas palabras. Ella, la infeliz muchacha de *la calle,* la *chueta,* habituada á ver á los suyos plegados y temerosos

bajo el peso de un odio tradicional, visitaría estas ciudades, se mezclaría en los desfiles de riqueza, tendría francas las puertas que había contemplado siempre cerradas, y entraría por ellas apoyándose en el brazo de un hombre que le había parecido siempre la representación de todas las grandezas terrenales.

—¡Cuándo veré yo eso!—murmuraba Catalina con hipócrita humildad—. Yo estoy condenada á vivir en la isla: yo soy una pobre muchacha que no he hecho mal á nadie, y sin embargo, he sufrido grandes disgustos. Debo ser antipática.

Febrer se lanzó por el camino que le franqueaba esta habilidad femenil. ¡Antipática!... No, Catalina. Él había venido á Valldemosa sólo por verla, por hablarle. Le ofrecía una vida nueva. Todo aquello que le causaba asombro, podía conocerlo y paladearlo con sola una palabra. ¿Quería casarse con él?...

Catalina, que esperaba esta propuesta desde una hora antes, palideció trémula de emoción. ¡Oirla de sus labios!... Pasó mucho tiempo sin contestar, y por fin balbuceó algunas palabras. Era una felicidad, la mayor de su existencia, pero una doncella bien educada no debía contestar inmediatamente.

—¡Yo!... ¡veremos! ¡Es tan grande esta sorpresa!

Jaime quiso insistir, pero en el mismo instante salió al jardín el capitán Valls, llamándole con grandes voces. Debían irse á Palma: ya había dado

orden al cochero para que enganchase. Febrer protestó sordamente. ¿Pero con qué derecho se mezclaba aquel entrometido en sus asuntos?...

La presencia de don Benito cortó su protesta. Bufaba angustiosamente, con el rostro congestionado. El capitán movíase con hostil nerviosidad protestando de la tardanza del cochero. Adivinábase que los hermanos acababan de sostener una discusión violenta. El mayor miró á su hija, miró á Jaime, y pareció serenarse con la confianza de que los dos se habían entendido.

Don Benito y Catalina los acompañaron hasta el carruaje. El asmático cogió una mano de Febrer entre las suyas con un apretón vehemente. Aquella era su casa, y él un verdadero amigo deseoso de servirle. Si necesitaba su auxilio podía mandar como quisiera. ¡Lo mismo que si fuese de la familia!... Todavía nombró una vez más á don Horacio, recordando su antigua amistad. Luego le invitó para que almorzara con ellos dos días después, sin acordarse para nada de su hermano.

—Sí; volveré—dijo Jaime lanzando una mirada á Catalina, que la hizo enrojecer.

Cuando perdieron de vista la verja de la casa tras la cual agitaban sus manos el padre y la hija, el capitán Valls lanzó una ruidosa carcajada.

—¿Conque según parece quieres que sea tío tuyo?—preguntó irónicamente.

Febrer, que iba furioso por la intervención de su amigo y la rudeza con que le había hecho aban-

donar la casa, dió expansión á su cólera. ¿Y á él qué le importaba? ¿Con qué derecho se atrevía á mezclarse en sus asuntos?... Era ya bastante grande para no necesitar consejeros.

—¡Alto!—dijo el marino reclinándose en el asiento y extendiendo sus manos junto al chambergo de mosquetero caído sobre el cogote—. ¡Alto, galán!... Me mezclo porque soy de la familia. Creo que se trata de mi sobrina: al menos así me parece.

—Y si quisiera casarme con ella, ¿qué?... Tal vez á Catalina le parezca bien: tal vez su padre se muestre conforme.

—No digo que no, pero yo soy el tío, y el tío protesta y dice que esa boda es un disparate.

Jaime le miró con asombro. ¡Disparate casarse con un Febrer! ¿Acaso deseaba más para su sobrina?...

—Disparate por parte de ellos y disparate por la tuya—afirmó Valls—. ¿Te has olvidado de dónde vives? Tú puedes ser mi amigo, el amigo del *chueta* Pablo Valls, al que ves en el café, en el Casino, y que además tienen las gentes por medio loco. ¡Pero casarte con una mujer de mi familia!...

Y el marino reía al pensar en esta unión. Los parientes de Jaime iban á indignarse contra él, negándole para siempre el saludo. Más tolerantes se mostrarían si cometía un asesinato. Su tía, la *Papisa Juana,* chillaría como si acabase de presenciar un sacrilegio. Él lo perdería todo, y su sobrina, olvidada y tranquila hasta entonces, iba á

trocar el aburrimiento de su casa, monótono y triste, pero que al fin era una paz, por una vida infernal de disgustos, humillaciones y desprecios.

—No; te lo repito: el tío se opone.

Hasta las gentes del populacho que se decían enemigos de los ricos se indignarían al ver á un *butifarra* casándose con una *chueta*. Había que respetar el ambiente tradicional de la isla, so pena de morir, como moriría su hermano Benito, por falta de aire. Era peligroso querer modificar de un golpe la obra de siglos. Hasta los que llegaban de fuera, limpios de prejuicios, sufrían al poco tiempo la influencia de esta repulsión de razas, que parecía diluída en la atmósfera.

—Una vez—continuó Valls—vino un matrimonio belga á establecerse en la isla, recomendado á mí por un amigo de Amberes. Los atendí, les hice toda clase de favores. «Tengan ustedes cuidado—les decía yo—, piensen que soy *chueta*, y los *chuetas* son gente muy mala.» La mujer se reía. ¡Qué barbaridad! ¡Qué atraso el de la isla! Judíos los había en todas partes y eran gentes iguales á las otras. Nos vimos menos, trataron á otras personas; al año me encontraron en la calle y miraron á todos lados antes de saludarme: ahora me ven y vuelven la cara siempre que pueden... ¡Lo mismo que si fuesen mallorquines!

¡Casarse!... Eso era para toda la vida. En los primeros meses, Jaime haría frente á las murmuraciones y los desprecios, pero el tiempo pasa, un

odio de siglos no se fatiga en el curso de unos cuantos años, y Febrer acabaría por arrepentirse de su aislamiento, reconocería su error al ir contra las preocupaciones de la gran masa, y la que sufriría las consecuencias sería Catalina, mirada en su hogar como un signo de ignominia. No; con el matrimonio pocos juegos. En España es indisoluble, no hay divorcio, y el hacer experiencias resulta caro. Por eso él se había mantenido célibe.

Febrer, irritado por estas palabras, apeló al recuerdo de las ruidosas propagandas que hacía Pablo en contra de los enemigos de los *chuetas*.

—¿Pero tú no deseas la dignificación de los tuyos? ¿No te irritas de que miren á los de *la calle* como personas diferentes á las otras?... ¡Qué mejor que este matrimonio para combatir las preocupaciones!...

El capitán agitó sus manos con un signo de duda. ¡Ta! ¡ta!... El matrimonio no probaba nada. En varias épocas de tolerancia y momentáneo olvido se habían casado cristianos viejos con gentes de *la calle*. En la isla había muchos que revelaban por sus apellidos estas mezclas. ¿Y qué? El odio y la separación continuaban lo mismo... Lo mismo no: un poco más amortiguados que en otros tiempos, pero latentes aún. Los que habían de acabar con esta situación eran la cultura de la gente, las costumbres nuevas, y esto resultaba obra de años y no se conseguía con un matrimonio. Además, los ensayos eran peligrosos y causaban víctimas. Si él

tenía empeño en hacer la experiencia, podía escoger á otra que no fuese su sobrina.

Y Valls sonreía irónicamente al ver los gestos negativos de Febrer.

—¿Estás acaso enamorado de Catalina?—preguntó.

Los ojos de ámbar del capitán, maliciosos y fijos en Jaime, no le permitieron mentir. ¿Enamorado?... Enamorado no. Pero no era indispensable el amor para casarse. Catalina era simpática, podía ser una excelente esposa, una agradable compañera.

Pablo extremó más aún su sonrisa.

—Hablemos como buenos amigos, conocedores de la vida. Mi hermano te es aún más simpático. Él se encargará indudablemente de arreglar tus asuntos. Llorará al ver el dinero que le cuestas, pero tiene la manía del nombre; respeta y adora lo antiguo, y pasará por todo... Pero no te fíes, Jaime. Es el tipo de esos judíos que salen en las comedias, con un bolsón de oro, ayudando á las gentes en una mala hora, para exprimirlas después. Esos son los que nos desacreditan: yo soy otra cosa. Cuando te tenga en su poder te arrepentirás del negocio que has hecho.

Febrer miró á su amigo con ojos hostiles. Lo mejor que podían hacer era no hablar más de este asunto. Pablo era un loco acostumbrado á decir cuanto pensaba, y él no iba á sufrirle siempre. Para seguir siendo amigos, lo mejor era callarse.

—Bueno, callemos—dijo Valls—. Pero que conste una vez más que el tío se opone, y que lo hago por ti y por ella.

Pasaron en silencio el resto del camino. En el Borne se separaron los dos con frío saludo, sin darse la mano.

Jaime entró en su casa al anochecer. *Madó* Antonia tenía sobre una mesa del recibimiento una candileja de aceite, cuya llama parecía hacer más densas las tinieblas de la vasta pieza.

Los ibicencos acababan de marcharse. Luego de almorzar con ella y vagar por la ciudad, habían esperado al señor hasta el anochecer. Tenían que pasar la noche en el falucho: el patrón quería darse á la vela antes del alba. Y *madó* hablaba con interés bondadoso de aquellas gentes, que le parecían del otro extremo del mundo. ¡Cómo lo admiraban todo! Iban por la calle como asustados... ¿Y Margalida? ¡Qué muchacha tan hermosa!...

La buena *madó* Antonia tenía una expresión en la boca y otra en el pensamiento, y mientras seguía al señor hasta su dormitorio, lo examinaba disimuladamente, queriendo adivinar algo en su rostro. ¿Qué habría pasado en Valldemosa, Virgen del Lluch? ¿Qué sería de aquel plan disparatado que había expuesto el señor durante el desayuno?...

Pero el señor estaba de mal talante, y respondía con palabras breves á sus preguntas. No se quedaba en casa: cenaría en el Casino. Á la luz de un quinqué que alumbraba débilmente su vasto

dormitorio, cambió de traje y se acicaló un poco, tomando una llave enorme de manos de *madó* para abrir cuando volviera á altas horas de la noche.

Á las nueve, al dirigirse al Casino, vió á la puerta de un café del Borne á su amigo Tòni Clapés, el contrabandista. Era un hombretón, de rostro afeitado y carilleno, con traje de payés. Parecía un cura del campo, vestido de labriego para pasar la noche en Palma. Con sus alpargatas blancas, la camisa sin corbata y el sombrero echado atrás, entraba en cafés y sociedades, siendo recibido con grandes extremos de amistad. En el Casino respetábanle los señores al ver cómo sacaba tranquilamente de sus bolsillos los puñados de billetes de Banco. Procedente de un pueblo del interior de la isla, había llegado en fuerza de coraje y peligros á ser como el jefe de un Estado misterioso que todos conocían de lejos, pero cuyo secreto funcionamiento permanecía en la sombra. Tenía centenares de súbditos capaces de morir por él y una flota invisible que navegaba de noche, sin miedo á los temporales, abordando á lugares inaccesibles. Los cuidados y riesgos de estas empresas no se traslucían nunca en su rostro jovial y sus ademanes generosos. Sólo se mostraba triste cuando pasaban varias semanas sin noticias de alguna barca salida de Argel en pleno mal tiempo.

—¡Perdida!—decía á sus amigos—. La barca y el cargamento importan poco... Iban siete hombres: yo también he navegado así... Veremos de hacer

algo para que á las familias no les falte el pan.

Otras veces su tristeza era fingida, con un fruncimiento irónico de labios. Una escampavía del gobierno acababa de apresarle una barca... Y todos reían sabiendo que Tòni dejaba los más de los meses que le cogiesen una embarcación vieja con algunos bultos de tabaco, para que sus perseguidores pudieran ostentar este triunfo. Cuando había epidemia en los puertos de África, las autoridades de la isla, impotentes para guardar un litoral extenso, llamaban á Tòni, apelando á su patriotismo de mallorquín, y el contrabandista prometía cesar momentáneamente en sus navegaciones ó cargaba en otro punto, para evitar el contagio.

Febrer tenía con este hombre rudo, alegre y generoso, una confianza fraternal. Muchas veces le había contado sus apuros, buscando el consejo de su astucia campesina. Él, que era incapaz de solicitar un préstamo de sus amigos del Casino, aceptaba el dinero de Tòni en momentos difíciles, dinero del que no parecía acordarse más el contrabandista.

Al encontrarse se estrecharon la mano. ¿Había estado en Valldemosa?... Tòni sabía ya su viaje, gracias á la facilidad con que circulan las más insignificantes noticias en el ambiente monótono y calmoso de una ciudad provinciana ávida de curiosidades.

—Algo más cuentan—dijo Tòni en su mallorquín de campesino—, algo que me parece mentira.

¿Dicen que te casas con la *atlòta* de don Benito Valls?

Febrer, admirado de que tan pronto circulasen las noticias, no se atrevió á negar. Sí; era cierto. Sólo á Tòni quería confesarlo.

El contrabandista tuvo un gesto de repulsión, al mismo tiempo que sus ojos, acostumbrados á las mayores sorpresas, revelaban asombro.

—Haces mal, Jaime: haces mal.

Lo decía gravemente, como si estuviera tratando un asunto solemne.

El *butifarra* tuvo con aquel amigo una confianza que no hubiera osado con ningún otro... ¡Pero si estaba arruinado, querido Tòni! ¡Si nada de lo que tenía en su casa era ya suyo! ¡Si sus acreedores sólo le respetaban con la esperanza de este matrimonio!...

Tòni siguió moviendo la cabeza con expresión negativa. El rudo payés, el contrabandista burlador de las leyes, parecía estupefacto por la noticia.

—De todos modos, haces mal. Debes salir de tus apuros como puedas, pero de otra manera... Los amigos te ayudaremos. ¿Casarte tú con una *chueta?*...

Se despidió de él con un vigoroso apretón de manos, como si le viese marchar hacia un peligro de muerte.

—Haces mal... piénsalo—dijo con expresión de reproche—. ¡Haces mal, Jaime!

IV

Cuando Jaime se metió en la cama, tres horas después de media noche, creyó ver en la obscuridad de su dormitorio los rostros del capitán Valls y Tòni Clapés.

Parecían hablarle, lo mismo que en la tarde anterior. «Me opongo», repetía el marino con risa irónica. «No hagas eso», aconsejaba el contrabandista con gesto grave.

Había pasado la noche en el Casino, silencioso y malhumorado bajo la obsesión de estas protestas. ¿Qué tenía su proyecto de extraño y absurdo para que lo repeliesen, aquel *chueta*, á pesar de constituir un honor para su familia, y aquel payés, rudo y falto de escrúpulos, que vivía casi fuera de la ley?...

Era cierto que en la isla este matrimonio iba á producir escándalo y protestas: pero ¿y él? ¿no tenía derecho á buscar su salvación por cualquier medio? ¿Era acaso una novedad que gentes de su clase intentasen rehacer su fortuna por medio del matrimonio? ¿Y los duques y príncipes linajudos que buscaban el oro en América dando su mano á

hijas de millonarios de origen más censurable que el de don Benito?...

¡Ay! aquel loco de Pablo Valls tenía en parte razón. Esas alianzas podían ser en el resto del mundo, pero Mallorca, la amada *Roqueta*, tenía un alma todavía viva, el alma de otros siglos, cargada de odios y preocupaciones. Las gentes eran tales como habían nacido, tales como fueron sus padres, y así habían de seguir en el ambiente inmóvil de la isla, que no lograban conmover lejanas y tardas ondulaciones venidas de fuera.

Jaime agitábase inquieto en su lecho. No tenía sueño... ¡Los Febrer! ¡Qué pasado tan glorioso! ¡Y cómo gravitaba sobre él, como una cadena de esclavitud que aun hacía más penosa su miseria!...

Había pasado muchas tardes en el archivo de la casa, la pieza inmediata al comedor, registrando los legajos apilados en armarios con puertas de alambre, á la luz suave que se filtraba por las persianas de los huecos. ¡Polvo y papel viejo que había que sacudir para que no lo devorasen las polillas! ¡Bárbaras cartas de navegación con erróneos y caprichosos perfiles que habían servido á los Febrer en sus primeras correrías comerciales!... Por todo ello apenas le darían con que comer unos días; y sin embargo, la familia había peleado durante siglos para hacerse digna de este depósito y aumentarlo. ¡Cuánta gloria muerta!...

La verdadera fama de los suyos, rompiendo los límites de la historia de la isla, comenzaba

en 1541 con la llegada del gran Emperador. Una armada de trescientas velas con 18.000 hombres de desembarco, se juntaba en la bahía de Palma para ir á la conquista de Argel. Estaban allí los tercios españoles mandados por Gonzaga, los alemanes regidos por el duque de Alba, los italianos acaudillados por Colonna, doscientos caballeros de Malta, á cuyo frente marchaba el comendador don Priamo Febrer, el héroe de la familia, y toda la flota navegaba bajo la dirección del gran marino Andrés Doria.

Mallorca acogía con fiestas mitológicas al señor de las Españas y las Indias, de Alemania é Italia, gotoso ya y roído por otras dolencias. La mejor nobleza de Castilla seguía al Emperador en esta santa empresa, alojándose en las casas de los caballeros mallorquines. La de Febrer recibía como huésped á un noble improvisado, recién salido de la nada, cuyas lejanas hazañas y visibles riquezas inspiraban entusiasmos y murmuraciones. Era el marqués del Valle de Huaxaca, Hernán Cortés, que acababa de conquistar Méjico y venía en la expedición ansioso de medirse con los antiguos nobles de la Reconquista, ahora sus iguales, en una galera equipada á su costa, con sus hijos don Martín y don Luis. Una magnificencia real envolvía al lejano conquistador, dueño de fantásticas riquezas. Adornando el puente de su galera llevaba tres esmeraldas enormes, valuadas en más de cien mil ducados; una tallada en forma de flor, otra en

forma de pájaro y otra de campanilla, á la que servía de badajo una perla gruesa. Con él iban servidores que habían estado en las lejanas tierras tomando sus extraños usos; enjutos hidalgos de color enfermizo que pasaban silenciosos las horas muertas encendiendo unos manojos de hierbajos, á modo de trozos de cuerda, y arrojando humo por su boca como demonios que ardiesen interiormente.

Las abuelas de Febrer habían conservado de generación en generación un grueso diamante sin tallar, recuerdo del heroico capitán por el generoso hospedaje. La piedra preciosa figuraba en los documentos de la familia, pero el abuelo don Horacio no había alcanzado á conocerla. Desapareció en el curso de los siglos, como tantas riquezas barridas por los apuros de una casa ostentosa.

Los Febrer preparaban un refresco para la armada, á nombre de Mallorca, costeado en gran parte á sus expensas. Este *refresco,* para que el Emperador apreciase la abundancia y frutos de la isla, componíase de cien vacas, doscientos carneros, centenares de parejas de gallinas y pavos, de cuarteras de aceite y harina, de cuarterones de vino, de cuarterolas de queso, alcaparras y aceitunas, veinte barriles de agua de arrayán y cuatro quintales de cera blanca. Además, los Febrer residentes en la isla y que no eran de la Orden de Malta, se embarcaron en la escuadra con doscientos caballeros mallorquines, ansiosos de conquistar Argel, nido de piratas. Las trescientas galeras salie-

ron de la bahía, ondeando sus flámulas entre el estruendo de cañones y bombardas, saludadas por el gentío amasado en las murallas. Nunca había reunido el Emperador una flota tan imponente.

Era en Octubre. El experto Doria llevaba mal gesto. Para él no existían en el Mediterráneo otros puertos seguros que «Junio, Julio, Agosto... y Mahón». El Emperador se había retrasado demasiado en el Tirol é Italia. El papa Paulo III, al salir á su encuentro en Luca, le había profetizado desgracias por lo avanzado del tiempo. La expedición desembarcó en la playa de Hamma. El comendador Febrer, con sus caballeros de Malta, marchaba en la vanguardia, sosteniendo incesantes choques con los turcos. El ejército se apoderó de las alturas que rodean á Argel y comenzó el sitio. Entonces se cumplieron las predicciones de Doria. Sobrevino una terrible tempestad con toda la violencia del invierno africano. Las tropas, sin abrigo, caladas hasta los huesos durante la noche por la lluvia torrencial, sentíanse ateridas. Un viento furioso obligaba á los hombres á mantenerse tendidos en el suelo. Al amanecer, los turcos, aprovechando esta situación, cayeron por sorpresa sobre el ejército, que casi se desbandó. Pero estaba allí el comendador Priamo, demonio de la guerra, insensible al agua y al fuego, duro, malicioso y siempre falto de descanso, que contuvo el empuje con un puñado de sus caballeros. Españoles y alemanes se rehicieron; los turcos hubieron de replegarse perseguidos por los sitiado-

res hasta las mismas murallas de Argel, y don Priamo Febrer, herido en la cara y en una pierna, se arrastró hasta una puerta de la ciudad, clavando en ella el puñal como testimonio de su avance.

En otra salida de la morisma, el choque era tan furioso, que cejaban los italianos, seguían su ejemplo los alemanes, y el Emperador, rojo de cólera al ver huir á sus soldados favoritos, desenvainaba la tizona, pedía su estandarte, metía espuelas al trotón y gritaba al brillante séquito de caballeros que le seguía: «¡Arriba, señores! Si me veis caer con el estandarte, levantad á éste antes que á mí.» Los turcos huían ante el ímpetu de este escuadrón de hierro. Un Febrer, el rico, el de la isla, abuelo remoto de Jaime, se había interpuesto por dos veces entre el Emperador y los enemigos, salvando su existencia. Á la salida de un desfiladero, el fuego de las culebrinas turcas diezmó á los jinetes. El duque de Alba cogió la brida del caballo de su monarca. «Señor: que vuestra vida vale más que el triunfo.» Y el Emperador, serenándose, volvía atrás, y con un gesto de agradecimiento majestuoso se quitaba la cadena de oro pendiente de su cuello, para colocarla sobre los hombros de Febrer.

Mientras tanto, la tempestad destruía ciento sesenta buques, y el resto de la flota tenía que refugiarse tras el cabo Matifux. Los más de los nobles opinaban por una retirada inmediata. Hernán Cortés, el conde de Alcaudete, gobernador de Orán, y los caballeros mallorquines, con los Febrer á la ca-

beza, pedían que se pusiera en salvo el Emperador y dejase al ejército continuar solo la empresa. Al fin se decidió la retirada, y por cumbres y barrancos hinchados de lluvia, realizóse la triste operación acosados por el enemigo, dejando una estela de muertos y prisioneros. En plena tempestad se embarcaron los que pudieron; el mar embravecido devoró nuevos buques, y las galeras mallorquinas llegaron tristemente á la bahía de Palma escoltando al Emperador, que sin querer bajar á tierra se dirigió á la Península. Los Febrer volvían á su casa cubiertos de gloria en la derrota: uno con el testimonio de amistad del César; otro, el comendador, tendido en una camilla y blasfemando como un pagano por no haberse continuado el cerco de Argel.

¡Priamo Febrer!... Jaime no podía pensar en él sin un sentimiento de simpatía y curiosidad que le habían infundido los relatos escuchados en su infancia. Era el alma heroica y maldita de la familia. Las antiguas damas de la casa no mencionaban jamás su nombre, y al escucharlo bajaban los ojos y enrojecían. Guerrero de la Iglesia, santo caballero que había pronunciado voto de castidad al entrar en la Orden, llevaba siempre mujeres en su galera; cristianas rescatadas al musulmán que no tenía prisa en devolver á sus hogares, ó infieles hechas esclavas en sus audaces desembarcos.

Cuando se procedía al reparto del botín, miraba indiferente las riquezas en montón, dejándolas

para el Gran Maestre. Él sólo tenía interés en apropiarse las hembras. Si le amenazaban con la excomunión, reía diabólicamente en la cara de los eclesiásticos de la Orden. Si el Gran Maestre le llamaba para reprenderle por sus impurezas, erguíase fieramente, hablando de las grandes victorias en el mar que le debía la cruz de Malta.

Conservábanse en el archivo de la casa algunas de sus cartas, pliegos de papel amarillento con caracteres rojizos, desiguales y confusos, y un estilo que delataba las pocas letras del comendador. Expresábase con soldadesca tranquilidad, mezclando frases religiosas con las más impúdicas expresiones. En una de estas cartas, que Jaime había leído, escribía alarmado á su hermano de Mallorca, en vista de cierta enfermedad misteriosa que sufría, y por si era «mal de mujeres» le daba expertos consejos y mágicos remedios. Él había conocido mucho esta dolencia en sus visitas á los puertos de Levante.

Su nombre era popular en toda la costa mediterránea ocupada por los infieles. Los mahometanos le temían como al demonío: las moras hacían callar á sus pequeñuelos con la amenaza del comendador Febrer. Dragut, gran corsario turco, le apreciaba como único rival digno de su valor. Los dos se temían y se respetaban, procurando no verse ni encontrarse en el mar, después de varios combates en los que ambos habían salido malparados.

Un día Dragut, al visitar una de sus galeras en Argel, encontró á Priamo Febrer, casi desnudo, encadenado á un banco y con un remo en las manos.

—¡Cosas de la guerra!—dijo Dragut.

—¡Cosas de la fortuna!—contestó el comendador.

Se estrecharon la mano y no dijeron más. Ni el uno ofreció favor ni el otro pidió misericordia. Las gentes de Argel acudían ansiosas para conocer al *Demonio de Malta* amarrado á su banco de esclavo, pero al verle fiero y ceñudo como un aguilucho cautivo, no se atrevían á insultarle. La Orden dió por el rescate de su heroico guerrero centenares de esclavos, naves y cargamentos, como si fuese un príncipe. Años después fué don Priamo el que, entrando en una galera de Malta, encontró encadenado en un banco de remero al intrépido Dragut. Se repitió la escena sin sorpresa de ambos, como si el encuentro fuese natural. Se estrecharon las manos. «¡Cosas de la guerra!», dijo uno. «¡Cosas de la fortuna!», contestó el otro.

Jaime amaba al comendador porque había representado en el seno de la noble familia el desorden, la libertad, el desprecio de las preocupaciones. ¡Lo que á él le importaban las diferencias de raza y religión cuando sentía el deseo de una mujer!... Había vivido en la madurez de su existencia retirado en Túnez, con sus buenos amigos los ricos corsarios, que en fuerza de odiarle y perseguirle, acabaron por ser sus camaradas. Era

este un período obscuro de su existencia. Las leyendas llegaban á suponer que había renegado, y para distraer su tedio daba caza en el mar á las galeras de Malta. Algunos caballeros de la Orden, enemigos suyos, juraban haberle visto durante un combate, vestido de turco, en el castillo de una embarcación enemiga. Lo único cierto era que había vivido en Túnez en un palacio, á orillas del mar, con una mora de espléndida belleza, parienta de su amigo el Bey. Dos cartas atestiguaban en el archivo esta dulce é incomprensible esclavitud. Al morir la musulmana, don Priamo volvía á Malta, dando por terminada su carrera. Los más importantes dignatarios de la Orden quisieron favorecerle si cambiaba de conducta, hablando de nombrarlo Bailio de Negroponto ó Gran Castellán de Amposta. Pero el empecatado don Priamo no se corregía y continuaba siendo un libertino temible, de humor fantástico y desigual para sus compañeros, y un héroe amado por los «hermanos sirvientes», hombres de armas de la Orden, simples soldados que sólo podían llevar sobre la coraza el adorno de media cruz.

El desprecio á las intrigas y el odio de sus enemigos le hacían abandonar para siempre el archipiélago de la Orden, las islas de Malta y Gozzo, cedidas por el Emperador á los frailes guerreros, sin otro precio que el tributo anual de un azor de los que se criaban en aquellas islas. Viejo ya y cansado, retirábase á Mallorca, viviendo de los bie-

nes de su encomienda situados en Cataluña. La impiedad y los vicios del héroe aterraban á la familia y escandalizaban á la isla. Tres moras jóvenes y una judía de gran belleza le acompañaban como sirvientes en las habitaciones de toda un ala del caserón de los Febrer, mucho más grande en aquella época. Además, conservaba varios esclavos, turcos unos, tártaros otros, que temblaban al verle. Andaba en tratos con viejas tenidas por brujas, consultaba á curanderos hebreos, se encerraba en su dormitorio con esta gente sospechosa y los vecinos temblaban viendo á altas horas de la noche sus ventanas inflamadas por un fuego de infierno. Algunos de sus esclavos languidecían pálidos como si les chupasen la vida. La gente murmuraba que el comendador había empleado su sangre para mágicos bebedizos. Don Priamo quería volver á la juventud: ansiaba reanimar con fuego vital sus fuerzas pasionales. El gran inquisidor de Mallorca hablaba de la posibilidad de una visita, con familiares y alguaciles, á las habitaciones del comendador, pero éste, que era primo suyo, comunicábale por carta su propósito de abrirle la cabeza con un mandoble de abordaje apenas avanzara un pie en el primer peldaño de su escalera.

Moría don Priamo, ó más bien, reventaba con los diabólicos brebajes, dejando como resumen de su despreocupación un testamento cuya copia había leído Jaime. El guerrero de la Iglesia legaba el cuerpo de sus bienes, así como las armas y trofeos,

á los hijos de su hermano mayor, lo mismo que lo habían hecho todos los segundones de la casa. Pero á continuación figuraba una larga lista de mandas, todas para hijos suyos que declaraba habidos con esclavas moras ó amigas judías, armenias y griegas que debían vegetar, decrépitas y arrugadas, en algún puerto de Levante: una descendencia de patriarca bíblico, pero toda irregular, mestiza, producto del cruzamiento de sangres enemigas, de razas antagónicas. ¡Famoso comendador! Parecía que al quebrantar sus votos intentase aminorar esta falta, escogiendo siempre mujeres infieles. Á su pecado de impureza unía lo vergonzoso del comercio con hembras enemigas del verdadero Dios.

Admirábalo Jaime, como á un precursor que le salvaba de sus dudas. ¿Qué tenía de extraño que él se uniese á una *chueta*, igual á las otras mujeres en costumbres, creencias y educación, si el más famoso de los Febrer en una época de intolerancia había vivido fuera de toda ley, con hembras infieles?... Pero los prejuicios de familia despertábanse en Jaime como un remordimiento, haciéndole recordar una cláusula del testamento del comendador. Dejaba bienes á los hijos de sus esclavas, mestizos de otras razas, porque eran de su sangre, y deseaba evitarles los sufrimientos de la miseria, pero les prohibía que usasen el apellido de su padre, el nombre de los Febrer, que se habían mantenido siempre puros de cruzamientos vergonzosos en su casa de Mallorca.

Al recordar esto, sonreía Jaime en la obscuridad. ¿Quién podía responder del pasado? ¿Qué misterios no se ocultaban en las raíces del tronco de su estirpe, allá en los tiempos medioevales, cuando los Febrer y los ricos de la sinagoga balear comerciaban juntos y cargaban sus naves en Puerto Pi? Muchos de su familia, y hasta él mismo, con otros de la antigua nobleza mallorquina, tenían algo de judaico en el rostro. La pureza de las razas era una ilusión. La vida de los pueblos residía en el movimiento, gran engendrador de mezclas y confusiones... Pero ¡ay los orgullosos escrúpulos de familia! ¡La separación creada por las costumbres!...

Él mismo, que pretendía burlarse de los prejuicios del pasado, experimentaba un sentimiento irresistible de altivez al lado de don Benito, que había de ser su suegro. Se consideraba superior á él; le toleraba con una bondad lastimera; se había sublevado interiormente cuando el rico *chueta* le habló de su pretendida amistad con don Horacio. No; los Febrer no habían tratado nunca á aquellas gentes. Cuando sus abuelos iban á Argel con el Emperador, los abuelos de Catalina estaban tal vez recluídos en el barrio de la Calatrava, fabricando objetos de plata, temblando ante la idea de que los payeses pudieran bajar en son de guerra á Palma, encorvándose pálidos de miedo ante el Gran Inquisidor (algún Febrer indudablemente) para granjearse su protección.

Fuera, en el recibimiento, estaba el retrato de uno de sus ascendientes menos remotos, un señor de rostro afeitado, labios finos y descoloridos, peluca blanca y casaca de seda roja, que según rezaba la cartela del lienzo, había sido regidor perpetuo de la ciudad de Palma. El rey Carlos III enviaba una pragmática á la isla prohibiendo que se insultase á los antiguos judíos, «gente laboriosa y honrada», amenazando con pena de presidio al que los llamase *chuetas*. El concejo se alborotaba con esta disposición absurda del monarca, sobradamente bondadoso, y el regidor Febrer solucionaba el asunto con la autoridad de su nombre. «Archívese la pragmática: se acata, pero no se cumple. ¿Para qué necesitan los *chuetas* tener dignidad como cualquiera de nosotros? Con tal que no les toquen la bolsa ó la mujer, se dan por contentos.» Y todos reían, diciéndose que Febrer hablaba por experiencia propia, pues era gran aficionado á visitar *la calle*, encargando trabajos á los plateros para poder hablar con las plateras.

También estaba en el recibimiento el retrato de otro de sus ascendientes, el inquisidor don Jaime Febrer, que llevaba su mismo nombre. En los desvanes de la casa había encontrado él, amarillas por el tiempo, varias cartulinas de visita con el nombre del rico sacerdote; tarjetas grabadas con emblemas, como empezaron á usarse en el siglo XVIII. En el centro de la tarjeta aparecía una cruz leñosa, con una espada y una rama de olivo: á ambos

lados dos corozas, una con la cruz del Santo Oficio, otra con dragones y cabezas de Medusa. Esposas, látigos, calaveras, rosarios y cirios, completaban el adorno: abajo ardía una hoguera en torno de un poste con argolla, y figuraba una caperuza como un embudo, adornada de serpientes, sapos y cabezas cornudas. Una especie de sarcófago elevábase entre estos adornos, y en él se leía en antigua letra española: «El Inquisidor Decano, don Jaime Febrer.» El pacífico mallorquín que al volver á su casa encontraba esta cartulina de visita, debía sentir un espeluznamiento de terror.

Además, venía á su memoria otro de sus ascendientes, aquel á quien mencionaba iracundo Pablo Valls al recordar las quemas de *chuetas* y el librito del padre Garau. Era un Febrer elegante y galanteador que había entusiasmado á las damas de Palma en el famoso auto de Fe, con un vestido nuevo de paño de Florencia recamado de oro, jinete sobre un corcel tan vistoso como su dueño, y llevando el estandarte del Santo Tribunal. El jesuíta hablaba con líricos arrebatos de su gentil apostura. Á la caída de la tarde había presenciado el caballero en la falda del castillo de Bellver cómo ardía la abultada corpulencia de Rafael Valls y cómo reventaban sus entrañas cayendo en el brasero, espectáculo del que le distrajo la presencia de algunas damas, haciendo caracolear su caballo junto á las portezuelas de las carrozas. El capitán Valls tenía razón. Aquello era bárbaro. Pero los Febrer eran los su-

yos: el nombre y los bienes perdidos á ellos los debía. ¡Y él, último vástago de una familia orgullosa de su historia, iba á casarse con Catalina Valls, descendiente del ajusticiado!...

Las consejas oídas en la niñez, los simples relatos con que le entretenía *madó* Antonia, surgían ahora en su recuerdo como ideas olvidadas, pero que habían abierto hondo surco. Pensaba en los *chuetas,* que, según la opinión popular, no eran lo mismo que las otras personas; seres de miseria sórdida y contacto viscoso que debían ocultar terribles deformidades. ¿Quién podía afirmarle si Catalina era igual á las otras mujeres?...

Al momento pensaba en Pablo Valls, tan alegre y generoso, superior por sus cualidades á casi todos los amigos que él tenía en la isla. Pero Pablo apenas había vivido en Mallorca, había viajado mucho: no era como los de su raza, inmóviles, en la misma postura durante siglos, reproduciéndose sobre el montón de su vileza y cobardía, sin fuerzas ni solidaridad para levantarse é imponer respeto.

Jaime conocía en París y en Berlín ricas familias de judíos. Hasta había solicitado que le presentasen á los altos barones de Israel, pero al ponerse en contacto con estos hebreos verdaderos, que conservaban su religión y su independencia de raza, no sintió la instintiva repugnancia que le inspiraban el devoto don Benito y otros *chuetas* de Mallorca. ¿Era el ambiente que influía en él? ¿Era que

una sumisión de siglos, el miedo y el hábito de doblarse habían hecho de los de Mallorca una raza distinta?...

Febrer acabó por sumirse en la lobreguez del sueño, rodando á través de las sinuosidades de su pensamiento, cada vez más confuso.

En la mañana siguiente, mientras se vestía, decidióse á realizar cierta visita, con un gran esfuerzo de su voluntad. Aquel casamiento era algo audaz y peligroso que exigía larga reflexión, como le había dicho su amigo el contrabandista.

—Antes debo jugar mi última carta...—pensó Jaime—. Voy á ver á la *Papisa Juana*. Muchos años que no la visito, pero es mi tía, mi pariente más próxima. En justicia, debía ser yo su heredero. ¡Si ella quisiera!... Le bastaría hacer un gesto, y todos mis apuros habrían terminado.

Jaime pensó en la hora mejor para visitar á la gran señora. Por la tarde tenía su famosa tertulia de canónigos y graves señores, á los que recibía con un aire de soberana. Éstos eran los que iban á heredarla, como mandatarios y representantes de varias corporaciones de carácter religioso. La debía visitar inmediatamente; sorprenderla en su soledad después de la misa y los ejercicios matinales.

Doña Juana vivía en un palacio inmediato á la Catedral. Se había mantenido soltera, abominando del mundo después de ciertos desengaños de su juventud, de los que era responsable el padre de Jaime. Toda la acometividad de su carácter bilio-

so, y el entusiasmo de su fe seca y altiva, los había dedicado á la política y la religión. «Por Dios y por el Rey», le había oído decir Febrer al visitarla cuando muchacho. En su juventud había soñado con las heroínas de la Vendée, se había entusiasmado con las hazañas y penalidades de la duquesa de Berry, queriendo, como estas hembras fuertes de la religión y el legitimismo, montar á caballo, llevando sobre el pecho un Cristo y junto á la falda de amazona un sable pendiente. Pero estos deseos no pasaron de ser vagas fantasías. En realidad, no había hecho otra expedición que un viaje á Cataluña, durante la última guerra carlista, para ver de más cerca la santa empresa que consumió una parte de sus bienes.

Los enemigos de la *Papisa Juana* afirmaban que de joven había tenido oculto en su palacio al conde de Montemolín, pretendiente á la corona, y que allí lo había puesto en relación con el general Ortega, capitán general de las islas. Á estas murmuraciones unían la de un amor romántico de doña Juana por el pretendiente. Jaime sonreía al oir estas noticias. Todo mentira: el abuelo don Horacio, que estaba bien enterado, habló muchas veces á su nieto de estos sucesos. La *Papisa* sólo había querido al padre de Jaime. El general Ortega era un iluso al que recibía doña Juana con novelesco misterio, vestida de blanco, en un salón casi á obscuras, hablándole con voz dulce de ultratumba, como si fuese el ángel del pasado, de la necesidad

de volver España á sus antiguas costumbres, barriendo á los liberales y restableciendo el gobierno de los caballeros. «¡Por Dios y por el Rey!...» Ortega fué fusilado en la costa de Cataluña al fracasar su desembarco carlista, y la *Papisa* se quedó en Mallorca, pronta á dar su dinero para nuevas empresas santas.

Muchos la consideraban arruinada después de sus prodigalidades en la última guerra civil, pero Jaime conocía la fortuna de la devota señora. Su vida era simple como la de una payesa: le quedaban en la isla extensos predios y todas sus economías invertíalas en regalos á iglesias y conventos y donativos al tesoro de San Pedro. Su antiguo lema «Por Dios y por el Rey» había sufrido una mutilación. Ya no pensaba en el rey. De sus antiguos entusiasmos por el pretendiente desterrado sólo le quedaba una gran fotografía con dedicatoria adornando la parte más obscura de su salón.

—Buen mozo—decía—, buen caballero, pero igual casi á los liberales. ¡Ay, la vida en tierra extranjera! ¡Cómo cambia á los hombres!... ¡Qué pecados!...

Ahora su entusiasmo era sólo por Dios, y su dinero emprendía el camino de Roma. Una suprema ilusión animaba su existencia. ¿No le enviaría antes de morir la «Rosa de Oro» el Santo Padre? Era regalo destinado en otros tiempos sólo á las reinas, pero algunas devotas ricas de la América del Sur conseguían ahora esta distinción. Y menudeaba

las liberalidades, viviendo en santa pobreza para poder enviar más dinero. ¡La «Rosa de Oro», y luego morir!...

Febrer llegó á la casa de la *Papisa:* un zaguán semejante al suyo, aunque más cuidado, más limpio, sin hierbas en el pavimento, sin grietas ni desconchaduras en las paredes, con una pulcritud monacal. Arriba le abrió la puerta una sirviente joven y pálida, vestida con hábito azul y cordón blanco, la cual hizo un gesto de sorpresa al reconocer á Jaime.

Le dejó en el recibimiento, lleno de retratos como el de casa de los Febrer, y corrió con un ligero trote de ratón á las habitaciones interiores para avisar esta visita extraordinaria, que turbaba la paz monástica del palacio.

Transcurrieron largos minutos de silencio. Jaime oyó pasos furtivos en las habitaciones inmediatas; vió cortinajes que se levantaban levemente, como movidos por suave céfiro; adivinó tras ellos cuerpos al acecho, ojos que le contemplaban ocultos. La criada volvió á aparecer, saludando á Jaime con grave cortesía. ¡Era el sobrino de la señora!... Le dejó en un gran salón y desapareció.

Febrer entretuvo la espera contemplando la vasta pieza, de un lujo arcaico. Así era su casa en tiempos del abuelo. Las paredes estaban cubiertas de rico damasco carmesí y sobre ellas destacábanse antiguos cuadros religiosos de suaves pinceles italianos. Los muebles eran de madera blanca y

oro, con voluptuosas curvas, tapizados de gruesa seda bordada. Sobre las consolas, reflejándose en los espejos azulados y profundos, mezclábanse figuras polícromas de santos y péndulas del siglo XVIII con figuras mitológicas. La bóveda del techo estaba pintada al fresco, con una asamblea de dioses y diosas sentados en nubes, cuyas rosadas desnudeces y atrevidos gestos contrastaban con la faz dolorosa de un gran Cristo que parecía presidir el salón, ocupando un gran espacio de muro sobre el estrado, entre dos puertas. La *Papisa* reconocía lo pecaminoso de estos adornos mitológicos, pero eran recuerdos de la buena época, de cuando mandaban los caballeros, y los respetaba, procurando no verlos.

Se levantó un cortinaje de damasco y entró en la sala una criada vieja, vestida de negro, con falda lisa y pobre jubón, lo mismo que una campesina. Los cabellos grises estaban cubiertos en parte por una pañoleta obscura, á la que el tiempo y la grasa habían dado un tinte rojizo. Por debajo de la falda asomaban los pies calzados de paño, con unas medias blancas de grueso tejido. Jaime se apresuró á levantarse de su asiento. Aquella criada vieja era la *Papisa*.

La sillería estaba colocada con cierto desorden que parecía denunciar la tertulia que se reunía allí todas las tardes. Cada asiento pertenecía por derecho consuetudinario á una grave persona y quedaba inmóvil en el mismo sitio. Doña Juana ocupó un

sillón semejante á un trono, asiento desde el cual presidía todas las tardes su fiel reunión de canónigos, amigas viejas y señores de sanas ideas, como una reina que recibe en corte.

—Siéntate—dijo brevemente á su sobrino.

Tendió las manos, por el automatismo de la costumbre, sobre un monumental brasero de plata que estaba vacío, y contempló fijamente á Jaime con sus ojos grises de mirada aguda, habituados á infundir respeto. Esta mirada autoritaria fué humanizándose, hasta temblar con una lacrimosidad de emoción. Cerca de diez años que no veía á su sobrino.

—Eres un Febrer de lo más puro. Te pareces á tu abuelo... ¡Igual á todos los de tu familia!

Y ocultaba su verdadero pensamiento; callábase el único parecido que le conmovía, la semejanza con el padre. Jaime era el oficial de marina, tal como venía á verla en remotos tiempos: sólo le faltaban el uniforme y los lentes... ¡Ah, monstruo de liberalismo y de ingratitud!...

Sus ojos recobraron la acostumbrada dureza; sus facciones parecieron más secas, pálidas y angulosas.

—¿Qué deseas?—dijo rudamente—. ¡Porque de seguro no vienes por el placer de verme!...

Llegó el momento. Jaime bajó los ojos con una hipocresía infantil, y temeroso de llegar á su verdadera demanda, acometió el relato desde muy lejos. Tía: él era bueno, creía en todo lo antiguo,

deseaba mantener el prestigio de su familia y aumentarlo. No había sido un santo, lo confesaba: una existencia loca había consumido sus bienes... ¡pero el honor de la casa siempre intacto! De esta vida de pecado y ruina había sacado dos cosas excelentes: la experiencia y el firme propósito de enmendarse.

—Tía: yo quiero cambiar de modo de vivir; yo quiero ser otro.

La tía asintió con un gesto enigmático. Muy bien; así habían hecho San Agustín y otros santos varones, que pasaron su juventud en la licencia, para ser luego lumbreras de la Iglesia.

Jaime se animó con estas palabras. Él, ciertamente, no llegaría á figurar como lumbrera de nada, pero deseaba ser un buen caballero cristiano; se casaría, educaría á sus hijos para que continuasen las tradiciones de la casa: un hermoso porvenir. Pero ¡ay! vidas tan desarregladas como la suya eran de difícil apaño cuando llegaba el momento de enderezarlas hacia la virtud. Necesitaba una ayuda. Estaba arruinado, tía. Los predios se hallaban casi en manos de los acreedores: su casa era un desierto: se había defendido vendiendo los recuerdos del pasado. Él, un Febrer, iba á verse en medio de la calle, si una mano misericordiosa no le apoyaba. Y había pensado en su tía, que al fin era su pariente más próxima, algo así como su madre, para que le salvase.

Esta supuesta maternidad hizo enrojecer débil-

mente á doña Juana, y aumentó la dura brillantez de sus ojos. ¡Ay, la memoria con sus penosas evocaciones!...

—¿Y es de mí de quien esperas la salvación? —dijo lentamente la *Papisa* con una voz que silbaba entre los dientes separados y amarillentos, pero todavía fuertes—. Pierdes el tiempo, Jaime. Yo soy pobre... Yo no tengo casi nada. Apenas lo necesario para vivir y hacer algunas limosnas.

Lo dijo con tal acento de firmeza, que Febrer perdió la esperanza y juzgó inútil insistir. La *Papisa* no quería ayudarle.

—Está bien—dijo Jaime con visible despecho—. Pero á falta de su apoyo, he de procurarme otra salida en mis apuros, y cuento con una. Usted es hoy la mayor de mi familia, y debo buscar su consejo. Tengo en proyecto un casamiento que puede salvarme: un matrimonio con persona rica, pero que no es de nuestra clase, sino de un origen bajo. ¿Qué debo hacer?...

Esperaba en su tía un movimiento de sorpresa, de curiosidad. Tal vez el anuncio de su casamiento la ablandase. Casi era seguro que aterrándose ante este peligro enorme para el honor de su casa y de su sangre, se allanara á todo, concediéndole su protección. Pero el sorprendido, el aterrado, fué Jaime al ver moverse con una sonrisa fría los labios pálidos de la vieja.

—Lo sé—dijo—. Me lo han contado todo esta mañana en Santa Eulalia al salir de misa. Ayer

estuviste en Valldemosa. Te casas... te casas con... una *chueta*.

Le costó un esfuerzo soltar la palabra, se estremeció al decirla. Luego de esto reinó en el salón un largo silencio, uno de esos silencios trágicos y absolutos que siguen á las grandes catástrofes, lo mismo que si la casa acabara de venirse abajo, extinguiéndose el eco del último muro derrumbado.

—¿Y á usted qué le parece?—se atrevió á preguntar tímidamente Jaime.

—Haz lo que quieras—dijo la *Papisa* con frialdad—. Sabes que hemos estado muchos años sin vernos, y lo mismo podemos seguir el resto de nuestra vida. Haz lo que te convenga. Tú y yo somos ahora como de otra sangre: pensamos de distinto modo; no podemos entendernos.

—¿De modo que debo casarme?—insistió él.

—Eso pregúntalo á ti mismo. Los Febrer marchan desde hace años por tales caminos, que nada de ellos puede sorprenderme.

Jaime notaba en los ojos y la voz de su tía un goce reprimido, la voluptuosidad de la venganza, la alegría de ver caer á sus enemigos en lo que consideraba una deshonra, y esto le irritó.

—Y si me caso—dijo imitando la frialdad de doña Juana—, ¿puedo contar con usted? ¿Vendrá usted á mi boda?...

Esto puso fin á la tranquilidad de la *Papisa*, que se irguió con altivez. Las lecturas románticas de la juventud acudieron á su memoria: habló como

una reina ultrajada al final de un capítulo de novela histórica.

—Caballero: soy Genovart por mi padre. Mi madre era Febrer, pero tanto valen los unos como los otros. Yo reniego de la sangre que va á mezclarse con la de la gente vil, matadora de Cristo, y me quedo con la mía, con la de mi padre, que acabará conmigo pura y honrada.

Señalaba la puerta con ademán arrogante, dando por terminada la entrevista. Pero luego pareció darse cuenta de lo extemporáneo y teatral de su protesta, y bajó los ojos, se humanizó, tomando un aspecto de mansedumbre cristiana.

—Adiós, Jaime: ¡que el Señor te ilumine!

—Adiós, tía.

Le tendió él una mano á impulsos de la costumbre, pero ella retiró la suya, ocultándola tras la espalda. Febrer sonrió levemente al recordar ciertas noticias de los murmuradores. No era desprecio ni odio. La *Papisa* había hecho voto de no tocar en su vida las manos de otros hombres que los sacerdotes.

Cuando se vió en la calle prorrumpió sordamente en denuestos, mirando los panzudos balcones del rococo caserón. ¡Víbora! ¡Cómo se alegraba de su casamiento! Cuando éste fuese un hecho, fingiría indignación y escándalo ante su tertulia; tal vez enfermase para que todos en la isla la compadeciesen, y sin embargo, su alegría era inmensa, la alegría de una venganza incubada du-

rante muchos años, viendo á un Febrer, al hijo del hombre odiado, sumido en lo que consideraba la más afrentosa de las deshonras... ¡Y él, empujado por las angustias de la ruina, tendría que proporcionarle este placer, realizando su unión con la hija de Valls!... ¡Ah, miseria!

Vagó hasta pasado mediodía por las calles solitarias vecinas á la Almudaina y la Catedral. El desfallecimiento del estómago guió sus pasos instintivamente hacia su casa. Comió silencioso, sin saber lo que comía, lo mismo que un autómata, no viendo á *madó,* que inquieta desde el día anterior, rondaba en torno de él, ansiosa de entablar conversación para saber más noticias.

Luego de comer salió á una pequeña galería que daba sobre el jardín, con el ruinoso balaustre coronado por tres bustos romanos. Á sus pies extendíase el follaje de las higueras, las barnizadas hojas de los magnolieros, las bolas verdes de los naranjos. Frente á él cortaban el espacio azul los troncos de las palmeras, y más allá de las almenas puntiagudas de la tapia extendíase el mar, luminoso, inmenso, con estremecimientos de vida, como si cosquilleasen su glauca epidermis las barcas con sus velas al viento. Á la derecha estaba el puerto lleno de mástiles y amarillas chimeneas; más allá, avanzando en las aguas de la bahía, la masa obscura de los pinos de Bellver, y en la cumbre el castillo circular como una plaza de toros, con su torre del homenaje suelta, aislada, sin otro lazo de unión

que un gallardo puente. Abajo extendíase el rojo caserío moderno del Terreno, y más allá, al extremo del cabo, el antiguo Puerto Pi con su torre de señales y las baterías de San Carlos.

Al otro lado de la bahía perdíase mar adentro, en las brumas flotantes del horizonte, un cabo de obscuro verde y peñas rojizas, sombrío y deshabitado.

La Catedral destacaba sobre el azul del cielo sus botareles y arcadas, como un navío de piedra, con la arboladura desmochada, que hubiesen arrojado las olas entre la ciudad y la costa. Más allá del templo, el antiguo alcázar de la Almudaina mostraba sus rojas torres, morunas, sobrias en huecos. En el palacio del obispo brillaban como láminas de acero enrojecido los cristales de los miradores, cual si reflejasen un incendio. Entre este palacio y la muralla de mar, en un profundo foso lleno de hierba, por cuyos muros trepaban flotantes guirnaldas de rosales, amontonábanse cañones, unos antiquísimos montados sobre ruedas, otros modernos esparcidos por el suelo, en espera, durante años, del momento de ser emplazados. Las torres blindadas estaban oxidadas, lo mismo que las cureñas; los cañones de largo alcance, pintados de rojo y hundidos en la hierba, parecían tubos de desecho. El olvido y el óxido del abandono envejecían estas piezas modernas. El ambiente tradicional y monótono que según Febrer envolvía á la isla, parecía pesar sobre estos instrumentos de

guerra, viejos y decrépitos apenas nacidos, y antes de haber hablado.

Insensible á la alegría del sol, al palpitar luminoso de la extensión azul, al piar de los pájaros que revoloteaban á sus pies, Jaime sentíase dominado por intensa tristeza, por un desaliento anonadador.

¿Á qué luchar con el pasado?... ¿Cómo libertarse de su cadena?... Cada uno al nacer encontraba marcado el sitio y el gesto para todo en el curso de su existencia, y era inútil querer cambiar de situación y de postura.

Muchas veces, en su primera juventud, al ver desde una altura la ciudad con sus risueños alrededores, se había sentido obsesionado por fúnebres pensamientos. En las calles bañadas de sol, bajo los caparazones de los techos, agitábase el humano hormiguero dominado por necesidades é ideas del momento que consideraba importantísimas, creyendo con el más cándido de los egoísmos que alguien superior y omnipotente vigilaba y dirigía sus idas y venidas, iguales á las de los infusorios en una gota de agua. Más allá de la ciudad veía Jaime con la imaginación monótonas tapias, cipreses que asomaban sus puntas sobre ellas, una población apretada de blancas construcciones, de ventanillas como bocas de hornos, de losas que parecían cubrir entradas de cuevas. ¿Cuántos eran los habitantes de la ciudad de los vivos, en sus plazas y sus amplias calles? Sesenta mil... ochenta

mil. ¡Ay! En aquella otra población situada á corta distancia, apretada, silenciosa, comprimida en sus casitas blancas entre sombríos cipreses, los habitantes invisibles eran cuatrocientos mil, seiscientos mil, tal vez un millón.

Luego, en Madrid, el mismo pensamiento había surgido en él una tarde que paseaba con dos mujeres por los alrededores de la villa. Las cumbres de las colinas inmediatas al río estaban ocupadas por mudas poblaciones, entre cuyos edificios blancos surgían agudos grupos de cipreses. Y al lado opuesto de la gran urbe existían también otros campamentos de silencio y olvido. La ciudad vivía entre un apretado cordón de fuertes de la nada. Medio millón de seres vivos agitábanse en las calles, creyendo ser solos en el dominio y la dirección de la existencia, sin acordarse ni conocer á cuatro, seis ú ocho millones de semejantes que permanecían invisibles junto á ellos.

Igual había pensado en París, donde cuatro millones de vecinos despiertos vivían rodeados de veinte ó treinta millones de antiguos habitantes dormidos; y la misma fúnebre idea habíale perseguido en todas las grandes ciudades.

Los vivos no estaban solos en ninguna parte: rodeábanlos los muertos en todos los sitios, y como eran más, infinitamente más, gravitaban sobre su existencia con la pesadez del tiempo y del número.

No; los muertos no se iban, como creía el refrán popular. Los muertos se quedaban inmóviles al

borde de la vida, espiando á las nuevas generaciones, haciéndolas sentir la autoridad del pasado con rudo tirón en el alma cada vez que intentaban apartarse de la ruta.

¡Qué tiranía la suya! ¡Qué poder sin límites! Era inútil apartar los ojos y paralizar la memoria; se les encontraba en todas partes; tenían ocupadas todas las avenidas de nuestra existencia, y nos salían al paso para recordar sus beneficios, obligándonos á una gratitud envilecedora. ¡Qué servidumbre!... La casa en que vivimos la construyeron los muertos; las religiones, ellos las crearón; las leyes que obedecemos, las dictaron los muertos, y obra suya son también los guisos amados, nuestras pasiones y gustos, los alimentos que nos sostienen, todo lo que produce la tierra roturada por sus manos, que ahora son polvo. La moral, las costumbres, los prejuicios, el honor, todo obra suya. De pensar ellos de distinto modo, otra sería la actual organización de los hombres. Las cosas agradables á nuestros sentidos lo son porque así lo quisieron los muertos: las desagradables é inútiles se ven sumidas en su vileza por la voluntad de los que ya no existen: lo moral y lo inmoral son sentencias dadas hace siglos por ellos.

Los hombres que se esforzaban por decir cosas nuevas no hacían más que repetir con diversas palabras lo mismo que los muertos venían diciendo siglos y siglos. Lo que consideramos más espontáneo y personal en nosotros nos lo dictaban ocultos

maestros tendidos en su lecho de tierra, los cuales, á su vez, habían aprendido la lección de otros muertos anteriores. En el punto de luz de nuestros ojos arde el alma de nuestros abuelos, así como en las líneas de nuestras facciones se reproducen y reflejan los rasgos de las generaciones desaparecidas.

Febrer sonreía con inmensa tristeza. Creemos pensar por cuenta propia, y en las circunvoluciones de nuestro cerebro agítase una fuerza que ha vivido en otros organismos, semejante á la savia del injerto que lleva la energía desde los árboles seculares y moribundos á las plantaciones nuevas. Mucho de lo que decimos espontáneamente, como última novedad de nuestro pensamiento, es una idea de los otros, enquistada en nuestro cerebro desde el nacimiento, y que de pronto rompe su envoltura. Los gustos, los caprichos, las virtudes y los defectos, las afinidades y las repulsiones, todo heredado, todo obra de los desaparecidos que se sobreviven en nosotros.

¡Con qué terror pensaba Jaime en el poder de los muertos!... Ocultábanse para hacer menos cruel su tiranía, pero no habían perecido realmente: sus almas estaban tendidas en los límites del campo de nuestra existencia, así como sus cuerpos formaban un campo atrincherado en torno de las aglomeraciones humanas. Nos espiaban con ojos severos; nos seguían, apartándonos con invisible zarpazo al menor intento de desviación en la ruta; se juntaban todos con fuerza diabólica para tirar de los rebaños

de hombres, que se lanzan tras un ideal nuevo y extraordinario, restableciendo con violenta reacción la calma de la vida, que aman silenciosa y plácida, con susurro de hierbas mustias y aleteo de mariposas; una dulce calma de cementerio dormido bajo el sol.

El alma de los muertos llenaba el mundo. Los muertos no se van, porque son los amos. Los muertos mandan, y es inútil resistirse á sus órdenes.

¡Ay, el hombre de las grandes ciudades que vive vertiginosamente, que ignora quién hizo su casa, quién elaboró su pan, que no ve de la libre Naturaleza otras obras que los pobres árboles que adornan las calles, ignoraba estas cosas! Ni siquiera llegaba á enterarse de que su vida transcurría entre millones y millones de ascendientes que estaban amontonados á pocos pasos de él y le espiaban y dirigían. Obedecía ciegamente sus tirones, sin saber dónde terminaba el cabo de la cuerda amarrado á su alma: creía todos sus actos, ¡pobre autómata! producto de su voluntad, cuando no eran más que imposiciones de los omnipotentes invisibles.

Jaime, sumido en la existencia monótona de una isla tranquila, conociendo sus ascendientes uno á uno, sabiendo el origen y la historia de todo cuanto le rodeaba, objetos, ropas, muebles y aquella casa que parecía tener un alma, podía darse cuenta de esta tiranía mejor que los demás.

Sí; los muertos mandan. La autoridad de los

vivos, sus asombrosas novedades, ¡todo ilusión: engaños que sirven para sobrellevar la existencia!...

Febrer, mirando al mar, en cuyo horizonte marcábase la débil columna de humo de un vapor, pensaba en los grandes trasatlánticos, pueblos flotantes, monstruos de velocidad, orgullo de la industria humana, que pueden dar en poco tiempo la vuelta al mundo... Sus remotos abuelos de la Edad Media, que iban á Inglaterra en una nave como una barca de pesca, representaban algo más extraordinario; y los grandes capitanes del presente, con sus rebaños de hombres, no habían realizado mayores hazañas que el comendador Priamo con un puñado de marineros. ¡Ah, la vida! ¡Qué engaños, qué ilusiones bordábamos sobre ella, para ocultarnos la monotonía de su trama! Lo corto de sus sensaciones y sorpresas era desesperante. Igual era vivir treinta años que trescientos. Los hombres perfeccionaban los juguetes útiles para su egoísmo y su bienestar, las máquinas, los medios de locomoción; pero aparte de esto, lo mismo se vivía. Las pasiones, las alegrías y las preocupaciones eran las mismas: el animal humano no cambiaba.

Él se había creído un hombre libre, con un alma que llamaba *moderna,* suya, toda suya: y ahora descubría en ella un confuso amasijo de las almas de sus ascendientes. Podía reconocerlas porque las había estudiado, porque estaban en una habitación inmediata, en el archivo, como esas

flores secas que se conservan aplastadas entre las hojas de un libro viejo. La mayoría de los humanos que guardan memoria, cuando más, de sus bisabuelos; las familias que no han podido conservar escrupulosamente la historia de su pasado al través de siglos, no se daban cuenta de la vida ancestral que perduraba en su alma, tomando como inspiraciones propias los gritos que los ascendientes lanzaban dentro de ellos. Nuestra carne era carne de los que ya no existen; nuestras almas fragmentos amasados de las almas de otros muertos.

Jaime sentía en su interior al grave abuelo don Horacio, y con él los escrúpulos del Inquisidor Decano, el de la tarjeta horripilante, y las almas del famoso comendador y de otros ascendientes. Su mentalidad de hombre moderno guardaba en su masa algo de la de aquel regidor perpetuo que consideraba como una raza aparte y envilecida á los judíos conversos de la isla.

Los muertos mandan. Ahora se explicaba la repugnancia inevitable, la altivez que había sentido al ponerse en contacto con aquel don Benito tan obsequioso y humilde... ¡Y estos sentimientos eran irresistibles! ¡Y su modo de ser no tenía remedio! Se lo imponían otros que eran más fuertes que él: los muertos mandaban, y había que obedecer.

Este pesimismo le hizo recordar su situación presente. ¡Todo perdido!... Él no servía para los pequeños negocios, para las transacciones y arreglos que llevan adelante una vida de apuros. Renun-

ciaba á aquella boda, que era su única salvación, y los acreedores, apenas se enterasen de esta renuncia, que desvanecía sus esperanzas, caerían sobre él. Iba á verse expulsado de la casa de los suyos, compadecido por todos, con una lástima que le afligiría más que el insulto. Sentíase sin fuerzas para presenciar el naufragio definitivo de su casa y su nombre. ¿Qué hacer?... ¿Adónde ir?...

Permaneció gran parte de la tarde contemplando el mar, siguiendo el curso de las blancas velas que se ocultaban tras el cabo ó se perdían en el dilatado horizonte de la bahía.

Al retirarse de la terraza, Febrer, sin saber cómo, se vió abriendo la puerta del oratorio, una puerta antigua y olvidada, que al chirriar sobre sus pernos oxidados esparció polvo y telarañas. ¡Cuánto tiempo que no había entrado allí!... En este ambiente denso de piedra cerrada, creyó percibir un vago olor de esencias, de bote de perfumes abierto y abandonado; un olor que le hizo recordar á las solemnes damas de la familia cuyos retratos estaban en el recibimiento.

Al través de un rayo de luz que se filtraba por los ventanillos de la cúpula, danzaban en espiral ascendente millones de corpúsculos de polvo inflamados por el sol. El altar, de antigua talla, brillaba directamente en la penumbra, con reflejos de oro viejo. Sobre la mesa sagrada había unos zorros y un cubo, olvidados hacía algunos años, desde la última limpieza.

Dos reclinatorios de viejo terciopelo azul parecían guardar aún la huella de señoriales y delicados cuerpos que ya no existían. Quedaban sobre sus pupitres, como olvidados, dos libros de oraciones con las puntas roídas por el uso. Jaime reconoció uno de estos libros. Era de su madre, la pobre señora pálida y enferma que compartía su vida entre el rezo y la adoración de un hijo, para el que soñaba con las mayores grandezas. El otro tal vez había pertenecido á su abuela, aquella americana de los tiempos del romanticismo, que aun parecía estremecer el caserón con el roce de sus blancos vestidos y los susurros del arpa.

Esta aparición del pasado, vivo y latente, en la capilla abandonada, el recuerdo de aquellas dos damas, la una toda piedad, la otra idealista, elegante y soñadora, acabó de trastornar á Febrer. ¡Y pensar que dentro de poco las manazas de la usura vendrían á profanar tanta inmovilidad venerable!... Él no podría presenciarlo. ¡Adiós! ¡adiós!...

Al anochecer buscó en el Borne á Tòni Clapés. Con la confianza que le inspiraba el contrabandista, le pidió dinero.

—No sé cuándo podré devolvértelo. Me voy de Mallorca. Que se hunda todo, pero que yo no lo vea.

Clapés dió á Jaime más dinero que el que éste le pidió. Tòni quedaba en la isla, y con ayuda del capitán Valls intentaría arreglar sus asuntos, si aun era posible. El capitán entendía de negocios y sabía

desenmarañar los más confusos. Jaime y él estaban reñidos desde el día anterior; pero no importaba: Valls era un verdadero amigo.

—No digas á nadie que me voy—añadió Jaime—. Sólo debes saberlo tú... y Pablo. Tienes razón: es un amigo.

—¿Y cuándo te vas?...

Esperaba el primer vapor que saliera para Ibiza. Tenía allá todavía algo: un montón de rocas con hierbajos y conejos; una torre ruinosa del tiempo de los piratas. Lo sabía por casualidad desde el día anterior: se lo habían dicho unos payeses de Ibiza que había encontrado en el Borne.

—Lo mismo es estar allí que en otra parte... Mejor, mucho mejor. Cazaré, pescaré; voy á vivir sin ver gente.

Clapés, recordando sus consejos de la noche anterior, apretó satisfecho la mano de Jaime. Se acabó lo de la *chueta*. Su alma de payés se alegraba de esta solución.

—Haces bien en irte. Lo otro... lo otro era una locura.

SEGUNDA PARTE

I

Febrer contemplaba su imagen, sombra transparente, de flotantes contornos por el estremecimiento de las aguas, á través de la cual veíase el fondo del mar, con lácteas manchas de limpia arena y bloques obscuros desprendidos de la montaña, que se habían cubierto de extrañas vegetaciones.

Las hierbas marítimas ondeaban temblorosas sus verdes cabelleras: frutos redondos, semejantes á los higos chumbos, agrupábanse blancuzcos en las aristas de las rocas: flores, que parecían de nácar, brillaban en la profundidad de las aguas verdes, y entre esta vegetación de misterio destacaban las estrellas de mar sus puntas de colores, apelotonábase el erizo como un borrón negro lleno de púas, nadaban inquietos los caballitos del diablo, y un chisporroteo de plata y púrpura, de colas y nadaderas, pasaba veloz entre torbellinos de bur-

bujas, surgiendo de una cueva para perderse en otra boca de insondable misterio.

Estaba Jaime inclinado en la borda de una pequeña embarcación, con la vela caída. En una mano sostenía el *volantí*, largo hilo con varios anzuelos que casi tocaba el fondo del mar.

Era cerca de mediodía. El barquichuelo estaba en la sombra. Á espaldas de Jaime, extendíase con grandes sinuosidades de puntas salientes y profundas escotaduras la costa bravía de Ibiza. Ante él estaba el Vedrá, peñasco aislado, mojón soberbio de trescientos metros de altura, que en su soledad aun parecía más enorme. Á sus pies, la sombra del coloso daba á las aguas un color denso y transparente á la vez. Más allá de su sombra azulada, hervía el Mediterráneo con chisporroteo de oro bajo la luz del sol, y las costas de Ibiza, rojas y escuetas, parecían irradiar fuego.

Jaime venía á pescar todos los días de calma en el estrecho canal, entre la isla y el Vedrá. Era en los días buenos un río de agua azul, con peñascos submarinos, que asomaban sobre la superficie sus cabezas negras. El gigante se dejaba abordar, sin perder por esto su aspecto imponente, duro y hostil. Así que refrescaba el viento, las cabezas medio sumergidas se coronaban de espuma, lanzando rugidos; montañas de agua penetraban sordas y lívidas en la marítima garganta, y había que izar la vela y huir cuanto antes de este callejón, caos ruidoso de remolinos y corrientes.

En la proa de la barca estaba el tío Ventolera, viejo marinero que había navegado en buques de diversas naciones, y acompañante de Jaime desde que éste llegó á Ibiza. «Cerca de ochenta años, señor», y no dejaba un solo día de embarcarse para pescar. Ni enfermedades ni miedo al mal tiempo. Tenía el rostro curtido por el sol y el aire salitroso, pero con pocas arrugas. Las piernas, enjutas y al descubierto bajo unos pantalones arremangados, ofrecían la fresca piel de los miembros vigorosos. La blusa, abierta sobre el pecho, dejaba ver una pelambrera gris, del mismo color que la cabeza, cubierta con una gorra negra, recuerdo de su último viaje á Liverpool, con una borla encarnada en el vértice y ancha cinta á cuadritos blancos y rojos. Llevaba adornado el rostro con estrechas patillas y de sus orejas pendían unos aretes de cobre.

Jaime, al conocerle, había sentido curiosidad por estos adornos.

—De chico fuí grumete en una goleta inglesa —dijo Ventolera en su dialecto ibicenco, cantando las palabras con una vocecita dulce—. El patrón era un maltés muy arrogante, con patillas y pendientes. Y yo me decía: «Cuando sea hombre, he de ser igual al patrón...» Yo, aunque usted me vea así, he sido muy pinturero, y me ha gustado imitar á las personas que valen.

Los primeros días que Jaime pescó en el Vedrá, olvidábase de mirar al agua y al aparejo que tenía

en la mano, para fijarse en el coloso que se alza sobre el mar, despegado de la costa.

Amontonábanse las rocas, soldadas unas á otras, y se remontaban en el espacio, obligando al espectador á echar la cabeza atrás para alcanzar la aguda cumbre. Los peñascos de la orilla del agua eran abordables. Penetraba el mar entre ellos, sumiéndose en las bajas arcadas de cuevas submarinas, refugio en otros tiempos de corsarios y depósitos ahora de los contrabandistas, algunas veces. Podía caminarse saltando de peñasco en peñasco, entre sabinas y otras vegetaciones silvestres, por una parte del litoral, pero más adentro la roca se elevaba, recta, lisa, inabordable, en pulidas paredes grises cortadas á pico. Á enormes alturas, existían algunas mesetas cubiertas de verde, y tras éstas volvía á elevarse el peñón en su cortadura vertical, hasta llegar á la cumbre, aguda como un dedo. Algunos cazadores habían escalado una parte de esta ciudadela, aprovechando como senderos las aristas entrantes de la piedra y llegando de este modo á las primeras mesetas. Más allá sólo había ido, según el tío Ventolera, cierto fraile desterrado por el gobierno como agitador carlista, que había construído en la costa de Ibiza la ermita de los *Cubells*.

—Era un hombre duro y atrevido—continuaba el viejo—. Dicen que puso una cruz en lo más alto, pero hace tiempo que se la llevaron los malos vientos.

Febrer veía saltar en las oquedades del gran peñón gris, sombreadas por el verde de las sabinas y los pinos marítimos, unos puntos de color, algo así como pulgas rojas ó blanquecinas, de incesante movilidad. Eran las cabras del Vedrá; cabras salvajes por el aislamiento, abandonadas hacía muchos años, y que se reproducían lejos del hombre, habiendo perdido todo hábito de domesticidad, huyendo monte arriba con prodigiosos saltos apenas una barca abordaba al peñón. En las mañanas tranquilas, sus balidos, agrandados por el silencio agreste, extendíanse sobre la superficie del mar.

Un amanecer, Jaime, que había traído su escopeta, disparó dos tiros contra un grupo de cabras que estaban á gran distancia, seguro de no tocarlas, por el placer de verlas saltar en su huída. Los estampidos, agrandados por el eco del canal, poblaron el espacio de chillidos y aleteos. Eran centenares de gaviotas viejas y enormes que abandonaban sus guaridas, espantadas por el estruendo. El islote, estremecido, arrojaba fuera á sus alados habitantes. En lo más alto, como puntos negros, volaban hacia la isla grande otros pájaros fugitivos; los halcones que se refugiaban en el Vedrá y daban caza á las palomas de Ibiza y Formentera.

El viejo marinero señalaba á Febrer ciertas cuevas abiertas como ventanas en las paredes más rectas é inaccesibles del islote. Ni las cabras ni los hombres podían llegar allí. El tío Ventolera cono-

cía lo que se ocultaba más adentro de sus negras gargantas. Eran colmenas; colmenas que tenían siglos y siglos, refugios naturales de las abejas que pasando el estrecho entre Ibiza y el Vedrá, venían á refugiarse en estas cuevas inaccesibles luego de haber revoloteado por los campos de la isla. Él había visto en cierta época del año brillar junto á estas bocas hilos de luz que serpenteaban peñas abajo. Era miel que derretía el sol en la entrada de la caverna, y chorreaba inútil fuera del depósito.

El tío Ventolera tiró de su aparejo de pesca con un ronquido de satisfacción.

—¡Y van ocho!...

Pendiente de un anzuelo coleaba y movía sus patas una especie de langosta, de obscuro gris. Otras semejantes descansaban inertes en una espuerta al lado del viejo.

—Tío Ventolera, ¿qué no canta usted la misa?

—Si usted lo permite...

Jaime conocía las costumbres del viejo, su afición á entonar los cánticos de la misa mayor cada vez que se sentía alegre. Retirado de las largas navegaciones, su placer era cantar los domingos en la iglesia del pueblo de San José ó en la de San Antonio, extendiendo luego esta afición á todos los momentos felices de su vida.

—Allá voy... allá voy—dijo con tono de superioridad, como si fuese á dispensar á su acompañante el mayor de los placeres.

Llevándose una mano á la boca, se extrajo de golpe la dentadura, guardándola en la faja. Su rostro se llenó de arrugas en torno de la boca sumida, y comenzó á cantar las frases del sacerdote y las respuestas del ayudante. La voz temblona é infantil adquiría una grave sonoridad al resbalar en la acuática extensión y ser reproducida por los ecos de las rocas. Las cabras del Vedrá respondían de vez en cuando con tiernos balidos de sorpresa. Jaime reía de la vehemencia del viejo, el cual, poniendo los ojos en blanco, se llevaba una mano al corazón sin soltar de la otra la cuerda del *volantí*. Así estuvieron largo rato, atento Febrer á su aparejo, en el que no percibía el más leve movimiento. Toda la pesca era para el anciano. Esto le puso de malhumor, y de pronto sintióse molestado por sus cánticos.

—Basta, tío Ventolera... ¡Ya hay bastante!

—Le ha gustado, ¿verdad?—dijo el viejo con candidez—. También sé otras cosas: sé lo del capitán Riquer, un sucedido; nada de cuentos. Mi padre lo vió.

Jaime hizo un ademán de protesta. No, nada del capitán Riquer. Se sabía de memoria la hazaña. En tres meses que salían juntos al mar, raro era el día que terminaba sin el relato del suceso. Pero el tío Ventolera, con su inconsciencia senil, convencido de la importancia de todo lo suyo, había ya empezado su historia, y Jaime, vuelto de espaldas, echaba el cuerpo fuera de la borda, mirando las

profundidades del mar, para no oir una vez más lo que sabía ya de memoria.

¡El capitán Antonio Riquer!... Un héroe de la isla, un marino tan grande como Barceló... Pero como Barceló era mallorquín y el otro ibicenco, todos los honores y los grados habían sido para aquél. Si hubiese justicia debía tragarse el mar á la isla orgullosa, madrastra de Ibiza. De pronto, el viejo recordaba que Febrer era mallorquín, y permanecía en confuso silencio por unos instantes.

—Esto es un decir—añadía excusándose—. Buenas personas las hay en todas partes. *Vòstra mersé* es una de ellas. Pero volviendo al capitán Riquer...

Era patrón de un jabeque armado en corso, el *San Antonio*, tripulado por ibicencos, en continua guerra con las galeotas de los moros argelinos y los navíos de Inglaterra, enemiga de España. El nombre de Riquer lo conocían en todo el Mediterráneo. El suceso ocurrió en 1806. El día de la Trinidad, por la mañana, se presentó á la vista de la ciudad de Ibiza una fragata con bandera inglesa, dando bordadas fuera del alcance de los cañones del castillo. Era la *Felicidad*, el navío del italiano Miguel Novelli, apodado el *Papa*, vecino de Gibraltar y corsario al servicio de Inglaterra. Venía en busca de Riquer, á burlarse en sus propias barbas, navegando arrogante á la vista de su ciudad. Tocaron á rebato las campanas, sonaron los tambores, el vecindario se agolpó en las murallas de Ibiza y en el barrio de la Marina. El *San Antonio* estaba carenándose en

tierra, pero Riquer, con los suyos, lo echó al agua. Los cañoncitos del jabeque habían sido desmontados, y los sujetaron á toda prisa con cuerdas. Todos los de la Marina querían embarcarse, pero el capitán sólo escogió cincuenta hombres y oyó misa con ellos en la iglesia de San Telmo. Al ir á izar velas se presentó el padre de Riquer, un marino viejo, y atropellando la resistencia de su hijo, se metió en el buque.

Necesitó el *San Antonio* largas horas y expertas maniobras para aproximarse al buque del *Papa*. El pobre jabeque parecía un insecto al lado del gran navío, tripulado por la gente más brava y aventurera recogida en los muelles de Gibraltar: malteses, ingleses, romanos, venecianos, liorneses, sardos y ragùseos. La primera andanada de los cañones del navío mata cinco hombres sobre la cubierta del jabeque, entre ellos el padre de Riquer. Éste coge el cadáver destrozado, manchándose con su sangre, y corre á ocultarlo en la cala. «¡Han muerto á nuestro padre!», gimen los hermanos de Riquer. «Á lo que estamos—grita éste con rudeza—. ¡Á los frascos! ¡Al abordaje!»

Los *frascos,* arma terrible de los corsarios ibicencos, botellas ígneas que al romperse sobre la cubierta enemiga la incendiaban con su fuego, caen sobre el navío del *Papa*. Arden los cordajes, flamea la obra muerta, y como demonios, saltan entre las llamas Riquer y los suyos, la pistola en una mano, el hacha de abordaje en otra. La cu-

bierta chorrea sangre, los cadáveres ruedan al mar con la cabeza destrozada. Al *Papa* lo encontraron escondido y medio muerto de miedo en un armario de su cámara.

Y el tío Ventolera reía con su risa de niño al recordar este detalle grotesco de la gran victoria de Riquer. Luego, al ser conducido el *Papa* preso á la isla, las gentes de la ciudad y los payeses acudidos en tropel lo miraban como un animal raro. ¡Este era el pirata, terror del Mediterráneo! ¡Y lo habían encontrado metido entre tablas por miedo á los ibicencos! Le formaron proceso para colgarlo en la isla de los Ahorcados, un islote donde ahora estaba el faro en el estrecho de los Freus, pero Godoy dió orden para que lo canjeasen por otros españoles.

Su padre había visto estos grandes sucesos: iba de paje en el jabeque de Riquer. Luego había caído cautivo de los argelinos, siendo de los últimos esclavos, antes de que llegasen los franceses á Argel. Allí se vió en peligro de muerte un día que los diezmaron á todos por el asesinato de un moro perverso, cuyo cadáver apareció embutido en una letrina. El tío Ventolera acordábase de los relatos que hacía su padre de la época en que Ibiza tenía corsarios y llegaban á su puerto embarcaciones apresadas, con moras y moros cautivos. Los prisioneros comparecían ante «el escribano de presas» como testigos del suceso, y se les exigía juramento de verdad «por Alaquivir, el Profeta y

su Alcorán, alto el brazo y el dedo índice, mirando el rostro al nacimiento del sol», mientras los duros corsarios ibicencos, al repartirse el botín, apartaban un fondo para la compra de sábanas con destino á sus heridas, y dejaban otra parte de las ganancias con encargo de que «un sacerdote celebrase misa todos los días mientras ellos estuviesen fuera de la isla».

El tío Ventolera pasaba de Riquer á otros valerosos patrones de corso anteriores á él, pero Jaime, molestado por su charla, en la que latía un deseo de asombrar á la isla de Mallorca, vecina y enemiga, acabó por impacientarse.

—Que son las doce, abuelo... Vámonos; ya no pican.

El viejo miró el sol, que sobrepasaba la cumbre del Vedrá. Aun no era mediodía, pero faltaba poco. Luego miró el mar: el señor tenía razón: ya no picarían los peces, pero él estaba satisfecho de la jornada.

Con sus brazos enjutos tiró de la cuerda, izando la pequeña vela triangular de la embarcación. Ésta se inclinó sobre un costado, cabeceó sin moverse del sitio, y luego comenzó á cortar el agua con suave murmullo. Salieron del canal, dejando atrás el Vedrá y siguiendo la costa de Ibiza. Jaime empuñaba el timón, mientras el viejo, abarcando el cesto de la pesca entre sus rodillas, iba contando y manoseando las piezas, con avaro deleite.

Doblaron un cabo y apareció una nueva sección de la costa. Sobre un montículo de peñas rojas, cortado á trechos por manchas obscuras de matorrales, destacábase una torre ancha y amarilla, un cilindro achatado sin más huecos por la parte del mar que una ventana, negro agujero de contornos irregulares. En el coronamiento de la torre, una tronera que había servido en otros tiempos para un pequeño cañón, recortaba su tajadura sobre el azul del cielo. Á un lado del promontorio, cortado á pico sobre el mar, descendía el terreno, cubriéndose de verde, con arboledas bajas y frondosas, entre las cuales asomaba la mancha blanca de un exiguo caserío.

La embarcación hizo rumbo á la torre, y al llegar cerca de ella desvióse hacia una playa inmediata, chocando su proa en el fondo de grava. El viejo amainó la vela y aproximó la embarcación á una roca suelta en medio de la playa, de la cual pendía una cadena. Amarró á ella la barca y luego saltaron á tierra él y Jaime. No quería poner en seco la embarcación: pensaba volver al mar aquella tarde luego de comer: asunto de calar unos *palangres*, que recogería á la mañana siguiente. ¿Le acompañaba el señor?... Febrer hizo un gesto negativo, y el viejo se despidió de él hasta la madrugada siguiente. Le despertaría desde la playa cantando el *Introito,* cuando aun hubiera estrellas en el cielo. El amanecer debía sorprenderles en el Vedrá. ¡Á ver si salía pronto de la torre!

Se alejó el viejo tierra adentro, llevando pendiente de un brazo el cesto de pescado.

—Dele usted mi parte á Margalida, tío Ventolera, y que me traigan pronto la comida.

El marinero contestó con un movimiento de hombros, sin volver el rostro, y Jaime comenzó á andar por el borde de la playa hacia la torre. Sus pies, calzados de alpargatas, hollaban la grava, en la que se perdían los últimos estremecimientos del mar. Entre las azuladas piedrecitas veíanse fragmentos de barro cocido; pedazos de asas; superficies cóncavas de alfarería, con vestigios de remotos adornos que tal vez habían pertenecido á panzudas vasijas; pequeñas esferas irregulares de tierra gris en las que parecían adivinarse, á través de las roeduras del agua salitrosa, rostros informes, fisonomías crispadas por el paso de los siglos. Eran misteriosos despojos de los días de tormenta; fragmentos del gran secreto del mar que volvían á la luz tras una ocultación de miles de años; la historia confusa y legendaria devuelta por las olas incoherentes á las riberas de estas islas, abrigo en tiempos remotos de fenicios y cartagineses, árabes y normandos. El tío Ventolera hablaba de monedas de plata, delgadas como hostias, encontradas por muchachos al jugar en la costa. Su abuelo recordaba la tradición de cuevas misteriosas que contenían tesoros, cuevas de los sarracenos y normandos que habían sido muradas con pedruscos, perdiéndose después el secreto del escondrijo.

Jaime comenzó á ascender por la peñascosa ladera, camino de la torre. Los tamariscos erguían su áspera y rumorosa vegetación de pinos enanos, que parecía nutrirse de la sal disuelta en el ambiente, hundiendo sus raíces en la roca. El viento de los días tempestuosos, al remover la arena dejaba descubiertas sus múltiples y enmarañadas raíces, negras y delgadas serpientes en las que se enredaban muchas veces los pies de Febrer. Al eco de los pasos de éste respondía en los matorrales un rumor de medrosas carreras y chasquido de hojas, viéndose pasar entre mata y mata, con ciega velocidad, un bulto de pelos grises con la cola como un botón. La fuga de los conejos hacía correr á los lagartos de intenso color de esmeralda tendidos perezosamente al sol.

Junto con estos rumores llegó á oídos de Jaime un débil tamborileo y una voz de hombre que entonaba un romance ibicenco. Deteníase de vez en cuando como indecisa, repitiendo los mismos versos tenazmente, hasta que lograba pasar á otros nuevos, lanzando al final de cada estrofa, según costumbre del país, un cloqueo extraño, semejante al graznido del pavo real, un gorgorito rudo y estridente como el que acompaña á los cantos de los árabes.

Cuando Febrer estuvo en la cumbre vió al músico sentado en una piedra, detrás de la torre y contemplando el mar.

Era un *atlòt* al que había encontrado algunas

veces en *Can Mallorquí,* la casa de su antiguo arrendatario Pèp. Tenía apoyado en un muslo el tamboril ibicenco, pequeño tambor pintado de azul con flores y ramajes dorados. El brazo izquierdo se apoyaba en el instrumento y la cara descansaba en una mano, ocultándose casi tras la palma y los dedos. Con la diestra, armada de un palillo, golpeaba lentamente uno de los parches, y así permanecía inmóvil, en actitud reflexiva, con el pensamiento concentrado en su improvisación, contemplando el inmenso horizonte del mar al través de sus dedos.

Le llamaban el *Cantó*, como á todos los que en la isla cantaban versos nuevos en bailes y serenatas. Era un mozuelo alto, delgado y estrecho de hombros, un *atlòt* que aun no había llegado á los diez y ocho años. Al cantar, tosía, se hinchaba su frágil cuello y se arrebolaba su rostro, de una blancura transparente. Sus ojos eran grandes, ojos de mujer, con el lacrimal de color rosa muy saliente en la unión redonda de los párpados. Vestía traje de fiesta en todo tiempo: sus pantalones eran de terciopelo azul, la faja y el lazo que le servía de corbata, de encendido rojo, y por encima de esta última ostentaba un pañolito femenil arrollado al cuello, con la bordada punta por delante. Dos rosas asomaban sobre sus orejas, y bajo el ala de su fieltro, echado atrás, con cinta á flores, escapábanse como rizado flequillo las ondulaciones del cabello, lustroso de pomada. Febrer, viendo

estos adornos casi femeniles, sus grandes ojos y su pálida tez, lo comparó á una virgen exangüe de las que idealiza el arte moderno. Pero aquella virgen mostraba cierto bulto inquietante en el ruedo de su faja roja. Indudablemente era un cuchillo ó un pistolete de los que fabrican los herreros de la isla: el compañero inseparable de todo *atlòt* ibicenco.

Al ver á Jaime se levantó el cantor, dejando el tamborcillo pendiente de una correa del brazo izquierdo, mientras con la mano derecha, que aun empuñaba el palillo, tocó el ala de su sombrero.

—*¡Bòn día tengui!*

Febrer, que como buen mallorquín había creído en la ferocidad de los ibicencos, admiraba su aspecto cortés al encontrarlos en los caminos. Se mataban entre ellos, siempre por asuntos de amor, pero el forastero era respetado, con el mismo escrúpulo tradicional del árabe para el hombre que pide hospitalidad bajo su tienda.

El *Cantó* parecía avergonzado de que el señor mallorquín le hubiese sorprendido junto á su casa, en un terreno que era suyo. Balbuceaba excusas. Venía allí porque le gustaba contemplar el mar desde la altura. Encontrábase mejor á la sombra de la torre: ningún amigo le turbaba con su presencia y podía componer libremente los versos de un romance para el próximo baile en el pueblo de San Antonio.

Jaime sonrió ante las tímidas excusas del can-

tor. Seguramente que sus versos eran dedicados á alguna *atlòta*. El muchacho inclinó la cabeza. Sí señor... ¿Y quién era ella?

—*Flò d'enmetllé*—dijo el poeta.

¡Flor de almendro!... Bonito nombre. Y animado por la aprobación del señor, el *atlòt* siguió hablando. *Flor de almendro* era Margalida, la hija del *siñó* Pèp de *Can Mallorquí*. Él era quien le había dado este nombre, viéndola blanca y hermosa como las flores que echa el almendro cuando terminan las heladas y vienen del mar los primeros soplos tibios que anuncian la primavera. Todos los muchachos del contorno repetían este nombre, y Margalida no era conocida por otro. El cantor se reconocía cierta gracia para los apodos bonitos. Lo que él decía quedaba para siempre.

Febrer acogió sonriendo estas palabras del muchacho. ¿Adónde había ido á refugiarse la poesía?... Luego le preguntó si trabajaba, y el *atlòt* contestó negativamente. No querían sus padres: un médico de la ciudad le había visto un día de mercado, aconsejando á la familia que le evitase toda fatiga. Y él, satisfecho del consejo, pasaba los días de labor en pleno campo, á la sombra de un árbol, oyendo cantar á los pájaros, espiando á las *atlòtas* que transitaban por las sendas, y cuando le bullía en la cabeza un trovo nuevo, sentábase á la orilla del mar para devanarlo lentamente, fijándolo en su memoria.

Jaime se despidió de él: podía continuar su tra-

bajo poético. Pero á los pocos pasos se detuvo, volviendo la cabeza al no oir de nuevo el tamboril. El cantor se alejaba cuesta abajo, temeroso de molestar al señor con su música, buscando otro lugar solitario.

Llegó Febrer á la torre. Todo lo que parecía de lejos el piso bajo era una construcción maciza. La puerta estaba al nivel de las ventanas superiores; así los antiguos guardianes podían evitar una sorpresa de los piratas, valiéndose para sus entradas y salidas de una escala, que retiraban al interior en cuanto llegaba la noche. Jaime había hecho fabricar una ruda escalera de madera para llegar á su habitación, pero no la retiraba nunca. La torre, construída con piedra arenisca, estaba algo roída en su exterior por el viento del mar. Muchos sillares habían rodado fuera de sus alvéolos, y estas oquedades eran como peldaños disimulados para escalar la torre.

Ascendió el solitario á su habitación. Era una pieza circular sin más huecos que la puerta y la ventana trasera, aberturas que casi parecían túneles en el desmesurado espesor de los muros. Éstos, por su parte interna, hallábanse cuidadosamente enjalbegados con la deslumbrante cal de Ibiza, que da una transparencia y una suavidad lácteas á todos los edificios, comunicando aspecto de risueñas mansiones á las casuchas sórdidas de la campiña. Sólo en la bóveda, cortada por un tragaluz revelador de la antigua escalera que conducía á la

plataforma, quedaba el hollín de las fogatas que se habían encendido en otros tiempos.

Unas tablas mal unidas por cruces de maderos que les servían de refuerzo, cerraban la puerta, la ventana y el tragaluz. No había ni un cristal en la torre. Aun era verano, y Febrer, indeciso sobre su destino, ó más bien indiferente, dejaba los trabajos de una instalación definitiva para más adelante.

Encontraba hermoso y seductor este retiro, á pesar de su rudeza. Notaba en él la mano adicta de Pèp y la gracia de Margalida. Jaime se fijaba en lo nítido de las paredes, en la limpieza de las tres sillas y de la mesa de tablas, muebles fregoteados por la hija de su antiguo arrendatario. Unos aparejos de pesca extendían sus redes por los muros con ondulaciones de tapiz: más allá colgaban la escopeta y un bolso de municiones: á trechos agrupábanse, formando abanicos, largas y estrechas valvas de mariscos que tenían la transparencia acaramelada del carey. Eran regalo del tío Ventolera, así como dos caracolas enormes que adornaban la mesa, blancas, erizadas de púas y con el interior de un rosa húmedo, como el de la carne femenil. Cerca de la ventana permanecía arrollado el jergón, con su almohada y sus sábanas, cama rústica que Margalida ó su madre hacían todas las tardes.

Jaime dormía allí con más tranquilidad que en su palacio de Palma. Los días que no le despertaba

al romper el alba el tío Ventolera, cantando la misa desde la playa ó subiendo la cuesta para lanzar unas cuantas pedradas á la puerta de la torre, el solitario permanecía en su jergón hasta bien entrada la mañana. Llegaba hasta él el ruido del mar, la gran madre arrulladora: una luz misteriosa, mezcla de oro del sol y azul de las aguas, filtrábase por las rendijas temblando en la blancura de las paredes: las gaviotas chillaban á la parte de fuera, y pasando ante las ventanas con juguetón aleteo trazaban rápidas sombras en el muro.

Por las noches, al acostarse temprano, reflexionaba el solitario, con los ojos abiertos, viendo deslizarse la luz difusa y estelar de la noche ó el resplandor de la luna por los maderos entreabiertos. Era esa media hora en la que parece que se ve todo el pasado con una percepción sobrenatural; la antesala del sueño, en la que resurgen los recuerdos más remotos. El mar gruñía, sonaban estridentes silbidos de los pajarracos de la noche, las gaviotas se quejaban con un lamento de niños sometidos al martirio. ¿Qué harían á aquellas horas sus amigos?... ¿Qué dirían en los cafés del Borne?... ¿Quién estaría en el Casino?...

Por la mañana estos recuerdos le hacían sonreir con gesto lastimero. La nueva luz parecía embellecer su vida, haciéndola más amable. ¡Y él había podido ser como los otros y había adorado la existencia en la ciudad!... La verdadera vida era esta.

Paseaba su mirada por la interna redondez de la torre. Un verdadero salón, más apacible para él que los de la casa de sus antepasados: todo suyo, sin miedo á la copropiedad con prestamistas y usureros. Hasta tenía bellas antigüedades que nadie le podía disputar. Cerca de la puerta descansaban en el muro dos ánforas extraídas por las redes de unos pescadores, dos piezas de barro blancuzco y agudo remate, endurecidas en el mar y adornadas caprichosamente por la Naturaleza con guirnaldas de conchas petrificadas. En el centro de la mesa, entre las caracolas, estaba otro regalo del tío Ventolera, una cabeza de mujer rematada por una especie de tiara redonda sobre los cabellos en trenzas. El barro gris estaba moteado de blancas y duras esferillas, granulaciones de los siglos y del agua salitrosa. Pero Jaime, al contemplar á esta compañera de su soledad, atravesaba con la imaginación la áspera mascarilla, reconociendo lo sereno de sus facciones, lo extraño y misterioso de sus ojos orientales, rasgados en forma de almendra. La veía como nadie podía verla. Las largas horas de contemplación silenciosa, habían acabado por borrar este antifaz, obra de los siglos.

—Mírala, es mi novia—había dicho una mañana á Margalida, mientras ésta limpiaba la pieza—. ¿Verdad que es hermosa?... Debió ser princesa de Tiro ó Ascalón, no lo sé cierto: pero lo que sé indiscutiblemente es que estaba reservada para mí, que me amaba cuatro mil años antes de nacer yo, y

que ha venido á buscarme á través de los siglos. Tenía barcos, tenía esclavos, tenía trajes de púrpura y palacios con terrazas que eran jardines, pero lo abandonó todo por ocultarse en el mar, esperando docenas de siglos que una ola la llevase á la playa para que la recogiera el tío Ventolera y me la trajese á casa... ¿Por qué me miras así? Tú, pobrecita, no entiendes de estas cosas.

Margalida le miraba con asombro. Heredera del respeto que su padre sentía por el señor, sólo se imaginaba á éste hablando gravemente. ¡Las cosas que había visto en el mundo!... Y ahora estas palabras sobre la novia milenaria, conmovían su credulidad, haciéndola sonreir levemente, al mismo tiempo que miraba con temor supersticioso á la gran señora de otros tiempos, que sólo era una cabeza. ¡Cuando don Jaime decía aquello! ¡Era tan extraordinario todo lo suyo!...

Al subir Febrer á la torre se sentó cerca de la puerta, contemplando todo el paisaje de tierra adentro que se dominaba desde este agujero. Al pie de la colina extendíanse algunos campos roturados recientemente. Eran los pedazos de montaña pertenecientes á Febrer, que Pèp iba convirtiendo en tierra cultivable. Más allá comenzaban las plantaciones de almendros, de un verde fresco, y los añosos y retorcidos olivares, que extendían su leña negra con ramilletes de hojas de plateado gris. La casa, el *Can Mallorquí,* era una vivienda casi árabe, un grupo de construcciones,

cuadradas como dados, de techo plano y deslumbrante blancura. Conforme aumentaban las necesidades y la expansión de la familia, se iban levantando nuevas construcciones blancas. Cada dado era una habitación, y todos juntos formaban una casa, que más bien parecía un aduar, no adivinándose exteriormente cuáles servían para la vida de los habitantes y cuáles para las bestias de labor.

Más allá del *Can* extendíanse la arboleda, dividida por paredones de piedra seca, y los bancales de altos ribazos. Los fuertes vientos de la isla no permitían la ascensión de los árboles, y éstos esparcían su ramaje en torno de ellos con una prolijidad exuberante, ganando en extensión lo que perdían en altura. Todos conservaban las ramas sostenidas por numerosas horquillas. Algunas higueras llegaban á tener centenares de sostenes y se extendían como una inmensa tienda verde, destinada á cobijar un sueño de gigantes. Eran cenadores naturales, en los que podía ocultarse casi un pueblo. El fondo del horizonte estaba cerrado por montañas cubiertas de pinos con grandes calvas de tierra roja. Entre el obscuro follaje se elevaban columnas de humo. Eran las fogatas de los leñadores que fabricaban carbón.

Tres meses que Febrer estaba en la isla. Su llegada había asombrado á Pèp Arabi, todavía ocupado en relatar á parientes y amigos su estupenda aventura, su inaudito atrevimiento, el reciente

viaje á Mallorca con los *atlòts,* la estancia en Palma de unas horas, y su visita al palacio de los Febrer, lugar encantado que guardaba cuanto en el mundo puede existir de señorial y lujoso.

Las rudas declaraciones de Jaime asombraron menos al payés.

—Pèp, estoy arruinado: tú eres rico si te comparas conmigo. Vengo á vivir en la torre... no sé hasta cuándo. Tal vez para siempre.

Y entró en los detalles de instalación, mientras Pèp sonreía con aire incrédulo. ¡Arruinado!... Todos los grandes señores decían lo mismo, y con lo que á ellos les sobraba en su desgracia, bastaba para hacer ricos á muchos pobres. Eran como los barcos que encallaban en Formentera, antes que el gobierno pusiera faros. Los formenterinos, gente sin ley y dejada de Dios (pues eran de una isla más pequeña), encendían hogueras para engañar á los navegantes, y cuando se perdía el barco para éstos no se perdía para los isleños, pues sus despojos hacían ricos á muchos.

¡Pobre un Febrer!... No quiso aceptar el dinero que le ofreció don Jaime. Él iba á cultivar unas tierras que eran del señor; ya arreglarían cuentas. Y en vista de su empeño en vivir en la torre, trabajó Pèp por hacerla habitable, ordenando además á sus hijos que llevasen la comida al señor siempre que no quisiera bajar para sentarse á su mesa.

Estos tres meses habían sido para Jaime de rústico aislamiento. Ni escribir una carta, ni abrir un

periódico, ni conocer más libros que una media docena de volúmenes que había traído de Palma. La ciudad de Ibiza, tranquila y soñolienta como un pueblo del interior de la Península, pareciale una capital remota. Mallorca no debía existir ya, ni tampoco las grandes ciudades que él había visitado. En el primer mes de esta nueva vida, un suceso extraordinario turbó su plácida tranquilidad. Llegó una carta, un pliego con membrete de un café del Borne y unos cuantos renglones de letra gruesa y defectuosa. Era Tòni Clapés quien le escribía. Le deseaba muchas felicidades en su nueva existencia. En Palma todo lo mismo. Pablo Valls no le escribía porque estaba enfadado con él. ¡Marcharse sin avisarle!... Pero era un buen amigo y se ocupaba en desenmarañar sus asuntos. Tenía para esto una habilidad diabólica. ¡Al fin, *chueta!*... Ya le daría más noticias.

Después habían transcurrido dos meses sin que por suerte llegase otra carta. ¿Qué le importaban á él estas noticias de un mundo al cual no había de volver?... No sabía ciertamente qué le reservaba el destino, no quería siquiera pensar en él: allí había llegado y allí se quedaba, sin otros placeres que la caza y la pesca, gozando una voluptuosidad animal al no tener más ideas y deseos que los del hombre primitivo.

Permanecía aparte de la vida ibicenca, sin mezclarse en sus costumbres. Era un señor entre los payeses, un forastero. Aquéllos le trataban respetuosamente, pero con un respeto frío.

La existencia tradicional de estas gentes, ruda y un tanto feroz, le atraía con la fuerza de todo lo que es extraordinario y de contornos vigorosos. La isla, abandonada á sus propias fuerzas, había tenido que hacer frente durante siglos y siglos á los piratas normandos, á los navegantes árabes, á las galeras de Castilla, á los barcos de las repúblicas italianas, á los bajeles turcos, tunecinos y argelinos, y á los corsarios ingleses en tiempos más recientes. Formentera, deshabitada durante siglos, luego de haber sido granero de los romanos, servía de refugio traicionero á las flotas hostiles. Las iglesias de los pueblos eran aún verdaderas fortalezas con torres robustas, donde se refugiaban los labriegos al enterarse por las fogatas de que desembarcaban enemigos. Esta vida azarosa, de continuo peligro é interminable lucha, había creado una población habituada al derramamiento de sangre, á defender sus derechos con las armas en la mano: los labradores y pescadores del presente, encerrados en su isla, tenían aún la misma mentalidad y costumbres de sus abuelos. Los pueblos no existían. Eran caseríos desparramados en muchos kilómetros, sin más núcleo que la iglesia y las casas del cura y el alcalde. La única población era la capital, la llamada en los antiguos documentos Real Fuerza de Ibiza, con su barrio anexo de la Marina.

Cuando un *atlòt* llegaba á la pubertad, su padre llamábalo á la cocina de la alquería ante toda la familia.

—Ya eres hombre—decía solemnemente.

Y le entregaba un cuchillo de recia hoja. El *atlòt* armado caballero perdía su encogimiento filial. En adelante se defendería él mismo, sin buscar la protección de su familia. Luego, al juntar algún dinero, completaba sus arreos paladinescos comprando un pistolete con adornos de plata á los herreros del país, que tenían su forja en el bosque.

Fortalecido por el contacto de estos testimonios de ciudadanía, que no le abandonarían mientras viviese, se juntaba con los otros *atlòts,* igualmente pertrechados, y empezaba para él la vida juvenil y amorosa; las serenatas con acompañamiento de relinchos, los bailes, las excursiones á las parroquias que celebraban la fiesta de su santo patrón, donde se divertía tirando al gallo con certeras pedradas, y sobre todo los *festeigs,* los tradicionales cortejos, la busca de novia, costumbre la más respetable, que daba origen á riñas y muertes.

En la isla no había ladrones. Las casas aisladas en pleno campo conservaban muchas veces la llave en la puerta mientras los dueños estaban ausentes. Los hombres no se mataban por cuestiones de interés. El disfrute del suelo estaba muy repartido, y la dulzura del clima y la frugalidad de las gentes hacían que éstas fuesen generosas y poco apegadas á los bienes materiales. El amor, sólo el amor empujaba los hombres á matarse. Los rústicos caballeros eran apasionados en sus predilecciones y fatales en sus celos, como héroes de no-

vela. Por una *atlòta* de ojos negros y manos morenas se buscaban y se provocaban en la obscuridad de la noche con relinchos de desafío; se *aucaban* de lejos antes de venir á las manos. El arma moderna que sólo dispara un proyectil les parecía insuficiente, y sobre el cartucho añadían un puñado de pólvora y otro de balas, atacándolo todo fuertemente. Si el arma no reventaba en manos del agresor, estaba seguro de hacer polvo al enemigo.

Los cortejos duraban meses y años. El payés que tenía una *atlòta* de edad para el noviazgo, veía presentarse á los muchachos del distrito y de otros distritos de la isla, pues todos los ibicencos contaban con igual derecho para solicitarla. El padre se fijaba en el número de los pretendientes. Diez, quince, veinte: á veces hasta treinta. Luego calculaba el tiempo de que podía disponer en la velada, antes de que le rindiese el sueño, y teniendo en cuenta el número de solicitantes, lo dividía á tantos minutos cada uno.

Al cerrar la noche iban acudiendo por distintos caminos los del cortejo, unos en grupos, canturreando con acompañamiento de relinchos y cloqueos, otros solitarios, haciendo vibrar en su boca el zumbido del *bimbau,* un instrumento compuesto de dos laminillas de hierro que gruñía como un moscardón y parecía hacerles olvidar la fatiga de la marcha. Venían de muy lejos. Los había que caminaban tres horas de ida y otras tantas de vuelta, yendo de un extremo á otro de la isla, los jueves y

sábados, días de cortejo, para hablar tres minutos con una *atlòta.*

Sentábanse en verano en el *pòrchu,* especie de zaguán de la alquería, ó entraban en la cocina si era invierno. Inmóvil en un poyo de piedra veían á la muchacha. Habíase despojado del sombrero de paja con largas cintas, que le daba un aire de pastora de opereta á las horas de sol: vestía el traje de fiesta, la falda verde ó azul de menudos pliegues, que guardaba el resto de la semana apretada entre cuerdas y pendiente del techo para que conservase intacto el plegado. Debajo de ésta llevaba otras faldas y otras, ocho, diez ó doce zagalejos, toda la ropa femenil de la casa, un embudo sólido de paños y bayetas que borraba los vestigios del sexo y hacía imposible imaginarse la existencia de una realidad carnal bajo la balumba de tejidos. Las hileras de botones de filigrana brillaban en las mangas postizas del jubón: sobre el pecho, aplastado por un corsé monjil que parecía de hierro, brillaba la triple cadena de oro, de enormes eslabones: por debajo del pañuelo de la cabeza colgaba la gruesa trenza con remate de cintas. Sobre el poyo, sirviendo de tapiz á unas rotundidades que parecían voluminosas como un globo por el bulto de las faldas, estaba el *abrigais,* la prenda femenil de invierno.

Deliberaban los solicitantes para el buen orden del cortejo, y uno tras otro iban á sentarse al lado de la *atlòta,* hablando con ella los minutos marca-

dos. Si alguno, entusiasmado por la conversación, se olvidaba de los compañeros dejando pasar el tiempo, éstos se lo advertían con toses, furiosas miradas y palabras de amenaza. Si insistía, el más fuerte de la banda cogíalo de un brazo y lo apartaba para que otro ocupase su lugar. Algunas veces, cuando los pretendientes eran muchos y apremiaba el tiempo, la *atlòta* hablaba con dos á la vez, haciendo esfuerzos de habilidad para no dar la preferencia á uno sobre otro... Así continuaban los cortejos, hasta que ella manifestaba su preferencia por un *atlòt* sin tener en cuenta la voluntad de sus padres. En esta corta primavera de su vida, la mujer era reina. Luego, al casarse, cultivaba la tierra como su marido y era poco más que una bestia.

Los *atlòts* despreciados, se retiraban si no tenían gran interés por la muchacha, trasladando sus amores algunas leguas más allá: pero si estaban realmente enamorados, seguían acechando la casa y el preferido tenía que pelearse con sus antiguos rivales, llegando milagrosamente al casamiento al través de cuchillos y pistolas.

La pistola era como una segunda lengua del ibicenco. En los bailes domingueros soltaba tiros para demostrar su entusiasmo amoroso. Saliendo de la alquería de la novia, para dar á ésta y á su familia una muestra de aprecio, disparaba un tiro al transponer la puerta, y gritaba luego: «*¡Bòna nit!*» Si, por el contrario, se retiraba ofendido y desea-

ba inferir á la familia una grave injuria, invertía los términos, dando primero las buenas noches, y disparando la pistola después; pero había de salir inmediatamente á todo correr, pues los de la casa contestaban acto seguido á la declaración de guerra con otros disparos y con palos y pedradas.

Jaime vivía al borde de esta existencia ruda y tradicional, contemplando de lejos las costumbres de aduar, que aun se mantenían en el apartamiento de la isla. España, cuya bandera ondeaba todos los domingos sobre el menguado caserío de cada parroquia, apenas hacía memoria de este pedazo de su suelo perdido en el mar. Muchas tierras de la lejana Oceanía se hallaban en comunicación más frecuente con los grandes núcleos humanos que esta isla, arrasada en otros tiempos por la guerra y la rapiña, y mísera ahora al hallarse lejos del camino de los grandes buques, encerrada en un cinturón de islotes, rocas y bajos, entre freos y canales que transparentaban el fondo submarino.

Sentía Febrer en su nueva existencia el deleite del que ocupa un sitio cómodo para presenciar un espectáculo interesante. Aquellos campesinos y pescadores, belicosos nietos de corsarios, eran para él agradables compañeros de existencia. Pretendía contemplarlos de lejos, como un testigo curioso, pero poco á poco sus costumbres habían hecho presa en él, arrastrándolo á los mismos hábitos de existencia. No tenía enemigos, y sin embargo, en sus paseos por la isla, cuando no llevaba la escope-

ta al hombro, ocultaba un revólver en su faja... por si acaso.

En los primeros días de estancia en la torre, como las necesidades de la instalación le obligaban á ir á la ciudad, conservó su traje: pero poco á poco prescindió de la corbata, del cuello de camisa, de las botas. La caza le hizo preferir la blusa y el pantalón de pana de los payeses. La pesca le aficionó á marchar con los pies descalzos dentro de unas alpargatas, por playas y peñascos. Un sombrero igual al que usaban todos los *atlòts* de la parroquia de San José, cubrió su cabeza.

La hija de Pèp, conocedora de las costumbres de la isla, admiraba con cierto agradecimiento el sombrero del señor. Las gentes de los diversos *cuartones* que de antiguo dividían á Ibiza, distinguíanse unas de otras por la manera de llevar el sombrero y la forma de sus alas, casi imperceptible para el que no fuese de la tierra. El de don Jaime era igual al de todos los *atlòts* de San José, y se diferenciaba de los usados por los vecinos de los otros pueblos, todos con nombres de santos. Un honor para la parroquia de que era hija.

¡Ah, ingenua y graciosa Margalida! Febrer gustaba de hablar con ella, gozándose en el asombro que sus relatos de otras tierras y sus bromas, dichas con gesto grave, despertaban en su alma simple...

Iba á traerle la comida de un momento á otro. Hacía media hora que una columna tenue de humo

flotaba sobre la chimenea de *Can Mallorquí.* Se imaginaba á la hija de Pèp guisando, yendo y viniendo junto al hogar, seguida por la mirada de la madre, payesa infeliz y silenciosa en su torpeza, que no se atrevía á poner mano en las cosas del señor.

De un momento á otro la vería aparecer bajo el sombrajo del *pòrchu* que daba entrada á la casa, llevando al brazo la cesta de la comida, y sobre su rostro de milagrosa blancura, que el sol apenas doraba con ligera pátina de marfil antiguo, un sombrero de paja de largas cintas.

Alguien se movió bajo el sombrajo, emprendiendo la marcha hacia la torre. ¡Era Margalida!... No; no era ella. Llevaba pantalones. Era su hermano Pepet... Pepet, que estaba en Ibiza desde un mes antes, preparándose para seminarista, y al que la gente había dado por esto el apodo del *Capellanet.*

II

—*¡Bòn día tengui!...*

Pepet extendió una servilleta sobre un lado de la mesa y puso en ella dos platos tapados y una botella de vino de parra que tenía el color y la transparencia del rubí. Luego se sentó en el suelo, abarcando las rodillas con los brazos, y quedó inmóvil. El luminoso marfil de su dentadura brillaba sonriente sobre el rostro moreno. Sus ojos maliciosos fijábanse en el señor con una expresión de perro alegre y fiel.

—¿Pero tú no estabas en Ibiza para ser cura? —preguntó Jaime mientras atacaba la comida.

El muchacho movió la cabeza. Sí señor; estaba. Su padre lo había confiado á un profesor del Seminario. ¿Sabía don Jaime dónde era el Seminario?...

El pequeño payés hablaba de él como de un remoto lugar de tortura. Ni árboles, ni libertad, ni aire apenas: la vida no era posible en aquel encierro.

Febrer, oyéndole, recordaba su visita á la ciudad alta, la Real Fuerza de Ibiza, población muerta, separada del barrio de la Marina por una gran

muralla del tiempo de Felipe II, con los intersticios de la piedra arenisca cubiertos de verdes y ondeantes alcaparros. Estatuas romanas sin cabeza decoraban en tres hornacinas la puerta que comunicaba la ciudad con el arrabal. Más allá las calles tortuosas empezaban á empinarse hacia la cumbre ocupada por la Catedral y el castillo: pavimentos de piedra azul, por cuyo centro corrían en pendiente las inmundicias: fachadas de nítida blancura marcando borrosamente, bajo el enjalbegado, escudos nobiliarios y la labor de antiguos ventanales: un silencio de cementerio á orillas del mar, interrumpido solamente por el lejano rumor de la resaca y el zumbido de las moscas en el arroyo. De tarde en tarde pasos en el pavimento de estas calles morunas, y ventanas que se entreabren con la ávida curiosidad de un suceso extraordinario: unos soldados que suben lentamente hacia el castillo por las empinadas cuestas: los señores canónigos que bajan del coro, con el pecho de la sotana brillante de grasa y la teja y el manteo de color de ala de mosca, míseros prebendados de una catedral olvidada, pobre y sin obispo.

En una de estas calles había visto Febrer el Seminario, una casa larga, de blancas paredes, con las ventanas cubiertas de rejas, lo mismo que una cárcel. El *Capellanet*, al recordarla, poníase grave, borrándose de su rostro achocolatado el blanco marfil de la sonrisa. ¡Qué mes había pasado allí!

El maestro entretenía el aburrimiento de las vacaciones con este pequeño payés, queriendo iniciarlo en las bellezas de las letras latinas con ayuda de su elocuencia y de una correa. Deseaba hacer de él un prodigio para cuando se abrieran las clases, y los golpes menudeaban. Además de esto, las rejas, que sólo dejaban ver la pared de enfrente; la aridez de la ciudad, donde no se encontraba una hoja verde; los aburridos paseos al lado del cura por aquel puerto de aguas muertas que olía á almeja corrompida y sin otros barcos que algunos veleros que llegaban á cargar sal... El día anterior, unos cuantos correazos más fuertes habían acabado con su paciencia. ¡Pegarle á él! ¡Si no fuese un cura!... Se había fugado, emprendiendo á pie el regreso á *Can Mallorquí;* pero antes, como venganza, había desgarrado varios libros que el maestro tenía en gran estima, había volcado el tintero sobre la mesa y escrito en las paredes vergonzosas inscripciones, con otras travesuras de mono en libertad.

La noche había sido de emociones en *Can Mallorquí.* Pèp había dado de palos á su hijo: lo quería matar, ciego de ira, teniendo que interponerse entre los dos Margalida y su madre.

La sonrisa del *atlòt* había vuelto á reaparecer. Hablaba con orgullo de los palos que llevaba recibidos sin que le arrancasen un grito. Era su padre quien le pegaba, y un padre puede pegar porque quiere á sus hijos. Pero que probase otro á golpear-

le: estaba sentenciado á muerte. Y al decir esto, erguíase con la belicosa petulancia de una raza habituada á ver correr la sangre y á hacerse justicia por su mano. Pèp hablaba de llevar á su hijo otra vez al Seminario, pero el muchacho dudaba de esta amenaza. No iría, aunque su padre cumpliera la promesa de llevarlo atado como un costal á lomos de un asno: huiría antes á la montaña ó al islote del Vedrá para vivir con las cabras salvajes.

El dueño de *Can Mallorquí* había dispuesto del porvenir de sus hijos rudamente, con esa energía del campesino que no repara en obstáculos cuando cree hacer el bien. Margalida se casaría con un payés, y para él serían las tierras y la casa. Pepet sería cura, lo que representaba una ascensión social de la familia, honor y fortuna para todos.

Jaime sonreía al escuchar las protestas del *atlòt* contra su destino. En toda la isla no existía otro centro de enseñanza que el Seminario, y los payeses y patrones de barca que deseaban para sus hijos una suerte mejor, los llevaban á él. ¡Los curas de Ibiza!... Muchos de ellos, mientras seguían sus estudios, habían tomado parte en los cortejos, usando cuchillo y pistolete. Nietos de corsarios y de soldados, al vestir la sotana guardaban la arrogancia y la ruda virilidad de sus ascendientes. No eran impíos, pues su simpleza de pensamiento no les permitía este lujo, pero tampoco eran devotos ni austeros: amaban la vida con todas sus dulzuras y sentíanse atraídos por los peligros, con atá-

vico entusiasmo. La isla era una fábrica de sacerdotes animosos y aventureros. Los que permanecían en España acababan por ser capellanes de regimiento. Otros, más atrevidos, apenas cantaban misa se embarcaban para América, donde ciertas repúblicas de aristocrático catolicismo eran el Eldorado de los sacerdotes españoles que no temen al mar. Desde allá giraban mucho dinero á sus familias y compraban casas y tierras alabando á Dios, que mantiene á sus sacerdotes con más holgura en el Nuevo Mundo que en el viejo. Había buenas señoras en Chile y el Perú que daban cien pesos de limosna por una misa. Estas noticias hacían abrir la boca de asombro á los parientes, reunidos durante las noches de invierno en la cocina. Á pesar de tales grandezas, su deseo era volver á la isla amada, y volvían á los pocos años con el propósito de vegetar en sus tierras. Pero el demonio de la vida moderna les había mordido en el corazón; acababan por aburrirse en la monótona existencia isleña, tradicional y cerrada; pensaban en las ciudades jóvenes del otro continente, y al fin vendían sus bienes ó los regalaban á la familia, embarcándose para no volver más.

Indignábase Pèp contra la tenacidad de su hijo, que se empeñaba en seguir payés. Hablaba de matarlo, como si lo viese en un camino de perdición. Llevaba la cuenta de todos los hijos de amigos suyos que habían partido para el otro mundo con la sotana puesta. El hijo de *Treufòch* llevaba

enviados de América cerca de seis mil duros: otro, que vivía tierra adentro, entre indios, en unas montañas muy altas, á las que llamaban los Andes, había comprado un predio en Ibiza, que ahora cultivaba su padre. ¡Y el pillo de Pepet, más listo para las letras que los demás, negándose á seguir tan hermosos ejemplos!... Había para matarlo.

La noche anterior, en un momento de calma, cuando Pèp descansaba en la cocina con el brazo fatigado y el gesto triste del padre que acaba de pegar fuerte, el *atlòt,* rascándose los golpes, había propuesto un arreglo. Sería cura; obedecería al *siñó* Pèp: pero antes deseaba ser hombre, ir con los muchachos de la parroquia á hacer música, bailar los domingos, mezclarse en los cortejos, tener novia, llevar un cuchillo en la faja. Esto último era lo que deseaba con mayores ansias. Si su padre le regalaba el cuchillo del abuelo, él pasaría por todo.

—*¡El gabinet del güelo, pare!*—imploraba el muchacho—. *¡El gabinet del güelo!*

Por el cuchillo del abuelo sería cura, y hasta si era preciso viviría solitario, de la limosna de las gentes, como los ermitaños que estaban á orillas del mar en el santuario de los *Cubells.* Al recordar el arma venerable, brillaban sus ojos con fulgores de admiración y se la describía á Febrer. ¡Una joya! Era una antigua lima de acero, aguzada y bruñida. Podía atravesarse con ella una moneda, ¡y en manos de su abuelo!... Su abuelo fué un hombre

famoso. El nieto no le había conocido, pero hablaba de él con admiración, colocando su memoria por encima del mediano respeto que le inspiraba el buenazo de su padre.

Luego, á impulsos de su deseo, se atrevía á implorar la protección de don Jaime. ¡Si quisiera ayudarle!... Bastaría que pidiese una vez el famoso cuchillo, para que su padre se lo entregara al instante.

Febrer acogió esta demanda con risa bondadosa.

—Tendrás el cuchillo, muchacho. Y si tu padre no quiere entregarlo, yo te compraré otro cuando vaya á la ciudad.

Esta certeza entusiasmó al *Capellanet*. Necesitaba ir armado para poder mezclarse con los hombres. Su casa iba á verse visitada por los *atlòts* más valerosos de la isla. Margalida era ya una mujer é iba á comenzar el *festeig*. El *siñó* Pèp había sido rogado por los *atlòts*, con objeto de que fijase día y hora para la visita de los cortejantes.

—¡Ah, Margalida!—dijo Febrer con asombro—. ¡Margalida con novios!...

Lo que él había visto en tantas casas de la isla, parecíale un espectáculo absurdo en *Can Mallorquí*. Se había olvidado de que la hija de Pèp era una mujer. ¿Pero realmente aquella niña, aquella muñeca blanda y graciosa podía gustar á los hombres?... Sentía la extrañeza del padre que ha enamorado en otros tiempos á muchas mujeres, pero

juzgando luego por la propia insensibilidad, no puede comprender que su hija guste á otros hombres.

Pasados algunos instantes, ya no la vió así. Margalida era otra á sus ojos; era una mujer. La transformación le dolía: creyó que acababa de perder algo, pero se resignó ante la realidad.

—¿Y cuántos son?—dijo con voz algo apagada.

Pepet agitó una mano al mismo tiempo que elevaba los ojos á la bóveda de la torre. ¿Cuántos?... Aun no se sabía con certeza. Lo menos treinta. Iba á ser un *festeig* del que se hablaría en toda la isla; y eso que muchos, aunque se comían á Margalida con los ojos, no osaban entrar en el cortejo, dándose de antemano por vencidos. Como su hermana había pocas en la isla: guapa, alegre, y con un buen pedazo de pan, pues el *siñó* Pèp hablaba en todas partes de dar *Can Mallorquí* al yerno, cuando él muriese. ¡Y el hijo que se reventase con la sotana á cuestas al otro lado del mar, sin ver más *atlòtas* que las indias! ¡Futro!...

Pero su indignación duraba poco. Entusiasmábase al pensar en los mozos que iban á acudir á su casa dos veces por semana para hacer el amor á Margalida. Iban á venir hasta de San Juan, al otro extremo de la isla, el pueblo de los hombres valientes, donde se evitaba salir de casa apenas cerraba la noche, sabiendo que cada ribazo servía de sostén á una pistola y cada árbol de guarida á una escopeta, capaces todos de esperar paciente-

mente la satisfacción de un agravio cometido cuatro años antes: la patria de las temibles «fieras de San Juan». Juntos con estos personajes vendrían otros de los demás *cuartones,* y muchos de ellos tendrían que caminar leguas para llegar á *Can Mallorquí.*

El *Capellanet* regocijábase pensando en los mozos arrogantes que iba á conocer. Todos le tratarían como un compañero por ser hermano de la novia; pero de estas futuras amistades la que más le halagaba era la de Pere, apodado el *Ferrer* por su oficio de herrero, un hombre cercano á los treinta años, del que se hablaba mucho en la parroquia de San José.

El muchacho le admiraba como gran artista. Cuando se decidía á trabajar fabricaba las más hermosas pistolas que se conocían en los campos de Ibiza. Pepet enumeraba su trabajo. Le enviaban de la Península cañones viejos (lo viejo inspiraba respeto al *atlòt)* y los montaba á su modo, en culatas esculpidas con bárbara fantasía, añadiendo á la obra prolijos adornos de plata. Arma salida de sus manos podía cargarse hasta la boca sin miedo á que reventase.

Pero otra circunstancia más importante aumentaba su admiración por el *Ferrer*. La declaraba en voz baja, con tono de misterio y respeto:

—*El Ferrer es un vèrro.*

¡Un *vèrro!*... Jaime quedó pensativo unos instantes, coordinando sus conocimientos sobre las

costumbres de la isla. Un gesto expresivo del *Capellanet* ayudó á su memoria. Un *vèrro* era el hombre cuyo valor no necesita probarse; el que tiene pudriendo tierra uno ó varios ejemplos de la dureza de su mano ó lo certero de su puntería.

Pepet, para que los suyos no quedasen por debajo del *Ferrer,* volvió á recordar á su abuelo. También había sido *vèrro,* pero los antiguos sabían hacer mejor las cosas. Aun se acordaban en San José de la habilidad con que el *güelo* despachaba sus asuntos: un golpe nada más con el famoso cuchillo, y las precauciones tan bien tomadas, que siempre se encontraba gente pronta á declarar haberlo visto al otro extremo de la isla á la misma hora en que agonizaba el enemigo.

El *Ferrer* era un *vèrro* con menos fortuna. Hacía medio año que había desembarcado, después de pasar ocho en un presidio de la Península. Le habían condenado á catorce, pero le alcanzaron varios indultos. El recibimiento fué triunfal. ¡Un hijo de San José que regresaba de tan heroico destierro!... Debían no ser menos que los vecinos de otras parroquias, que acogían á sus *vèrros* con grandes demostraciones. Y bajaron al puerto de Ibiza, el día de la llegada del vapor, los parientes lejanos del *Ferrer,* que eran medio pueblo, y el otro medio por puro patriotismo. Hasta el alcalde hizo el viaje, seguido del secretario, para conservar las simpatías de sus administrados. Los señores de la ciudad protestaban con indignación de estas

costumbres bárbaras é inmorales de la payesía, mientras hombres, mujeres y chiquillos asaltaban el vapor, ansioso cada uno de ser el primero en estrechar la mano del héroe.

Pepet se acordaba de la vuelta del *vèrro* á San José. Él también había figurado en la comitiva, larga línea de carros, caballos, asnos y peatones, como si el pueblo entero emigrase. En todas las tabernas y ventorros del camino deteníase la romería, y el grande hombre era obsequiado con jarros de vino, pedazos de sobreasada y copas de *figòla,* licor de hierbas de la isla. Admiraban su traje nuevo, un traje de señor que se había hecho al salir del presidio: se asombraban en silencio de la desenvoltura de sus maneras, del aire de buen príncipe con que acogía á sus antiguos amigos, protegiéndolos con el gesto y la mirada. Muchos le envidiaban. ¡Lo que aprende un hombre saliendo de la isla! ¡No hay como correr el mundo!... El antiguo herrero los aplastaba á todos con la superioridad de sus recuerdos durante el viaje á San José. Luego, en el espacio de varias semanas, la tertulia en la taberna del pueblo, á la caída de la tarde, fué interesantísima. Las palabras del *vèrro* se repetían de hogar en hogar, por todos los caseríos esparcidos del *cuartón*, viendo cada payés algo honroso para su parroquia en estas aventuras del convecino.

El *Ferrer* no se cansaba de alabar las bellezas del establecimiento en el que había permanecido ocho años. Olvidaba las cóleras y tristezas sufridas

allá: todo lo veía al través de ese amor á lo pasado que desfigura los recuerdos.

Él no había vivido, como ciertos infelices, en un penal de las llanuras manchegas, donde hay que subir el agua á lomos de hombre, sufriendo los tormentos de un frío ártico. Tampoco había estado en los presidios de la vieja Castilla, donde la nieve blanquea los patios y los huecos de las rejas. Venía de Valencia, del penal de San Miguel de los Reyes, *Niza,* como lo designaban por antonomasia los habituales pensionarios de estos establecimientos. Hablaba con orgullo de esta casa, lo mismo que un rico estudiante recuerda los años pasados en una universidad inglesa ó alemana. Altas palmeras sombreaban los patios, ondeando su capitel de plumas por encima de los tejados: desde las rejas llegaba á verse la extensa huerta, con los frontones triangulares y blancos de las barracas, y más allá el Mediterráneo, una faja azul, inmensa, tras cuyo lomo se ocultaba el peñón natal, la isla amada. Tal vez había pasado por ella el viento cargado de emanaciones salinas y ardores vegetales que se colaba como una bendición en las hediondas cuadras del presidio. ¡Qué más podía desear un hombre!... La vida era allí dulce: se comía á sus horas, siempre de caliente: había orden, y el hombre no tenía más que obedecer, dejarse llevar. Se hacían buenas amistades; se trataba uno con gentes notables, que jamás hubiese conocido de permanecer en la isla. Y el *Ferrer* hablaba con orgullo de sus amigos:

unos habían tenido millones y paseado en lujosos carruajes allá en Madrid, ciudad casi fantástica, cuyo nombre sonaba en los oídos de los isleños como el de Bagdad para el pobre árabe del desierto que escucha un relato de *Las mil y una noches:* otros habían corrido medio mundo antes de que la desgracia los confinase en el encierro, y recordaban ante un corro absorto sus aventuras en tierras de negros ó en países donde los hombres eran amarillos ó verdes y llevaban luengas trenzas mujeriles. En aquel antiguo convento, grande como un pueblo, vivía lo mejor de la tierra. Algunos habían ceñido espada y mandado hombres: otros habían manejado papeles sellados é interpretado la ley. ¡Hasta un cura había sido compañero de cuadra del *Ferrer!*...

Los admiradores de éste le oían con los ojos muy abiertos y las narices palpitantes de emoción. ¡Qué dicha! Ser *vèrro*, haber ganado la celebridad y el respeto matando á un enemigo en las sombras de la noche, y á cambio de esto, ocho años en *Niza*, lugar de delicias y honores. ¡No tendrían ellos tanta suerte!

El *Capellanet*, que había escuchado estos relatos, sentía por el *vèrro* un gran respeto admirativo. Describía las particularidades de su persona con la prolijidad del que se siente enamorado de un héroe.

No era alto ni fuerte como el señor: apenas le llegaría á una oreja á don Jaime. Pero era ágil,

nadie le ganaba en el baile, podía estarse danzando horas enteras hasta rendir á todas las muchachas de la parroquia. Había traído de su larga temporada en *Niza* una tez pálida y lustrosa, una tez de monja en clausura; pero ya estaba obscuro como los demás, con la cara bronceada y curtida por el aire del mar y el sol africano de la isla. Vivía en la montaña, en una casucha inmediata á los bosques de pinos, cerca de los carboneros que proporcionaban combustible á su fragua. Ésta no se encendía todos los días. El *Ferrer,* con sus pretensiones de artista, sólo trabajaba cuando tenía que reparar una escopeta, transformar un viejo trabuco de chispa en arma de pistón, ó fabricar aquellas pistolas con adornos de plata que eran la admiración del *Capellanet.*

Deseaba éste verle preferido por su hermana; que el *vèrro* entrase en la familia con sus asombrosas habilidades. Tal vez á impulsos del próximo parentesco se decidiese á regalarle una de aquellas joyas.

—Puede ser que Margalida le quiera, y el *Ferrer* me dé una de sus pistolas. ¿Usted qué cree, don Jaime?...

Abogaba por el *vèrro* como si fuese ya pariente suyo. ¡El pobre vivía tan mal!: solo en la fragua, sin otra compañía que una parienta vieja, siempre vestida de negro por remotos lutos, lagrimiente un ojo, cerrado otro, y tirando del fuelle, mientras su sobrino batía el hierro rojo. La vecindad del fogón

secaba cada vez más su huesosa flacura: en su cara arrugada de manzana vieja parecían liquidarse las cuencas de los ojos.

Aquel antro, ahumado y lóbrego, en medio de los pinares, se embellecería con la presencia de Margalida. Su único adorno presente eran unos cuantos cestillos de juncos de colores, tejidos en forma de tablero de ajedrez, con pompones de seda, amistoso recuerdo de los ignorados artistas que entretenían sus ocios en el retiro de *Niza*. Cuando su hermana viviese en la fragua, Pepet iría á verla y contaba adquirir de la munificencia de su cuñado, en estas visitas, un cuchillo tan famoso como el del abuelo, si es que el señor Pèp perseveraba injustamente en negarle esta herencia gloriosa.

El recuerdo de su padre pareció obscurecer las esperanzas del muchacho. Veía difícil que el dueño de *Can Mallorquí* aceptase como yerno á Pere el *Ferrer*. Nada malo podía decir el viejo de él: aceptaba su fama como una honra para el pueblo. La isla no sólo tenía hombres bravos en «las fieras de San Juan»: también San José podía enorgullecerse de mozos valientes que habían sufrido duras pruebas. Pero el *Ferrer* era hombre de oficio, poco entendido en materias agrícolas, y aunque todos los ibicencos mostrábanse igualmente predispuestos á cultivar la tierra, echar una red en el mar ó hacer un alijo de contrabando, con otras pequeñas industrias, pasando fácilmente de un trabajo á otro, él quería para su hija un verdadero

labrador, habituado toda su vida á arañar el suelo. Su resolución era inquebrantable. En aquel cerebro yermo y duro, cuando llegaba á retoñar una idea, echaba raíces tan hondas, que no había huracán ni cataclismo que la arrancase. Pepet sería cura, y correría mundo. Margalida la guardaba para un labrador que agrandase las tierras de *Can Mallorquí* al heredarlas.

El *Capellanet* inquietábase al pensar en quién podría ser el favorecido por Margalida. Trabajo les daba á todos, teniendo enfrente á un hombre como el *Ferrer*. Aunque su hermana se inclinase á otro, el agraciado tendría que vérselas luego con Pere, el bravo glorioso, quitándolo de en medio. Iban á verse cosas grandes. Del cortejo de Margalida se hablaba ya en todas las casas del *cuartón:* su fama acabaría por extenderse á toda la isla. Y Pepet sonreía con feroz deleite, como un pequeño salvaje que ve próxima una matanza.

Admiraba á Margalida, reconociendo en ella una autoridad mayor que la del padre, por lo mismo que no estaba basada en el miedo á los golpes. Ella lo dirigía todo en la casa: todos la obedecían. La madre marchaba tras sus pasos como una doméstica, no osando hacer nada sin consultarla. El *siñó* Pèp, tan absoluto en sus ideas, deteníase antes de tomar una resolución, rascándose la frente con gesto de duda y murmurando: «Esto habrá que consultarlo con la *atlòta*...» El mismo *Capellanet,* que había heredado la terquedad paternal,

cambiaba fácilmente en sus intentos de protesta con sólo una palabra de la hermana, una insinuación de su boca sonriente, de su voz dulce.

—¡Lo que ella sabe, don Jaime!—decía el muchacho con admiración—. Yo no sé si es guapa. Por ahí dicen que sí: á mí no me gusta. Á mí me gustan otras de mi edad. ¡Lástima que no estén aún para admitir el *festeig!*...

Y volviendo á hablar de su hermana, enumeraba sus talentos, insistiendo con cierto respeto en su habilidad para el canto.

¿Conocía don Jaime al *Cantó*, un *atlòt* malucho del pecho, que no trabajaba y pasaba los días tendido á la sombra de los árboles, golpeando el tamboril y mascullando versos?... Era un blanco cordero, una gallina, con ojos y piel de mujer, incapaz de hacer frente á nadie. También éste pretendía á Margalida, pero el *Capellanet* juraba meterle el tamboril por la cabeza antes de aceptarlo como cuñado. Él sólo podía emparentar con un héroe... Pero en lo de sacarse canciones de la cabeza y cantarlas intercaladas con alaridos de pavo real, no había quien se midiese con el *Cantó*. Había que ser justos, y Pepet reconocía su mérito. Era para el *cuartón* una gloria que casi podía compararse con la del valeroso *Ferrer*. Pues bien; á este cantor le hacía frente Margalida, cuando en las tertulias de verano en el *pòrchu* de la alquería, ó en los bailes del domingo, ruborosa, empujada por las compañeras, se decidía á sen-

tarse en el centro del corro, y con el tamboril en una rodilla, ocultos los ojos tras un pañuelo, contestaba con un largo romance, todo de su invención, á lo que había dicho antes el poeta.

Si el *Cantó* soltaba un domingo un interminable relato sobre la falsedad de las mujeres y lo caras que cuestan al hombre por su afición á los trapos, Margalida le respondía al otro domingo con un romance doble largo, criticando la vanidad y el egoísmo de los hombres, y la turba de *atlòtas* coreaba sus versos con cloqueos de entusiasmo, reconociendo la gloria de una vengadora en la muchacha de *Can Mallorquí.*

—*¡Pepet!... ¡Atlòt!*

Una voz femenina sonó á lo lejos, como un cristal, rasgando el denso silencio de las primeras horas de la tarde, cargado de vibraciones de calor y de luz. Sonaba cada vez más fuerte, al repetirse, como si se aproximase á la torre.

Pepet abandonó su posición de bestiezuela en descanso, libertando las piernas encogidas del anillo de los brazos y poniéndose en pie de un salto... Era Margalida la que le llamaba. Su padre debía reclamarle para algún trabajo, en vista de su tardanza.

El señor le retuvo por un brazo.

—Déjala que venga—dijo sonriendo—. Hazte el sordo para que grite.

El *Capellanet* enseñó los nítidos dientes en la obscuridad de su cara bronceada. Sonreía el pillete,

satisfecho de esta inocente complicidad, y quiso aprovecharse de ella, hablando al señor con atrevida confianza.

¿De veras que pediría para él, al *siñó* Pèp, el cuchillo del abuelo? ¡Ay el *gabinet del güelo!* Estaba siempre presente en su memoria.

—Sí; lo tendrás—dijo Jaime—. Y si tu padre no te lo da, yo te compraré el mejor que encuentre en Ibiza.

El muchacho se frotó las manos, brillándole los ojos con fulgores salvajes.

—Es sólo para que seas hombre como los otros —continuó Febrer—; pero ¡nada de usarlo! Un simple adorno nada más.

Pepet, ansioso de realizar cuanto antes su deseo, contestó con enérgicos movimientos de cabeza. Sí; un adorno nada más... Pero sus ojos se obscurecieron con una duda cruel... Un adorno; pero si alguien le ofendía llevando tal compañero, ¿qué podía hacer un hombre?...

—*¡Pepet!... ¡Atlòt!*

La voz de cristal sonó ahora varias veces al pie de la torre. Febrer esperaba oirla más cerca, ver aparecer la cabeza de Margalida y luego todo su cuerpo en el hueco de entrada. Pero en vano esperó largo rato: la voz fué haciéndose cada vez más apremiante, con graciosos temblores de impaciencia.

Febrer se asomó á la puerta y vió á la muchacha al pie de la escalera, algo empequeñecida por

la distancia, con hinchada falda azul y un sombrero de paja del que pendían cintas á flores. Sobre el fondo de las amplias alas del sombrero, iguales á una aureola, destacábase su rostro, de una palidez de rosa, en el que parecían temblar las gotas negras de los ojos.

—*¡Salut, Flò d'enmetllé!*—dijo Febrer con cierta inseguridad en la voz, pero sonriendo.

¡Flor de almendro!... Al oir la muchacha este nombre en boca del señor, el carmín de una expansión sanguínea ocultó momentáneamente la suave blancura de su tez...

¿Ya sabía don Jaime este nombre?... ¿Pero un señor como él se enteraba de tales tonterías?...

Febrer sólo vió ya la copa y las alas del sombrero de Margalida. Había bajado la cabeza, y en su turbación jugueteaba con las puntas del delantal, avergonzada como una niña que se da cuenta de pronto de la significación de su sexo y escucha el primer requiebro.

III

El domingo siguiente, Febrer fué por la mañana al pueblo. El tío Ventolera no podía acompañarle al mar, pues consideraba indispensable su presencia en la misa, para responder con voz chillona á las palabras del sacerdote.

Falto de ocupación, Jaime emprendió la marcha hacia el pueblo por senderos de tierra roja, que ensuciaba la blancura de sus alpargatas. Era uno de los últimos días estivales. Las alquerías de nítida blancura parecían reflejar como espejos el fuego de un sol africano. Zumbaban en el ambiente los enjambres de insectos. En la sombra verdosa de las higueras amplias, bajas y redondas, apoyadas en un círculo de estacas como techumbres de verdura, caían los higos abiertos por el calor, reventando en el suelo como enormes gotas de purpúreo azúcar. Las chumberas alzaban sus muros de pinchosas palas á ambos lados del camino, y entre sus raíces polvorientas correteaban medrosas y ebrias de sol pequeñas bestias ondeantes, de larga cola y un verde esmeralda.

Por entre la columnata negra y retorcida de los olivos y los almendros, veíanse á lo lejos, siguiendo otros senderos, grupos de payeses que también marchaban hacia el pueblo. Delante iban las *atlòtas* de traje dominguero, con pañuelos rojos ó blancos y faldas verdes, brillando al sol sus grandes cadenas de oro: junto á ellas caminaban los pretendientes, escolta tenaz y hostil que se disputaba una mirada ó una palabra de preferencia, asediando varios á la vez á la misma moza. Cerraban la marcha los padres de las muchachas, envejecidos antes de tiempo por las fatigas y sobriedades de la vida del campo, pobres bestias de la tierra, sumisas, resignadas, negras de piel, con los miembros secos como sarmientos y que en la modorra de su mente recordaban cual una vaga y remota primavera los años del *festeig*.

Cuando Febrer llegó al pueblo, se dirigió rectamente á la iglesia. Lo formaban seis ú ocho casas con la alcaldía, la escuela y la taberna, en torno del templo. Éste erguíase soberbio y poderoso, como nexo de unión de todo el caserío esparcido por valles y montes en algunos kilómetros á la redonda.

Jaime, despojándose del sombrero para limpiarse el sudor de la frente, se refugió bajo las arcadas de un pequeño claustro que precedía á la iglesia. Allí experimentó la misma sensación de bienestar del árabe que se acoge á un solitario morabito tras la marcha por el arenal inflamado como un horno.

La blancura de la iglesia, enjalbegada de cal, con sus arcos frescos y sus ribazos de piedra seca coronados de nopales, hacía pensar en una mezquita africana. Tenía más de fortaleza que de templo. Sus tejados estaban ocultos por el borde superior de los muros, especie de reducto sobre el cual habían asomado muchas veces escopetas y trabucos. La torre era un torreón de guerra coronado todavía de almenas: su vieja campana había volteado en otro tiempo con la fiebre del rebato.

Esta iglesia, en la que los payeses del *cuartón* entraban á la vida con el bautismo y salían de ella con la misa de difuntos, había sido durante siglos el refugio de sus pavores, la fortaleza de sus resistencias. Cuando las atalayas de la costa anunciaban con fogatas ó humaredas un barco de moros, de todas las alquerías de la parroquia corrían las familias hacia el templo: los hombres cargando su escopeta; las mujeres y niños arreando las cabras y los asnos ó llevando á cuestas con las patas atadas en manojo todas las aves de corral. La casa de Dios se convertía en un establo guardador de la fortuna de sus adeptos. El cura, en un rincón, rezaba con las mujeres, entrecortadas las oraciones por chillidos de angustia y llantos de niños, mientras en los tejados y la torre los escopeteros exploraban el horizonte, hasta que llegaba noticia de que las aves de rapiña del mar se habían alejado. Entonces reanudábase la existencia normal, volviendo cada familia á su aislamiento con la certeza

de repetir el viaje angustioso pocas semanas después.

Febrer permaneció bajo las arcadas viendo cómo iban llegando los grupos de payeses á toda prisa, espoleados por el último toque del esquilón que volteaba en lo alto de la torre. El interior de la iglesia estaba casi lleno. Por la puerta entreabierta llegaba hasta Jaime una densa bocanada de respiraciones ardorosas, de sudor y ropas burdas. Experimentaba él cierta simpatía por estas buenas gentes cuando las tropezaba por separado, pero la muchedumbre inspirábale aversión, y permanecía lejos de su contacto.

Todos los domingos bajaba al pueblo para quedarse en la puerta de la iglesia, sin entrar en ella. La soledad habitual en su torre de la costa, le hacía necesario ver gentes. Además, el domingo resultaba para él, hombre sin ocupaciones, un día monótono, fastidioso, interminable. Este descanso de los demás era su tormento. No podía ir al mar por falta de barquero, y los campos solitarios, con sus casas cerradas, por hallarse las familias en la misa ó en el baile de la tarde, le comunicaban la impresión penosa de un paseo por un cementerio. La mañana pasábala en San José, y uno de sus placeres era permanecer en el claustro de la iglesia viendo entrar y salir al gentío, gozando de la fresca sombra de los arcos, mientras unos pasos más allá ardía la tierra con la reverberación solar, mecían sus ramas los árboles lentamente como angustia-

das por el calor y el polvo que cubría sus hojas, y el ambiente denso parecía mascarse al descender á los pulmones.

Llegaban las familias retrasadas pasando ante Febrer con una mirada de curiosidad y un leve saludo. Todos le conocían en el *cuartón:* eran buenas gentes que al verle en el campo podían abrirle la puerta de su casa; pero su afabilidad no pasaba de esto, pues parecían incapaces de aproximarse á él por impulso propio. Era un forastero: además era un mallorquín. Su condición de señor creaba una misteriosa desconfianza en la gente rústica, que no podía explicarse su permanencia en el aislamiento de la torre.

Febrer quedó solo. Llegó hasta sus oídos el repiqueteo de una campanilla, el rumor del gentío al arrodillarse ó al ponerse de pie, y una voz conocida, la voz del tío Ventolera, lanzando en tono cantable las respuestas de la misa, con el estridor de su boca sin dientes. La gente aceptaba sin reirse estas ingerencias de su locura senil. Estaba habituada, años y años, á oir los latinajos del antiguo marinero, que desde su banco apoyaba á gritos las respuestas del ayudante. Todos daban cierto carácter sagrado á estos desvaríos, como los orientales que ven en la demencia un signo de santidad.

Fumaba Jaime en la entrada de la iglesia para entretenerse. Unos palomos se arrullaban sobre los arcos, cortando con el rumor de sus caricias las

largas pausas de silencio. Tres colillas de cigarro estaban á los pies de Febrer, cuando sonó en el interior del templo un largo murmullo como de mil respiraciones contenidas que se exhalan al fin con un suspiro de satisfacción. Luego ruido de pasos, voces ahogadas de saludo, chocar de sillas, chirrido de bancos, arrastre de pies, y la puerta quedó obstruída por las gentes que intentaban salir todas á un tiempo.

Comenzaron á desfilar los fieles, saludándose como si se vieran por primera vez al encontrarse en pleno sol, fuera de la luz crepuscular del templo.

—*¡Bòn día!... ¡Bòn día!...*

Salían en grupos las mujeres: las viejas vestidas de negro, esparciendo el interno olor de sus innumerables zagalejos y faldas: las jóvenes, erguidas en su estrecho corsé, que les aplastaba los pechos y borraba las curvas salientes de las caderas, ostentando con nobiliario orgullo, sobre el pañuelo multicolor, las cadenas de oro y los enormes crucifijos. Eran cabezas morenas y verdosas, con grandes ojos de dramática expresión; vírgenes cobrizas con el pelo brillante y aceitoso, partido por una raya que iba ensanchando cada vez más la rudeza del peine.

Los hombres deteníanse un momento en la puerta para colocarse sobre la rapada cabeza, con luengos rizos en su parte delantera, el pañuelo que llevaban bajo el sombrero, á uso mujeril. Era una prenda con la que suplían el capuchón del antiguo

jaique del país, usado ya únicamente en circunstancias extraordinarias.

Luego los viejos sacaban de la faja una pipa rústica fabricada por ellos mismos, llenándola del tabaco de *pòta,* que se cultiva en la isla, hierba de acre olor. Los mozos se alejaban de ellos. Salían del atrio para adoptar fieras posturas, con las manos en la faja y la cabeza erguida, ante los grupos de mujeres donde estaban las amadas *atlòtas* fingiendo indiferencia y contemplándolos al mismo tiempo con el rabillo del ojo.

Poco á poco iba disolviéndose esta masa de gentío.

—*¡Bòn día!... ¡Bòn día!*

Muchos no volverían á verse hasta el domingo siguiente. Por todos los senderos se alejaban grupos multicolores; unos obscuros, sin escolta alguna, marchando lentamente, como si se arrastraran, con la miseria de la ancianidad; otros bulliciosos, de faldas inquietas y pañuelos ondeantes, seguidos á distancia por una tropa de *atlòts* que gritaban, relinchaban y corrían para advertir su presencia á las muchachas.

Aun quedaba gente dentro de la iglesia. Febrer vió salir unas mujeres vestidas de negro, tétrico grupo de tapadas, que apenas si enseñaban á través de la abertura del manto su nariz enrojecida por el sol y un ojo de brasa velado por las lágrimas. Iban cubiertas con el *abrigais,* chal de invierno, envoltura tradicional de gruesa lana, cuya vista

producía una sensación de tormento y asfixia en aquella mañana bochornosa de verano. Detrás salieron unos encapuchados, antiguos payeses que se habían cubierto con el capote de ceremonia, un jaique pardo de burda lana, con amplias mangas y apretado capuchón. Las mangas las llevaban sueltas, pero el capuchón iba bien abrochado bajo la barba, mostrando por la abertura sus rostros tostados de piratas.

Eran los parientes de un payés que había muerto una semana antes. La larga familia, que habitaba en distintos puntos del *cuartón,* habíase reunido, según costumbre, en la misa del domingo para recordar al muerto, y al verse estallaba su dolor con africana vehemencia, como si aun tuviesen ante sus ojos el cadáver. La costumbre exigía que se cubrieran con sus prendas de ceremonia, con sus vestidos de invierno, encerrándose en ellos cual si fuesen cáscaras de dolor. Lloraban y sudaban bajo las envolturas, y al reconocer cada uno á los parientes que no había visto en algunos días, estallaba su pena con nuevo recrudecimiento. Salían suspiros de agonía de entre los espesos mantos: las rudas caras, encuadradas por el capuchón, contraíanse con crispaciones de dolor infantil, exhalando lamentos de pequeñuelo enfermo. El dolor se licuaba con una incesante secreción, mezcla de sudor y lágrimas. De todas las narices (la parte más visible de estos fantasmas doloridos) pendían gotas que iban á caer sobre los pliegues del burdo paño.

Un hombre hablaba con bondadosa autoridad, exigiendo calma, en medio del estrépito de las voces femeniles que rugían broncas de pena y de los suspiros masculinos atiplados por el dolor. Era Pèp el de *Can Mallorquí,* lejano pariente del muerto, en esta isla donde todos se hallaban más ó menos unidos por los cruces de la sangre. El vago parentesco, aunque le impulsaba á participar del dolor, no le había obligado á ponerse el jaique de las grandes solemnidades. Iba vestido de negro y se cubría con un manteo de ligera lana y un fieltro redondo que le daban cierto aire eclesiástico. Su mujer y Margalida, que no se creían unidas por el parentesco á esta familia, manteníanse aparte, como si las alejase la diferencia entre sus alegres ropas domingueras y aquel aparato de dolor.

El bondadoso Pèp fingía enfadarse por los extremos de desesperación, cada vez más vehementes, de los enlutados... ¡Ya había bastante! Cada uno á su casa, á vivir muchos años, para encomendar el muerto al Señor.

Estallaron más fuertes los sollozos bajo los mantos y los capuchones. ¡Adiós! ¡adiós! Se estrechaban las manos, se besaban las bocas, se retorcían los brazos, como si todos se despidieran para no verse más. ¡Adiós! ¡adiós! Se alejaron por grupos, cada uno en distinta dirección, hacia las montañas cubiertas de pinos, hacia las alquerías de lejana blancura, medio ocultas entre higueras y almendrales, hacia los rojos peñascos de la costa, y era un

espectáculo absurdo é incoherente ver bajo el ardor del sol, al través de los campos verdes y espléndidos, cómo marchaban con paso tardo estos fantasmas espesos y sudorosos, incansables lloradores de la muerte.

La vuelta á *Can Mallorquí* fué triste y silenciosa. Pepet abría la marcha con el *bimbau* en los labios, que le acompañaba en su caminata con un zumbido de moscardón. De vez en cuando deteníase para echar piedras á los pájaros ó á los lagartos hinchados y negruzcos que asomaban entre las chumberas. ¡Lo que á él le impresionaba la muerte!... Margalida caminaba junto á su madre, silenciosa, abstraída, con los ojos muy abiertos; unos ojos de vaca hermosa que miraban á todas partes sin ver y sin reflejar pensamiento alguno. Parecía no darse cuenta de que tras ella caminaba don Jaime, el señor, el reverenciado huésped de la torre.

Pèp, también abstraído, delataba el curso de sus pensamientos con palabras sueltas dirigidas á Febrer, como si necesitase hacer partícipe á alguien de sus ideas.

¡La muerte! ¡Qué cosa tan fea, don Jaime!... Y allí estaban ellos, en un pedazo de tierra rodeado por las olas, sin poder escapar, sin poder defenderse, aguardando el momento en que quisiera echarles la zarpa. El payés sentía sublevarse su egoísmo ante esta gran injusticia. Bueno que allá en tierra firme, donde las gentes son felices y gozan mu-

cho, se ensañase la muerte... ¿Pero aquí? ¿También aquí, en el último rincón del mundo? ¿No había límite ni excepción para la gran entrometida?... Era inútil imaginarse obstáculos. Ya podía el mar embravecerse entre las cadenas de islotes y escollos que van de Ibiza á Formentera. Los freos eran hervideros de olas, los peñones se cubrían de espuma, los rudos hombres de mar retrocedían vencidos, los barcos se refugiaban en los puertos, el paso se cerraba para todos, las islas quedaban apartadas del resto del mundo, pero esto nada significaba para la marinera invencible de cráneo pelado, para la caminante de piernas de hueso, que podía correr con gigantescos saltos por encima de montañas y mares.

No había tempestad que la detuviese; no conocía alegría que la hiciera olvidar; estaba en todas partes; se acordaba de todos. Ya podía lucir el sol, y estar hermosos los campos, y ser buena la cosecha... ¡Engañifas para entretener al hombre en sus fatigas y hacerlas más tolerables! ¡Mentirosas promesas, como las que se hacen á los niños para que se sometan de buen grado al tormento de la escuela!... Y había que dejarse engañar; la mentira era buena: no debían acordarse de este mal inevitable, de este último peligro sin remedio alguno, que entristece la vida, quitando su sabor al pan, su alegre topacio al líquido de la parra, su jugo al blanco queso, su sabor de azúcar á los abiertos higos y su energía picante á la sobreasada, entenebreciendo

y amargando todas las cosas buenas que Dios puso en la isla para consuelo de las gentes de bien. ¡Ay, don Jaime, qué miseria!...

Febrer comió en *Can Mallorquí*, para evitar á los hijos de Pèp la subida á la torre. La comida empezó con cierta tristeza, como si aun vibrasen en sus oídos los lamentos de los encapuchados en el atrio de la iglesia. Poco á poco, en torno de la mesita baja y su gran cazuela de arroz, fué difundiéndose cierta alegría. El *Capellanet* hablaba del baile de la tarde, olvidado totalmente de su vida de seminarista y osando arrostrar los ojos de Pèp. Margalida recordaba las miradas del *Cantó* y la arrogante postura del *Ferrer* cuando ella había pasado ante los *atlòts* al entrar en misa. La madre suspiraba:

—*¡Ay, Siñor!... ¡Ay, Siñor!...*

Nunca había dicho más, acompañando con la misma exclamación de su confuso pensamiento las alegrías y los dolores.

Pèp había dado varios tientos al jarro de vino, lleno de zumo sonrosado de las mismas parras que extendían un toldo de pámpanos ante el porche. Su rostro cetrino se coloreó con una aurora alegre. ¡Al diablo la muerte y sus miedos! ¿Iba un hombre honrado á pasar la existencia entera temblando por su llegada?... Podía presentarse cuando lo tuviese á bien. ¡Mientras tanto, á vivir!... Y manifestó esta voluntad de vida durmiéndose en un poyo, con sonoros ronquidos que no lograban asustar

á las moscas y avispas revoloteantes en torno de su boca.

Febrer se marchó á la torre. Margalida y su hermano apenas se fijaron en el señor. Habían abandonado la mesa para hablar más libremente del baile de la tarde, con una alegría de muchachos á los que estorba la presencia de una persona grave.

En la torre, se tendió en su jergón y quiso dormir. ¡Solo!... Se daba cuenta de su aislamiento, rodeado de personas que le respetaban, que tal vez le amaban, pero que al mismo tiempo sentían la irresistible atracción de unas sencillas alegrías, insípidas para él. ¡Qué tormento el de los domingos! ¿Adónde ir? ¿Qué hacer?...

En su firme deseo de suprimir el martirio del tiempo, de alejarse de una vida sin objeto inmediato, acabó por dormirse y despertó á media tarde, cuando el sol comenzaba á descender lentamente, más allá de la línea de islotes, entre una lluvia de oro pálido que parecía dar á las aguas un azul más intenso y profundo.

Al bajar á *Can Mallorquí*, vió cerrada la alquería. ¡Nadie! Ni siquiera excitaron sus pasos el ladrido del perro que estaba siempre bajo el porche. El vigilante animal había ido también á la fiesta con la familia.

—Están todos en el baile—pensó Febrer—. ¿Si yo fuese al pueblo?...

Dudó mucho rato. ¿Qué podía hacer allá?...

Repugnábanle estas diversiones, en las que su presencia de forastero parecía despertar cierta molestia entre los payeses. Aquellas gentes preferían verse solas. ¿Iba él á bailar con una *atlòta*, á sus años y con su aspecto malhumorado, que infundía respeto y frialdad?... Tendría que permanecer con Pèp y otros, aspirando el olor del tabaco de *pòta*, hablando de la almendra y del miedo á que se helase, esforzándose por abatir su pensamiento al nivel del de estas gentes.

Al fin se decidió á ir al pueblo. Tenía miedo á la soledad. Antes que pasar solo el resto de la tarde, prefería la conversación lenta y monótona de las gentes simples, una conversación refrescante, como él decía, que no le obligaba á reflexionar y dejaba su pensamiento en dulce calma animal.

Cerca de San José vió la bandera española flotando sobre el tejado de la alcaldía, y llegaron á sus oídos los golpes secos del parche del tamboril, el bucólico gorjeo de la flauta y el repiqueteo de las *castañòlas*.

El baile era frente á la iglesia. La gente joven formaba grupos, de pie, cerca de los músicos, que ocupaban silletas bajas. El tamborilero, con su redondo instrumento acostado en una rodilla, golpeaba el parche cadenciosamente, mientras su compañero soplaba en la larga flauta de madera, adornada con tallas de primitiva rudeza, hechas á cuchillo. El *Capellanet* repicaba las *castañòlas*,

enormes como las conchas que cogía el tío Ventolera.

Las *atlòtas*, agarradas del talle ó apoyadas unas en hombros de otras, miraban con virtuosa hostilidad á los mozos, que se pavoneaban en el centro de la plaza, las manos metidas en el cinto, el ancho castoreño echado atrás para dejar al descubierto los rizos de la frente, el cuello envuelto en bordado pañuelo ó corbatas de cintas, y las alpargatas, de inmaculada blancura, casi ocultas por la boca del pantalón de pana en forma de pata de elefante.

Á un lado de la plaza estaban sentadas sobre un ribazo, ó en sillas de la inmediata taberna, las casadas y las viejas; mujeres anémicas y tristes en su relativa juventud, por una procreación excesiva y las fatigas de su existencia campestre, con los ojos hundidos en un cerco azul que parecía revelar desórdenes interiores, guardando sobre su pecho las cadenas de oro de sus tiempos de *atlòtas* y adornadas las mangas de botones de oro. Las ancianas, cobrizas y arrugadas, vistiendo trajes obscuros, suspiraban lastimosamente al ver la alegría de la gente moza.

Febrer, luego de contemplar un buen rato á toda esta gente, que apenas fijó en él una mirada distraída, fué á colocarse junto á Pèp en un corro de payeses viejos. Hicieron sitio al *siñor de la torre* con respètuoso silencio, y después de lanzar algunas bocanadas de humo de sus pipas cargadas de

pòta, reanudaron la lenta conversación sobre los rigores probables del invierno próximo y la suerte de la futura cosecha de almendra.

Seguía repicando el tamboril, sonaba la flauta, tableteaban las enormes castañuelas, pero ninguna pareja se lanzaba al centro de la plaza. Los *atlòts* parecían consultarse con indecisión, como si todos temiesen ser los primeros. Además, la inesperada presencia del señor mallorquín intimidaba algo á las vergonzosas muchachas.

Jaime sintió que le tocaban en un codo. Era el *Capellanet* que le hablaba misteriosamente al oído, al mismo tiempo que señalaba con un dedo... Aquél era Pere el *Ferrer,* el famoso *vèrro*. Y designaba á un mozo de estatura menos que mediana, pero arrogante y jactancioso en su actitud. Los *atlòts* se agrupaban en torno del héroe. El *Cantó* le hablaba sonriente, y él le oía con protectora gravedad, escupiendo de vez en cuando por las comisuras de la boca, y admirándose á sí mismo por la distancia á que enviaba el chorro de secreción.

De pronto, el *Capellanet* saltó al medio de la plaza tremolando su sombrero... ¿Pero iban á pasar la tarde oyendo la flauta sin bailar? Corrió al grupo de las *atlòtas* y agarró por las manos á la más grande, tirando de ella: «¡Tú!...» Esto bastaba para la invitación. Cuanto más rudo era el manotazo, más cariñoso parecía y digno de agradecimiento.

El travieso *atlòt* quedó frente á su pareja, moza

arrogante y fea, de rudas manos, pelo aceitoso y cara negra, que le llevaba de estatura casi toda la cabeza. El muchacho protestó, encarándose con los músicos. Nada de *llarga:* quería bailar la *curta*. La *larga* y la *corta* eran los dos únicos bailes de la isla. Febrer no había llegado nunca á distinguirlos: una simple variación de ritmo, pues la música y la danza siempre parecían iguales.

La moza, con un brazo doblado sobre la cintura en forma de asa, y pendiente el otro á lo largo de la hueca faldamenta, comenzó á girar sobre sus alpargatas. No había de hacer más: esta era toda su danza. Bajaba los ojos, fruncía la boca, como era de rigor, con un gesto de virtuoso desprecio, como si bailase contra su voluntad, y así giraba y giraba, trazando en sus evoluciones sobre el suelo grandes números ochos. El bailarín era el hombre. Reproducíase en esta danza tradicional, inventada sin duda por los primeros pobladores de la isla, rudos piratas de la edad heroica, la eterna historia de los humanos, la persecución y la caza de la hembra. Ella giraba fría é insensible, con la altivez asexual de una virtud ruda, huyendo de sus saltos y contorsiones, presentándole la espalda con gesto de desprecio, y el fatigoso trabajo de él consistía en colocarse siempre ante sus ojos, en ponerse ante su paso, en salirle al encuentro para que le viera y le admirase. El bailarín saltaba y saltaba sin regla alguna, sin otra disciplina que la del ritmo de la música, rebotando sobre el suelo con incansable

elasticidad. Unas veces abría los brazos con gesto hostil de dominador, otras los replegaba sobre la espalda, echando los pies en alto.

Era más que baile un ejercicio gimnástico, un delirio de acróbata, un movimiento frenético como el de las danzas guerreras de las tribus africanas. La hembra ni sudaba ni enrojecía: continuaba sus vueltas fríamente, sin apresurar el paso, mientras el compañero, poseído del vértigo de la velocidad, jadeaba con el rostro congestionado, retirándose trémulo de fatiga á los pocos minutos. Cada *atlòta* podía bailar con varios hombres sin esfuerzo alguno, rindiéndolos. Era el triunfo de la pasividad femenil que sonríe ante la jactancia arrogante del sexo contrario, sabiendo que acabará por verlo humillado...

La salida de la primera pareja pareció arrastrar á los demás. En un momento, todo el espacio libre que había ante los músicos se cubrió de faldas pesadas, bajo cuyo rígido y múltiple ruedo movíanse los pequeños pies, metidos en blancas alpargatas ó amarillos zapatos. Las anchas bocas de los pantalones cimbreábanse á un lado y á otro, con el rápido movimiento de los saltos ó el enérgico pateo que hería la tierra levantando nubecillas de polvo. Los brazos varoniles escogían con galante zarpazo entre las *atlòtas* agrupadas. «¡Tú!» Y á este monosílabo seguían el tirón de conquista, los empellones que equivalían á un título momentáneo de propiedad, todos los extremos de una predilección ruda-

mente ancestral, de una galantería heredada de remotos abuelos en la época obscura en que el palo, la pedrada y la lucha á brazo partido eran la primera declaración de amor.

Algunos *atlòts* que se habían visto precedidos de otros más audaces en el escogido de las parejas, permanecían inmóviles cerca del corro, vigilando á sus compañeros para sucederles. Cuando veían al danzarín congestionado y sudoroso por los saltos, extremando sus esfuerzos para seguir adelante, llegábanse á él, tirándole de un brazo para apartarlo. «*¡Déixamela!*» Y ocupaban su puesto sin más explicación, saltando y acosando á la hembra con el empuje de su frescura, sin que ella pareciese percatarse del cambio de pareja, pues continuaba sus vueltas, con la vista baja y el gesto desdeñoso.

Jaime vió por primera vez en las evoluciones del baile á Margalida, que hasta entonces había permanecido oculta entre sus compañeras.

¡Hermosa *Flor de almendro!* Febrer la encontraba más bella al compararla con sus amigas, morenas y curtidas por el sol y el trabajo. Su piel blanca, de una suavidad de flor, sus ojos húmedos y brillantes de animalillo dulce, el cuerpo esbelto y hasta la suavidad de las manos, la separaban, como si fuese de una raza distinta, de aquellas compañeras negruzcas, seductoras por su juventud, enérgicas y guapotas, pero que parecían talladas á hachazos.

Contemplándola, pensaba Jaime que aquella muchacha, en otro ambiente, podía haber sido una criatura adorable. Él creía entender algo de esto. Adivinaba en *Flor de almendro* un sinnúmero de delicadezas, de las que ella misma no se daba cuenta. ¡Lástima que hubiese nacido en esta isla para no salir de ella jamás!... ¡Y su belleza sería para alguno de aquellos bárbaros que la admiraban con perruna mirada de ansiedad! ¡Tal vez para el *Ferrer,* el odioso *vèrro*, que parecía protegerlos á todos con sus ojos sombríos!...

Cuando fuese casada cultivaría la tierra, como las otras: su blancura de flor se marchitaría, amarilleando; sus manos se tornarían negras y escamosas; acabaría siendo igual á su madre y á todas las payesas viejas, una hembra esqueleto, retorcida y nudosa, lo mismo que un tronco de olivo... Febrer entristecíase con estos pensamientos como ante una gran injusticia. ¿De dónde habría sacado este retoño el simple Pèp que estaba á su lado? ¿Por qué obscura combinación de raza había podido nacer Margalida en *Can Mallorquí?*... ¿Y habría de agostarse esta florescencia misteriosa y perfumada del tronco payés lo mismo que los otros brotes rudos que crecían junto á ella?...

Algo extraordinario distrajo á Febrer de estos pensamientos. Seguían sonando la flauta, el tamboril y las *castañòlas,* saltaban los danzarines, giraban las *atlòtas*, pero en los ojos de todos brillaba una mirada de alarma inteligente, una expresión

de solidaridad defensiva. Los viejos cesaban en su conversación, mirando hacia la parte que ocupaban las mujeres. «*¿Qué es? ¿Qué es?*» El *Capellanet* corría por entre las parejas, hablando al oído de los bailarines. Éstos salíanse del corro con las manos en la faja y desapareciendo unos segundos volvían inmediatamente á ocupar su sitio, mientras las *atlòtas* seguían girando.

Pèp sonrió levemente al adivinar lo que ocurría, y habló al oído del señor. «Nada: lo de todos los bailes.» Había peligro, y los *atlòts* ponían en seguridad sus *arreglos*.

Estos arreglos eran las pistolas y los cuchillos que llevaban los muchachos como testimonio de ciudadanía. Durante unos instantes, Febrer vió salir á luz las armas más estupendas y enormes, disimuladas prodigiosamente en aquellos cuerpos enjutos y esbeltos. Las viejas las reclamaban con sus manos huesosas, deseando compartir el riesgo, brillando en sus ojos la vehemencia de un heroísmo agresivo. ¡Tiempos malditos de impiedad los de ahora, en que se molesta á las gentes y se atenta á las antiguas costumbres! «¡Aquí! ¡Aquí!» Y agarrando los mortales chismes, los escondían bajo el ruedo de innumerables hojas de sus faldas y zagalejos. Las madres jóvenes se arrellanaban en sus asientos y abrían el ángulo de las abultadas piernas, como para ofrecer mayor espacio al guerrero escondrijo. Unas á otras se miraban las mujeres con belicosa resolución. ¡Que viniesen aquellas

malas almas!... Se dejarían hacer pedazos antes de moverse de su sitio.

Febrer vió brillar algo en un camino que conducía á la iglesia. Eran correajes y fusiles, y sobre éstos las blancas cogoteras de los tricornios de una pareja de la Guardia civil.

Los dos soldados del orden se aproximaron lentamente, con cierto desmayo, convencidos sin duda de haber sido adivinados de lejos y llegar demasiado tarde. Jaime era el único que los miraba: los demás fingían no verles, con la cabeza baja ó puestos los ojos en distinta dirección. Los músicos tocaban con más fuerza, pero las parejas se iban retirando. Las *atlòtas* abandonaban á los mozos para ir á confundirse en el grupo de mujeres.

—¡Buenas tardes, señores!...

Á este saludo del guardia más antiguo contestó el tamboril callando en seco y dejando sola á la flauta. Ésta todavía gangueó unas cuantas notas, que parecieron contestar irónicamente á la salutación.

Hubo un largo silencio. Algunos contestaron con un leve «*¡Tengui!*» al saludo de la pareja, pero todos fingían no verla, y miraban á otra parte, como si los guardias careciesen de presencia real.

El silencio penoso pareció molestar á los dos soldados.

—Vaya, sigan ustedes—continuó el más viejo—. Por nosotros que no pare la diversión.

Hizo un gesto á los músicos, y éstos, incapaces

de desobedecer en nada á la autoridad, acometieron una música más viva y endiabladamente alegre que la de antes. ¡Pero como si tocasen á muerto!... Todos permanecían inmóviles y enfurruñados, pensando en qué podría acabar esta inesperada presentación.

La pareja, acompañada por el repiqueteo del tamboril, las cabriolas musicales de la flauta y la risa seca y estridente de las castañuelas, comenzó á moverse entre los grupos de *atlòts,* examinándolos.

—Tú, galán—decía con paternal autoridad el antiguo de la pareja—, ¡brazos en alto!

Y el designado obedecía mansamente, sin el menor intento de resistencia, casi orgulloso de esta distinción. Conocía sus deberes. El ibicenco ha nacido para trabajar, vivir... y ser registrado. ¡Nobles inconvenientes de ser valeroso y que le tengan á uno cierto miedo!... Y cada *atlòt,* viendo en el registro un testimonio de su mérito, levantaba los brazos y avanzaba el vientre, prestándose satisfecho al manoseo de los guardias, mientras miraba orgulloso hacia el grupo de las muchachas.

Febrer se dió cuenta de que los dos soldados fingían no reparar en la presencia del *Ferrer.* Parecían no reconocerle; le volvían la espalda: pasaron varias veces junto á él, registrando minuciosamente á los que estaban á su lado y haciendo visible alarde de no fijarse en el *vèrro.*

Pèp habló al oído del señor en voz queda, con

acento de admiración. Aquellas gentes del tricornio sabían más que el diablo. No registrando al *vèrro* le inferían casi una ofensa: demostraban no tenerle miedo; le ponían aparte de los demás, eximiéndole de una operación por la que iban pasando todas las personas. Siempre que encontraban al *vèrro* con otros mozos, registraban á éstos, sin tocar nunca á aquél. De este modo los *atlòts,* por miedo á perder sus armas, acababan por evitar el trato con el héroe y huían de él como de una atracción del peligro.

Continuaba el registro al son de la música. El *Capellanet* seguía á la pareja en sus evoluciones, plantándose siempre ante el guardia viejo, con las manos en la faja, mirándole tenazmente, con una expresión entre amenazadora y suplicante. El guardia parecía no verle, buscaba á los otros, pero á poco volvía á tropezar con el muchachuelo, que le cerraba el paso. El hombre del tricornio acabó por sonreir bajo el duro bigote y llamó á su camarada.

—Tú—dijo designándole al muchacho—; registra á este *vèrro*. Debe ser de cuidado.

El *Capellanet,* perdonando el tono zumbón del enemigo, estiró los brazos todo cuanto pudo para que nadie dejase de enterarse de su importancia. Ya se había alejado el guardia luego de hacerle unas cosquillas en el ombligo, cuando todavía guardaba su actitud de hombre temible. Después corrió hacia el grupo de mozas para ufanarse del

peligro que acababa de arrostrar. Afortunadamente, el cuchillo del abuelo estaba en casa, bien guardado por su padre, en un lugar que él desconocía. Si llega á traerlo, se lo quitan.

Los guardias cansáronse pronto de este registro infructuoso. El guardia más antiguo miraba maliciosamente, como un perro que husmea, hacia el grupo de mujeres. Por allí cerca debía estar el escondrijo. ¡Pero cualquiera hacía mover á las secas y negruzcas matronas de sus asientos! Bien claro hablaban los ojos hostiles de estas damas. Habría que arrastrarlas á viva fuerza, y eran señoras.

—¡Caballeros, buenas tardes!

Y se echaron los fusiles al hombro, rechazando la amable solicitud de algunos mozos que habían corrido á la taberna para traer unas copas. Se las ofrecían sin rencor y sin miedo: al fin todos eran unos y vivían en la estrechez de la isla. Pero los guardias insistían en su negativa. «Se agradece: lo prohibe el reglamento.» Y se marcharon, tal vez para emboscarse á corta distancia y repetir el registro al anochecer, cuando la gente volviese dispersa á sus alquerías.

Al alejarse este peligro cesaron de sonar los instrumentos. Febrer vió al *Cantó* que se apoderaba del tamborcillo, sentándose en el espacio libre que antes ocupaban los bailarines. Las gentes se agruparon en semicírculo en torno de él. Las respetables matronas avanzaban sus silletas de esparto para oir mejor. Iba á cantar uno de aquellos romances

que sacaba de su cabeza; una *relación* cortada á uso del país por un alarido tembloroso, gorjeo de dolor que se prolongaba mientras el cantante tenía aire en los pulmones.

Golpeó con el palillo el parche lentamente para dar una tétrica gravedad á su canto monótono, soñoliento y triste. «Cómo queréis, amigos, que cante, si tengo el corazón destrozado...» Y á continuación un gorjeo estridente, un quejido interminable de ave moribunda, en medio del general silencio. Todos miraban al cantor, no viendo en él al *atlòt* perezoso y enfermo, despreciable por su inutilidad para el trabajo. En el rudimentario magín de todos ellos latía algo confuso, que les impulsaba á respetar las palabras y quejidos del mozo débil. Era algo extraordinario que parecía pasar con rudo batir de alas sobre sus almas primitivas.

La voz del *Cantó* lloriqueaba hablando de una mujer insensible á sus quejas, y al comparar su blancura con la flor del almendro, todos volvieron la vista á Margalida, que permanecía impasible, sin rubores virginales, habituada á estos homenajes de burda poesía, que eran como el preludio de todo galanteo.

Continuaba el *Cdntó* sus lamentos, enrojeciéndose con el esfuerzo del cacareo doloroso que daba remate á las estrofas. Su pecho angosto jadeaba con el esfuerzo; dos rosetas de enfermiza púrpura coloreaban sus pómulos; dilatábase su débil cuello, marcándose en él las venas con azul

relieve. Siguiendo la costumbre, ocultaba parte del rostro en un pañuelo bordado que sostenía con el brazo apoyado en el tamboril. Febrer sentía congoja al escuchar esta voz doliente. Creía que iba á desgarrarse su pecho, á estallar su garganta: pero los oyentes, habituados al canto bárbaro, tan anonadador como la danza, no paraban atención en la fatiga del cantor ni se cansaban del interminable relato.

Un grupo de *atlòts,* separándose del corro que rodeaba al poeta, pareció deliberar y se aproximó luego adonde estaban los hombres graves. Venían en busca del *siñó* Pèp, el de *Can Mallorquí,* para hablar con él de asuntos importantes. Volvían la espalda con desprecio á su amigo el *Cantó,* un infeliz que no servía para otra cosa que para dedicar trovos á las *atlòtas.*

El más atrevido del grupo se encaró con Pèp. Querían hablar del *festeig* con Margalida; recordaban al padre su promesa de autorizar el cortejo de la muchacha.

El payés miró el grupo detenidamente, como si contase su número.

—¿Cuántos sois?...

Sonrió el que llevaba la voz. Eran muchos más. Representaban á otros *atlòts* que se habían quedado en el corro escuchando la canción. Los había de diferentes *cuartones.* Hasta de San Juan, en el extremo opuesto de la isla, vendrían mozos para cortejar á Margalida.

Pèp, á pesar de su falso gesto de padre intratable, enrojecía y apretaba los labios con mal disimulada satisfacción, mirando de reojo á los amigos sentados junto á él. ¡Qué honor para *Can Mallorquí!* Nunca se había conocido un galanteo como este. Jamás sus compañeros habían visto á sus hijas tan cortejadas.

—*¿Sereu vint?*—preguntó.

Los *atlòts* tardaron en contestar, ocupados en cálculos mentales, murmurando nombres de amigos. ¿Veinte?... Más, muchos más. Podía contar con unos treinta.

El payés extremó su falsa indignación. ¡Treinta! ¿Creerían acaso que él no necesitaba descanso y que iba á pasar la noche en vela presenciando sus galanteos?...

Luego se calmó, entregándose á complicados cálculos mentales, mientras repetía pensativo, con expresión de asombro: «*¡Trenta!... ¡trenta!*»

Su decisión fué autoritaria. Él no podía dedicar al noviazgo más que hora y media de la noche. Siendo treinta, salían á tres minutos por cabeza. Tres minutos, contados reloj en mano, para hablar cada uno con Margalida: ni un minuto más. Noches de noviazgo, la del jueves y la del sábado. Cuando él había cortejado á su mujer, eran muchos menos los pretendientes, y sin embargo, su suegro, un hombre al que jamás vió nadie reir, no les concedió mayor tiempo... Mucha formalidad, ¿eh? Nada de rivalidades y riñas. Al primero que faltase á lo

convenido, él era muy hombre para hacerle pasar la puerta á palos: y si resultaba preciso coger la escopeta, la cogería.

El buen Pèp, satisfecho de poder fingir una bravura sin límites á costa del respeto de los pretendientes de su hija, amontonaba bravata sobre bravata, hablando de matar al que faltase á lo convenido, mientras los *atlòts* le escuchaban con la vista humilde y una mueca de ironía debajo de la nariz.

El trato quedó cerrado. El jueves próximo sería la primera velada en *Can Mallorquí*. Febrer, que había escuchado la conversación, miró al *vèrro*, que se mantenía aparte, como si su grandeza no le permitiera descender á los míseros regateos de este arreglo.

Cuando se alejaron los muchachos para incorporarse al corro, discutiendo en voz baja el modo de repartirse los turnos, cesó el *Cantó* en su lastimera poesía, lanzando el último cacareo con voz dolorosa, que parecía desgarrar definitivamente su pobre garganta. Se limpió el sudor, se llevaba las manos al pecho, su cara era de un rojo amoratado: pero la gente le volvía la espalda, olvidada ya de él.

Las *atlòtas*, con una solidaridad de sexo, envolvían á Margalida en vehementes manoteos, la empujaban, pidiéndola que cantase para contestar á lo que había dicho el cantor sobre la falsedad de las mujeres.

—*¡No vullch! ¡No vullch!*—contestaba *Flor de almendro,* debatiéndose entre los brazos de sus compañeras.

Y tan sincera era su resistencia, que al fin intervinieron las mujeres viejas, defendiéndola. ¡Dejad á la *atlòta!* Margalida había venido para divertirse y no para entretener á los demás. ¿Creían empresa fácil sacarse de la cabeza repentinamente una contestación en verso?...

El tamborilero había recobrado el instrumento de manos del *Cantó,* y golpeaba con su baqueta el redondo parche. La flauta parecía gargarizar con rápidas escalas, antes de emprender la adormecedora melodía de africano ritmo. ¡Siga el baile!...

Comenzaba á ocultarse el sol. La brisa venida del mar refrescaba los campos. Las gentes, que parecían dormidas en la pesadez ardorosa del ambiente, agitábanse ahora con vivo movimiento, como si esta frescura las espolease.

Los *atlòts* gritaban á un tiempo contradictoriamente, con agresiva vehemencia, dirigiéndose á los músicos. Unos pedían la *llarga,* otros la *curta:* todos se sentían fuertes é imperiosos en su voluntad. La ferretería mortal oculta bajo los zagalejos de las mujeres había vuelto á sus fajas, y con el contacto de estos compañeros cada uno sentía nueva vida, un recrudecimiento de sus arrogancias.

Los músicos rompieron á tocar lo que les pareció mejor, echóse atrás el gentío curioso y otra vez

en el centro de la plaza volvieron á dar saltos las blancas alpargatas, á agitarse, rígidos, los ruedos de las faldas azules y verdes, mientras arriba ondeaban los picos de los pañuelos sobre las gruesas trenzas, ó se movían como borlas rojas las flores que llevaban los *atlòts* en las orejas.

Jaime seguía mirando al *Ferrer* con la irresistible atracción de la antipatía. Manteníase el *vèrro* silencioso y como distraído entre sus admiradores, que formaban corro en torno de él. Parecía no ver á los demás, fijos sus ojos en Margalida, con una expresión dura, cual si pretendiese vencerla bajo esta mirada, que infundía miedo á los hombres. Cuando el *Capellanet,* con sus entusiasmos de aprendiz, se aproximaba al *vèrro,* éste dignábase sonreir, viendo en él á un pariente próximo.

Los mismos *atlòts* que habían hablado lo del noviazgo con el *siñó* Pèp, parecían intimidados por la presencia del *Ferrer.* Salían las muchachas á bailar, sacadas por los mozos, y Margalida permanecía al lado de su madre, contemplada codiciosamente por todos, pero sin que nadie osase avanzar para invitarla.

El mallorquín sintió renacer en él las aficiones camorristas de su primera juventud. Odiaba al *vèrro;* sentía como una vaga ofensa inferida á su persona al ver el terror que inspiraba á todos. ¿Y no habría quien le diese una bofetada á este fantasmón venido del presidio?...

Un *atlòt* avanzó hasta Margalida, tomándola la

mano. Era el *Cantó,* sudoroso y trémulo aún por su reciente fatiga. Erguíase, como si su debilidad fuese una nueva fuerza. La blanca *Flor de almendro* comenzó á girar sobre sus pequeños pies, y él saltó y saltó, persiguiéndola en sus evoluciones.

¡Pobre muchacho! Jaime sentía una impresión de angustia, adivinando los esfuerzos de aquella pobre voluntad para dominar la fatiga del cuerpo. Respiraba jadeante, á los pocos minutos le temblaban las piernas, pero á pesar de esto sonreía, satisfecho de su triunfo. Contemplaba amorosamente á Margalida, y si volvía la vista era para mirar altivamente á los amigos, que le contestaban con gestos de lástima.

Al dar una vuelta, estuvo próximo á caer: al dar un gran salto, sus rodillas se doblaron. Todos esperaban de un momento á otro verle tendido en el suelo; pero él seguía bailando, adivinándose el esfuerzo de su voluntad, su resolución de perecer antes de confesar su flaqueza.

Se cerraban ya sus ojos con el vértigo, cuando sintió que le tocaban en un hombro, según costumbre, para que cediese la pareja.

Era el *Ferrer,* que se lanzaba á bailar por primera vez en la tarde. Sus saltos fueron acogidos con un murmullo de aplauso. Todos le admiraban, con esa cobardía colectiva de la multitud temerosa.

El *vèrro*, viéndose aplaudido, extremaba los movimientos y contorsiones, persiguiendo á su pa-

reja, saliéndola al paso, envolviéndola en la complicada red de sus movimientos, mientras Margalida giraba y giraba con la vista baja, evitando el encuentro de sus ojos con los del temible galán.

En ciertos momentos, el *Ferrer*, para demostrar su vigor, con el busto echado atrás y las manos en la espalda, saltaba á considerable altura, como si el suelo fuese elástico y sus piernas acerados resortes. Estos saltos hacían pensar á Jaime, con una sensación de repugnancia, en carcelarias evasiones ó en canallescos asaltos de cuchillo.

Pasaba el tiempo y aquel hombre parecía no fatigarse. Se habían retirado unas parejas, había sido sustituído en otras el bailarín varias veces, y el *Ferrer* continuaba su danza violenta, siempre sombrío y desdeñoso, como si fuera insensible al cansancio.

El mismo Jaime reconocía con cierta envidia el vigor del temible herrero. ¡Qué animal!...

De pronto vió que buscaba algo en la faja y avanzaba una mano hacia el suelo, sin detenerse en sus evoluciones y saltos. Una nube de humo se esparció sobre la tierra, y entre sus blancas vedijas marcáronse, pálidos y sonrosados por la luz del sol, dos rápidos fogonazos. Á continuación sonaron dos truenos.

Las mujeres agrupáronse chillando con instantáneo susto; los hombres quedaron indecisos, pero al momento, reponiéndose todos, prorrumpieron en gritos de aprobación y aplausos.

¡Muy bien! El *Ferrer* había disparado la pistola á los pies de su pareja; la suprema galantería de los hombres valientes; el mayor homenaje que podía recibir una *atlòta* de la isla.

Y Margalida, mujer al fin, siguió bailando, sin haberla impresionado gran cosa, como buena ibicenca, el estampido de la pólvora; fijando en el *Ferrer* una mirada de agradecimiento por su bravura, que le hacía desafiar la persecución de la Guardia civil, tal vez próxima; contemplando después á las amigas, temblorosas de envidia por este homenaje.

Hasta el mismo Pèp, con gran indignación de Jaime, mostrábase orgulloso de los dos tiros disparados á los pies de su hija.

Febrer era el único que no parecía entusiasmado por esta hazaña galante del *vèrro*.

¡Maldito presidiario!... No sabía ciertamente el motivo de su furia, pero era algo inevitable... Á aquel *tío* le pegaba él.

IV

Llegó el invierno. El mar batió furioso, en ciertos días, la cadena de islas y peñascos que forma entre Ibiza y Formentera una muralla de rocas, aportillada por estrechos y freos. En estos pasadizos marítimos, las aguas, antes tranquilas, de un azul profundo que reflejaba los fondos de arena, arremolinábanse lívidas, chocando contra las costas y las rocas sueltas, que desaparecían y emergían en la espuma. Entre la isla del Espalmador y la de los Ahorcados, donde está el paso para los grandes buques, deslizábanse éstos teniendo que luchar con el ímpetu sordo de las corrientes y los dramáticos y ruidosos golpes de agua. Las embarcaciones de Ibiza y Formentera tendían la lona de su velamen para navegar al abrigo de los islotes. Las sinuosidades de este laberinto de tierras marítimas permitían á los navegantes del archipiélago de las Pitiusas ir de una isla á otra por distintos derroteros, con arreglo á la dirección de los vientos. Mientras en un lado del archipiélago mugía el mar, en el otro manteníase inmóvil y profundo, con una pesadez de aceite. En los freos amontonábanse las

olas con remolinos furiosos, pero bastaba un golpe de barra, una desviación de la proa, para quedar al abrigo de una isla, balanceándose la barca en aguas tranquilas, paradisíacas, límpidas, con su fondo visible de extrañas vegetaciones, en el que bullían los peces entre chisporroteos de plata y relámpagos de carmín.

El cielo amanecía nublado los más de los días, y el mar ceniciento. El Vedrá parecía más enorme, más imponente, alzando su cónica aguja en esta atmósfera tempestuosa. El mar se despeñaba en cataratas dentro de las cavidades de sus cuevas, estallando en gigantescos cañonazos. Las cabras silvestres, en sus alturas inaccesibles, saltaban de meseta en meseta, y únicamente cuando rodaba el trueno en el azul sombrío y las serpientes de fuego bajaban con veloz angulosidad á beber en el inmenso abrevadero del mar, huían las tímidas bestias con balidos de terror á refugiarse en las oquedades cubiertas por el ramaje de las sabinas.

Febrer iba de pesca con el tío Ventolera muchos días de mal tiempo. El viejo marinero conocía bien su mar. Algunas mañanas que Jaime se quedaba en el lecho viendo filtrarse por las rendijas la luz lívida y difusa de un día tempestuoso, tenía que levantarse apresuradamente al oir la voz de su compañero, que «cantaba la misa» acompañando los latinajos de pedradas á la torre. ¡Arriba! El día era bueno para la pesca. Iban á coger mucho.

Y cuando Febrer parecía inquieto contemplando el mar amenazador, le explicaba el viejo que al abrigo de la parte opuesta del Vedrá encontrarían aguas tranquilas.

Otras veces, en mañanas esplendorosas, aguardaba Febrer inútilmente la llamada del viejo. Pasaban las horas. Tras la tinta rosa del amanecer marcábanse en las rendijas las barras de oro de la luz solar. Pero en vano transcurría el tiempo: ni misa cantada ni pedradas. El tío Ventolera permanecía invisible. Luego, al abrir su ventana, contemplaba el cielo límpido, luminoso, con el suave esplendor del sol invernal, pero el mar agitado, de un azul sombrío, ondeando sin espuma y sin estrépito, á impulsos de un mal viento.

Las lluvias invernales cubrían la isla de un manto gris, en el que apenas si se marcaban con indecisos contornos las montañas próximas. En las cumbres lloraban los pinos por todos los filamentos de su follaje, y la gruesa capa de humus se empapaba como una esponja, expeliendo líquido bajo la huella de los pies. En las calvas alturas de la costa, de roca viva, amontonábase la lluvia formando tumultuosos arroyos, que saltaban de peña en peña. Las anchas higueras temblaban como enormes paraguas rotos, dejando entrar el agua en el amplio recinto cobijado por su cúpula. Los almendros desnudos de hojarasca temblaban como negros esqueletos. Los profundos barrancos llenábanse de aguas mugientes que rodaban infecundas

hacia el mar. Los caminos, empedrados de guijarros azules, entre altos ribazos de piedra seca, convertíanse en cataratas. La isla, sedienta y empolvada durante gran parte del año, parecía repeler por todos sus poros esta exuberancia de lluvia, como un enfermo repele el medicamento enérgico y tardío de difícil asimilación.

En estos días de aguacero, Febrer permanecía encerrado en su torre. Era imposible ir al mar é imposible también salir con la escopeta por los campos de la isla. Las alquerías estaban cerradas, con sus blancos cubos manchados por los raudales de la lluvia, sin más vida que el hilo de humo azul que se escapaba de los agujeros de las chimeneas.

Obligado á la inercia, el señor de la torre del Pirata volvía á releer alguno de los pocos libros adquiridos en sus viajes á la ciudad ó fumaba pensativo, recordando aquel pasado del que había querido huir... ¿Qué ocurriría en Mallorca? ¿Qué dirían sus amigos?...

Sumido en esta inmovilidad forzosa, cuando le faltaba la distracción de los ejercicios físicos, acordábase de la vida anterior, cada vez más lejana é indecisa en su memoria. Creíala la vida de otro; algo que había presenciado y conocía perfectamente, pero que pertenecía á la historia de una existencia ajena. ¿Realmente aquel Jaime Febrer que había rodado por Europa y había tenido sus horas de vanidad y de triunfo, era el mismo que habitaba

una torre junto al mar, rústico, barbudo y casi salvaje, con alpargatas y sombrero de payés, más habituado al ruido de las olas y el chillido de las gaviotas que al trato con los hombres?...

Semanas antes había recibido una segunda carta de su amigo Tòni Clapés, el contrabandista. Estaba escrita también en un café del Borne; cuatro líneas garrapateadas de prisa para hacer presente su buen recuerdo. Aquel amigo rudo y bondadoso no lo olvidaba: ni siquiera parecía ofendido por haber quedado sin respuesta su carta anterior. Le hablaba del capitán Pablo. Siempre enfadado con Febrer, pero trabajando hábilmente para desenmarañar sus asuntos. El contrabandista tenía fe en Valls. Era el más listo de los *chuetas* y generoso como ninguno de ellos. Indudablemente sacaría á flote los restos de la fortuna de Jaime, y éste podría pasar el resto de su existencia en Mallorca, tranquilo y feliz. Ya tendría noticias del capitán. Valls no quería hablar hasta que todo estuviese terminado.

Febrer movió los hombros al enterarse de estas esperanzas. ¡Bah! Todo terminado... Pero en los días tristes de invierno su resignación se revolvía contra esta existencia de molusco solitario, recluído en su caparazón de piedra. ¿Siempre iba á vivir así?... ¿No era torpeza haberse encerrado en este rincón, teniendo aún juventud y bríos para luchar en el mundo?...

Sí; era una torpeza. Muy hermosa la isla y su romántico albergue durante los primeros meses,

cuando lucía el sol, estaban verdes los árboles y las costumbres isleñas ejercían sobre su ánimo el encanto de una novedad bizarra. Pero había sobrevenido el mal tiempo, la soledad era intolerable, y la vida de los campesinos se le aparecía con toda la rudeza de sus bárbaras pasiones. Aquellos payeses, vestidos de pana azul, con sus fajas y corbatas de color y sus flores detrás de las orejas, le habían parecido en los primeros momentos figulinas originales, creadas únicamente para servir de adorno á los campos, coristas de una opereta pastoril lánguida y dulzona; pero ahora los conocía mejor, eran hombres como los demás, y hombres bárbaros, en los que el roce de la civilización apenas había logrado un leve pulimento, conservando todas las angulosidades cortantes de su rudeza ancestral. Vistos de lejos, por corto tiempo, seducían con el encanto de la novedad; pero él había penetrado en sus costumbres, casi era uno de ellos, y le pesaba como una caída en la esclavitud esta existencia inferior, que parecía chocar á cada instante con ideas y prejuicios de su pasado.

Debía alejarse de este ambiente; ¿pero adónde ir? ¿cómo escapar?... Era pobre. Todo su capital consistía en unas cuantas docenas de duros que había traído de su fuga de Mallorca, cantidad que conservaba aún gracias á Pèp, tenaz en su negativa á aceptar remuneración alguna. Allí debía permanecer, clavado á su torre como si fuese una cruz, sin esperar nada, sin desear nada, buscando

en la anulación de su pensamiento una felicidad vegetativa semejante á la de las sabinas y tamariscos que crecían entre las peñas del promontorio, ó á la de las almejas agarradas para siempre á las rocas sumergidas.

Tras larga reflexión conformábase con su suerte. No pensaría, no desearía. Además, la esperanza, que jamás nos abandona, hacíale columbrar la posibilidad confusa de algo extraordinario, que se presentaría á su hora, para arrancarlo de esta situación. Pero mientras esto llegase, ¡cómo le pesaba la soledad!...

Pèp y los suyos constituían su única familia, pero sin darse cuenta de ello, obedeciendo tal vez á un confuso instinto, se alejaban cada vez más de él. Jaime se recluía en su soledad, y ellos se acordaban menos del señor.

Hacía tiempo que Margalida no se presentaba en la torre. Parecía evitar todo pretexto para este viaje, y hasta sorteaba los encuentros con Febrer. Era otra: diríase que había despertado á una nueva existencia. La sonrisa inocente y confiada de su pubertad habíase trocado en un gesto de reserva, como mujer que conoce los peligros del camino y marcha con paso tardo y prudente.

Desde que era objeto de cortejo y los mozos acudían á solicitarla dos veces por semana con arreglo al tradicional *festeig,* parecía haberse dado cuenta de grandes é inesperados peligros que antes no sospechaba, y permanecía al lado de su ma-

dre, evitando toda acasión de verse á solas con un hombre, ruborizándose apenas unos ojos varoniles se cruzaban con los suyos.

Este galanteo nada tenía de extraordinario dentro de las costumbres de la isla, pero no obstante, producía en Febrer sorda cólera, como si viese en él un atentado y un despojo. La invasión de *Can Mallorquí* por la *atlotería* bravucona y enamorada mirábala como un insulto. Había considerado la alquería lo mismo que si fuese su casa, pero ya que llegaban estos intrusos y eran bien recibidos, él se marchaba.

Además, sufría en silencio el despecho de no ser, como en los primeros días, la única preocupación de la familia. Pèp y su mujer seguían creyéndolo el señor; Margalida y su hermano le veneraban como un ser poderoso venido de lejanas tierras, por ser Ibiza el mejor lugar del mundo; pero á pesar de esto, otras preocupaciones parecían reflejarse en sus ojos. La visita de tantos *atlòts* y la modificación que esto había traído á sus costumbres, les hacía ser menos solícitos con don Jaime. Á todos ellos les inquietaba el porvenir. ¿Quién merecería al fin ser el marido de Margalida?...

Durante las noches de invierno, Febrer, recluído en su torre, miraba una lucecita que brillaba á sus pies; la de *Can Mallorquí*. No eran noches de *festeig;* la familia estaría sola, cerca del hogar, pero él, á pesar de esto, manteníase firme en su aislamiento. No; no bajaría. Quejábase en su des-

pecho hasta del mal tiempo, como si quisiera hacer responsable de la frialdad invernal á este cambio que lentamente se había efectuado en sus relaciones con la familia payesa.

¡Ay, las hermosas noches del verano con sus veladas que se prolongaban hasta altas horas, viendo temblar las estrellas en el obscuro cielo, más allá del borde negro del porche!... Sentábase Febrer bajo su techumbre con toda la familia y el tío Ventolera, que acudía atraído por la esperanza de algún obsequio. Nunca le dejaban ir sin una tajada de sandía, que llenaba la boca del viejo con la dulce sangre de su carne roja, ó una copa de *figòla* perfumada de hierbas olorosas del monte. Margalida, los ojos puestos en el misterio de las estrellas, cantaba romances ibicencos con voz infantil, más fresca y suave al oído de Febrer que la brisa que poblaba de leves estremecimientos la azul confusión de la noche. Pèp contaba con aire de prodigioso explorador sus estupendas aventuras en tierra firme, durante los años que había servido al rey como soldado, en los remotos y casi fantásticos países de Cataluña y Valencia.

El perro, encogido á sus pies, parecía escucharle, fijos en el amo los ojos de suave mansedumbre, en cuyo fondo se reflejaba una estrella. De pronto incorporábase con nervioso impulso, y dando un salto desaparecía en la obscuridad entre sonoro rumor de vegetaciones rotas.. Pèp explicaba este arranque silencioso. No era nada: algún animal

que andaba errante y perdido en la obscuridad: una liebre, un conejo que habría husmeado con su sensible olfato de perro cazador. Otras veces se incorporaba lentamente con gruñidos de vigilante hostilidad. Alguien pasaba por cerca de la alquería; una sombra, un hombre caminando de prisa, con la celeridad de los ibicencos, habituados á ir rápidamente de un lado á otro de la isla. Si la sombra hablaba, contestaban todos á su saludo. Si pasaba silenciosa, fingían no verla, lo mismo que el obscuro viandante parecía no enterarse de la existencia de la alquería y de las personas sentadas bajo el porche.

Era costumbre antiquísima en Ibiza no saludarse en campo raso apenas cerraba la noche. En los caminos se cruzaban las sombras sin una palabra, evitando el encuentro para no rozarse ni conocerse. Cada cual iba á su negocio, á ver á la novia, á buscar al médico, á matar á un contrario en el otro extremo de la isla, para regresar corriendo y poder decir que á la misma hora estaba con los amigos. Todo el que caminaba durante la noche tenía sus razones para pasar inadvertido. Las sombras temían á las sombras. Un «*¡bòna nit!*» ó una petición de lumbre para el cigarro, podían ser contestados con un pistoletazo.

Algunas veces no pasaba nadie ante la alquería, y sin embargo, el perro, avanzando el pescuezo, aullaba frente al vacío negro. Á lo lejos parecían contestarle aullidos humanos. Eran alaridos pro-

longados y salvajes que cortaban como un grito de guerra el silencio misterioso. «*¡Auuú!...*» Y mucho más lejos, debilitada por la distancia, contestaba otra fiera exclamación: «*¡Auuú!...*»

El payés hacía callar á su perro. Nada tenían de extraño estos gritos. Eran *atlòts* que se *aucaban* en la obscuridad, guiándose por el sonido de sus gritos tal vez para reconocerse y reunirse, tal vez para pelear, siendo el grito un llamamiento de desafío. Era probable que tras el *aucamiento* sonase una detonación. ¡Cosas de jóvenes y de la noche!... ¡Adelante! Con ellos no iba nada.

Y Pèp seguía el relato de sus viajes extraordinarios, bajo la mirada de asombro de su mujer, que escuchaba por milésima vez estas maravillas, siempre nuevas.

El tío Ventolera, por no ser menos, narraba historias de piratas y de valerosos marineros de Ibiza, apoyándolas con el testimonio de su padre, que había sido paje en el jabeque del capitán Riquer y asaltado tras el héroe la fragata *Felicidad*, del temible corsario el *Papa*. Entusiasmado por los recuerdos heroicos, canturreaba con su voz trémula de viejo las coplas con que la marinería ibicenca había celebrado el triunfo, coplas en castellano, para mayor solemnidad, cuyas palabras desfiguraba el tío Ventolera.

¿Dónde estás, *Papa* valiente,
hombre de tanto valor,
que por temor á la muerte
te escondiste en un cajón?...

Y la boca desdentada del marino seguía cantando las proezas de otros tiempos, como si datasen de ayer, como si las hubiera presenciado, como si de pronto fuesen á flamear sobre aquella tierra de combates, envuelta en la obscuridad, las llamaradas de las torres atalayas anunciando un desembarco de enemigos.

Otras veces, con los ojos brillantes de codicia, hablaba de enormes caudales que los moros, los romanos y otros marineros rojos, á los que llamaba los *mormandos,* habían enterrado en cuevas de la costa, tapiándolas después. Sus abuelos sabían mucho de esto. ¡Lástima que murieran sin decir palabra!... Relataba la historia verídica de la caverna de Formentera, donde los normandos habían guardado los productos de sus piraterías por España é Italia: santos de oro, cálices, cadenas, joyas, piedras preciosas y monedas medidas á celemines. Un espantable dragón, amaestrado sin duda por los hombres rojos, velaba en el fondo de la sima, con el tesoro bajo de la panza. El imprudente que se descolgaba, le servía de pasto. Los marineros rojos habían muerto hacía muchos siglos; el dragón había muerto también; el tesoro debía estar aún en Formentera. ¡Ay! ¡Quién pudiese encontrarlo!... Y el rústico auditorio temblaba de emoción, sin dudar

de la existencia de tales riquezas, por el respeto que le inspiraba la vejez del narrador.

¡Plácidas veladas aquellas, que ya no se repetirían para Febrer! Evitaba bajar por la noche á *Can Mallorquí,* temeroso de estorbar con su presencia las conversaciones de la familia sobre los pretendientes de Margalida.

En las noches de *festeig* experimentaba mayor desazón, y sin explicarse el motivo asomábase á la puerta de la torre, mirando ávidamente hacia la alquería. La misma luz, el aspecto de siempre, pero él se imaginaba oir en el silencio nocturno nuevos ruidos, eco de cantos, la voz de Margalida. Allí estaría el *Ferrer* odioso, y aquel pobre diablo del *Cantó,* y todos los *atlòts* bárbaros y rudos, con sus trajes ridículos. ¡Gran Dios! ¿Cómo habían podido gustarle estos campesinos?... ¡Con lo que él había visto en el mundo!...

Al día siguiente, al subir el *Capellanet* á la torre para llevar la comida á don Jaime, éste le hacía preguntas sobre lo ocurrido en la noche anterior.

Escuchando al muchacho, se imaginaba Febrer todos los accidentes del galanteo. La familia cenaba de prisa, al anochecer, para estar pronta á la ceremonia. Margalida descolgaba del techo de su cuarto la falda de fiesta, y luego de ponérsela, con el pañuelo rojo y verde cruzado sobre el pecho, otro más pequeño en la cabeza y un largo lazo de cintas al extremo de la trenza, colocábase las cadenas de oro que le había cedido su madre, é iba á

sentarse sobre el *abrigais,* doblado en una silla de la cocina. El padre fumaba su pipa de tabaco de *pòta;* la madre en un rincón tejía cestas de junco; el *Capellanet* asomábase fuera de la casa, bajo el amplio porche, en el cual iban reuniéndose silenciosos los *atlòts* cortejadores. Los había que estaban allí desde una hora antes, por ser vecinos; los había que llegaban polvorientos ó manchados de barro, después de caminar dos leguas. En las noches de lluvia sacudían bajo el techado sus jaiques de burda capucha, herencia de los abuelos, ó el mantón femenil en que se envolvían como una prenda de moderna elegancia.

Luego de acordar brevemente el orden que debían seguir en su conversación con la muchacha, la tropa de rivales entraba en la cocina, pues en invierno el porche era un lugar frío. Un golpe en la puerta.

—*¡Avant qui siga!*—gritaba Pèp, como si ignorase la presencia de los cortejantes y aguardara una visita extraordinaria.

Entraban mansamente, saludando á la familia. «*¡Bòna nit! ¡Bòna nit!*» Tomaban asiento en un banco, como niños de la escuela, ó quedaban de pie, mirando todos á la *atlòta*. Junto á ella había una silla vacía, y cuando faltaba ésta, el solicitante poníase en cuclillas, á uso moruno, hablando á la muchacha en voz baja durante tres minutos, bajo la mirada hostil de sus adversarios. La menor prolongación de este breve plazo provocaba toses,

furiosas miradas y reclamaciones amenazadoras á media voz. Se retiraba el *atlòt*, y otro al puesto. El *Capellanet* reía de estas escenas, viendo en la tenacidad hostil de los cortejantes un motivo de orgullo para Margalida y la familia.

El noviazgo de su hermana no iba á ser como el de otras *atlòtas*. Los pretendientes parecíanle á Pepet perros rabiosos que no soltaban fácilmente su presa. Á él le olía á pólvora el tal galanteo, y esto lo afirmaba con una sonrisa de felicidad y de orgullo, que dejaba al descubierto la blancura de sus dientes de lobezno en el óvalo obscuro de la cara. Ninguno de los pretendientes parecía adelantar sobre los demás. En dos meses que llevaban de noviazgo, Margalida no habia hecho más que escuchar, sonreir y responder á todos con palabras que turbaban á los *atlòts*. Era mucho el talento de su hermana. Los domingos, al ir á misa, marchaba delante de sus padres acompañada por todos los pretendientes. Un ejército: don Jaime los había encontrado varias veces. Las amigas, al verla llegar con este acompañamiento de reina, palidecían de envidia. Todos la asediaban, pugnando por arrancarla una palabra, un signo de preferencia, y ella contestaba á todos con asombrosa discreción, manteniéndolos en perfecta igualdad, evitando los choques mortales que podían sobrevenir repentinamente entre esta juventud belicosa, armada y poco sufrida.

—¿Y el *Ferrer?*—preguntaba don Jaime.

¡Maldito *vèrro!* Su nombre salía con dificultad de los labios del señor, pero el recuerdo de él movíase desde mucho antes en su pensamiento.

El muchacho agitaba la cabeza negativamente. El *Ferrer* tampoco adelantaba gran cosa sobre sus rivales, y el *Capellanet* no parecía sentirlo mucho.

Se había enfriado algo su admiración por el *vèrro*. El amor embravece á los hombres, y todos los *atlòts* que pretendían á Margalida, al verle enfrente como rival, ya no le tenían miedo y hasta osaban atropellar su temible persona. Una noche se había presentado con una guitarra, proponiéndose invertir en músicas gran parte del tiempo que correspondía á otros. Al llegarle el turno se colocó junto á Margalida, templó su instrumento y comenzó á entonar canciones de tierra firme aprendidas en el retiro de *Niza*. Pero antes había sacado de la faja una pistola de dos cañones, dejándola con las llaves montadas sobre uno de sus muslos, pronto á cogerla y descerrajar un tiro al primero que le interrumpiese. Silencio absoluto y miradas impasibles. Cantó cuanto quiso, se guardó la pistola con aire de vencedor, pero luego, á la salida, en la negrura de los campos, cuando los *atlòts* se dispersaban con *auquidos* de irónica despedida, dos certeras pedradas salidas de la sombra dieron con el bravucón en el suelo, y durante varios días dejó de acudir al cortejo por no mostrarse con la cabeza entrapajada. No había intentado

saber quién fuese el agresor. Eran muchos los rivales, y además había que tener en cuenta á sus padres, tíos y hermanos, casi la cuarta parte de la isla, prontos á mezclarse por la honra de la familia en una guerra de venganzas.

—Pienso—decía Pepet—que el *Ferrer* no es tan valiente como dicen. ¿Y usted qué cree, don Jaime?...

Cuando avanzaba la noche y Margalida había hablado ya con todos sus cortejantes, el padre, que dormía en un rincón, prorrumpía en sonoro bostezo. Aquel hombre de campo parecía adivinar durante su sueño el curso del tiempo. ¡Las nueve y media!... Á dormir: «*¡Bòna nit!*» Y toda la *atlotería,* tras esta invitación, abandonaba la casa, perdiéndose en la obscuridad sus pasos y relinchos.

Pepet, al hablar de estas reuniones, en las que se rozaba con gente brava, portadora de armas, volvía á acordarse del cuchillo del abuelo. ¿Cuándo hablaría don Jaime á su padre para que le entregase esta joya de la familia?... Ya que retardaba la petición, debía acordarse de su promesa y regalarle otro cuchillo. ¿Qué podía hacer un hombre como él, falto de tal compañía? ¿Dónde presentarse?...

—Descansa—dijo Febrer—. Un día de estos iré á la ciudad. Cuenta con el regalo.

Y Jaime emprendió una mañana el camino de Ibiza, ansioso de nueva existencia, de renovar y variar sus impresiones fuera de la rusticidad

campestre. Ibiza le pareció una gran ciudad, á él que había corrido toda Europa. Las casas en fila, las aceras de ladrillos rojos, los balcones con persianas, todo lo admiró con la simpleza de un salvaje del interior que llega á una factoría de la costa. Detúvose ante algunas ventanas convertidas en escaparates, examinando los géneros expuestos con la misma delectación que había contemplado en otra época las lujosas vitrinas de los bulevares ó del *Regent Street*.

Una platería de un *chueta* le retuvo largo tiempo. Admiraba las cadenas de oro hueco fabricadas para las payesas, los botones de filigrana con una piedra en el centro, reputando en su interior todos estos objetos como las obras más perfectas y maravillosas creadas por el arte de los hombres. ¡Si entrase en la tienda para comprar una docena de aquellos botones!... ¡Qué sorpresa la de la *atlòta* de *Can Mallorquí,* cuando él se los ofreciera para adornar sus mangas!... Seguramente que los aceptaría de él, un señor grave al que miraba con respeto filial. ¡Enojoso respeto! ¡Maldita gravedad la suya, que le estorbaba como un fardo abrumador!... Pero el heredero de los Febrer, el descendiente de opulentos mercaderes y heroicos navegantes, tuvo que desistir pensando en el dinero que guardaba en su faja. Indudablemente no tenía bastante para la compra.

Luego en otra tienda adquirió un cuchillo para Pepet, el más grande y pesado que encontró, un

arma absurda, capaz de hacerle olvidar la de su glorioso abuelo.

Á mediodía, Febrer, aburrido de sus paseos sin objeto por la Marina y las empinadas callejuelas de la antigua Real Fuerza, entró en una pequeña fonda, la única de la ciudad, situada junto al puerto. Allí encontró los huéspedes de siempre. En el vestíbulo unos cuantos mozos vestidos de payeses, con gorra de cuartel, soldados de la guarnición que servían de asistentes; adentro, en el comedor, oficiales subalternos de un batallón de cazadores, jóvenes tenientes que fumaban con aire aburrido y contemplaban á través de las ventanas, como prisioneros del mar, la inmensa extensión azul. Mientras comían lamentábanse de la mala suerte de su juventud, inútil y encadenada en este peñón. Hablaban de Mallorca como de un lugar de delicias; recordaban las provincias de tierra firme, de las que eran hijos muchos de ellos, como paraísos á los que ansiaban volver. ¡Las mujeres!... Era un anhelo, un ansia que hacía temblar sus voces y ponía en sus ojos fulgores de locura. Pesaba sobre ellos, como cadena de insufrible presidio, la casta virtud ibicenca, el exclusivismo isleño, receloso para los forasteros. Allí no se bromeaba con el amor; no se perdía el tiempo: ó la indiferencia hostil ó el noviazgo honesto para casarse cuanto antes. Palabras y sonrisas, conducían rectamente al matrimonio: sólo era posible el trato con las jóvenes para hablar de la formación de una nueva

familia. Y esta juventud ruidosa, alegre, exuberante en jugos, sufría un tormento tantalesco hablando de las muchachas más hermosas de la ciudad, admirándolas y viviendo aparte de ellas, á pesar de moverse en un estrecho espacio que les obligaba á continuos encuentros. Toda su ilusión era conseguir una licencia, para vivir unos días en Mallorca ó en la Península, lejos de la isla virtuosa y huraña, que sólo admitía al forastero como marido; embarcarse en busca de otras tierras, donde era fácil dar expansión á sus deseos exacerbados, iguales á los del colegial y el presidiario.

¡Las mujeres!... Aquellos jóvenes no hablaban de otra cosa, y Febrer, sentado á la gran mesa de la fonda, aprobaba en silencio sus palabras y lamentaciones. ¡Las mujeres!... La irresistible tendencia que nos liga á ellas, es lo único que se mantiene firme tras los trastornos morales que cambian una vida; lo que permanece de pie, en medio de los cadáveres de otras ilusiones destrozadas por el cataclismo. Febrer sentía el mismo tedio de aquellos militares, la impresión de hallarse encerrado en una cárcel de privaciones, que tenía por fosos el mar. Ahora le pareció la capital isleña una población de irresistible monotonía, con sus señoritas encerradas en un aislamiento huraño y monjil. Pensaba en el campo como en un lugar de libertad, con sus mujeres de alma simple y naturales afectos, sólo limitados por un instinto defensivo, igual al de las hembras primitivas.

Aquella misma tarde salió de la ciudad. Nada quedaba en él del optimismo de pocas horas antes. Las calles de la Marina eran nauseabundas; un olor infecto se escapaba de las casas: en el arroyo zumbaban enjambres de insectos, saltando de los charcos al sonar los pasos de un transeunte. El recuerdo de las colinas inmediatas á su torre, perfumadas de plantas silvestres y del olor salitroso del mar, parecía sonreir en su memoria con una dulzura idílica.

El carro de un payés le llevó hasta cerca de San José, y al separarse de él emprendió la marcha por el monte, pasando entre pinares encorvados por las grandes tormentas. El cielo estaba nebuloso: la atmósfera era cálida y pesada. De vez en cuando caían gruesas gotas, pero antes de que las nubes pudieran fijar la lluvia, una ráfaga parecía barrerlas hacia los confines del horizonte.

Cerca de la cabaña de un carbonero, vió Jaime á dos mujeres que marchaban apresuradas por entre los pinos. Eran Margalida y su madre. Venían de los *Cubells,* una ermita situada en una altura de la costa, junto á una fuente que vivifica los abruptos peñones, haciendo crecer el naranjo y la palmera al abrigo de las rocas.

Jaime se unió á las dos mujeres, y entonces vió salir de entre los matorrales á Pepet, que caminaba por fuera del sendero persiguiendo, piedra en mano, á un pajarraco cuyos graznidos habían llamado su atención. Continuaron juntos la marcha hacia *Can*

Mallorquí, y sin saber cómo, Febrer se vió delante, caminando al lado de Margalida, mientras la esposa de Pèp marchaba tras ellos con el lento paso de su debilidad, buscando apoyo en su hijo.

La madre estaba enferma; una enfermedad incierta que hacía levantar los hombros al médico en sus raras visitas y excitaba la imaginación de las curanderas de la isla. Venían de hacer una promesa á la Virgen de los Cubells y habían dejado en su altar dos velas rizadas traídas de la ciudad.

Mientras Margalida hablaba con voz triste de las dolencias de la vieja, el egoísmo de una juventud robusta coloreaba sus mejillas con la agitación de la marcha, y sus ojos delataban cierta impaciencia. Aquel día era de *festeig*. Había que llegar pronto á *Can Mallorquí* para preparar la cena de la familia antes de que se presentasen los cortejantes.

Febrer parecía admirarla con sus ojos graves. Extrañábase ahora de su anterior torpeza, que le había hecho contemplar á Margalida, meses y meses, como una niña, como un ser asexual, sin percatarse de sus gracias. ¡Qué mujer!... Recordaba con desprecio aquellas señoritas de la ciudad por las que suspiraban los militares recluídos en la fonda. Otra vez pensaba en el noviazgo de Margalida con una molestia semejante á la de los celos. ¿Y esta muchacha iba á ser para uno de aquellos bárbaros de tez obscura, que la sometería como una bestia á la servidumbre de la tierra?...

—¡Margalida!—murmuró como si fuese á decir algo importante—. ¡Margalida!...

Pero no dijo más. El antiguo calavera sintió despertarse sus instintos de libertinaje con el perfume que exhalaba aquella mujer, perfume indefinible de carne fresca y virginal que él creía aspirar como buen conocedor, más con la imaginación que con el olfato. Al mismo tiempo—¡cosa extraña en él!—experimentó cierta timidez que le impedía hablar; una timidez igual á la que había sentido en los tiempos de su primera juventud cuando, lejos de las fáciles conquistas en su predio de Mallorca, se atrevió á dirigirse á las señoras conocidas en el continente... ¿No era un acto indigno de él hablar de amor á aquella muchacha á la que había visto de niña y que le respetaba como si fuese su padre?...

—¡Margalida! ¡Margalida!

Y tras estos llamamientos, que excitaban la curiosidad de la *atlòta,* haciendo que elevase los ojos para fijarlos interrogantes en los de Febrer, éste se lanzó por fin á hablar, preguntándola por los progresos de su noviazgo. ¿Se había decidido por alguien? ¿Quién iba á ser el afortunado? ¿El *Ferrer?...* ¿el *Cantó?...*

Ella volvió á humillar los ojos, cogiendo en su turbación una punta del delantal y subiéndola hasta su pecho... No sabía. Su voz ceceaba infantilmente á impulsos de un avergonzado aturdimiento. No tenía ganas de casarse. Ni el *Cantó,* ni el

Ferrer, ni nadie. Había aceptado el cortejo porque todas las muchachas hacían lo mismo al llegar á cierta edad. Además (y aquí enrojecía vivamente), la proporcionaba cierta satisfacción humillar á sus amigas, que rabiaban viendo el gran número de sus pretendientes. Ella estaba agradecida á los *atlòts* que venían á verla de grandes distancias á *Can Mallorquí.* ¿Pero quererlos? ¿Casarse con ellos?...

Había acortado su paso al hablar. La mujer de Pèp y su hijo pasaron insensiblemente delante de ellos, y al quedar solos los dos en la senda, acabaron por detenerse sin saber lo que hacían.

—¡Margalida!... *¡Flor de almendro!...*

¡Al diablo la timidez! Febrer se sintió arrogante y triunfador como en sus buenos tiempos. ¿Por qué aquel miedo?... ¡Una payesa! ¡Una chiquilla!...

Habló con acento firme, poniendo un intento de fascinación en la fijeza apasionada de sus ojos, aproximando su boca á ella, como para acariciarla con el susurro de sus palabras... ¿Y él? ¿qué pensaba Margalida de él?... ¿Y si se presentase un día á Pèp diciendo que quería casarse con su hija?...

—¡Usted!—exclamó la muchacha—. ¡Usted, don Jaime!

Levantó los ojos, sin miedo alguno, riendo de estas palabras. El señor acostumbraba á engañarla con bromas inverosímiles. Ya decía su padre que los Febrer eran unos caballeros serios como jueces,

pero de eterno buen humor. Iba á burlarse otra vez de ella, como cuando le hablaba de la novia de barro guardada en su torre, que le había estado esperando miles de años...

Pero al fijar su mirada en la de Febrer, al encontrarse con su rostro pálido, crispado por la emoción, ella palideció también. Era otro hombre: veía un don Jaime que nunca había conocido. Instintivamente, á impulsos del miedo, dió un paso atrás. Quedó como á la defensiva, apoyada en el delgado tronco de un arbolillo que se elevaba junto á la senda con las menudas hojas casi sueltas por el otoño, de un color enfermizo.

Aun tuvo serenidad para sonreir, con una sonrisa forzada, fingiendo creer en una broma del señor.

—No—repuso Febrer con energía—. Hablo seriamente. Di, Margalida... *Flor de almendro*... ¿Y si yo fuese uno de tus novios? ¿Y si yo me presentase en el cortejo? ¿Qué contestarías?...

Ella apelotonábase contra el débil tronco, haciéndose más pequeña, como si quisiera escapar á aquellos ojos ardientes. Su instintivo movimiento de retroceso hizo cimbrearse el flexible árbol, y una lluvia de hojas amarillas, como copos de ámbar, cayó en torno de ella, enredándose en su trenza, pegándose á su tez, esparciéndose sobre su traje. Pálida, con la boca apretada y los labios azulados, murmuraba palabras que apenas sonaban como un débil suspiro. Sus ojos, agrandados

y húmedos, tenían la expresión angustiosa de los humildes de espíritu que piensan muchas cosas, pero no encuentran el modo de decirlas. ¡Él!... ¡el mayorazgo de los Febrer! ¡un gran señor casarse con una payesa!... ¿Estaba loco?

—No; yo no soy un gran señor; yo soy un desgraciado. Tú eres más rica que yo, que vivo de vuestra limosna... Tu padre desea para ti un marido que cultive sus tierras. ¿Consientes que sea yo, Margalida? ¿Me quieres, *Flor de almendro*?...

Con la cabeza baja, huyendo de una mirada que parecía quemarla, ella siguió hablando sin saber lo que decía. ¡Locura! Aquello no podía ser cierto. ¡Decir el mayorazgo tales cosas!... Estaba soñando.

Pero de pronto sintió en una de sus manos un contacto leve y acariciador. Era la diestra de Febrer que agarraba la suya. Volvió á verle otra vez, pero le pareció un hombre distinto. Encontró ante sus ojos un rostro nuevo que la hizo estremecerse. Experimentó la sensación de un grave peligro, el sobresalto nervioso que avisa. Temblaron sus rodillas, se contrajeron como si fuese á desplomarse de miedo.

—¿Es que me encuentras viejo para ti?—murmuró en sus oídos una voz suplicante—. ¿Es que nunca podrás quererme?...

La voz era dulce y acariciadora; ¡pero aquellos ojos que parecían comerla! ¡aquella cara pálida, semejante á la de los hombres que matan!...

Quiso decir algo, quiso protestar de las últimas palabras. Su mirada pareció repelarlas. Don Jaime no había tenido nunca edad para Margalida: era algo superior, como los santos, que crecen en hermosura con los años... Pero el miedo no la dejó hablar. Se desasió de la mano acariciadora, sintióse movida por el prodigioso resorte de los nervios, lo mismo que si viera su vida en peligro, y huyó de Febrer como si fuese un asesino.

—¡Jesús! ¡Jesús!...

Saltó, murmurando esta súplica, á alguna distancia de él, é inmediatamente comenzó á correr con sus ágiles piernas de campesina, desapareciendo en una revuelta del sendero.

Jaime no fué tras ella. Permaneció inmóvil en la soledad del pinar, erguido en medio del sendero, insensible á cuanto le rodeaba, como un héroe de leyenda sometido á un encantamiento. Luego se pasó una mano por el rostro, cual si despertase, coordinando sus ideas. Dolíanle como un remordimiento sus audaces palabras, el susto de Margalida, la carrera de terror con que había terminado la entrevista. ¡Qué disparate el suyo!... Era el resultado de su ida á la ciudad; la vuelta á la vida civilizada que había trastornado su calma de solitario, despertando pasiones de antaño; la conversación de los jóvenes militares, que vivían con el pensamiento puesto en la mujer... Pero no; no estaba arrepentido de lo hecho. Lo importante era que Margalida conociese lo que tantas veces había pen-

sado él vagamente en el aislamiento de la torre, sin poder dar forma precisa á sus deseos.

Continuó lentamente su camino para no alcanzar á la familia de *Can Mallorquí*. Margalida se había reunido con su madre y su hermano. Los vió desde una altura, cuando el grupo caminaba ya por el valle con dirección á la alquería.

Febrer torció su marcha, evitando aproximarse á *Can Mallorquí*. Fué hacia la torre del Pirata, pero al llegar cerca de ella siguió su camino, no deteniéndose hasta el mar.

La costa de roca, que parecía cortada á pico sobre las aguas, estaba quebrantada por el embate de éstas durante siglos y siglos. Las olas, como furiosos toros azules, topaban entre espumarajos de rabia contra la peña, abriendo cóncavas oquedades, cuevas profundas que se prolongaban hacia lo alto en forma de grietas verticales. Esta labor secular iba royendo la costa, arrebatándola su coraza de piedra, lámina por lámina. Despegábanse de ella fragmentos colosales como murallas. Separábanse primeramente formando una rendija imperceptible que se agrandaba con el curso de los siglos. La muralla natural se inclinaba años y años sobre las olas que batían incesantemente su base, hasta que perdido el centro de gravedad una noche de tormenta, derrumbábase como la cortina de una ciudadela sitiada, deshaciéndose en bloques, poblando el mar de nuevos escollos, prontamente cubiertos de viscosas vegetaciones, en cuyas revueltas her-

vían las espumas y chisporroteaban las escamas de los peces.

Febrer fué á sentarse en el borde de un gran peñasco avanzado, de una lámina de roca desprendida de la costa que se inclinaba audazmente sobre los escollos. Su fatalismo le impulsaba á sentarse allí. ¡Ojalá la catástrofe esperada fuese en aquel momento, y su cuerpo, arrastrado por el grandioso accidente, desapareciera en el fondo del mar, teniendo como sarcófago esta mole, igual á la pirámide de un Faraón!... ¡Para lo que le esperaba en la vida!...

El sol poniente, antes de ocultarse, se asomó á un agujero del cielo tempestuoso, entre nubes desgarradas. Era una esfera sangrienta, una hostia de púrpura que animó con tonos de incendio la inmensidad del mar. Las negras masas de vapor que cerraban el horizonte ribeteáronse de escarlata. Sobre el obscuro verde del agua se extendió un inquieto triángulo de llamas. Enrojecióse la espuma de las olas y la costa pareció por unos instantes de roja lava en ebullición.

Al resplandor de esta luz de tempestad, Jaime contemplaba á sus pies el vaivén de las aguas, lanzando sus chorros rugientes en las oquedades de la roca, bramando y retorciéndose con espumarajos de cólera en las tortuosas callejuelas de los escollos. En el fondo de esta masa verdosa, iluminada con transparencias de ópalo por el sol poniente, veía, agarradas á las peñas, extrañas ve-

getaciones, bosques minúsculos en cuyas frondas pegajosas movíanse bestias de formas fantásticas, rampantes y veloces ó torpes y sedentarias, con duras corazas grises y rojizas, erizadas de defensas, armadas de tenazas, de lanzas y de cuernos dándose caza entre ellas y persiguiendo á seres menos fuertes que pasaban como blancas exhalaciones, haciendo brillar en la rapidez de la fuga su transparencia de cristal.

Febrer se sintió empequeñecido por la soledad. Perdida la fe en su importancia humana, considerábase igual á uno de estos monstruos pequeños que se agitaban en las vegetaciones del abismo submarino. Menos aún tal vez. Aquellos animales estaban armados para la vida, podían mantenerse por su propia fuerza sin conocer los desalientes, las humillaciones y las tristezas que le afligían á él. ¡El mar!... Su grandeza, insensible para los hombres, cruel é implacable en sus cóleras, abrumaba á Febrer despertando en su memoria un sinnúmero de ideas que tal vez eran nuevas, pero que él aceptaba como vagas reminiscencias de una vida anterior; como algo que ya había pensado, no sabía dónde ni cuándo.

Un estremecimiento de respeto, de devoción instintiva, pasaba por él, haciéndole olvidar el suceso de poco antes, sumiéndolo en religiosa admiración. ¡El mar!... Pensaba sin saber por qué en los más remotos ascendientes de la humanidad, en los primeros hombres, miserables, apenas salidos del

animalismo original, martirizados y repelidos de todas partes por una naturaleza hostil en su exuberancia, como el cuerpo joven y vigoroso anula ó aleja los parásitos que se empeñan en vivir á costa de su organismo. Á la orilla del mar, ante la divinidad misteriosa, verde é inmensa, debió tener el hombre sus mejores momentos de descanso. Del seno de las aguas salieron los primeros dioses: contemplando el vaivén de las aguas y arrullado por su murmullo, debió sentir el hombre que nacía en él algo nuevo y poderoso: un alma... ¡El mar! Los organismos misteriosos que lo pueblan también vivían, como los de tierra, sometidos á la tiranía del medio, inmóviles en su primitiva existencia, repitiéndose á través de los siglos, como si siempre fuesen el mismo ser. También los muertos mandaban allí. Los fuertes perseguían á los débiles y eran á su vez devorados por otros más poderosos: la misma historia de sus remotos antecesores en las aguas todavía tibias del globo en formación. Todo lo mismo, repitiéndose á través de centenares de millones de años. Un monstruo de los tiempos prehistóricos que volviese á colear en las aguas presentes, encontraría por todas partes, en los abismos obscuros y en las orillas costeras, la misma vida é iguales luchas que en su juventud. La bestia de combate acorazada de rojo, armada de corvas uñas y tenazas de tortura, guerrero implacable de las verdes cavernas submarinas, jamás se había unido con el pez gracioso, li-

gero y débil que movía la cola de su túnica de rosa y plata en las aguas transparentes. Su destino era devorar, ser fuerte, y si se veía desarmado, con las defensas rotas, entregarse al infortunio sin protesta alguna y perecer. ¡La muerte era preferible antes que abdicar del origen, de la noble fatalidad del nacimiento! Para los fuertes no había en la tierra y en el mar satisfacción ni vida fuera de su ambiente. Eran esclavos de su propia grandeza: la casta traía para ellos, con los honores, la desgracia. ¡Y siempre sería lo mismo!... Los muertos eran los únicos que gobernaban lo existente. Los primeros seres que iniciaron una acción para vivir, formaron con sus actos la jaula en que habían de moverse prisioneras las sucesivas generaciones.

Los tranquilos moluscos que veía ahora en el fondo de las aguas, agarrados á las peñas como botones obscuros, parecíanle seres divinos que guardaban en su estúpida quietud el misterio de la creación. Veíalos augustos y grandes como los monstruos que adoran los pueblos salvajes por su inmovilidad, y en cuyo quietismo creen adivinar la majestad de los dioses. Febrer recordaba sus bromas de otros tiempos, en noches de francachela, ante los platos de ostras frescas, en los restaurants de moda de París. Sus elegantes compañeras le creían loco al escuchar los disparatados pensamientos que le sugerían el vino, la vista de los mariscos y el recuerdo de ciertas lecturas fragmentarias y rápidas de su juventud. «Vamos á comernos á

nuestros abuelos, como alegres antropófagos que somos.» La ostra era una de las primitivas manifestaciones de vida en el planeta; una de las primeras formas de la materia orgánica, flotante aún, incierta y desorientada en su evolución, sobre la inmensidad de las aguas. El simpático y calumniado mono sólo tenía la importancia de un primo hermano que no ha hecho carrera, de un pariente desgraciado y ridículo, al que se deja en la puerta fingiendo ignorar su apellido de familia, negándole el saludo. El molusco era el abuelo venerable, el jefe de la casa, el creador de la dinastía, el antecesor cargado con una nobleza de millones de siglos... Estas ideas resucitaban ahora en Febrer con la frescura de verdades indiscutibles, al contemplar los seres inmóviles y rudimentarios encerrados en su caparazón, agarrados á las rocas, debajo de sus pies, en las profundidades del verde cristal que temblaba entre los escollos.

La humanidad era fiel á su origen. Nadie renegaba las tradiciones de estos venerables ascendientes, que parecían dormidos en la inmensa catacumba del mar. Los hombres se creen libres porque pueden moverse de un lado al otro del planeta; porque su organismo va montado sobre dos columnas ágiles y articuladas que le permiten saltar sobre el suelo con el mecanismo del paso... pero ¡error! ¡una ilusión más de las muchas que alegran mentirosamente nuestra vida haciéndonos llevaderas su miseria y su pequeñez! Febrer estaba con-

vencido de que todos nacían metidos entre dos valvas de prejuicios, escrúpulos y orgullos, herencia de los que nos precedieron en la vida, y por más que los hombres se moviesen, jamás llegaban á arrancarse de la misma peña en que vegetaron agarrados sus predecesores. La actividad, los incidentes de la vida, la independencia del carácter, ¡todo ilusión! ¡vanidad de molusco que sueña adherido á la roca, y cree estar nadando por todos los mares del globo, mientras sus valvas siguen unidas á la caliza!...

Todos los seres eran como habían sido los que marcharon delante, como serían los que llegasen detrás. Cambiaban las formas, pero el alma permanecía inmóvil é inmutable como la de aquellos seres rudimentarios, testigos eternos de los primeros latidos de la vida en el planeta, que parecían dormitar en el más espeso de los sueños. Y así sería siempre. Eran vanos los grandes esfuerzos para librarse de este ambiente fatal, de la herencia del medio, del círculo en que forzosamente nos movemos: hasta que llegaba la muerte y otros animales semejantes venían á dar vueltas en el mismo redondel, creyéndose libres porque siempre tenían ante sus pasos nuevo espacio que correr.

«Los muertos mandan», afirmaba una vez más Jaime en su pensamiento. Parecía imposible que los hombres no se diesen cuenta de esta gran verdad; que se agitaran en eterna noche, creyendo

hacer cosas nuevas al resplandor de ilusiones que surgen diariamente, como surge el gran engaño del sol para acompañarnos por el infinito, que es lóbrego y á nosotros nos parece azul y radiante de luz...

Cuando Febrer pensaba esto, el sol se había ocultado ya. El mar era casi negro, el cielo de un gris plomizo, y en las brumas del horizonte serpenteaban los rayos como culebras de fuego que bajasen á beber en las olas. Sintió Jaime en su rostro y en las manos el húmedo beso de algunas gotas de lluvia. Iba á estallar una tormenta que tal vez durase toda la noche. Los rayos brillaban cada vez más cerca; resonaba un lejano estrépito, como si dos flotas enemigas se estuvieran cañoneando detrás de la cortina de bruma del horizonte, aproximándose con ésta. Las láminas de agua mansa, tersas como cristales entre los escollos y la costa, comenzaron á temblar con las ondulaciones excéntricas de las gotas de lluvia.

Á pesar de esto, el solitario no se movió. Permanecía sentado en la roca, sintiendo una sorda irritación contra la fatalidad, sublevándose con toda la rudeza de su carácter ante la tiranía del pasado. ¿Y por qué habían de mandar los muertos? ¿Por qué obscurecían el ambiente con las partículas de su alma, semejantes á polvo de huesos que se posaban en el cerebro de los vivos imponiéndoles las viejas ideas?...

De pronto Febrer experimentó una impresión

de deslumbramiento, como si contemplase una luz extraordinaria, nunca vista. Su cerebro pareció dilatarse, extenderse, como una masa de agua que rompe el vaso opresor de piedra. Fué en el mismo instante que un relámpago coloreaba de lívida luz el mar y estallaba un trueno sobre su cabeza, conmoviendo con horrísono tableteo los ecos de la inmensidad marítima y las oquedades y cimas de la costa.

No; los muertos no mandan: los muertos no gobiernan. Jaime, como si fuese un hombre nuevo, se burló de sus pensamientos de poco antes. Aquellas bestias rudimentarias que él contemplaba entre los peñascos, y con ellas todos los animales del mar y de la tierra, sufrían la esclavitud del medio. Mandaban los muertos sobre ellas porque hacían lo mismo que habían hecho sus antecesores, lo mismo que harían sus descendientes. Pero el hombre no era esclavo del medio: era su colaborador y á veces su dueño. El hombre era un ente de razón y de progreso, y podía modificar el ambiente según sus conveniencias. Había sido su siervo en otros tiempos, en remotas edades, pero al vencer á la Naturaleza y explotarla, rasgó la especie de envoltura fatal en quedaban prisioneros los otros seres de la creación. ¿Qué le importaba á él el medio en que había nacido? Se crearía otro si lo deseaba...

No pudo seguir en sus reflexiones. La tempestad había estallado sobre él. La lluvia chorreaba

por los bordes de su sombrero, corriendo á lo largo de su espalda. La noche había llegado de pronto. Á la luz de los relámpagos veíase el mar con la superficie mate estremecida por el choque de la lluvia.

Febrer marchó hacia la torre con toda la ligereza de sus piernas. Iba, sin embargo, alegre, ansioso de correr, con el gozo desbordante del que sale de un largo encierro y no ve ante los ojos bastante espacio para su contenida actividad. Reía, sin detenerse en su carrera, y la luz de los relámpagos le sorprendió varias veces avanzando el brazo derecho con un dedo en alto, mientras chocaba la mano izquierda en la parte interior del codo, realizando un ademán de protesta, tan popular como poco decente.

—Haré lo que quiera—gritaba complaciéndose en su propia voz, que se perdía en el fragor de la tempestad—. Ni muertos ni vivos mandan en mí... ¡Toma!... ¡Para mis nobles ascendientes!... ¡Toma!... ¡Para mis antiguas ideas! ¡Para todos los Febrer!...

Repitió varias veces el indecoroso ademán con una alegría de pilluelo. De pronto se vió envuelto en una luz roja y estalló sobre su cabeza un cañonazo, como si la costa acabara de abrirse á impulsos de inmenso cataclismo.

—Ha caído cerca—dijo Febrer refiriéndose á la exhalación.

Su pensamiento, ocupado por el recuerdo de

los Febrer, fué hacia su ascendiente el comendador don Priamo. Aquella explosión del trueno le hizo recordar los combates del diabólico héroe, del religioso caballero de la Cruz, burlón con Dios y con el diablo, que hizo siempre su soberana voluntad y tan pronto peleó al lado de los suyos como vivió entre los enemigos de la Fe, según sus caprichos y aficiones.

No; de éste no renegaba Febrer. Adoraba al valeroso comendador: era su verdadero ascendiente, el mejor de todos, el rebelde, el demonio de la familia.

Al entrar en la torre encendió luz, se envolvió en el jaique de burda lana que le servía para sus excursiones nocturnas, y tomando un libro quiso distraerse de sus pensamientos hasta que Pepet le subiera la cena.

La tempestad pareció fijarse sobre la isla. Caía la lluvia en los campos, convirtiéndolos en barrizales; saltaba por la pendiente de los caminos, desbordados como barrancos; empapaba los montes, como grandes esponjas, por la verde porosidad de sus pinares y matorrales. La rápida luz de los relámpagos mostraba instantáneamente, como una visión de ensueño, el mar negruzco con hirvientes espumas, los campos encharcados, que parecían llenos de peces de fuego, los árboles brillantes bajo su capa acuosa.

En la cocina de *Can Mallorquí* los pretendientes de Margalida formaban una masa de alpargatas

enlodadas y cuerpos humeantes por la evaporación de las ropas húmedas. Esta noche el cortejo era más largo. Pèp, con aire paternal, había permitido á los *atlòts* que esperasen, después de pasada la hora del galanteo. Sentía lástima por aquellos muchachos que tenían que caminar bajo la lluvia. Él también había sido novio. Debían esperar; tal vez pasase pronto la tormenta. Y si no pasaba, se quedarían á dormir donde pudiesen: en la cocina, en el porche... «¡Una noche es una noche!»

La *atlotería,* contenta de este accidente, que añadía algún tiempo más á su cortejo, contemplaba á Margalida vestida con su traje de fiesta, sentada en el centro de la pieza, junto á una silla vacía. Todos habían pasado por ésta en el curso de la velada; algunos miraban con cierta ansiedad al asiento, pero sin atreverse á ocuparlo de nuevo.

El *Ferrer,* ganoso de sobrepujar á sus rivales, tañía una guitarra, cantando á media voz, acompañado por el rodar de los truenos. El *Cantó,* metido en un rincón, meditada nuevos versos. Algunos muchachos saludaban con expresiones burlonas la luz de los relámpagos que se filtraba por las rendijas de la puerta, y el *Capellanet* sonreía sentado en el suelo con la mandíbula apoyada en ambas manos.

Pèp dormitaba en su silla baja, vencido por el cansancio, y su mujer lanzaba sordos alaridos de terror cada vez que un trueno fuerte conmovía la

casa, intercalando en sus gemidos fragmentos de oraciones murmuradas en castellano, para mayor eficacia. «*Santa Bárbera bendita, que en el sielo estás escrita...*» Margalida, insensible á las miradas de sus pretendientes, parecía próxima á dormirse en su asiento.

Resonó de pronto la puerta con dos golpes dados por una mano. El perro, que se había erguido momentos antes como adivinando la presencia de alguien en el porche, estiró el cuello, pero no ladró, moviendo la cola con tranquilidad.

Margalida y su madre miraron á la puerta con cierto miedo. ¿Quién podría ser? ¡Á aquellas horas, en aquella noche, en la soledad de *Can Mallorquí!...* ¿Le había ocurrido algo al señor?...

Pèp, despertado por estos golpes, se incorporó en su asiento. «*¡Avant qui siga!*» Invitaba á entrar, con una majestad de padre de familia al uso latino, señor absoluto de su casa. La puerta sólo estaba junta.

Se abrió, dejando paso á una ráfaga de viento cargada de lluvia que hizo estremecerse las luces del candil y refrescó el denso ambiente de la cocina. Iluminóse con el resplandor de una exhalación el negro rectángulo de la puerta, y todos vieron en ella, sobre el cielo lívido, una figura encapuchada, una especie de penitente, chorreando lluvia y con el rostro casi oculto.

Entró con paso decidido, sin saludar á nadie, seguido del perro, que olisqueaba sus piernas con

gruñido cariñoso, y fué rectamente á ocupar la silla vacía junto á Margalida; el lugar reservado á los pretendientes.

Al sentarse se echó atrás la capucha y fijó sus ojos en la muchacha.

—¡Ah!—gimió ésta, pálida, con los ojos agrandados por la sorpresa.

Y fué tal su emoción, tan violento su impulso por retirarse de él, que la faltó poco para caer.

TERCERA PARTE

I

Dos días después, cuando don Jaime, de vuelta de la pesca, esperaba la comida en su torre, vió presentarse á Pèp, que depositó el cestillo sobre la mesa con cierta solemnidad.

El rústico intentó excusarse por esta visita extraordinaria. Su mujer y Margalida habían ido otra vez á la ermita de los *Cubells:* el muchacho las acompañaba.

Comió Febrer con buen apetito luego de haber pasado la mañana en el mar desde que rompió el día, pero el aire grave del payés acabó por preocuparle.

—Pèp: tú quieres decirme algo y no te atreves —dijo Jaime en dialecto ibicenco.

—Así es, señor.

Y Pèp, igual á todos los tímidos que dudan y vacilan antes de hablar, pero una vez perdido el miedo se lanzan adelante, ciegamente, impulsados por el propio temor, expuso con rudeza su pensamiento.

Sí; algo tenía que decirle, algo muy importante. Dos días había estado pensándolo, pero ya no podía callar más tiempo. Si se había encargado de traer la comida del señor era sólo por hablarle... ¿Qué deseaba don Jaime? ¿Por qué se burlaba de ellos que le querían tanto?...

—¡Burlarme!—exclamó Febrer.

Sí; burlarse de ellos. Pèp lo afirmaba con tristeza. ¿Qué había sido lo de la noche de la tormenta? ¿Qué capricho había impulsado al señor á presentarse en pleno cortejo, sentándose al lado de Margalida, como si fuese un pretendiente? ¡Ah, don Jaime! Los *festeigs* eran cosa seria: por ellos se mataban los hombres. Bien sabía él que los señores se burlaban de esto, y consideraban casi como salvajes á los payeses de la isla; pero á los pobres había que dejarlos en sus costumbres, olvidarles, no turbar sus escasas alegrías.

Ahora fué Febrer quien puso el gesto triste.

—¡Pero si no me burlo de vosotros, querido Pèp! ¡Si todo es verdad!... Sábelo de una vez. Soy pretendiente de Margalida, como el *Cantó,* como ese *vèrro* antipático, como todos los muchachos que acuden á tu cocina para cortejarla... La otra noche me presenté porque ya no podía sufrir más, porque comprendí de pronto la causa de las tristezas que me vienen afligiendo, porque quiero á Margalida y me casaré con ella, si ella me acepta.

Su acento, sincero y apasionado, no dejó duda al payés.

—¡Luego es verdad!—exclamó—. Algo de eso me había dicho la *atlòta* llorando cuando yo le pregunté el motivo de la visita del señor... Yo no la creí al principio. ¡Las muchachas son tan pretenciosas! Se imaginan que todos los hombres andan locos tras ellas... ¡Conque es verdad!

Y esta certidumbre le hacía sonreir, como algo inesperado y gracioso.

¡Qué don Jaime! Muy honrados él y su familia por esta muestra de aprecio á los de *Can Mallorquí.* Lo malo era para la muchacha, que se engreiría, imaginándose ya digna de un príncipe, no queriendo aceptar á ningún payés.

—No puede ser, señor. ¿No comprende usted que no puede ser?... Yo también he sido joven y sé lo que es esto. Un primer movimiento que nos hace ir detrás de toda *atlòta* que no es fea: pero luego reflexiona uno, piensa lo que está bien y lo que está mal, lo que más le conviene, y acaba por no hacer tonterías. Usted habrá reflexionado, ¿verdad, señor?... Lo de la otra noche era una broma, un capricho...

Febrer movió la cabeza enérgicamente. No; ni broma ni capricho. Amaba á Margalida, á la gentil *Flor de almendro;* estaba convencido de su pasión é iría adonde ella le arrastrase. Su propósito era hacer en adelante lo que le ordenara la voluntad, sin escrúpulos ni prejuicios. Bastante tiempo había sido esclavo de ellos. No; ni reflexión ni arrepentimiento. Amaba á Margalida, y era uno de sus pre-

tendientes, con el mismo derecho que cualquier *atlòt* de la isla. Ya estaba dicho.

Pèp, escandalizado por estas palabras, herido en sus ideas más antiguas y arraigadas, levantó las manos, al mismo tiempo que su alma simple se asomaba á los ojos con temblores de sorpresa.

—*¡Siñor!... ¡Siñor!*

Necesitaba poner de testigo al Señor del cielo, para expresar su turbación y su asombro. ¡Un Febrer queriendo casarse con la payesa de *Can Mallorquí!*... El mundo ya no era el mismo: parecían trastornadas todas las leyes, como si el mar estuviera próximo á cubrir la isla y los almendros floreciesen en adelante sobre las olas. ¿Pero se había dado cuenta don Jaime de lo que significaba este deseo?...

Todo el respeto depositado en el alma del payés durante los largos años de servidumbre á la noble familia, la veneración religiosa que le habían infundido sus padres cuando de niño veía llegar á los señores de Mallorca, renacían ahora, protestando de este absurdo, como de algo contrario á las costumbres humanas y la divina voluntad. El padre de don Jaime había sido un personaje poderoso, de los que fabrican las leyes allá en Madrid: hasta había vivido en el palacio real. Le veía aún en su memoria, lo mismo que se lo había imaginado en sus ilusiones crédulas de la niñez, mandando á los hombres á su voluntad; pudiendo enviar unos á la horca y perdonando á otros según su capricho; sentado

á la mesa de los monarcas y jugando con ellos á la baraja, lo mismo que podía hacerlo con él un amigo en la taberna de San José, tratándose tú por tú: y cuando no estaba en la corte, era señor absoluto, en barcos de hierro de los que escupen humo y cañonazos... ¿Y el abuelo, don Horacio? Pèp le había visto pocas veces, y sin embargo, temblaba aún de respeto al recordar su aspecto señorial, su cara grave, limpia de sonrisas, y el gesto imponente con que acompañaba sus bondades. Era un rey á la antigua, uno de aquellos reyes buenos y justicieros padres de los pobres, con el pan en una mano y el palo en la otra.

—¿Y quiere usted que yo, el pobre Pèp de *Can Mallorquí,* sea pariente de su padre y su abuelo, y de todos los señorones que fueron amos de Mallorca y mandones del mundo?... Vamos, don Jaime. Vuelvo á creer que todo es una broma: su seriedad no me engaña. También don Horacio discurría á veces las cosas más chistosas sin perder su cara de juez.

Jaime paseó los ojos por el interior de la torre, sonriendo de su miseria.

—¡Pero si soy un pobre, Pèp! ¡Si tú eres un rico comparado conmigo! ¿Á qué recordar mi familia, si vivo de tu auxilio?... Si tú me despidieras, no sé adónde podría ir.

El gesto de incredulidad con que Pèp acogía siempre estas afirmaciones humildes, volvió á aparecer.

¡Pobre! ¿Y aquella torre no era suya?... Febrer

le contestó riendo. ¡Bah! Cuatro piedras viejas que se caían cansadas de existir: un monte inculto, que sólo tendría algún valor trabajado por el payés... Pero éste insistió. Le quedaba lo de Mallorca, que aun cuando estuviese algo enredado, era mucho... ¡mucho!

Y al extender sus brazos con un gesto de inmensidad, como si nadie pudiese abarcar la fortuna de Jaime, añadía convencido:

—Un Febrer no es nunca pobre. Usted no puede serlo nunca. Después de estos tiempos otros vendrán.

Jaime desistió de hacerle reconocer su pobreza. Si le creía rico, era mejor. Así no podrían decir aquellos *atlòts*, sin más horizonte que el de la isla, que era un desesperado que buscaba unirse con la familia de Pèp para recuperar las tierras de *Can Mallorquí*.

¿Por qué se asombraba tanto el payés de que él pretendiese á Margalida? Al fin no era esto más que la repetición de una eterna historia; la del rey disfrazado y vagabundo enamorándose de la pastora y dándola su mano... Y él no era un rey ni estaba disfrazado, sino en una situación de miseria verdadera.

—También sé yo esa historia—dijo Pèp—. Me la contaron de chico muchas veces y se la he contado yo á los míos... No digo que no sucediese así: pero eso sería en otros tiempos... otros tiempos muy lejanos: cuando hablaban los animales.

Para Pép, la más remota antigüedad y el estado dichoso de los hombres era siempre el tiempo feliz «cuando hablaban los animales».

Pero ¡ahora!... Ahora él, aunque no sabía leer, se enteraba de las cosas del mundo cuando iba á San José en los domingos y hablaba con el secretario del pueblo y otras personas letradas que leían periódicos. Los reyes se casaban con reinas y las pastoras con pastores; cada cual con los suyos. Se acabaron los buenos tiempos.

—¿Pero tú sabes si Margalida me quiere ó no me quiere?... ¿Tú estás seguro de que le parece todo esto un disparate, lo mismo que á ti?...

Pèp quedó silencioso largo rato, llevándose una mano bajo el fieltro y el pañuelo de seda puesto mujerilmente, para rascarse los bucles crespos y canos de su cabeza. Sonreía maliciosamente con expresión de desprecio, como regocijado por la inferioridad en que vive la hembra de los campos.

—¡Las mujeres! ¡Vaya usted á saber lo que piensan, don Jaime!... Margalida es como todas; amiga de vanidades y de cosas extraordinarias. Á su edad todas sueñan que va á venir por ellas un conde ó un marqués para llevárselas en un carro de oro y que mueran de envidia las amigas. Yo también, cuando era *atlòt*, pensaba muchas veces que vendría á pedirme en matrimonio la más rica de Ibiza, una muchacha que no sabía quién pudiera ser, pero hermosa como la Virgen y con cam-

pos tan grandes como la mitad de la isla... Son cosas de los pocos años.

Luego, cesando de sonreir, añadió:

—Sí; tal vez le quiera á usted y no se dé cuenta de lo que le pasa. ¡Esto del querer y de la juventud es tan raro!... Llora cuando le hablan de lo de la otra noche; dice que fué una locura, pero ni una palabra contra usted... ¡Ay! ¡el corazón quisiera yo verle!

Febrer acogió estas palabras con una sonrisa de gozo, pero el payés desvaneció instantáneamente su alegría, añadiendo enérgicamente:

—No puede ser, y no será... Piense ella lo que piense, yo me opongo porque soy su padre y quiero su bien... ¡Ay, don Jaime! Cada cual con los suyos. Me recuerda todo esto á cierto fraile que vivía solitario en los *Cubells,* hombre sabio, y como sabio medio loco; que se empeñó en sacar crías de un gallo y una gaviota: una gaviota del tamaño de un ganso.

Y describía, con la gravedad que tiene para el campesino la vida y el cruce de los animales, la ansiedad de los payeses cuando iban á los *Cubells,* agrupándose curiosos en torno del jaulón, donde estaban bajo la vigilancia del fraile el gallo y la gaviota.

—Años duró el trabajo de aquel buen señor, y ¡ni una cría!... Contra lo imposible, nada pueden los hombres. Eran de una sangre y una raza distintas: vivían juntos y tranquilos, pero no eran iguales ni podían serlo. Cada uno con los suyos.

Y al decir esto Pèp, recogía de la mesa los platos de la comida y los guardaba en la cesta, preparándose para salir.

—Quedamos, don Jaime—dijo con su tenacidad campesina—, en que todo es broma, y que usted no inquietará á la *atlòta* con sus fantasías.

—No, Pèp. Quedamos en que quiero á Margalida, y voy á su cortejo con el mismo derecho que cualquier muchacho de la isla. Hay que respetar los usos antiguos.

Y sonreía ante el gesto malhumorado del payés. Pèp movió la cabeza en señal de protesta. No; repetía que aquello era imposible. Las muchachas del *cuartón* iban á burlarse de Margalida, regocijadas por este pretendiente extraño que rompía el orden de las costumbres; los maliciosos tal vez calumniasen á *Can Mallorquí,* que tenía un pasado de honradez como la mejor familia de la isla; hasta sus amigos, cuando fuese él á misa á San José y se reunieran en el claustro de la iglesia, iban á suponer que era un ambicioso y deseaba convertir su hija en una señorita... Y no era esto sólo. Quedaba además la cólera de los rivales, los celos de aquellos *atlòts*, absortos de sorpresa al verle entrar en plena tempestad y sentarse junto á Margalida. De seguro que á aquellas horas ya habían salido de su asombro y hablaban de él, y se concertaban todos para oponerse al forastero. Los de la isla eran como eran. Se mataban entre ellos, sin molestar al de fuera, porque le creían extraño á su vida, indi-

ferente á sus pasiones. Pero si el extranjero se mezclaba en sus asuntos y además de extranjero... era mallorquín, ¿qué iba á pasar?... ¿Cuándo se había visto á gentes de otras tierras disputarles la novia á los ibicencos?... Don Jaime, ¡por su padre! ¡por su noble abuelo! Se lo rogaba Pèp, que le conocía desde niño. La alquería era suya, todos sus habitantes deseaban servirle... ¡pero que no persistiese en aquel capricho! Iba á traerle desgracia.

Febrer, que había comenzado á escuchar con deferencia, se irguió ante estos temores de Pèp. Sublevóse su carácter rudo, como si acabara de recibir una grave ofensa con estos temores del payés. ¡Miedos á él!... Sentíase capaz de pelear con todos los *atlòts* de la isla. No había en Ibiza quien le hiciera retroceder. Á su apasionamiento belicoso de amante, uníase una soberbia de raza, el odio ancestral que separaba á los habitantes de las dos islas. Iría al cortejo: tenía buenos compañeros para que le defendiesen en caso de apuro. Y miraba la escopeta colgada de la pared, luego de descender los ojos á la faja, donde ocultaba el revólver.

Pèp bajó la cabeza con expresión de desaliento. Lo mismo había sido él cuando joven. Las mujeres hacen cometer las mayores locuras. Era inútil insistir para convencer al señor, testarudo y soberbio como todos los suyos.

—Haga usted su santa voluntad, don Jaime:

pero acuérdese de lo que le digo. Nos espera una desgracia; una gran desgracia.

Salió el payés de la torre, y Jaime lo vió alejarse cuesta abajo, hacia su alquería, moviéndose á impulsos de la brisa marítima las puntas de su pañuelo y el mantón mujeril que llevaba sobre los hombros.

Desapareció Pèp tras las bardas de *Can Mallorquí*. Febrer iba á separarse de la puerta, cuando vió surgir de entre los grupos de tamariscos de la pendiente un muchacho que luego de mirar á un lado y á otro, para convencerse de que no era observado, corrió hacia él. Era el *Capellanet*. Subió á saltos la escalera de la torre, y al verse ante Febrer rompió á reir, mostrando el marfil de su dentadura rodeada de rosa obscuro.

Desde la noche en que el señor se había presentado en la alquería, el *Capellanet* le trataba con mayor confianza, como si le considerase ya de la familia. Él no protestaba de lo extraordinario del suceso. Le parecía natural que Margalida gustase al señor y que éste deseara casarse con ella.

—¿Pero no estabas en los *Cubells?*—preguntó Febrer.

El muchacho volvió á reir. Había dejado á su madre y su hermana en mitad del camino, y oculto entre los tamariscos esperó á que su padre regresara de la torre. Sin duda el viejo quería hablar de cosas importantes con don Jaime; por esto los había alejado á todos, encargándose de llevarle la co-

mida. Hacía dos días que no hablaba en casa más que de esta entrevista. Su timidez y el respeto *al amo* le hacían vacilar, pero al fin se había decidido. El noviazgo de Margalida le tenía de malhumor. ¿Había estado muy regañón el viejo?...

Febrer, esquivando estas preguntas, le hizo otras con cierta ansiedad. ¿Y *Flor de almendro?* ¿Qué decía cuando el *Capellanet* le hablaba de él?

El muchacho se irguió con petulancia, satisfecho de poder proteger al señor. Su hermana no decía nada: unas veces sonreía al oir el nombre de don Jaime, otras se le humedecían los ojos y casi siempre daba fin á la conversación aconsejando al *Capellanet* que no se mezclara en este asunto y diese gusto al padre yendo á estudiar en el Seminario.

—Esto se arreglará, señor—continuó el muchacho, poseído de la nueva importancia de su persona—. Se arreglará; yo se lo digo. Estoy seguro de que mi hermana le quiere mucho... sólo que le tiene cierto miedo, cierto respeto. ¡Quién iba á esperar que usted se fijase en ella!... En casa todos parecen locos: el padre pone mala cara y habla solo; la madre gime y se aclama á la Virgen; Margalida llora, y mientras tanto la gente cree que estamos de lo más alegres. Pero esto se arreglará, don Jaime: yo se lo prometo.

Preocupábale otra cosa, aparte de la voluntad de Margalida. Mientras hablaba, su pensamiento iba hacia sus antiguos amigos, los *atlòts* que cortejaban á *Flor de almendro*. ¡Atención, señor! ¡Mucho

ojo!... Él no sabía nada de cierto: hasta parecía que aquellos muchachos habían perdido la confianza en su persona y se recataban de hablar en su presencia. Pero seguramente tramaban algo. Una semana antes parecían odiarse y vivían apartados unos de otros: ahora se habían juntado todos para abominar del forastero. Callaban, pero su silencio era taciturno, poco tranquilizador. El único que gritaba y se movía con una cólera de cordero rabioso era el *Cantó,* irguiendo su cuerpo desmedrado de tísico, afirmando entre crueles toses su propósito de matar al mallorquín.

—Le han perdido á usted el respeto, don Jaime —continuó el muchacho—. Cuando le vieron entrar y sentarse al lado de mi hermana, parecieron como atontados. Yo también me quedé sin saber lo que veía, y eso que hace tiempo me daba el corazón que á usted no le era indiferente Margalida. Preguntaba usted demasiado por ella... Pero ahora ya se les ha pasado el susto y van á hacer algo: ¡vaya si lo harán!... Y no les falta razón. ¿Cuándo se ha visto en San José venir los forasteros á quitarles la novia á unos *atlòts* que son lo más valientes de la isla?

El orgullo del vecindario arrastraba al *Capellanet* á participar momentáneamente de las opiniones de los otros, pero pronto renacieron su gratitud y su afecto á Febrer.

—No importa. Usted la quiere, y basta. ¿Por qué ha de ir mi hermana á trabajar la tierra y á pasar

fatigas cuando un señor como usted se fija en ella?... Además (y aquí sonreía maliciosamente el pilluelo), á mí me conviene este casamiento. Usted no va á cultivar los campos, usted se llevará á Margalida, y el viejo, no teniendo á quien dejar *Can Mallorquí*, me permitirá que sea labrador, que me case, y ¡adiós capellanía!... Le digo á usted, don Jaime, que usted se la lleva. Aquí estoy yo, el *Capellanet*, para pelearme con media isla en su defensa.

Miraba á un lado y á otro como si temiera encontrarse con los bigotes y los ojos severos de la Guardia civil, y luego, tras una vacilación de grande hombre modesto que teme revelar su importancia, llevábase una mano á los riñones y tiraba del interior de la faja, sacando un cuchillo cuyo brillo y limpieza parecían hipnotizarle.

—¿Eh?—decía admirando la tersura del acero virgen y mirando á Febrer.

Era el cuchillo que le había regalado Jaime el día antes. Estaba de buen humor, y había hecho arrodillarse al *Capellanet*. Luego, con burlona gravedad, le había golpeado con el arma, proclamándolo caballero invencible del *cuartón* de San José, de toda la isla y de los freos y peñones adyacentes. El pilluelo, trémulo de emoción por el regalo, había acogido la ceremonia con toda gravedad, creyéndola algo indispensable que se usaba entre los señores.

—¿Eh?—volvió á preguntar mirando á don Jai-

me, como si lo protegiese con toda la inmensidad de su valentía.

Pasaba un dedo ligeramente por el filo y luego apoyaba la yema en la punta, gozando voluptuosamente al sentir su agudo pinchazo. ¡Qué joya!

Febrer movió la cabeza. Sí; conocía el arma: él mismo se la había traído de Ibiza.

—Pues con esto—continuó el chicuelo—no hay guapo que se nos ponga delante. ¿El *Ferrer?*... mentira. ¿El *Cantó* y todos los otros?... mentira también. ¡Y pocas ganas que tengo yo de usarlo!... El que intente algo contra usted, está sentenciado á muerte.

Y á continuación, con una tristeza de grande hombre que pierde el tiempo sin dar la medida de su valor, dijo bajando los ojos:

—Cuando mi abuelo tenía mi edad, cuentan que ya era *vèrro* y metía miedo á toda la isla.

Pasó el *Capellanet* en la torre una parte de la tarde, hablando de los enemigos supuestos de don Jaime, que ya consideraba como suyos, ocultando su cuchillo para volver á sacarlo, como si necesitase contemplar su imagen desfigurada en el bruñido de la hoja, soñando en tremendos combates, que siempre terminaban con la fuga ó muerte de los adversarios, salvando él caballerescamente al acorralado don Jaime. Éste reía de la petulancia del muchacho, tomando á broma sus ansias de pelea y destrucción.

Al anochecer bajó á la alquería para traerle la

cena. Ya había encontrado en el porche cortejantes venidos de muy lejos, que esperaban sentados en los poyos el principio del *festeig*. ¡Hasta luego, don Jaime!...

Febrer, así que cerró la noche, se dispuso á bajar á la alquería, con el gesto hosco, la mirada dura, las manos nerviosas por un imperceptible temblor homicida, como un guerrero primitivo al emprender una expedición desde la cumbre al valle. Antes de echarse el jaique sobre los hombros, sacó su revólver de la faja, examinando escrupulosamente el estado de las cápsulas y el juego de la llave. ¡Todo corriente! Al primero que intentara algo contra él, le metía los seis tiros en la cabeza. Sentíase bárbaro, implacable, como uno de aquellos Febrer, leones del mar, que saltaban á las playas hostiles, matando para no morir.

Anduvo cuesta abajo, por entre los grupos de tamariscos, que movían en la obscuridad de la noche sus masas ondeantes, con una mano metida en la faja y acariciando la culata del revólver. ¡Nadie! Al llegar al porche de *Can Mallorquí,* lo encontró lleno de *atlòts* que aguardaban de pie ó sentados en los poyos á que la familia acabase su cena en la cocina. Febrer los adivinó en la obscuridad por el olor de cáñamo de las alpargatas nuevas y el de lana burda de sus mantones y jaiques. Las chispas rojas de los cigarros indicaban en el fondo del porche otros grupos en espera.

—*¡Bòna nit!*—dijo Febrer al llegar.

Sólo le respondieron con un leve gruñido. Cesaron las conversaciones mantenidas á media voz, y un silencio hostil y penoso pareció gravitar sobre todos aquellos hombres.

Jaime se apoyó en una pilastra del porche, alta la frente, arrogante el ademán, destacando su figura sobre el fondo del horizonte, como si adivinase los ojos que en la obscuridad estaban fijos en él.

Sentía cierta emoción, pero no era de miedo. Casi llegó á olvidar á los enemigos que le rodeaban. Pensaba con inquietud en Margalida. Experimentó el escalofrío del enamorado cuando adivina la proximidad de la mujer amada y duda de la suerte, temiendo y deseando al mismo tiempo su aparición. Ciertos recuerdos del pasado volvieron á él, haciéndole sonreir. ¿Qué diría miss Mary, si le viese rodeado de aquella gente rústica, tembloroso y vacilante al pensar en la proximidad de una muchacha campesina?... ¡Cómo reirían de él sus antiguas amigas de Madrid y París al encontrarle en esta traza de campesino, dispuesto á matar por la conquista de una mujer casi igual á sus criadas!...

Se abrió la puerta de la alquería, que estaba entornada, marcándose en su rectángulo de rojiza luz la silueta de Pèp.

—*¡Avant els hòmens!*—dijo como un patriarca que comprende los anhelos de la juventud y ríe bondadosamente de ellos.

Y los hombres entraron uno tras otro saludando

al *siñó* Pèp y los suyos, ocupando los bancos y sillas de la cocina como niños que llegan á la escuela.

El payés de *Can Mallorquí,* al reconocer al señor, hizo un gesto de asombro. ¡Allí él, esperando con los otros, como un simple pretendiente, sin atreverse á entrar en esta casa, que era suya!... Febrer contestó con un encogimiento de hombros. Quería hacer lo mismo que los demás. Se imaginaba que de este modo le sería más fácil conseguir sus deseos. Nada que recordase su antigua condición de amigo respetable y de señor: cortejante nada más.

Pèp le hizo sentar á su lado. Pretendió distraerlo con su conversación, pero él no apartaba los ojos de *Flor de almendro,* que fiel al ritual de los *festeigs,* estaba en una silla, en el centro de la pieza, acogiendo con gestos de reina tímida la admiración de sus cortejantes.

Fueron uno tras otro sentándose todos al lado de Margalida, que respondía en voz queda á sus palabras. Fingía no ver á don Jaime; casi le volvía la espalda. Los pretendientes que aguardaban su vez estaban taciturnos, sin la alegre charla con que entretenían la espera en otras noches. Parecía que algo fúnebre pesaba sobre ellos, obligándolos á permanecer en silencio, con la vista baja y los labios apretados, como si en la habitación inmediata hubiese un muerto. Era la presencia del extraño, del intruso, ajeno á su clase y sus costumbres. ¡Maldito mallorquín!...

Cuando hubieron pasado todos los mozos por la silla inmediata á Margalida, el señor se levantó. Era el último que se había presentado como cortejante, y en buena ley le llegaba el turno. Pèp, que le hablaba sin cesar para distraerlo, quedóse de pronto con la boca abierta al ver cómo se alejaba sin oirle más.

Sentóse al lado de Margalida, que parecía no verlo, humillada la cabeza y fijos los ojos en las rodillas. Todos los *atlòts* quedaron en silencio para que en el ambiente tranquilo sonasen las más leves palabras del forastero, pero Pèp, adivinando esta intención, comenzó á hablar fuerte con su mujer y su hijo sobre trabajos que habian de realizar al día siguiente.

—¡Margalida! *¡Flor de almendro!...*

La voz de Febrer sonó como un susurro acariciando una de las orejas de la muchacha. Allí le tenía para convencerla de que era amor, verdadero amor, lo que consideraba ella un capricho. Febrer no sabía aún ciertamente cómo había sido esto. Sentía un malestar en su soledad, un anhelo vago de cosas mejores, que tal vez estaban á su alcance, pero que él en su ceguera no podía reconocer, hasta que de pronto había visto claro dónde estaba la dicha... Y la dicha era ella. ¡Margalida! *¡Flor de almendro!* Él no tenía juventud, él era pobre; ¡pero la amaba tanto!... Una palabra nada más, algo que disipase la incertidumbre en que vivía.

Y ella, al sentir más próxima la boca de Febrer, al percibir más ardoroso su aliento, movió levemente la cabeza. «No; no. ¡Váyase!... Tengo miedo.» Sus ojos se elevaban para mirar rápidamente á todos aquellos jóvenes morenos, de gesto trágico, que parecían quemarlos á los dos con sus pupilas de brasa.

¡Miedo!... Esta palabra bastó para que Febrer saliese de su encogimiento suplicante y mirara con soberbia á los rivales sentados ante él. ¿Miedo, á quién?... Sentíase capaz de pelear con todos estos rústicos y sus innumerables parientes. ¡Miedo no, Margalida! Ni por él ni por ella debía temer. Lo que Jaime la suplicaba era que contestase á su pregunta. ¿Podía esperar? ¿Qué pensaba responderle?...

Pero Margalida permanecía silenciosa, descoloridos los labios, pálidas las mejillas con una blancura lívida, moviendo los párpados para esconder tras el enrejado de las pestañas la humedad lacrimosa de los ojos. Iba á llorar. Adivinábanse sus esfuerzos para contener el llanto: respiraba con cierta angustia. Sus lágrimas, surgiendo de pronto en este ambiente hostil, podían ser una señal de combate: iban á producir la explosión de todas las cóleras contenidas que adivinaba en torno de ella. No... ¡no! Y este esfuerzo de la voluntad sólo servía para hacer mayor su angustia, obligándola á humillar el rostro como las bestias dulces y tímidas que creen salvarse del peligro ocultando la cabeza.

La madre, que trenzaba cestos en un rincón, sintióse alarmada en sus instintos de mujer. Su alma simple se dió cuenta del estado de Margalida. El payés, viendo la inquietud de aquellos ojos de animal triste y resignado, intervino oportunamente.

«Las nueve y media...» Hubo un movimiento de sorpresa y protesta en el grupo de los *atlòts*. Aun era pronto, faltaban muchos minutos para la hora: lo tratado era ley. Pero Pèp, con su testarudez de campesino, se hacía el sordo, repitiendo las mismas palabras mientras se ponía de pie é iba hacia la puerta, abriéndola completamente. «Las nueve y media.» Cada uno era amo en su casa, y él hacía en la suya lo que creía mejor. Debía levantarse temprano al día siguiente. «*¡Bòna nit!...*»

Y fué saludando á todos los cortejantes conforme salían de la casa. Al pasar ante él Jáime, sombrío y despechado, intentó retenerlo por un brazo. Debía esperar: él le acompañaría hasta la torre. Miraba con inquietud al *Ferrer*, que se había quedado detrás de él, retardando voluntariamente su salida de la casa.

Pero el señor no le contestó, librándose de su brazo con rudo movimiento. ¡Compañías á él!... Sentíase furioso por el silencio de Margalida, que consideraba un fracaso; por la actitud hostil de los mozos; por el modo extraño con que se había dado fin á la velada.

Los *atlòts* dispersáronse en la sombra, sin gritos, relinchos ni canciones, como si volvieran de un entierro. Algo trágico parecía flotar en las tinieblas de la noche.

Febrer siguió su camino sin volver la vista, deseoso de percibir que alguien venía tras sus pasos, tomando por misterioso arrastre de perseguidores los leves crujidos del ramaje de los tamariscos bajo la brisa nocturna.

Al llegar al pie de la colina, donde los matorrales eran más espesos, se volvió, quedando inmóvil. Su silueta destacábase sobre la blancura del sendero á la luz vagorosa de las estrellas. Tenía el revólver en la diestra, apretando nerviosamente la culata, acariciando el gatillo con un dedo febril, ansioso de disparar. ¡Ay! ¿no le seguiría alguien? ¿no aparecería el *vèrro* ó cualquiera de los otros enemigos?...

Transcurrió el tiempo sin que nadie se presentase. En torno de él la vegetación silvestre, agrandada por la sombra y el misterio, parecía reir irónicamente de su cólera, con largos murmullos. Al fin la fresca serenidad de la Naturaleza soñolienta pareció penetrar en él. Acabó encogiéndose de hombros con gesto de desprecio, y llevando el revólver por delante, continuó su camino hasta encerrarse en la torre.

El día siguiente lo pasó por entero en el mar, con el tío Ventolera. De vuelta á su vivienda encontró fría sobre la mesa la cena que le había

traído el *Capellanet*. Unas cruces y el propio nombre de Febrer grabados en el muro á punta de acero, le revelaron la visita del *atlòt*. El seminarista no podía permanecer quieto teniendo el cuchillo al alcance de su mano.

Al otro día apareció en la torre el muchacho de *Can Mallorquí* con aire misterioso. Tenía que contar á don Jaime cosas importantes. La tarde anterior, correteando en persecución de cierto pájaro por el pinar inmediato á la forja del *Ferrer,* había visto de lejos, bajo el cobertizo de la herrería, al *vèrro* hablando con el *Cantó*.

—¿Y qué más?—preguntó Febrer extrañándose de que el muchacho callase.

Nada más. ¿Le parecía poco? El *Cantó* no era aficionado á las alturas, cuyas cuestas le hacían toser. Siempre andaba por los valles, sentándose bajo los almendros y las higueras para inventar sus trovos. Si había subido hasta la herrería, era indudablemente porque el *Ferrer* le habría llamado. Hablaban los dos con gran animación. El *vèrro* parecía darle consejos, y el pobrecillo le escuchaba con gestos afirmativos.

—¿Y qué?—volvió á preguntar Febrer.

El *Capellanet* pareció compadecerse de la simpleza del señor. ¡Mucho ojo, don Jaime! Él no conocía á los de la isla. Esta conversación en la fragua le inspiraba cuidado. Estaban en sábado: aquella noche era de *festeig*. De seguro que preparaban algo contra el señor, si se presentaba en *Can Mallorquí*.

Febrer acogió estas palabras con un gesto de desprecio. Bajaría á pesar de todo... ¡Si creían que le inspiraban miedo! Lo que él lamentaba era que tardasen tanto en atacarle.

Pasó en belicosa nerviosidad todo el resto del día, deseando que llegara pronto el anochecer. Evitaba en sus paseos acercarse á *Can Mallorquí:* contemplábalo de lejos, con la esperanza de ver unos instantes la gentil figura de Margalida empequeñecida bajo el porche. No por esto osaba aproximarse, como si una irresistible timidez le cerrara el camino de la finca mientras brillaba el sol. Desde que era pretendiente, no podía presentarse como amigo. Su llegada podía resultar embarazosa para la familia de Pèp: temía que la muchacha se ocultase al verlo.

Apenas se extinguió la luz diurna y comenzaron á brillar las estrellas en un cielo claro de invierno, con la agudeza de puntas de hielo, Febrer descendió de la torre.

Durante el breve camino á la alquería volvieron á renacer en su memoria los recuerdos del pasado, con una precisión irónica, lo mismo que en la anterior noche de cortejo.

—¡Si me viese miss Mary!—pensó—; tal vez me compararía á un Sigfrido rústico yendo á matar el dragón que guarda el tesoro de Ibiza... ¡Si me viesen ciertas mujeres que he conocido, y que todo lo encontraban ridículo!...

Pero su amor se sobrepuso inmediatamente á

estos recuerdos. ¡Si le viesen! ¿y qué?... Margalida valia más que todas las hembras que él había conocido: era la primera, la única. Todo lo anterior en su historia parecíale falso, artificial, como la vida que se muestra en los escenarios, pintada y cubierta de oropeles bajo una luz engañosa. Nunca había de volver á ese mundo de ficción. La realidad era lo presente.

Al llegar al porche encontró reunidos á todos los cortejantes, que parecían discutir con voz ahogada. Al verle callaron instantáneamente.

—*¡Bòna nit!*

Nadie contestó. Ni siquiera le acogieron con el gruñido de la otra noche.

Cuando Pèp, abriendo la puerta, les dió entrada en la cocina, Febrer vió que el *Cantó* llevaba el tamborcillo pendiente de un brazo y en la diestra la baqueta con que golpeaba el parche.

Era noche de música. Unos *atlòts* sonreían al ocupar sus puestos con expresión maligna, como regocijándose por adelantado de algo extraordinario. Otros, más serios, mostraban en su gesto el noble disgusto de los que temen presenciar una mala acción inevitable. El *Ferrer* permanecía impasible, en uno de los rincones más apartados, buscando empequeñecerse, pasar inadvertido entre los camaradas.

Hablaron con Margalida unos cuantos *atlòts,* pero de pronto, viendo la silla desocupada, el *Cantó* avanzó para sentarse en ella, sujetando el

tambor entre la rodilla y un codo y apoyando la frente en su mano izquierda. La baqueta golpeó lentamente el parche, mientras sonaba un largo siseo reclamando silencio. Era un trovo nuevo: todos los sábados traía versos el *Cantó* en honor de la *atlòta* de la alquería. El encanto de la música bárbara y monótona, admirada desde la niñez, obligó á callar á todos. La santa emoción de la poesía hacía estremecerse por adelantado á estas almas simples.

El pobre tísico rompió á cantar, acompañando cada verso con un cloqueo final que estremecía su pecho y arrebolaba sus mejillas. Pero el *Cantó* parecía esta noche con más fuerzas que nunca: sus ojos tenían un brillo extraordinario.

Á los primeros versos, una carcajada general resonó en la cocina, celebrando la gracia irónica del rústico poeta.

Febrer no entendía gran cosa. Cuando escuchaba esta música monótona y relinchante, que parecía recordar los primeros cantos de los marineros semitas esparcidos por el Mediterráneo, recogíase en sus pensamientos para hacer corta la espera y sufrir menos con la extraordinaria longitud del romance.

La carcajada de los *atlòts* atrajo su atención, como algo que adivinaba confusamente hostil para su persona. ¿Qué decía aquel cordero rabioso?... La voz del cantor, su pronunciación campesina y los continuos cloqueos con que cortaba los

versos, eran poco inteligibles para Jaime: pero poco á poco fué dándose cuenta de que el romance iba dirigido á las *atlòtas* que desean abandonar el campo, casándose con caballeros, ansiosas de lucir los mismos adornos que las señoras de la ciudad. Las modas femeninas describíalas el cantor en términos extravagantes, que hacían reir á los payeses.

El simple Pèp reía también de estas burlas, que halagaban á la vez su orgullo de campesino y su soberbia de varón inclinada á no ver en la hembra más que una compañera de fatigas. «¡Verdad! ¡verdad!» Y unía su carcajada á la de los muchachos. ¡Qué *Cantó* tan gracioso!...

Pero á los pocos versos ya no habló el improvisador de las *atlòtas* en general, sino de una sola, ambiciosa y sin corazón. Febrer miró instintivamente á Margalida, que permanecía inmóvil, con los ojos bajos, pálidas las mejillas, como asustada, no de lo que escuchaba, sino de lo que indudablemente vendría después.

Jaime comenzó á revolverse en su asiento. ¡Molestarla así, en su presencia, aquel rústico!... Una carcajada más fuerte, más insolente, de aquellos jóvenes, atrajo de nuevo su atención hacia los versos. El cantor se burlaba de la *atlòta*, que para ser señora quería casarse con un pobre arruinado, sin casa y sin familia; un forastero que no tenía tierras que cultivar...

El efecto de estos versos fué instantáneo. Pèp,

en la densidad de su pensamiento espeso, vió algo como una chispa de fuego, una luminosa adivinación, y extendió las manos imperativamente, al mismo tiempo que se incorporaba.

—*¡Pròu!... ¡pròu!*

Pero era ya inútil gritar «¡bastante!» Un bulto se interpuso entre él y la luz del candil; el cuerpo de Febrer, que se había erguido de un salto.

Con sólo un tirón arrancó el tamborcillo de las rodillas del cantor, arrojándolo inmediatamente contra su cabeza, con tal ímpetu, que se rompieron los parches, quedando la caja como un gorro torcido sobre la frente ensangrentada.

Saltaron los *atlòts* de sus asientos, sin saber ciertamente lo que hacían, pero llevándose todos las manos á la faja. Margalida, gimiendo, se refugió al lado de su madre y el *Capellanet* creyó llegado el momento de sacar su cuchillo. El padre, con la autoridad de los años, se impuso á todos.

—*¡Fòra! ¡fòra!*

Todos obedecieron, saliendo fuera de la alquería, en pleno campo. Febrer también salió, á pesar de la resistencia de Pèp.

Los *atlòts* parecían divididos, discutiendo acaloradamente. Unos protestaban. ¡Pegarle al pobre *Cantó,* un infeliz enfermo que no podía defenderse!... Otros movían la cabeza. Ya se esperaban aquello: no se podía insultar impunemente á un hombre sin que ocurriera algo. Ellos se habían opuesto á la canción: eran partidarios de que los

hombres, cuando tienen que decirse algo, se lo digan cara á cara.

Casi iban á reñir con la furia de sus opiniones encontradas y de su rivalidad amorosa, cuando el *Cantó* distrajo su atención. Se había librado del tamboril incrustado en su cabeza: se limpiaba la sangre de la frente: lloraba con la rabia del débil furioso que se considera capaz de las mayores venganzas á la vez que se siente esclavo de su impotencia.

—¡Á mí! ¡á mí!—gemía asombrado de este ataque.

De pronto se agachó buscando piedras en la obscuridad, y comenzó á arrojarlas contra Febrer, alejándose á cada pedrada algunos pasos, como para defenderse de una nueva agresión. Los guijarros, despedidos por sus débiles brazos, fueron á perderse en la sombra ó rebotaron contra el porche.

Luego ya no silbaron más piedras. Algunos amigos del *Cantó* se lo llevaban en la obscuridad. Oyéronse sus gritos á lo lejos: profería amenazas, juraba vengarse... ¡Mataría al forastero! ¡Él solo acabaría con el mallorquín!...

Éste permaneció inmóvil, con una mano en la faja, entre aquellos enemigos. Sentíase avergonzado de su arrebato. ¡Pegarle al pobre tísico!... Para sofocar sus remordimientos, profirió en voz baja soberbios retos. ¡Otro deseaba él que hubiese cantado!... Y sus ojos buscaban al *Ferrer,* como

desafiándolo: pero el temible *vèrro* había desaparecido.

Cuando Febrer, media hora después, apaciguado ya el tumulto, volvió á su torre, detúvose varias veces en el camino con el revólver en la mano, como si esperara á alguien.

¡Nadie!

II

A la mañana siguiente, apenas salido el sol, corrió el *Capellanet* en busca de don Jaime, revelando en su gesto al entrar en la torre la importancia de las noticias de que era portador.

En *Can Mallorquí* habían pasado todos mala noche. Margalida lloraba: la madre se había lamentado de lo ocurrido. ¡Señor: qué pensarían de ellos las gentes del *cuartón* al saber que en su casa se pegaban los hombres como en la taberna! ¡Qué dirían las *atlòtas* de su hija!... Pero á Margalida la inspiraba poco cuidado la opinión de sus amigas. Otra cosa parecía preocuparla: algo que no acertaba á decir, pero que la hacía verter lágrima tras lágrima. El señor Pèp, luego de cerrar la puerta de la casa, se había paseado más de una hora por la cocina mascullando palabras y cerrando los puños. «¡Aquel don Jaime!... ¡Empeñarse en conseguir lo que era imposible!... ¡Testarudo como todos los suyos!...»

El *Capellanet* tampoco había dormido, sintiendo nacer en su pensamiento de pequeño salvaje,

astuto y receloso, una sospecha que poco á poco tomó la realidad de una certidumbre.

Al entrar en la torre comunicó inmediatamente sus pensamientos á don Jaime. ¿Quién creía él que era el autor de la canción injuriosa? ¿El *Cantó?*... Pues no señor: era el *Ferrer*. Los versos los había inventado el otro, pero la intención era del malicioso *vèrro*. Éste le había sugerido la idea de que insultase á don Jaime en pleno cortejo, contando con la seguridad de que no dejaría pasar el agravio. Ya veía claro el muchacho el por qué de las entrevistas entre los dos cortejantes que había sorprendido en el monte.

Febrer acogió con un gesto de indiferencia esta noticia, á la que el *Capellanet* daba gran importancia. ¿Y qué?... Al cantor insolente ya lo había castigado, y en cuanto al *vèrro*, había huído de sus retos á la puerta de la alquería. Era un cobarde.

Pepet movió la cabeza con incredulidad. ¡Ojo, don Jaime! Él ignoraba las costumbres de los valientes de la tierra, las astucias de que se valían para asegurarse la impunidad en sus venganzas. Debía permanecer en guardia, ahora más que nunca. El *Ferrer* sabía lo que era el presidio, y no deseaba volver á su encierro. Lo que acababa de hacer, lo habían hecho otros *vèrros* antes que él.

Se impacientó Jaime ante el aire misterioso y las palabras confusas del muchacho.

—¡Para qué tapujos!... ¡Habla!

El *Capellanet* expuso al fin sus sospechas. Ya

podía el herrero hacer lo que quisiera contra don Jaime: podía esperarle emboscado en los tamariscos al pie de la torre y matarlo de un tiro. Las sospechas se dirigirían inmediatamente contra el *Cantó*, recordando la cuestión ocurrida en la alquería y sus palabras de venganza. Con esto y con prepararse el *vèrro* una coartada trasladándose á todo correr por los atajos á algún punto lejano donde todos le viesen, le sería fácil cumplir su venganza impunemente.

—¡Ah!—exclamó Febrer poniéndose hosco, como si comprendiera de pronto toda la importancia de estas palabras.

El muchacho, satisfecho de su superioridad, continuó dando consejos. Don Jaime debía vivir con menos descuido, cerrar la puerta de la torre, no hacer caso apenas llegase la noche de los gritos de fuera. Seguramente el *vèrro* pretendería inducirle á salir á la obscuridad con gritos de reto, con *auquidos* de desafío.

—Aunque le *aúquen* durante la noche, usted quieto, don Jaime. Yo conozco eso—continuó el *Capellanet* con la importancia de un *vèrro* endurecido—. Le gritará desde fuera, oculto en la maleza, con el arma preparada, y si sale, antes de que pueda verle le matará de un pistoletazo. Usted quieto en la torre.

Estos consejos eran para la noche. De día, el señor podía salir sin miedo. Allí estaba él para acompañarlo á todas partes. Se erguía con bélica

vanidad, llevándose una mano á la faja para cerciorarse de que el cuchillo no había desaparecido, pero su decepción era inmediata al ver el gesto de burlona gratitud de Febrer.

—Ría usted, don Jaime: búrlese de mí, pero yo para algo puedo servir... Vea usted cómo le aviso el peligro. Hay que vivir en guardia. El *Ferrer* con alguna mala idea ha preparado lo de la canción.

Y miraba en torno de él como un caudillo que se prepara para un largo sitio. Sus ojos encontraban la escopeta colgando del muro, entre los adornos de conchas. Muy bien: debía cargar con bala los dos cañones, y encima un buen puñado de postas ó perdigón grueso. Esto nunca está de más. Así lo hacía su glorioso abuelo. Después fruncía el entrecejo al ver el revólver abandonado sobre la mesa. ¡Muy mal! Las armas cortas son para llevarlas encima á todas horas. Él dormía con el cuchillo sobre la panza. ¿Y si entraban de pronto, no dejándole tiempo para coger el arma?...

La torre, que había presenciado en otros siglos ejecuciones y combates de piratas, cascarón de piedra de trágico vacío disimulado por la nítida enjalbegadura de los muros, atraía luego la atención del muchacho.

Iba hasta la puerta con cierta precaución, como si un enemigo le aguardase al pie de la escalera, y ocultando el cuerpo en el borde del muro, avanzaba sólo un ojo y parte de la frente. Luego movía la cabeza con desaliento. Al asomarse de noche,

aunque fuera con estas precauciones, el enemigo, emboscado abajo, podía verlo, apuntándole con toda comodidad, apoyando los brazos en una rama ó en una piedra, sin miedo á perder el tiro. Peor era aún echar el cuerpo más allá de la puerta y pretender bajar. Por obscura que fuese la noche, el enemigo podía escoger un punto de mira, una mancha del follaje, una estrella del horizonte, algo saliente en la obscuridad que se destacase junto á la escalera. Y al pasar el bulto negro del que bajaba, ocultando momentáneamente el objeto apuntado... ¡fuego y pieza segura! Eran enseñanzas oídas á graves varones que habían pasado meses enteros tras un ribazo ó un tronco, con la culata junto á la mejilla y el ojo en el extremo del cañón, desde la puesta del sol hasta la aurora, aguardando á un antiguo amigo.

No; al *Capellanet* no le gustaba esta puerta con su escalera al aire libre. Había que buscar otra salida, y sus ojos fueron á la ventana, que abrió, asomándose á ella.

Con una agilidad simiesca, riendo de su descubrimiento, saltó sobre el alféizar y desapareció, buscando con pies y manos las desigualdades de la mampostería, los alvéolos profundos como peldaños que habían dejado los pedruscos al rodar sueltos de la argamasa. Febrer se asomó á la ventana inmediatamente, y le vió al pie de la torre recogiendo el sombrero que se le había caído, agitándolo en alto con expresión triunfante. Corrió

luego el muchacho en torno de la base de la torre, y sus pasos resonaron poco después con bullicioso trote en los peldaños de madera, cerca de la puerta.

—¡Si es lo más fácil!—gritó al entrar en la pieza, rojo de emoción por su descubrimiento—. ¡Si es una escalera de señores!...

Y comprendiendo la importancia de su descubrimiento, puso un gesto grave de misterio. Esto quedaba entre los dos: ni una palabra á nadie. Era una salida preciosa, cuyo secreto había que guardar.

El *Capellanet* envidiaba á don Jaime. ¡No tener él un enemigo que viniera á *aucarlo* en la torre durante la noche!... Mientras el *Ferrer* aullase emboscado, con la vista fija en la escalera, él descendería por la ventana, á espaldas de la torre, y dando la vuelta silenciosamente, cazaría al cazador. ¡Qué golpe!... Reía con salvaje complacencia, como si en sus labios de rojo obscuro despertase temblona la ferocidad de los gloriosos abuelos, que habían considerado como el más noble de los ejercicios la caza del hombre.

Febrer pareció contagiarse de la alegría del muchacho. ¡Si él probase á bajar por la ventana!... Echó las piernas fuera del alféizar, y lentamente, entorpecido por su dura corpulencia, fué tanteando las desigualdades del muro con las puntas de los pies, hasta encontrar los agujeros que servían de peldaños. Descendió poco á poco, rodando bajo sus

plantas algunas piedras sueltas, hasta que al fin puso los pies en tierra con un suspiro de satisfacción. ¡Muy bien! El descenso era fácil: después de unos cuantos ensayos bajaría con tanta facilidad como el *Capellanet*. Éste, que le había seguido ágilmente, descolgándose casi sobre su cabeza, sonreía, como un maestro satisfecho de la lección, y tornaba á repetir sus consejos. ¡Que no los olvidase don Jaime! Apenas le *aucaran* desde fuera, debía echarse ventana abajo, pillando por la espalda al contrario.

Cuando á mediodía quedó solo Febrer, sintióse poseído de un deseo belicoso, de una acometividad que le hizo mirar durante largo rato el trozo de muro del que pendía la escopeta.

Al pie del promontorio, en la playa donde estaba varada la barca del tío Ventolera, sonó la voz de éste cantando la misa. Febrer se asomó á la puerta, llevándose las dos manos á la boca en forma de bocina para gritarle.

El marinero, con la ayuda de un muchacho, echaba su barca al agua. La vela, recogida, temblaba en lo alto del mástil. Jaime no aceptó la invitación: ¡muchas gracias, tío Ventolera! Este insistió con su vocecita, que llegaba á través del aire como el vagido lejano de una criatura. La tarde estaba buena: había cambiado el viento: en las cercanías del Vedrá iban á coger el pescado en abundancia. Febrer encogió los hombros. No, no, muchas gracias; tenía que hacer.

Apenas acabó de hablar, cuando el *Capellanet* se presentó por segunda vez en la torre, llevándole la comida. El muchacho parecía enfurruñado y triste. Su padre, colérico por la escena de la noche anterior, le había escogido como víctima, para desahogar su enfado. ¡Una injusticia, don Jaime! Acababa de gritar paseándose por la cocina, mientras las mujeres, con los ojos llorosos y el aire encogido, parecían huir de su mirada. Todo lo ocurrido lo atribuía á su blandura de carácter, á su bondad, pero iba á poner remedio inmediatamente. El noviazgo quedaba suspendido: ya no admitía cortejos ni visitas. ¡Y en cuanto al *Capellanet!*... Este mal hijo, desobediente y revoltoso, tenía la culpa de todo.

Pèp no sabía ciertamente cómo podía haber influído la presencia de su hijo en el escándalo de la nóche anterior, pero recordaba su resistencia á ser cura, su fuga del Seminario, y la memoria de estos disgustos despertaba su cólera, haciendo que la concentrase en el muchacho. Se acabaron los miramientos y bondades. El próximo lunes lo llevaría al Seminario. Si pensaba resistirse y huir otra vez, mejor sería para él embarcarse de grumete y olvidar que tenía padres, pues caso de volver á la alquería, Pèp era capaz de romperle las dos piernas con la tranca de la puerta. Y por puro desahogo, por ir habituando la mano y dar una muestra de su futura cólera, le largó unas cuantas bofetadas y puntapiés, cobrándose de esta forma el dis-

gusto sufrido tiempo antes al verle llegar fugitivo de Ibiza.

El *Capellanet,* encogido y paciente por la costumbre, se refugió en un rincón tras la defensa de zagalejos y faldas que oponía la llorosa madre á la furia de Pèp. Pero al verse ahora en la torre y recordar la ofensa, rechinaba los dientes, con los ojos en blanco, las mejillas lívidas y los puños cerrados.

¡Qué injusticia! ¿Así se pega á los hombres, sin motivo alguno, sólo por desahogar el malhumor?... ¡Á él, que llevaba un cuchillo en la faja y no le tenía miedo á nadie de la isla! ¡Todo porque era padre!... ¡Ay! Esto de la paternidad y del respeto filial eran para el *Capellanet* en aquellos momentos invenciones de cobardes, creadas únicamente para fastidiar y envilecer á los hombres de corazón. Y encima de los golpes, humillantes para su dignidad de bravo, la certeza del encierro en el Seminario; la negra sotana, semejante á las faldas de las mujeres, y el pelo rapado, perdiendo para siempre aquellos bucles que asomaban arrogantes bajo las alas del sombrero; la tonsura, que haría reir ó infundiría un frío respeto á las *atlòtas*, y ¡adiós bailes y noviazgos! ¡adiós cuchillo!...

Pronto dejaría de verle don Jaime. Antes de una semana iba á efectuarse el viaje á Ibiza. Otros le subirían la comida á la torre... Febrer tuvo un gesto de esperanza. ¡Tal vez Margalida, como en otros tiempos! Pero el *Capellanet*, á pesar de su

tristeza, sonrió maliciosamente. No, Margalida no: todos menos ella. ¡Bueno estaba el *siñó* Pèp para consentirlo! Cuando la pobre madre, para defender á su *atlòt,* había hablado tímidamente de lo necesario que era el muchacho en la casa para servir al señor, Pèp estalló en nuevas vociferaciones. Él mismo se encargaría de llevar todos los días á la torre la comida de don Jaime, y si no su mujer, y si no buscarían una *atlòta* que sirviese de criada á aquel señor, ya que se empeñaba en vivir cerca de ellos.

No dijo más el *Capellanet,* pero Febrer adivinó las palabras que el buen payés debía haber lanzado contra él, olvidando á impulsos de la cólera su antiguo respeto, enfurecido por la perturbación que acarreaba á la familia con su presencia.

El muchacho volvió á la alquería con su cesta, mascullando propósitos vengativos, jurándose no ir al Seminario, aunque ignoraba el medio de conseguirlo. Su resistencia tomaba aires de protección caballeresca. ¡Abandonar á su amigo don Jaime cuando le veía rodeado de peligros!... ¡Ir á encerrarse en aquel caserón de tristezas, entre señores con faldas negras que hablaban una lengua rara, ahora que en pleno campo, á la luz del sol ó en el misterio de las noches, iban á matarse los hombres!... ¡Ocurrir tan extraordinarios sucesos y no verlos él!...

Cuando Febrer quedó solo, descolgó la escopeta y estuvo largo rato junto á la puerta examinándola distraídamente. Su pensamiento iba lejos,

mucho más lejos de los extremos de los cañones, que parecían apuntar á la montaña... ¡Aquel herrero! ¡Aquel valentón insufrible!... Desde el primer día que le vió, algo se había removido en su interior, como si se pusiera de pie con irresistible impulso de antipatía. Á aquel fantasmón lúgubre nadie en la isla le pegaba más que él.

La sensación glacial del acero del arma en la palma de sus manos le volvió á la realidad. Estaba resuelto á salir de caza por la montaña. ¡Pero qué caza!... Extrajo los dos cartuchos de los cañones, cartuchos cargados con perdigón menudo para las bandas de pájaros que cruzaban la isla viniendo de África. Buscó en una bolsa otros cartuchos é introdujo dos en el doble cañón, guardándose los demás en los bolsillos. Eran con bala. ¡Caza mayor!...

Colgóse la escopeta de un hombro y bajó la escalera de la torre silbando, con paso arrogante, como si su resolución le llenase de alegría.

Al pasar cerca de *Can Mallorquí*, el perro salió á su encuentro con ladridos de regocijo. Nadie se asomó á la puerta como otras veces. Seguramente le habían visto, sin moverse, desde el fondo de la cocina. El perro saltó tras él un largo trecho, retrocediendo luego al verle tomar el camino de la montaña.

Febrer marchó con rápido paso entre las paredes de piedra seca que contenían los pendientes bancales, siguiendo los senderos pavimentados de

guijarros azules, que las lluvias de invierno convertían en encajonados barrancos. Luego dejó de ver tierras removidas y surcadas por el arado: el suelo compacto cubríase de bravía y espinosa vegetación. Á los árboles frutales, el alto almendro y la chaparra higuera de amplia copa, sucedían las sabinas y los pinos retorcidos por los vientos de la costa. Al detenerse Febrer un momento y mirar atrás, vió á sus pies á *Can Mallorquí* como unos dados blancos escapados de un cubilete de roca vecino al mar. En su cúspide erguíase como un agarrador la torre del Pirata. Su ascensión había sido veloz, casi á todo correr de sus piernas, como si temiera llegar tarde á un lugar de cita que no conocía con certeza. Inmediatamente reanudó la marcha. Dos palomas silvestres salieron de la maleza con el sonoro plumeo de un abanico que se abre, pero el cazador pareció no verlas. Unos bultos humanos, negros y agachados en los matorrales, le hicieron llevar la diestra á la culata de la escopeta para descolgarla del hombro. Eran carboneros que apilaban leña. Al pasar Febrer junto á ellos le miraron con ojos fijos, en los que creyó notar algo extraordinario, mezcla de asombro y curiosidad.

—*¡Bònas tardes tenguin!*

Los hombres negros apenas contestaron, pero le siguieron largo rato con sus ojos, que brillaban con una transparencia de agua sobre los rostros tiznados. Seguramente los solitarios del monte te-

nian ya noticia de lo ocurrido la noche anterior en *Can Mallorquí* y se asombraban al ver al señor de la torre marchar solo, como si desafiara á los enemigos creyéndose invulnerable.

Ya no encontró más gente en su camino. De pronto, sobre los rumores de la seca arboleda acariciada por el viento, oyó un tintineo lejano de hierro batido. Por entre el ramaje elevábase una ligera columna de humo. La fragua del *Ferrer*.

Jaime, con la escopeta algo caída de su hombro, como si el arma fuera á descolgarse por sí sola, desembocó en un claro del bosque que formaba ancha plazoleta ante la fragua. Era ésta una casucha de un solo piso, construída con adobes, negra de humo y cubierta por un techo giboso, que en algunos de sus puntos se abombaba como si fuera á desplomarse. Bajo un cobertizo brillaba el ojo inflamado de una fogata, y junto á ella, el *Ferrer,* de pie ante el yunque, golpeaba con el martillo una barra de hierro enrojecido, que parecía el cañón de una carabina.

Febrer no quedó descontento de su teatral entrada en la plazoleta. El *vèrro* levantó la vista al oir ruido de pasos en el intervalo de dos de sus golpes, y quedó inmóvil con el martillo en alto al reconocer al señor de la torre. Pero sus ojos fríos eran incapaces de transparentar ninguna impresión.

Avanzó Jaime ante la fragua con la mirada fija en el herrero, una mirada de reto que el otro pare-

ció no entender. Ni una palabra, ni un saludo. El señor pasó adelante, pero al salir de la plazoleta se detuvo junto á uno de los primeros árboles y acabó por sentarse en sus salientes raíces, guardando la escopeta entre las piernas.

Un orgullo bravucón de viril soberbia invadía el alma de Febrer. Estaba satisfecho de su arrogancia. Bien podía ver aquel matón que venía á buscarlo en la soledad del monte, en su propia casa: bien podía convencerse de que no le tenía miedo.

Y para demostrar mejor su serenidad, sacó la petaca de la faja y se puso á liar un cigarro.

El martillo había vuelto á reanudar su tintineo sobre el metal. Jaime, desde su asiento, veía al *Ferrer* vuelto de espaldas á él, con descuidada confianza, como si ignorara su presencia y sólo le preocupase el examen de su trabajo. Esta calma desconcertó un poco á Febrer. ¡Vive Dios! ¿No había adivinado sus intenciones?... Le exasperaba la frialdad del herrero, pero al mismo tiempo infundíale un vago agradecimiento el hecho de permanecer de espaldas á él, tranquilamente, con la confianza de que el señor de la torre era incapaz de aprovecharse de esta situación para dispararle un escopetazo traidor.

Cesó de sonar el martillo. Cuando Febrer miró otra vez hacia el cobertizo, ya no vió al herrero. Esta ausencia le hizo requerir la escopeta, acariciando sus llaves. Indudablemente iba á salir

con un arma, cansado de sufrir esta provocación muda que venía á buscarlo en su propia casa. Tal vez iba á disparar por alguno de los ventanucos que daban luz á la negra vivienda. Debía precaverse contra una asechanza del antiguo presidiario, y se puso de pie, procurando disimular su cuerpo tras el tronco del árbol, no dejando visible más que un ojo.

Alguien se movió en el interior de la puerta de la casucha: algo negro asomó indeciso á ras de tierra. Iba á salir el enemigo; ¡atención!... Empuñó la escopeta para hacer fuego apenas apareciese el extremo del arma enemiga; pero quedó inmóvil y confuso al ver que era una falda negra remataba por unos pies desnudos dentro de viejas alpargatas, y sobre ella un busto mísero, encorvado y huesudo, una cabeza cobriza y arrugada, con solo un ojo, y ralos cabellos grises que dejaban brillar entre sus mechas el barniz de la calvicie.

Febrer reconoció á la vieja. Era la tía del herrero, la tuerta de que le había hablado el *Capellanet,* la única compañera del *Ferrer* en su bravía soledad. La mujer se plantó en el cobertizo con los brazos en jarras, echando adelante el flácido vientre abultado por los zagalejos, fijando su pupila única, inflamada por la cólera, en aquel intruso que venía á provocar á un hombre de bien en medio de su trabajo. Miraba á Jaime con la fiera acometividad de la mujer que, segura del respeto que infunde su sexo, es más audaz é impetuosa que el

hombre. Mascullaba amenazas é insultos que el señor no podía oir, furiosa de que alguien se atreviera contra su sobrino, amado cachorro en el que había puesto su esterilidad todos los ardores de una madre fracasada.

Jaime se dió cuenta repentinamente de lo odioso de su acto. ¡Un hombre como él venir á provocar en pleno día á otro, en su propia casa! La vieja tenía razón para insultarle. El matón no era el *Ferrer:* era él, el señor de la torre, el descendiente de tantos varones ilustres, orgulloso de su origen.

La vergüenza le hizo tímido, sumiéndolo en torpe confusión. No sabía cómo irse, ni por dónde escapar. Al fin se echó la escopeta al hombro y con la vista en alto, como si persiguiese á un pájaro que saltaba de rama en rama, emprendió la marcha por entre los árboles y la maleza, evitando pasar otra vez ante la fragua.

Anduvo ahora cuesta abajo, camino del valle, huyendo de aquella montaña á la que le había arrastrado un impulso homicida, avergonzado de sus anteriores deseos. Volvió á encontrar á los hombres negros que hacían carbón.

—*¡Bònas tardes tenguin!*

Contestaron á su saludo, pero en sus ojos de extraordinaria blancura sobre el rostro tiznado, creyó notar Febrer algo de burla hostil, de repulsiva extrañeza, como si fuese él de otra casta, como si hubiera cometido un acto inaudito que le

colocaba fuera para siempre de la comunidad humana de la isla.

Los pinos y sabinas quedaron atrás en la falda del monte. Caminaba ahora entre bancales de tierra arada. En unos campos vió payeses que trabajaban; en un ribazo encontró varias *atlòtas* que recogían hierbas, encorvándose sobre el suelo: en un camino se cruzó con tres viejos que marchaban lentamente al lado de sus borricos.

Febrer, con la humildad del que se siente arrepentido de una mala acción, saludaba á todos dulcemente.

—*¡Bònas tardes tenguin!*

Los labriegos que trabajaban el campo le respondieron con un gruñido sordo; las muchachas torcieron la cara con un gesto de contrariedad para no verle; los tres viejos contestaron al saludo tristemente, mirándole con sus ojillos escrutadores, como si encontraran en su persona algo extraordinario.

Bajo una higuera, negro parasol de ramajes enroscados, vió á unos payeses ocupados en escuchar á alguien que estaba en el centro del corro. Al aproximarse Febrer hubo un movimiento en el grupo. Un hombre surgió de él con rabioso impulso, y los otros le detuvieron, cogiéndolo de los brazos, pugnando por contenerle. Jaime lo reconoció por el lienzo blanco anudado bajo su sombrero. Era el cantor. Los fuertes payeses sujetaban fácilmente con sólo una mano al enfermizo muchacho,

pero éste, incapaz de moverse, desahogaba su rabia tendiendo un puño hacia el camino, mientras las amenazas é insultos salían á borbotones de su boca. Estaba, sin duda, contando á los amigos lo ocurrido en la noche anterior cuando apareció Febrer. Adivinaba éste en las voces chillonas las amenazas del *Cantó*. Eran las mismas que había proferido en *Can Mallorquí*. Juraba matarle: prometía ir de noche á la torre del Pirata para incendiarla y hacer pedazos á su dueño.

¡Bah! Jaime levantó los hombros con ademán de desprecio y siguió adelante, pero triste, desesperado por el ambiente de repulsión y hostilidad, cada vez más sensible en torno de él. ¿Qué había hecho? ¿En dónde se había metido? ¡Pegar á uno de la isla! ¡Él, un forastero... y además mallorquín!...

En su tristeza, creyó que la isla entera, con todas sus cosas inanimadas, asociábase á esta protesta mortal de las gentes. Al pasar él, las alquerías parecían despoblarse; sus habitantes ocultábanse para no saludarlo; los perros salían al camino ladrando sañudamente, como si no le hubiesen visto nunca.

Las montañas parecían más austeras y ceñudas en sus cumbres de pelada roca; los bosques más obscuros, más negros; los árboles de los valles, más pelados y escuetos; las piedras del camino rodaban bajo sus pies como si huyesen de su contacto; el cielo tenía algo de repelente; hasta el aire de la isla acabaría por huir de su boca. Febrer, en

su desesperación, se veía solo. Todos contra él: únicamente le quedaba Pèp con su familia, pero éstos acabarían alejándose igualmente, á impulsos de la necesidad de vivir bien con los vecinos.

El forastero no intentaba rebelarse contra su suerte. Sentíase arrepentido, avergonzado de la acometividad de la noche anterior y de la reciente excursión á la montaña. Para él no había sitio en la isla. Era un forastero, un extraño que perturbaba con su presencia la vida tradicional de aquellas gentes. Le había recibido Pèp con un respeto de antiguo siervo, y pagaba esta hospitalidad perturbando su casa y la paz de su familia. Le habían acogido las gentes con una cortesía algo glacial, pero tranquila é inmutable, como á un gran señor forastero, y él correspondía á este respeto golpeando al más infeliz de todos ellos, al que por su debilidad era considerado con cierta benevolencia paternal por todos los payeses del distrito. ¡Muy bien, mayorazgo de Febrer! Desde hacía algún tiempo que andaba como loco, sin discurrir otra cosa que disparates. Y todo, ¿por qué?... Por un amor absurdo á una muchacha que podía ser su hija; por un capricho casi senil, pues él, á pesar de su relativa juventud, veíase viejo, triste y miserable, ante Margalida y los rústicos *atlòts* que se agitaban en torno de su belleza. ¡Ay, el ambiente! ¡El maldito ambiente!

En sus tiempos de prosperidad, cuando él habitaba el palacio de Palma, de ser Margalida una

criada de su madre, sólo habría sentido por ella indudablemente el apetito que inspira la frescura de la juventud, sin nada que se pareciese al amor. Otras mujeres le dominaban entonces con la seducción de sus artificios y refinamientos. Pero aquí, en plena soledad, con el más imperioso de los instintos irritado por la privación, viendo á Margalida rodeada de la morena y ruda belleza de sus compañeras, bella como una diosa blanca de las que inspiran religiosa veneración á los pueblos cobrizos, sentía él la demencia del deseo, y todos sus actos eran absurdos, cual si hubiera perdido para siempre la razón.

Había que huir: en la isla no quedaba sitio para él. Tal vez le engañaba su pesimismo al apreciar la importancia del afecto que le había empujado hacia Margalida. Tal vez no era deseo, sino amor, el primer amor verdadero de su vida: casi estaba seguro de ello. Pero aunque así fuese, había que olvidar y huir: huir cuanto antes.

¿Para qué seguir en esta tierra? ¿Qué esperanza le retenía?... Margalida, como si fuera superior á sus fuerzas la sorpresa experimentada al conocer su amor, huía de él, se ocultaba silenciosa, sólo sabía llorar, y las lágrimas no eran una respuesta. Su padre, por un resto de veneración tradicional, toleraba silencioso este capricho de gran señor, pero iba á estallar de un momento á otro contra el hombre que perturbaba su vida. La isla, que le había aceptado cortésmente, parecía alzarse

ahora contra el forastero venido de lejos para turbar su patriarcal aislamiento, su existencia concentrada, su orgullo de pueblo aparte, con la misma fiereza que se había alzado en otros siglos contra el normando, el árabe ó el berberisco desembarcados en sus costas.

Imposible resistir: huiría. Sus ojos acariciaban la enorme faja de mar tendida entre dos colinas, como si fuese un telón azul que ocultara un desgarrón de la tierra. Aquel pedazo de mar era el camino salvador, la esperanza, lo desconocido que nos abre sus brazos de misterio en los momentos más difíciles de la existencia. Tal vez volviera á Mallorca, para llevar una vida de mendigo respetable, al lado de los amigos que aun se acordaran de él: tal vez pasase á la Península y fuera á Madrid en busca de un empleo; tal vez se embarcase para América. Todo era preferible á seguir allí. No sentía miedo; no le intimidaba la hostilidad de la isla y de sus habitantes: lo que sentía era remordimiento, vergüenza por las perturbaciones que había causado.

Instintivamente sus pies le llevaron hacia el mar, que era ahora su amor y su esperanza. Evitó el paso por *Can Mallorquí,* y al llegar á la playa marchó por la orilla, allí donde la última palpitación de las olas llegaba á perderse, como delgada hoja de cristal, entre las menudas guijas mezcladas con fragmentos de barro cocido.

Cuando estuvo al pie del promontorio de la torre, trepó por las rocas sueltas, yendo á sentarse

en el peñón roído por las olas y casi despegado de la costa. Allí había estado reflexionando una noche de tormenta, la misma en que se presentó como cortejante en casa de Margalida.

La tarde era serena, el mar tenía un intenso color de extraordinaria y profunda transparencia. Los fondos de arena reflejábanse como manchas lácteas: los peñones submarinos y sus obscuras vegetaciones parecían temblar con un rebullicio de vida misteriosa. Las nubes blancas que flotaban en el horizonte, al pasar ante el sol, trazaban sobre el mar grandes espacios de sombra. Un pedazo de la extensión azul quedaba obscuro y mate, mientras más allá del manto movible, las aguas luminosas parecían hervir con burbujas de oro. Á veces, el astro, oculto tras estas cortinas, lanzaba por debajo de su orla una manga visible de luz, un chorro de linterna, un largo triángulo de blanquecino resplandor, como el de un paisaje holandés.

Nada en este aspecto del mar recordaba á Febrer aquella noche tempestuosa, y sin embargo, por la asociación que forman en nuestra memoria las ideas olvidadas con los lugares antiguos cuando volvemos á ellos, Febrer comenzó á sentir los mismos pensamientos, sólo que ahora, en vez de seguir adelante, desfilaban en sentido inverso con una confusión de derrota.

Reía amargamente de su optimismo en aquella ocasión, de la confianza que le había hecho despreciar todas sus ideas sobre el pasado. Los muer-

tos mandan: su autoridad y su poder eran indiscutibles. ¿Cómo había podido él, á impulsos del entusiasmo amoroso, desconocer esta enorme y desconsoladora verdad?... Bien le hacían sentir los lóbregos tiranos de nuestra vida todo el peso abrumador de su poder. ¿Qué había hecho él para que en este rincón de la tierra, su último refugio, le mirasen como un extraño?... Las innumerables generaciones de hombres, cuyo polvo y cuya alma estaban confundidos con la tierra de la isla natal, habían dejado como herencia á los presentes el odio al extranjero, el miedo y la repulsión al extraño, con el que vivieron en guerra. El que llegaba de otros países era recibido con un aislamiento repelente, ordenado por los que ya no existían.

Cuando, despreciando sus antiguos prejuicios, intentaba aproximarse á una mujer, la mujer replegábase misteriosa y asustada de tal aproximación, y el padre, en nombre de su respeto servil, se oponía á este hecho inaudito. Era una obra de loco la suya: la conjunción del gallo y la gaviota soñada por un fraile extravagante que tanto hacía reir á los payeses. Así lo habían querido los hombres en otros tiempos al fundar la sociedad y dividirla en clases, y así debía ser. Inútil rebelarse contra las cosas establecidas. La vida de un hombre era corta, y no bastaba para batirse con centenares de miles de vidas que habían existido antes de ella y parecían espiarla invisibles, oprimiéndola entre creaciones materiales que eran recuerdo de su paso por

la tierra, abrumándola con sus pensamientos, que llenaban el ambiente y eran aprovechados por todos los que nacían sin fuerza para discurrir algo nuevo.

Los muertos mandan, y es inútil que los vivos se resistan á obedecer. Todas las rebeliones por salir de esta servidumbre, por romper la cadena de los siglos, todo mentira. Febrer recordaba la rueda sagrada de los indios, símbolo budista que había visto en París al presenciar una ceremonia religiosa oriental en un museo. La rueda era el símbolo de nuestra vida. Creemos avanzar porque nos movemos; creemos progresar porque vamos hacia delante, y cuando la rueda da la vuelta completa, nos encontramos en el mismo sitio. La vida de la humanidad, la historia, todo era un interminable «recomenzamiento de las cosas». Nacen los pueblos, crecen, progresan; la cabaña se convierte en castillo y después en fábrica; se forman las enormes ciudades de millones de hombres, sobrevienen después las catástrofes, las guerras por el pan que escasea para tantas gentes, las protestas de los desposeídos, las grandes matanzas, y las ciudades se despueblan y caen en ruinas. La hierba invade los orgullosos monumentos: las metrópolis se hunden poco á poco en la tierra y duermen siglos y siglos bajo colinas. El bosque bravío cubre la capital de remotas épocas; pasa el cazador salvaje por donde en otro tiempo eran recibidos los caudillos vencedores con aparato de semidioses; pacen las ovejas

y sopla el pastor en su caramillo sobre las ruinas que fueron tribunas de leyes muertas; vuelven á agruparse los hombres y surge la cabaña, la aldea, el castillo, la fábrica, la ciudad enorme, y se repite lo mismo, siempre lo mismo, con una diferencia de centenares de siglos, como se repiten de unos hombres en otros iguales gestos, ideas y preocupaciones en el transcurso de unos años. ¡La rueda! ¡El eterno recomenzar de las cosas! ¡Y todas las criaturas del rebaño humano cambiando de aprisco, pero jamás de pastores: y los pastores siempre los mismos, los muertos, los primeros que pensaron, y cuyo pensamiento primordial fué como el puñado de nieve que rueda y rueda por las pendientes, agrandándose, llevando adherido en su pegajosidad todo cuanto encuentra al paso!...

Los hombres, orgullosos de su progreso material, de los juguetes mecánicos inventados para su bienestar, creíanse libres, superiores al pasado, emancipados de la original servidumbre, ¡y todo cuanto decían se había dicho centenares de siglos antes con diversas palabras; sus pasiones eran las mismas; sus pensamientos, que consideraban originales, eran destellos y reflejos de otros pensamientos remotos; y todos los actos que tenían por buenos ó malos eran respetados como tales porque así los habían clasificado los muertos, los tiránicos muertos, á los que el hombre tendría que matar de nuevo si deseaba ser libre realmente!... ¿Quién llegaría á realizar esta gran hazaña libertadora?

¿Qué paladín con fuerzas suficientes para matar al monstruo que pesaba sobre la humanidad, enorme y abrumador, como los dragones de las leyendas guardaban bajo su corpachón inútiles tesoros?...

Febrer permaneció mucho tiempo inmóvil en la roca, con los codos en las rodillas y el menton en las manos, sumido en sus pensamientos, los ojos como hipnotizados por el manso subir y bajar de las aguas palpitantes.

Cuando se arrancó á esta meditación comenzaba á caer la tarde... ¡Seguiria su destino¡ Él sólo podía vivir en las alturas, aunque fuese con la humildad del mendicante. Todos los caminos de descenso veíalos cerrados. ¡Adiós, felicidad, buscada en un retroceso á la vida natural y primitiva! Ya que los muertos no querían que fuese hombre, sería parásito.

Sus ojos, vagando por el horizonte, fijáronse en los blancos vapores que se amontonaban sobre el límite del mar. Cuando era pequeño y *madó* Antonia le acompañaba en sus paseos por la costa de Soller, se habían entretenido muchas veces dando cuerpo y nombre, con un esfuerzo de imaginación, á las nubes que se juntaban ó se esparcían en una incesante variedad de formas, viendo en ellas tan pronto un monstruo negruzco de inflamadas fauces como una virgen entre celestes resplandores. Un amontonamiento de nubes, densas y nítidas cual blancos vellones, atrajo su mirada. Esta blancura luminosa era la del hueso pulido de los

cráneos. Sueltas vedijas de vapor obscuro flotaban en esta nebulosa. La imaginación de Febrer vió en ellas dos agujeros negros y espantables, un triángulo lóbrego semejante al que deja la nariz desaparecida en la faz de los muertos, y más abajo un desgarrón inmenso, trágico, igual á la risa muda de una boca sin labios y sin dientes.

Era la Muerte, la gran señora, la emperatriz del mundo que se mostraba á él con su blanca y mate majestad, en pleno día, desafiando los esplendores del sol, el azul del cielo, el verde luminoso del mar. El reflejo del astro moribundo ponía una chispa de maligna vida en el óseo rostro de palidez de hostia, en la lobreguez de sus negras cuencas, en su sonrisa que daba espanto... ¡Sí; era ella! Las nubes esparcidas á ras del mar, eran bullones y pliegues de una vestidura que ocultaba su inmenso esqueleto: y otras nubes que flotaban en lo alto, la amplia manga de donde se escapaban vapores más sutiles é indecisos, formando un brazo de hueso rematado por el índice seco y corvo como una uña de presa, señalando lejos, muy lejos, un misterioso destino.

La visión se desvaneció rápidamente con el movimiento de las nubes: borráronse sus espantables contornos, adoptando otras formas caprichosas, pero Febrer, al perderla de vista, no salió por esto de su alucinación.

Aceptaba la orden sin rebelarse: partiría. Los muertos mandan, y él era su siervo inerme. La luz

de la caída de la tarde daba á los objetos un relieve extraño. En los recovecos de la costa marcábanse vigorosas sombras que parecían palpitar, dando vida y formas animales á las piedras. Á lo lejos un promontorio semejaba un león acurrucado junto á las olas, mirando á Jaime con hostilidad silenciosa. Los peñascos á flor de agua sacaban y ocultaban sus negras cabezas coronadas de cabelleras verdes como gigantes anfibios de una humanidad monstruosa. El solitario vió por la parte de Formentera un dragón inmenso que poco á poco avanzaba en la línea del horizonte, con larga cola de nubes, para tragarse traidoramente al sol moribundo.

Cuando la roja esfera, huyendo de este peligro, se sumergió en las aguas, agrandada por un espasmo de terror, la tristeza gris del crepúsculo despertó á Febrer de su alucinación.

Púsose de pie, recogió la escopeta abandonada junto á él, y emprendió el camino de la torre. Iba preparando mentalmente el programa de su marcha. No pensaba decir una palabra á nadie. Aguardaría á que tocase en el puerto de Ibiza el vapor correo de Mallorca, y sólo en el último momento daría cuenta á Pèp de su resolución.

La certeza de abandonar muy pronto este retiro le hizo mirar con interés el interior de la torre al resplandor de una vela que acababa de encender. Su sombra, gigantescamente agrandada y vacilante por las oscilaciones de la luz, iba de un

lado á otro en las blancas paredes, eclipsando los objetos que las adornaban ó haciendo que brillasen el nácar de las conchas y el metal de la colgada escopeta.

Cierto carraspeo conocido atrajo á Febrer, que se asomó á lo alto de la escalera. Un hombre, envuelto en un mantón, estaba en los primeros peldaños. Era Pèp.

—*El sopar*—dijo brevemente, tendiéndole una cesta.

Jaime la tomó. Notábase en el payés un deseo de no hablar, y él, por su parte, sintió cierto miedo de que rompiese su laconismo.

—*¡Bòna nit!*

Pèp emprendió el camino de regreso á su alquería luego de este breve saludo, como un servidor respetuoso y enojado que sólo se permite con su amo las palabras indispensables.

Jaime, vuelto al interior de la torre, cerró la puerta, dejando la cesta sobre la mesa. No sentía apetito: cenaría más tarde. Cogió una pipa rústica, labrada por un payés en una rama de cerezo, la llenó de tabaco y comenzó á fumar, siguiendo con ojos distraídos el revoloteo de las espirales de humo, cuya azul sutilidad tomaba ante la vela una transparencia irisada.

Luego buscó un libro y quiso leer, pero fueron inútiles todos los esfuerzos por concentrar su atención en la lectura.

Fuera de aquella cáscara de piedra reinaba la

noche, una noche lóbrega de profundo misterio. Al través de los muros parecía filtrarse ese solemne silencio que cae de lo alto, y en el cual los ruidos más leves adquieren proporciones pavorosas, como si el rumor se escuchase á sí mismo.

Febrer creía percibir los latidos de la circulación de su sangre en esta calma profunda. De vez en cuando, el chillido de una gaviota, ó la agitación momentánea de los tamariscos bajo una ráfaga, murmullo semejante al de las fingidas muchedumbres teatrales ocultas tras los bastidores. En el techo de la habitación resonaba á intervalos el *cric-cric* monótono de una carcoma royendo las vigas con un trabajo incesante, que pasaba inadvertido durante el día. El mar rasgaba la obscuridad con un ronquido plácido, cuya ondulación rompíase en todos los salientes y recovecos de la costa.

Por primera vez se dió cuenta exacta de la soledad en que vivía. ¿Era posible continuar esta existencia de solitario? ¿Y cuando le sorprendiera la enfermedad? ¿Y cuando llegase la vejez?... Á aquellas horas comenzaban las ciudades una nueva vida bajo los blancos resplandores de su alumbrado eléctrico: cortábase la circulación en las calles con la aglomeración de los coches; brillaban los escaparates, abríanse los teatros, sonaban las aceras bajo el gracioso taconeo de mujeres hermosas, mientras él estaba como un hombre primitivo en el interior de una torre bárbara, sin otro signo de

civilización que aquella luz macilenta que sólo servía para hacer más visibles las tinieblas, rodeado de un silencio trágico, como si el mundo se hubiese dormido para siempre. Adivinábase al otro lado del muro de piedra la sombra preñada de misterios y peligros. Ya no albergaba á la fiera como en los tiempos prehistóricos, pero bien podía servir de guarida al hombre.

De pronto Febrer, que permanecía inmóvil, escuchándose á sí mismo, con una quietud semejante á la de los niños medrosos que temen removerse en la cama por no aumentar el misterio que les rodea, se estremeció en su asiento. Algo extraordinario cortó el aire, dominando con su estridencia los confusos ruidos de la noche. Era un grito, un aullido, un relincho, una de aquellas voces hostiles y burlonas con que los *atlòts* vengativos se llamaban en la sombra.

Jaime sintió un impulso de levantarse, de correr á la puerta, pero luego permaneció inmóvil. El tradicional *auquido* había sonado á alguna distancia. Debían ser mozos del *cuartón* que escogían las inmediaciones de la torre del Pirata para encontrarse arma en mano. Aquello no iba con él: á la mañana siguiente se enteraría de lo ocurrido.

Abrió otra vez el libro, intentando distraerse con la lectura, pero á las pocas líneas se levantó de un salto, arrojando sobre la mesa el volumen y la pipa.

¡Auuuú! El relincho de reto, el aullido hostil y

burlón había resonado casi al pie de la escalera de la torre, prolongándose con el fuerte soplo de unos pulmones como fuelles. Casi al mismo tiempo sonó en la obscuridad un rumor estridente de abanicos abiertos: las aves marinas, sorprendidas en su sueño, salían disparadas de entre las rocas para cambiar de guarida.

¡Era para él! ¡Venían á retarlo á la puerta de su vivienda!... Miró fijamente su escopeta; se llevó la diestra á la faja, palpando el metal del revólver, tibio por el contacto del cuerpo; dió dos pasos hacia la puerta, pero se detuvo y alzó los hombros con una sonrisa de resignación. Él no era de la isla: él no entendía este lenguaje de chillidos, y se creía á cubierto de tales provocaciones.

Volvió á su silla y cogió el libro, sonriendo con una alegría forzada.

—¡Grita, buen hombre: chilla, *aúca!* Lo siento por ti, que puedes constiparte al fresco, mientras yo estoy tranquilo en mi casa.

Pero esta conformidad burlona sólo era aparente. Volvió á sonar el aullido, ya no al pie de la escalera, sino algo más lejos, tal vez entre los tamariscos que cercaban la torre. El retador parecía haber tomado posición esperando que saliese Febrer.

¿Quién sería?... Tal vez el miserable *vèrro* al que había buscado por la tarde: tal vez el *Cantó*, que juraba públicamente matarlo cuanto antes. La noche y la astucia, que igualan las fuerzas de los

enemigos, habrían dado ánimos á este enfermo para marchar contra él. También era posible que fuesen dos ó más los que le aguardasen.

Sonó otro aullido, pero Jaime volvió á encogerse de hombros. Podía gritar lo que quisiera su desconocido retador... Pero ¡ay! ¡imposible leer! ¡inútil esforzarse por fingir tranquilidad!...

Los aullidos repetíanse ahora rabiosamente, como los cacareos de un gallo furioso. Jaime creyó ver el cuello de aquel hombre, hinchado, enrojecido, con los tendones vibrantes por la cólera. El grito gutural parecía adquirir poco á poco al repetirse los contornos y la significación de un lenguaje. Era irónico, burlón, insultante; echaba en cara su prudencia al forastero; parecía llamarle cobarde.

En vano intentó no escuchar. Nublábase su vista; le pareció que la vela ya no daba luz: en los intervalos de silencio la sangre zumbaba en sus oídos. Pensó que *Can Mallorquí* estaba muy cerca, y tal vez Margalida, trémula y pegada á un ventanuco, escuchaba estos aullidos frente á la torre, donde estaba un hombre medroso oyéndolos también, pero encerrado como si fuese sordo.

No; no más. Arrojó esta vez definitivamente el libro sobre la mesa, y luego, por instinto, sin saber ciertamente lo que hacía, sopló la llama de la vela. Al quedar en la obscuridad anduvo algunos pasos con las manos avanzadas, olvidado completamente de los planes de ataque que había concebido mo-

mentos antes con rápido pensamiento. La cólera trastornaba sus ideas. En esta ceguedad repentina de su espíritu sólo tuvo una idea, como último destello de una luz que se aleja. Tocaba ya la escopeta con sus manos palpantes, cuando desistió de cogerla. Necesitaba un arma menos embarazosa; tal vez tendría que descender y caminar entre los matorrales.

Tiró del interior de la faja, y el revólver deslizóse fuera de su madriguera, con la suavidad de una bestia sedosa y tibia. Anduvo á tientas hasta la puerta y la abrió con lentitud, sólo un pequeño espacio, el necesario para asomar la cabeza, chirriando levemente sus groseros goznes.

Febrer, pasando de golpe de la obscuridad de su habitación á la difusa claridad de la luz sideral, vió la mancha de las malezas en torno de la torre, más allá la confusa blancura de la alquería y enfrente la giba negra de los montes cortando el cielo, en el que palpitaban las estrellas. Esta visión sólo duró un instante: no pudo ver más. Dos pequeños relámpagos, dos culebreos de fuego marcáronse uno tras otro en las tinieblas de los matorrales, seguidos de dos estampidos que casi se confundieron.

Jaime experimentó en su olfato una sensación acre de pólvora quemada, que tal vez no era más que un fenómeno imaginativo. Al mismo tiempo percibió sobre la cúspide de su cráneo un silencioso y violento choque, algo anormal que pareció tocarle sin llegar á tocarle, la sensación del roce de

una piedra. Algo cayó sobre su rostro como ligera lluvia impalpable. ¿Sangre?... ¿tierra?...

La sorpresa duró en él sólo un instante. Le habían hecho fuego desde el matorral, en las inmediaciones de la escalera. El enemigo estaba allí... ¡allí! Veía en la obscuridad el punto de donde habían surgido los fogonazos, y avanzando la diestra fuera de la puerta, disparó su revólver; una... dos... cinco veces: todas las cápsulas que contenía el cilindro.

Tiró casi á ciegas, desorientado por la obscuridad y el desconcierto de la cólera. Un leve ruido de ramas tronchadas, una ondulación casi imperceptible del matorral, le llenaron de salvaje alegría. Había alcanzado al enemigo indudablemente, y en su satisfacción, se llevó una mano á la cabeza, para convencerse de que no estaba herido.

Al pasarla después por su cara, cayó de sus mejillas y sus cejas algo menudo y granujiento. No era sangre: era tierra, polvo de argamasa. Sus dedos, deslizándose sobre el cuero cabelludo, estremecido aún por el roce mortal, tropezaron con dos agujeros de la pared, semejantes á pequeños embudos, que guardaban una sensación de calor. Las dos balas le habían rozado, yendo á clavarse en el muro, á una distancia casi imperceptible de su cabeza.

Febrer sintióse alegre por su buena suerte. Él, sano, incólume, ¡y su enemigo!... ¿Dónde estaría en aquel momento? ¿Debía bajar para buscarlo

entre los tamariscos y reconocerle en su agonía?... De pronto se repitió el grito, el aullido salvaje, lejos, muy lejos, casi en las cercanías de la alquería: un *auquido* triunfante, burlón, que Jaime interpretó como un anuncio de próxima vuelta.

El perro de *Can Mallorquí,* excitado por los disparos, ladraba lúgubremente. Á lo lejos, otros perros le contestaban. El aullido del hombre se alejó, con incesantes repeticiones, cada vez más remoto, más débil, hundiéndose en el misterio azul de la noche.

III

Apenas rompió el día, el *Capellanet* se presentó en la torre.

Lo había oído todo. Su padre, que tenía el sueño fuerte, no estaba tal vez enterado á aquellas horas del suceso. Ya podía ladrar el perro y sonar junto á la alquería tantos disparos como en una batalla: el buen Pèp, cuando se acostaba cansado de sus faenas diurnas, era insensible como un muerto. Los demás de la casa habían pasado una noche de angustias. La madre, luego de varios intentos para despertar á su esposo, sin conseguir otro éxito que palabras incoherentes seguidas de nuevos ronquidos, había rezado hasta el amanecer por el alma del señor de la torre, creyéndole muerto. Margalida, que dormía cerca de su hermano, le había llamado con voz queda y angustiosa, al oir los primeros tiros. «¿Oyes, Pepet?...»

La pobre muchacha se había incorporado en la cama, encendiendo el candil, á cuya luz la había visto el *atlòt* con el rostro pálido y unos ojos de loca. Ella, tan pudorosa y tímida, mostraba en su agitación los mayores secretos de su desnudez, olvi-

dada de todo, retorciéndose los brazos, llevándose las manos á la cabeza. «Habían matado á don Jaime: se lo daba el corazón.» Y temblaba con el eco lejano de nuevos disparos. «Un verdadero rosario de tiros», según decía el *Capellanet,* había contestado á las dos primeras detonaciones.

—Esos fueron de usted, ¿verdad, don Jaime? —continuó el muchacho—. Los conocí al momento y se lo dije á Margalida. Recuerdo la tarde en que disparó usted el revólver en la playa. Yo tengo mucho oído para estas cosas.

Luego contó la desesperación de su hermana, buscando las ropas en silencio, queriendo vestirse para correr á la torre. Pepet la acompañaría. Pero luego, súbitamente acobardada, ya no quiso ir: sólo sabía llorar, y se opuso á que el muchacho cumpliera su propósito de escaparse por las bardas del corral.

Habían oído el *auquido* junto á la alquería, mucho después de los disparos, y al hablar de este grito, sonreía el muchacho con aire malicioso. Luego, Margalida, súbitamente tranquilizada por las palabras de su hermano, había callado, quedando inmóvil en el lecho, pero durante toda la noche oyó el *Capellanet* suspiros de angustia y un ligero murmullo, como si debajo del embozo una voz queda murmurase palabras y palabras con incansable monotonía. También ella había estado rezando.

Luego, al esparcirse la luz del alba, se levan-

taron todos, menos el padre, que seguía en su plácido sueño. Al asomarse las mujeres al porche, dominadas por los más lúgubres pensamientos, esperaban presenciar un cuadro horroroso: la torre destruída y colgando sobre sus ruinas el cadáver del señor. Pero el *Capellanet* había reído al ver la puerta abierta, y junto á ella, como en otras mañanas, á don Jaime, con el busto desnudo, chapuzándose en un tanque que él mismo traía de la costa lleno de agua del mar.

No se había equivocado al reirse de los terrores de las mujeres. Á su don Jaime no había quien lo matase. Y esto lo decía él, que entendía de hombres.

Luego, tras el breve relato que le hizo el señor de todo lo ocurrido en la noche anterior, examinaba, entornando los ojos con una expresión de inteligente, los dos agujeros abiertos por las balas en la pared.

—¿Y usted tenía la cabeza aquí, donde la tengo yo?... ¡Futro!...

Su mirada reflejaba admiración, devota idolatría, ante aquel hombre portentoso que acababa de salvarse por un verdadero milagro.

Febrer interrogó al muchacho sobre el supuesto agresor, fiando en su conocimiento de las gentes del país, y el *Capellanet* sonrió con aire de persona importante. Había escuchado el aullido. Era el mismo modo de *aucar* que tenía el *Cantó:* muchos se hubiesen imaginado que era él. Lo mismo aulla-

ba en las serenatas, en las tardes de baile y á la salida de los cortejos.

—Pero no es él, don Jaime: estoy seguro. Si al *Cantó* le preguntan, dirá que sí por darse importancia. Pero era el otro, el *Ferrer*, le conocí la voz, y Margalida cree lo mismo.

Á continuación, con gesto grave, como si quisiera interrogar al señor dudando de sus méritos, habló del necio miedo de las mujeres, que sostenían la necesidad de avisar á la Guardia civil de San José.

—Usted no hará eso. ¿Verdad, don Jaime, que es un disparate? Los civiles sólo sirven para los cobardes.

La sonrisa despectiva y el encogimiento de hombros con que le contestó Febrer, devolvieron al muchacho su aspecto alegre.

—Ya me lo figuraba yo: eso no se usa en la isla. ¡Pero como usted es forastero!... Hace usted bien: cada hombre debe defenderse él mismo; para eso es hombre: y en caso apurado, buscar á los amigos.

Y al decir esto pavoneábase, resumiendo en su persona toda la ayuda poderosa con que podía contar don Jaime en momentos de peligro.

El *Capellanet* quiso sacar provecho de este suceso, aconsejando al señor la conveniencia de llevarle á vivir en la torre. Si él se lo pedía al señor Pèp, éste no era capaz de negarle tal favor. Le convenía á don Jaime tenerlo á su lado: siempre serían dos para la defensa. Y para apoyar la

urgencia de la petición, recordaba el enfado del *siñó* Pèp y la certeza de que éste iba á llevarlo á Ibiza á principios de la semana próxima, para encerrarle en el Seminario. ¿Qué haría el señor cuando se viese privado del mejor de sus amigos?...

Queriendo demostrar la utilidad de su presencia, censuraba los olvidos de Febrer en la noche anterior. ¿Á quién podía ocurrírsele asomar la cabeza á la puerta cuando de fuera le estaban *aucando* con el arma preparada? Por milagro no lo habían matado. ¿Y la lección que él le dió? ¿No recordaba su consejo de bajar por la ventana, á espaldas de la torre, para sorprender al enemigo?...

—Es verdad—dijo Jaime, realmente avergonzado de su olvido.

El *Capellanet,* que saboreaba orgulloso el éxito de estos consejos, tuvo un sobresalto al mirar por el hueco de la puerta.

—*¡El pare!...*

Pèp subía la cuesta lentamente, con los brazos atrás y el aspecto meditabundo. El muchacho se alarmó al verle. Indudablemente, venía malhumorado por las recientes noticias: no le convenía encontrarse con él. Y repitiendo á Febrer una vez más la conveniencia de que le guardase como compañero, echó las piernas fuera de la ventana, volvióse sobre el vientre, apoyándolo en el alféizar, y desapareció muro abajo.

El payés, al entrar en la torre, habló sin ninguna emoción del suceso de la noche anterior, como si éste fuese un hecho normal que sólo alteraba levemente la monotonía de la vida del campo. Las mujeres le habían contado... él tenía un sueño pesadísimo... ¿De modo, que no había sido nada?...

Escuchó con los ojos bajos y los pulgares juntos el breve relato del señor. Luego fuese á la puerta, para contemplar las huellas de los proyectiles.

—Un milagro, don Jaime; un verdadero milagro.

Volvió á su silla, permaneciendo inmóvll largo rato, como si le costase un gran esfuerzo interior hacer funcionar su tardo pensamiento.

—El demonio anda en libertad, señor... Era de esperar; ya lo dije yo... Cuando se quieren cosas imposibles, todo se enreda y se acaba la paz.

Luego, levantando la cabeza, fijó sus ojos fríos y escrutadores en don Jaime. Habría que avisar al alcalde: habría que decir todo esto á la Guardia civil.

Febrer hizo un gesto negativo. No: era un asunto de hombres, que debía ventilarlo él mismo.

Pèp quedó con la vista fija en el señor, de un modo enigmático, como si en su pensamiento luchasen contrarias ideas.

—Hace usted bien—dijo al poco rato el cachazudo payés.

Los forasteros pensaban de distinto modo, pero él se alegraba de que el señor dijera lo mismo que

decía su pobre padre (que en santa gloria esté). En la isla todos pensaban igual: lo antiguo era lo cierto.

Luego Pèp, sin consultar al señor, expuso su propósito de ayudarle en la defensa. Era un deber de amistad. Él tenía su escopeta en la casa. Hacía tiempo que no la usaba, pero en sus mocedades, cuando vivía su famoso padre (que en santa gloria esté), había sido un regular tirador. Vendría á pasar las noches en la torre, al lado de don Jaime, para que éste no estuviese solo, expuesto á una sorpresa durante el sueño.

Tampoco se extrañó el payés de la rotunda negativa del señor, al que pareció ofender la proposición. Él era un hombre, no un chiquillo necesitado de compañía. Cada uno en su casa, y que viniese lo que la suerte quisiera.

Pèp asintió igualmente con movimientos de cabeza á estas palabras. Lo mismo decía su padre, y como él todas las personas de bien que seguían los antiguos usos. Parecía Febrer un hijo verdadero de la isla... Luego, ablandado por la admiración que le inspiraba esta energía de don Jaime, le propuso otro arreglo. Ya que el señor no quería compañía en su torre, podía bajar á dormir en *Can Mallorquí*. Una cama se la improvisarían en cualquiera parte.

Febrer sintióse tentado por la proposición. ¡Ver á Margalida!... Pero el tono de flojedad con que el padre le invitaba y el gesto inquieto con que aguar-

dó su respuesta, le hicieron desistir. No; muchas gracias, Pèp; se quedaba en la torre. Podían creer que trasladaba su vivienda á impulsos del miedo.

El payés volvió á mover la cabeza con signos de asentimiento. Comprendía esta actitud: lo mismo haría él en su situación. Pero esto no era obstáculo para que Pèp durmiese menos por la noche y si oía gritos ó tiros cerca de la torre, saliese al campo con su vieja escopeta.

Y como si esta obligación que se imponía de dormir con zozobra, pronto á exponer la piel en defensa del antiguo amo, rompiese la calma en que se había mantenido hasta entonces, el payés elevó los ojos y juntó sus manos:

—*¡Ay, Siñor! ¡Siñor!...*

El diablo andaba suelto; volvía á repetirlo: ya no habría tranquilidad. Todo por no creerle á él; por ir contra la corriente de los usos antiguos, que establecieron personas más sabias que las de ahora... ¿En que pararía todo esto?

Febrer intentó tranquilizar al payés, y se le escapó un pensamiento que deseaba mantener oculto. Podía alegrarse Pèp. Él se marchaba para siempre, no queriendo turbar su paz y la de su familia.

¡Ah! ¿Era de veras que se iba el señor?... La alegría del campesino fué tan grande y tan viva su sorpresa, que Jaime quedó indeciso. Le pareció ver en los ojillos del rústico, animados por el gozo de la noticia inesperada, cierta malicia. ¿Si creería

aquel isleño que su repentino viaje era por huir de los enemigos?...

—Me voy—dijo mirando á Pèp con hostilidad—; pero no sé cuándo. Más adelante... cuando me parezca. Antes tengo que estar aquí para que me encuentre el que me busque.

Pèp tuvo un gèsto de resignación: se desvaneció su alegría, pero estuvo próximo á asentir también á estas palabras, añadiendo que lo mismo hubiese hecho su padre, y lo mismo creía él.

Cuando el payés se levantó para marcharse, Febrer, que estaba junto á la puerta, distinguió cerca de la alquería al *Capellanet,* y esto trajo á su memoria el deseo del muchacho. Si á Pèp no le molestaba su petición, podía dejarle al *atlòt* para que le acompañase en la torre.

Pero el padre acogió este ruego ásperamente. No, don Jaime. Si necesitaba compañía, allí estaba él, que era un hombre. El muchacho á estudiar. El diablo iba suelto, y hora era ya de imponer su autoridad y que la familia no anduviese desarreglada. En la próxima semana pensaba llevarlo al Seminario. Era su última palabra.

Al quedar solo, Febrer bajó á la playa. El tío Ventolera reparaba con estopa y alquitrán las junturas de su barca, puesta en seco. Tendido en ella como si fuese un enorme ataúd, buscaba con sus débiles ojos los intersticios, y al encontrar uno falto de carena, su alegría prorrumpía á toda voz en latinajos cantados.

Al notar que la barca se movia, y ver apoyado en la borda al señor, el viejo tuvo una sonrisa maliciosa, é interrumpió sus cánticos.

—*¡Hola, don Chaume!...*

Estaba enterado de todo. Las mujeres de *Can Mallorquí* le habían contado la noticia, y á aquellas horas circulaba por el *cuartón*, pero de oído en oído, como se debe hablar de estas cosas, sin que se enteren las gentes de la justicia, que sólo sirven para enredarlo todo. ¿Conque le habían buscado la noche anterior, *aucándolo* para que saliese de la torre?... ¡Ji! ¡ji! Á él también... Á él también en otros tiempos, cuando hacía el amor á su difunta entre dos viajes, lo había *aucado* cierto camarada convertido en rival suyo. Pero él se llevó á la muchacha por tener la mano más lista: total, una cuchillada al amigo en pleno pecho, que le tuvo mucho tiempo entre la vida y la muerte. Luego había vivido en guardia siempre que bajaba á tierra, para librarse de la venganza de su enemigo; pero los años pasan, todo se olvida, y los dos compadres acabaron por contrabandear juntos, navegando desde Argel á Ibiza ó las costas de España.

El tío Ventolera reía, con risa infantil, complacido por estos recuerdos juveniles que evocaban en su memoria todas las noticias de tiros, cuchilladas y provocaciones en la noche. ¡Ay! ¡Á él ya no lo *aucarían!* Esto quedaba para los jóvenes. Y su acento era melancólico al no verse mezclado en

estos lances de amor y de guerra, que juzgaba indispensables para una existencia feliz.

Febrer le dejó cantando la misa, mientras acababa el carenaje. En la torre encontró la cesta de su comida sobre la mesa. El *Capellanet* la había dejado sin esperar, obedeciendo sin duda á algún llamamiento urgente del padre malhumorado. Luego de comer, volvió Jaime á contemplar los dos agujeros que los proyectiles habían abierto en el muro. Pasada la excitación del peligro, y al apreciar fríamente la gravedad de éste, sintió una cólera vengativa, más intensa que la que le había impulsado á la puerta en la noche anterior. Unos milímetros más abajo en la puntería, y habría rodado en la obscuridad, al pie de la puerta, como una bestia cazada. ¡Cristo! ¡Y así podía morir un hombre de su clase, víctima de la traición y el acecho de uno de aquellos rústicos!...

Su cólera tomó un impulso vengativo: sintió la necesidad de provocar, de ser arrogante, de aparecer sereno y amenazador ante aquellos hombres, entre los cuales se ocultaban sus adversarios.

Descolgó la escopeta, examinó sus cargas, se la echó al hombro y descendió de la torre, tomando el mismo camino de la tarde anterior. Al pasar junto á *Can Mallorquí*, los ladridos del perro hicieron salir á la puerta á Margalida y su madre. Los hombres estaban en un campo lejano que cultivaba Pèp. La madre, lloriqueante y con la pala-

bra cortada por la emoción, sólo sabía coger las manos del señor.

—*¡Don Chaume! ¡Don Chaume!*

Debía tener mucho cuidado, salir poco de la torre, estar en guardia contra los enemigos. Y Margalida, silenciosa, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaba á Febrer, revelando admiración y zozobra. No sabía qué decir: su alma simple parecía recogerse humildemente, no encontrando palabras para expresar sus pensamientos.

Jaime continuó su camino. Al volverse varias veces vió á Margalida, de pie bajo el porche, siguiéndolo con visible ansiedad. El señor iba de caza como otras veces, pero ¡ay! tomaba el sendero del monte, iba hacia el bosque de pinos, en una de cuyas calvas estaba la herrería.

Durante el camino rumiaba Febrer proyectos de ataque. Estaba resuelto á una acción inmediata. Apenas saliese el *vèrro* á la puerta de su casa, le dispararía los dos tiros de la escopeta. El ventilaba sus negocios á la luz del sol, y sería más afortunado: sus dos balas no irían á clavarse en el muro.

Pero al llegar á la fragua la encontró cerrada. ¡Nadie! El herrero había desaparecido: la vieja vestida de negro no estaba allí para recibirle colérica con el fulgor hostil de su único ojo.

Se sentó al pie de un árbol como la otra vez, con la escopeta preparada, resguardándose tras el tronco, por si esta soledad ocultaba una asechanza.

Transcurrió mucho tiempo: las palomas silvestres, enardecidas por la calma y la soledad de la fragua, revoloteaban en la plazoleta sin fijarse en el cazador, inmóvil y olvidado de ellas. Un gato avanzaba lentamente por el ruinoso tejado, con estiramientos de tigre, pretendiendo atrapar á los inquietos gorriones.

Pasó más tiempo. La espera y la inmovilidad serenaron á Febrer. ¿Qué hacía allí, lejos de su casa, en medio del monte, próximo ya el crepúsculo, esperando á un enemigo de cuya culpabilidad sólo tenía vagos indicios? El herrero tal vez estaba en su casa. Se habría encerrado al verle llegar, y era inútil esperarle. También podría ser que se hubiera marchado lejos con la vieja y no volviera hasta bien entrada la noche. Debía partir.

Y con la escopeta en la mano, para ser el primero en atacar si encontraba al enemigo, emprendió el regreso al valle.

Otra vez volvió á encontrar en el camino y los campos, payeses y muchachas que le miraron con tenaz curiosidad, contestando apenas á su saludo. Otra vez vió al *Cantó* con su cabeza entrapajada, en el mismo sitio, rodeado de amigos, á los que hablaba con violentas gesticulaciones. Al reconocer al señor de la torre, antes de que sus camaradas pudieran sujetarle, se agachó, y agarrando dos piedras en los endurecidos surcos, arrojólas contra aquél. Los rústicos proyectiles, á impulsos de un brazo débil, no llegaron á hacer la mitad de su

camino. Luego, irritado por la despectiva serenidad de Febrer, que seguía adelante, el *atlòt* prorrumpió en amenazas. ¡Mataría al mallorquín: lo declaraba á gritos! ¡Que todos supiesen que él juraba el exterminio de este hombre!

Jaime sonrió tristemente ante estas amenazas. No; el cordero rabioso no era el que había venido á la torre del Pirata á matarle. Sus escandalosas voces bastaban para demostrarlo.

El señor pasó tranquilamente la noche. Luego de cenar, cuando se fué el hermano de Margalida con la triste certeza de que su padre no desistía de llevarlo al Seminario, Jaime cerró la puerta, colocando tras ella la mesa y las sillas. Temía ser sorprendido durante el sueño. Apagó la luz y fumó en la obscuridad, complaciéndose en el latido del pequeño tizón del cigarro, que se ensanchaba con sus chupetones. Tenía la escopeta cerca y el revólver en la faja, pronto á hacer uso de ellos al menor movimiento de la puerta. Habituado su oído á los rumores de la noche y á la respiración del mar, buscaba al través de éstos un roce, un indicio de que en aquella soledad había otros seres humanos, aparte de él.

Pasó mucho tiempo. Á la luz del cigarro miró la esfera de su reloj. Las diez. Lejos sonaron ladridos, y Jaime creyó reconocer al perro de *Can Mallorquí*. Tal vez delataba el paso de alguien aproximándose á la torre. Ya estaba cerca el enemigo: era posible que se arrastrase cautelosamen-

te, fuera de la senda, entre las ramas de los tamariscos.

Se incorporó, requiriendo la escopeta, buscando en su faja el revólver. Tan pronto como oyese un grito de reto ó un temblor en la puerta, se echaba ventana abajo y dando vuelta á la torre cogía al enemigo por la espalda.

Pasó más tiempo... ¡Nada! Febrer quiso mirar el reloj, pero sus manos no obedecían á su voluntad. Ya no brillaba en la sombra la punta rojiza del cigarro. Su cabeza erguida había acabado por caer sobre la almohada; sus ojos se cerraron: oyó gritos de reto, tiros, maldiciones, pero esto fué en un estado anormal, como si viviese en otro mundo, donde los insultos y los ataques no despertaban su sensibilidad. Luego... nada: una sombra densa, una noche profunda é interminable, sin el más leve destello de visión... Le despertó un rayo de sol que pasando por una rendija de la ventana venía á dar en sus ojos. Renació con la luz diurna la blancura de aquellos muros, que parecían sudar durante la noche la sombra y el bárbaro misterio de otros siglos.

Jaime se levantó contento, y al deshacer la barricada de muebles que obstruía la puerta, rió algo avergonzado de su precaución, considerándola casi una cobardía. Las mujeres de *Can Mallorquí* le habían trastornado con su miedo. ¡Quién podía venir á buscarle en la torre, sabiendo que estaba alerta y lo recibiría á tiros! La ausencia del

Ferrer cuando él se había presentado en la fragua, y la calma de la noche anterior, daban que pensar á Jaime. ¿Estaría herido el *vèrro?* ¿Le habría alcanzado alguna de sus balas?...

Pasó la mañana en el mar. El tío Ventolera le llevó hasta el Vedrá, alabando la ligereza y otros méritos de su barca. La reparaba año tras año, no quedando en ella ni una astilla de su primitiva construcción. Pescaron al abrigo de las rocas hasta media tarde. Al volver á la torre, Febrer vió al *Capellanet* que corría por la playa, agitando en lo alto una cosa blanca.

Antes de saltar á tierra, cuando la barca hundía su proa en la grava, el muchacho le gritó con la impaciencia del que guarda una gran noticia:

—*¡Una carta, don Chaume!*

¡Una carta!... Verdaderamente, en aquel rincón del mundo, el más extraordinario suceso que podía turbar la vida ordinaria era la llegada de una carta. Febrer la revolvió entre sus manos examinándola, como algo extraño y lejano. Miró el sello: luego miró la letra del sobre... La conocía; despertaba en su memoria la misma impresión que un rostro amigo al que no podemos asociar un nombre. ¿De quién era?...

El *Capellanet* mientras tanto daba explicaciones sobre este gran suceso. La carta la había traído el peatón á media mañana. Era del vapor correo de Palma, llegado á Ibiza en la noche anterior. Si deseaba contestarla, debía hacerlo sin pérdida de

tiempo. El buque volvería á Mallorca al día siguiente.

Jaime, camino de la torre, rompió el sobre y buscó la firma, casi al mismo tiempo que en su memoria se precisaba el recuerdo y surgía un nombre: Pablo Valls. ¡El capitán Pablo le escribía, luego de medio año de silencio, y su carta era larga, varias hojas de papel comercial, cubiertas de apretada escritura!

Á las primeras líneas, el mallorquín sonrió. El capitán estaba allí, en aquellos renglones, con su ruda y desbordante personalidad, escandaloso, simpático y agresivo. Febrer creyó contemplar sobre el papel su nariz enorme y pesada, sus patillas canas, sus ojos de color de aceite con pintas de tabaco, su chambergo abollado puesto de través.

La carta comenzaba de un modo terrible: «Querido sinvergüenza.» Y en el mismo estilo seguían los primeros párrafos.

—Esto vale la pena—murmuró sonriendo—. Esto hay que leerlo despacio.

Y guardándose la carta con el regodeo del que se reserva un placer retardando su voluptuosidad, Jaime subió á la torre, después de despedir al muchacho.

Se sentó junto á la ventana, con el busto echado atrás, la espalda apoyada en la mesa, y comenzó á leer. Una explosión de cómica furia, de insultos cariñosos, de indignaciones por cosas olvidadas, llenaba las primeras páginas. Pablo Valls desbor-

dábase con graciosa incoherencia, como un charlatán condenado largo tiempo al silencio que sufre el suplicio de su verbosidad comprimida. Echaba en cara á Febrer su origen y su orgullo, que le habían impulsado á huir sin despedirse de los amigos. «Al fin, de raza de inquisidores.» Sus abuelos habían quemado á los de Valls: ¡que no lo olvidase! Pero en algo debían de distinguirse los buenos de los malos, y él, el réprobo, el *chueta,* el hereje aborrecido de unos y otros, había correspondido á esta falta de amistad ocupándose de los asuntos de Jaime. Ya le habría escrito varias veces hablándole de esto su amigo Tòni Clapés, cuyos negocios marchaban bien, como siempre, aunque acababa de sufrir algunas contrariedades. Le habían cogido dos barcas cargadas de tabaco.

«Pero no divaguemos: al grano. Ya sabes que soy un hombre práctico: un verdadero inglés, enemigo de perder el tiempo.»

Y el hombre práctico, el inglés, para no divagar más cubría otras dos hojas con las explosiones de su indignación contra todo lo que le rodeaba: contra sus hermanos de raza, tímidos y humildes, que besuqueaban la mano enemiga; contra los nietos de los antiguos perseguidores; contra el feroz padre Garau, del que no quedaba ni polvo; contra la isla entera, la famosa *Roqueta,* á la que vivían sujetos los suyos por un amor al terruño, pagado siempre con aislamiento é insultos.

«Pero no divaguemos: orden, método y claridad.

Sobre todo escribamos prácticamente. La falta de un carácter práctico es lo que nos pierde.»

Y hablaba á continuación de la *Papisa Juana,* imponente señora, á la que Pablo Valls había visto siempre de lejos, siendo para ella la personificación de todas las impiedades revolucionarias y todos los pecados de su raza. «Por este lado no tengas esperanza.» La tía de Febrer sólo se acordaba de él para lamentarse de su mal fin y alabar la justicia del Señor, que castiga á los que caminan por malos senderos y se apartan de las santas tradiciones de la familia. Unas veces le creía en Ibiza la buena señora; otras afirmaba saber con certeza que habían visto á su sobrino en América, dedicado á los más bajos oficios. «De todos modos, cachorro de inquisidor, tu santa tía no se acuerda de ti y no debes esperar de ella el menor auxilio.» Ahora se murmuraba en la ciudad que renunciando definitivamente á las pompas del mundo y tal vez á la «Rosa de Oro» pontificial, que nunca acababa de llegar, entregaría sus bienes á los sacerdotes de su corte, yendo á encerrarse en un convento con todas las comodidades de una dama de privilegio. La *Papisa* se alejaba para siempre: imposible esperar nada de ella. «Y aquí entro yo, pequeño Garau: yo, el réprobo, el *chueta,* el rabudo, que deseo ser adorado y reverenciado por ti como si fuese la Providencia.»

Al fin el hombre práctico, el enemigo de las divagaciones, cumplía su promesa y el estilo de la

carta tornábase conciso, con una sequedad comercial. Primero un largo relato de los bienes que aun poseía Jaime antes de partir de Mallorca, esclavos de toda clase de gravámenes é hipotecas; luego una lista de sus acreedores, que era mayor que la de los bienes, seguida de una relación de intereses y obligaciones, enmarañada red en la que se perdía la memoria de Febrer, pero por en medio de la cual caminaba Valls rectamente, con la seguridad de los de su raza para desentrañar los más confusos negocios.

El capitán Pablo había pasado medio año sin escribir á su amigo, pero ocupándose diariamente de sus asuntos. Había peleado con los más feroces usureros de la isla, insultando á unos, venciendo á otros en astucia, valiéndose de la persuasión ó de la bravata, avanzando dinero para satisfacer los créditos más urgentes, que amenazaban con el embargo y la venta. Total: había dejado limpia y sana la fortuna de su amigo, pero ésta resurgía del terrible combate achicada y casi insignificante. Sólo le restaban á Febrer unos miles de duros; tal vez no llegarían á quince: pero mejor era esto que vivir en su antiguo ambiente de gran señor sin tener que comer y sometido á las exigencias de los acreedores. «Ya es hora de que vuelvas. ¿Qué haces ahí? ¿Vas á estar toda tu vida hecho un Robinsón, en esa torre de piratas?» ¡Á volver inmediatamente! Podría vivir con modestia, la vida en Mallorca es barata. Además, podía soli-

citar un empleo del Estado: con su nombre y sus relaciones no era difícil conseguirlo. Podía dedicarse al comercio bajo la dirección y consejo de un hombre como él. Si deseaba viajar, no le sería difícil á Valls buscarle una colocación en Argelia, en Inglaterra ó en América. El capitán tenía amigos en todas partes. «Vuelve pronto, pequeño Garau, inquisidor simpático: no te digo más.»

Febrer pasó el resto de la tarde leyendo la carta ó paseando por los alrededores de la torre, conmovido por estas noticias. Los recuerdos de su pasada existencia, amortiguados por la vida rural y solitaria, surgían ahora con el mismo relieve que si fuesen sucesos del día anterior. ¡Los cafés del Borne! ¡Sus amigos del Casino!... ¡Volver allá, pasando de un salto á la vida ciudadana, luego de su reclusión casi salvaje en la torre!... Se marcharía cuanto antes: estaba resuelto á ello. Partiría á la mañana siguiente, aprovechando el viaje de vuelta del mismo vapor que había traído la carta.

El recuerdo de Margalida surgió en su memoria, como para retenerle en la isla. La veía blanca, con sus adorables redondeces y sus ojos vergonzosos y bajos, que parecían ocultar como un pecado el negro ardor de las pupilas. ¡Dejarla! ¡no verla más!... ¡Y ella iba á ser de uno de aquellos bárbaros, que usarían su belleza en las faenas del campo, convirtiéndola poco á poco en una bestia agrícola, negra, callosa y arrugada!...

Pero una afirmación pesimista le arrancó al poco tiempo de esta duda cruel. Margalida no le amaba; no podía amarle. Un mutismo desconcertante y lágrimas misteriosas, era todo lo que él había podido conseguir con sus declaraciones de amor. ¿Á qué empeñarse en conquistar lo que á todos parecía imposible? ¿Por qué seguir la lucha sorda con toda la isla, por una mujer que aun no sabía él, ciertamente, si le amaba?...

La alegría de las recientes noticias, volvió escéptico á Febrer. «Nadie se muere de amor.» Le costaría un gran esfuerzo abandonar aquella tierra al día siguiente: experimentaría honda tristeza al perder de vista la blancura africana de *Can Mallorquí.* Pero al sentirse libre del ambiente de la isla, al no vivir entre rústicos y volver á su antigua existencia, tal vez no fuese Margalida más que un pálido recuerdo, y él el primero en reir de esta pasión por una *atlòta,* hija de un antiguo arrendatario de su familia.

No vaciló más. La noche la pasaría en la soledad de la torre, como un hombre primitivo, de los que vivían acechados por el peligro, dispuestos á matar: á la noche siguiente estaría sentado ante la mesa de un café, bajo la luz de los focos eléctricos, viendo carruajes junto á las aceras y pasando por el centro del Borne mujeres más hermosas que Margalida. ¡Á Mallorca! No viviría en un palacio: el caserón de los Febrer lo perdía para siempre en el arreglo revolucionario

y salvador ideado por el amigo Valls: pero no le faltaría una casita pequeña y limpia en el Terreno ú otro barrio vecino al mar, y en ella la compañía y el cuidado maternal de *madó* Antonia. Ninguna tristeza, ninguna vergüenza le esperaban allá. Hasta se vería libre de la presencia de don Benito Valls y su hija, á los que había abandonado de un modo incorrecto, sin palabras de excusa. El rico *chueta,* según anunciaba su hermano en la carta, vivía ahora en Barcelona para cuidar mejor de su salud. Indudablemente, como creía el capitán Pablo, este viaje era para encontrar un yerno lejos de las preocupaciones que perseguían en la isla á los de su raza.

Al cerrar la noche llegó el *Capellanet* con la cesta de la cena. Mientras Febrer comía ávidamente, con el buen apetito de la alegría, el muchacho anduvo por la habitación, atisbando con ojos ansiosos, por si podía encontrar aquella carta, que había excitado su curiosidad. Nada. La alegría del señor acabó por contagiarle, y rió también, sin saber de qué, creyéndose obligado á estar de buen humor, ya que don Jaime lo estaba.

Febrer bromeó sobre su próxima ida al Seminario. Pensaba hacerle un regalo, pero un regalo extraordinario, como no podía imaginárselo, y al lado del cual nada valdría el cuchillo. Sus ojos, al decir esto, miraban la escopeta colgada del muro.

Cuando se fué el muchacho, cerró la puerta y se entretuvo á la luz de la vela en hacer el inven-

tario y distribución de los objetos que llenaban su vivienda. En un antiguo arcón de madera, tallado á cuchillo groseramente, estaban dobladas con cuidado por Margalida, entre hierbas olorosas, las ropas con que había llegado él de Mallorca. Las vestiría á la mañana siguiente. Pensó con cierto terror en el suplicio de las botas y el tormento del cuello de la camisa, después de su larga temporada de libertad campestre, pero quería salir de la isla lo mismo que había venido á ella. Lo demás lo regalaba á Pèp, y la escopeta á su hijo, riendo del gesto del pequeño seminarista ante este presente, que llegaba algo tarde... Ya cazaría con ella cuando fuese cura de uno de los *cuartones* de la isla.

Volvió á sacar del bolsillo la carta de Valls, complaciéndose en leerla lentamente, como si cada vez encontrase en su texto nuevas noticias. Mientras leía estos párrafos, que le eran ya familiares, su pensamiento trabajaba aparte á impulsos de la alegría. ¡El buen amigo Pablo! ¡Y qué á tiempo llegaban sus consejos!... Le sacaba de Ibiza en el instante más oportuno, cuando se veía en guerra abierta con todas aquellas gentes rudas, que deseaban la muerte del forastero. No se equivocaba el capitán. ¿Qué hacía allí, como un nuevo Robinsón, que ni siquiera podía disfrutar la paz de la soledad?... Valls, oportuno como siempre, le libraba del peligro.

Su vida de horas antes, cuando aun no había recibido la carta, parecíale absurda y ridícula.

Ahora era otro hombre. Sonreía con lástima y vergüenza de aquel loco que el día anterior, llevando la escopeta al hombro, había emprendido el camino de la montaña para buscar á un antiguo presidiario, retándolo á bárbaro duelo en la soledad del bosque. ¡Como si toda la vida del planeta estuviese concentrada en la pequeña isla y hubiera que matar para poder existir! ¡Como si no hubiera vida ni civilización más allá de la sábana azul que rodeaba á este pedazo de tierra, con su grupo humano de alma primitiva, petrificada en las costumbres de otros siglos!... ¡Qué locura! Esta era la última noche de su existencia salvaje. Al día siguiente, todo lo ocurrido no sería más que una aglomeración de recuerdos interesantes, con cuyo relato podría entretener á sus amigos del Borne.

Febrer cortó repentinamente sus pensamientos, separando los ojos del papel. Al encontrar su mirada una mitad de la habitación en la sombra y otra mitad en una luz rojiza que hacía temblar los objetos, pareció volver del lejano viaje al que le arrastraba su imaginación. Aun vivía en la torre del Pirata; aun estaba en medio de lobregueces, de la soledad poblada por los rumores de la Naturaleza, en el interior de un cubo de piedra cuyas paredes parecían sudar lóbrego misterio.

Algo había sonado fuera de la torre: un grito, un aullido, distinto del de la otra noche, más sofocado, más lejano. Jaime tuvo la sensación de que aquel grito venía de muy cerca, de que tal

vez lo lanzaba alguien oculto en los grupos de tamariscos.

Concentró su atención, y al poco rato el aullido volvió á sonar. Era el mismo *aucamiento* de la otra noche, pero sordo, quedo, ronco, como si el que lo lanzaba tuviera miedo de que el grito se esparciese demasiado, colocando sus manos en torno de la boca para enviarlo con esta bocina natural únicamente hacia la torre.

Pasada la primera sorpresa, rió silenciosamente, encogiendo los hombros. No pensaba moverse. ¿Qué le importaban ya estas costumbres primitivas, estos retos de payeses? «Aúlla, buen hombre: grita hasta que te canses: estoy sordo.»

Y para distraer su atención volvió á leer la carta, complaciéndose en el saboreo de la larga lista de acreedores, muchos de cuyos nombres evocaban visiones coléricas ó grotescos recuerdos.

El aullido continuó sonando á largos intervalos, y cada vez que su ronca estridencia cortaba el silencio, Febrer se estremecía de impaciencia y de cólera. ¡Cristo! ¿Iba á pasar así la noche, desvelado por esta serenata amenazadora?...

Pensó que tal vez el enemigo oculto en la maleza veía las rendijas de la puerta iluminadas, y esto le hacía persistir en sus provocaciones. Apagó la vela y se tendió en la cama, experimentando una sensación de bienestar al verse en la obscuridad, con la espalda hundida en las crujientes blanduras del jergón. Podía aullar horas y horas hasta

perder la voz aquel bárbaro. Él no quería moverse. ¿Qué le importaban sus insultos?... Y reía con una alegría de bienestar animal, en la blandura de su lecho, mientras el otro enronquecía oculto tras los matorrales, con el arma preparada y el ojo atento. ¡Qué chasco para el enemigo!...

Febrer casi se durmió arrullado por estos gritos de amenaza. Había colocado tras la puerta la misma barricada de la noche anterior. Mientras sonasen los gritos tenía la certeza de que ningún peligro le amenazaba. De pronto, con un estremecimiento rudo, se incorporó, repeliendo ese sopor que precede al sueño. Ya no sonaban aullidos. Lo que le había desvelado era el misterio del silencio, más amenazador é inquietante que las vociferaciones de la hostilidad.

Avanzando la cabeza creyó percibir entre los rumores confusos y fundidos de la respiración nocturna un roce, un leve crujir de madera, algo semejante al ligero peso de un gato trepando de peldaño en peldaño por la escala de la torre, con largas pausas de inmovilidad.

Jaime buscó el revólver y aguardó con él en la mano. El arma parecía temblar entre sus dedos. Comenzaba á sentir la cólera del hombre fuerte que adivina junto á su puerta el rondar de un enemigo.

La lenta ascensión se detuvo, tal vez en mitad de la escala, y tras largo silencio, oyó el solitario una voz queda, una voz que sonaba sólo para él.

Era la voz del *Ferrer:* la reconocía. Le invitaba á salir: le llamaba cobarde, uniendo á este insulto otras injurias para la odiada isla donde había nacido.

Con irreflexivo impulso, se levantó Jaime de la cama, sonando ruidosamente el jergón bajo el hundimiento de sus rodillas. Al estar de pie, en la obscuridad, con el revólver en la mano, volvió á tenerse lástima por este movimiento y á despreciar á su retador. ¿Por qué hacerle caso? Debía volver á acostarse... Hubo una larga pausa, como si el enemigo, al escuchar los crujimientos del jergòn, esperase que el habitante de la torre fuera á salir de un momento á otro. Pero transcurrió algún tiempo, y la voz ronca é injuriosa volvió á sonar en la calma de la noche. Le llamaba cobarde otra vez: invitaba á salir al mallorquín. «Sal, hijo de...»

Febrer, ante este insulto, tembló, guardándose el revólver en la faja. ¡Su madre! ¡Su pobre madre, pálida, enferma y dulce como una santa, resucitando con la mayor de las infamias en la boca de aquel presidiario!...

Anduvo instintivamente hacia la puerta, tropezando á los pocos pasos con la mesa y las sillas amontonadas. No; la puerta no... Un rectángulo de luz brumosa y azul se marcó en el muro lóbrego. Jaime acababa de abrir la ventana. El fulgor sideral iluminó débilmente la contracción de su rostro, un rictus frío, desesperado, cruel, que le daba gran semejanza con el comendador don Priamo y

otros navegantes de guerra y destrucción, cuyos retratos se empolvaban en la casa de Mallorca.

Sentóse en el alféizar, echando las piernas fuera, y lentamente comenzó á descender, tanteando con los pies las oquedades del muro, para evitar que rodasen piedras sueltas, denunciándolo con su estrépito.

Al tocar tierra, sacó el revólver de la faja, y agachándose, casi de rodillas, con una mano en el suelo, comenzó á seguir el contorno de la base de la torre. Sus pies se enredaron en las raíces de los tamariscos que el viento había dejado al descubierto, y que se hundían en la arena como marañas de negras serpientes. Cada vez que un tropezón de estos le hacía vacilar, obligándolo á rudos tirones para seguir adelante, cada vez que una piedra rodaba ó crujía, deteníase, conteniendo la respiración. Temblaba, no de miedo, sino de ansiedad y zozobra, con la inquietud del cazador que teme llegar tarde. ¡Ah, si caía sobre el enemigo, si le pillaba cerca de la puerta lanzando á media voz sus mortales injurias!...

Arrastrándose como una bestia, casi á flor del suelo, llegó á ver el extremo inferior de la escala, luego los peldaños superiores, y al fin la puerta negra, en mitad del cubo de la torre, que aparecía blanco, bajo el fulgor de las estrellas. ¡Nadie! El enemigo había huído.

La sorpresa le hizo incorporarse, avizorando con inquietud la negra y ondulante mancha

de matorrales que se extendía ladera abajo. Esta mirada duró poco. Un culebreo rojo, una ondulación llameante y breve, seguida de una nubecilla y de un trueno, salió de entre los tamariscos, á corta distancia de él. Jaime creyó recibir en el pecho una piedra, un guijarro caliente que tal vez había hecho saltar el estrépito de la detonación.

—¡No es nada!—pensó.

Pero al mismo tiempo vióse en el suelo, sin saber cómo, tendido de espaldas.

—¡No es nada!—pensó otra vez.

Y revolviéndose instintivamente, dió la vuelta, quedando con el pecho en tierra, apoyado en una mano, tendiendo la otra, que empuñaba el revólver. Sentíase fuerte, repetía en su interior que aquello no era nada, pero el cuerpo se negó con súbita torpeza á obedecer su voluntad. Parecía pegado al suelo por dolorosa simpatía.

Vió removerse los matorrales, como á impulsos de una bestia obscura, cautelosa y maligna. Allí estaba el enemigo: primero avanzó la cabeza, luego el busto, al fin sacó las piernas de entre el ramaje crujidor.

Febrer, con la rápida visión que acompaña al ahogado y al moribundo en sus últimos instantes, visión en la que se concentran los fugitivos recuerdos de toda la vida anterior, pensó en su juventud, cuando tiraba á la pistola en el jardín de Palma, tendido en el suelo y fingiéndose herido, como un ensayo de ilusorios encuentros. Por

primera vez iba á servirle esta caprichosa precaución.

Vió claramente el bulto negro del enemigo, inmóvil ante el punto de mira de su revólver. Le vió cada vez más turbio, más indeciso, como si la noche se obscureciese por momentos. Avanzaba cautelosamente, también con un arma en la mano, sin duda para rematarlo. Entonces tiró del gatillo una, y otra, y otra vez, creyendo que el arma no funcionaba, sin llegar á oir sus detonaciones, diciéndose en su desesperación que el enemigo iba á caer sobre él privado de defensa. Ya no le veía. Una niebla blanca se extendió ante sus ojos; le zumbaron los oídos... Pero cuando creía sentir cerca de él á su contrario, la niebla se deshizo, volvió á ver la luz tranquila y azul de la noche, y á pocos pasos, tendido igualmente en el suelo, un cuerpo que se revolvía, que se arqueaba, arañando la tierra, lanzando un ronquido angustioso, un hipo de muerte.

Jaime no pudo comprender este prodigio. ¿Realmente era él quien había tirado?...

Quiso levantarse, y sus manos, al palpar el suelo, chapotearon en un barro denso y caliente. Se tocó el pecho, y también lo encontró mojado por algo tibio y espeso que chorreaba en hilillos sutiles é incesantes. Intentó contraer las piernas para arrodillarse, y las piernas no le obedecieron. Sólo entonces se convenció de que estaba herido.

Sus ojos perdieron la limpieza de visión. Con-

templó doble la torre, luego triple, después toda una cortina de cubos de piedra que se extendía por la costa, hundiéndose mar adentro. Esparcióse un gusto acre por su paladar y sus labios. Le pareció que bebía algo caliente y vigoroso, pero que lo bebía al revés, por un capricho del mecanismo de su vida, viniendo el extraño licor á su paladar desde lo más recóndito de las entrañas. El bulto negro que se revolvía entre ronquidos á pocos pasos de él, agrandábase cada vez que en sus contorsiones tocaba el suelo. Era ya una bestia apocalíptica, un monstruo de la noche que al arquearse llegaba á las estrellas.

El ladrido de un perro y voces de personas, disolvieron estas fantasmagorías de la soledad. De la sombra surgieron luces.

—*¡Don Chaume! ¡Don Chaume!*

¿De quién era esta voz femenil? ¿Dónde la había oído?...

Vió bultos negros que se movían, que se inclinaban, llevando en las manos estrellas rojas. Vió un hombre que retenía á otro más pequeño, y en la mano de éste un relámpago blanco, tal vez un cuchillo, con el que pretendía rematar al monstruo pataleante.

No vió más. Sintió que unos brazos suaves, de fina epidermis y dulce calor, le cogían la cabeza. Una voz, la misma de antes, trémula y llorosa, sonó en sus oídos con un estremecimiento que pareció difundirse por todo su cuerpo.

—*¡Don Chaume!... ¡Ay, don Chaume!*

Percibió en su boca un roce dulce, algo suave que le acariciaba con sedosa sensación, y poco á poco fué extremando su contacto, hasta convertirse en un beso frenético, desesperado, rabioso de dolor.

El herido, antes de perder la vista, sonrió débilmente al reconocer junto á sus ojos unos ojos lacrimosos de amor y de pena: los ojos de Margalida.

IV

Al verse Febrer en una pieza de *Can Mallorquí*, tendido en una cama alta—tal vez la cama de Margalida—, fué dándose cuenta de lo ocurrido poco antes.

Había llegado por su pie á la alquería, apoyado en Pèp y su hijo, sintiendo á sus espaldas unas manos de simpático tacto que parecían temblar. Eran remembranzas vagas, imprecisas, rodeadas de un nimbo de blanca niebla; algo semejante á la confusa memoria de hechos y palabras, luego de un día de embriaguez.

Recordaba que su frente había buscado con mortal pereza un apoyo en el hombro de Pèp; que las fuerzas le iban abandonando, como si la vida se escapase con el chorreo caliente y viscoso que cosquilleaba á lo largo de su pecho y su espalda. Recordaba que tras sus pasos sonaban gemidos sordos, palabras entrecortadas implorando el auxilio de todos los poderes celestiales. Y él, en medio de su debilidad, latientes las sienes por el zumbido cerebral que acompaña al desvanecimiento, hacía es-

fuerzos para concentrar sus energías en las piernas, avanzando paso tras paso, con el temor de quedarse para siempre en el camino. ¡Cuán interminable la bajada á *Can Mallorquí!* Había durado horas, había durado días: en su memoria obscura aparecía esta marcha casi tan larga como toda su vida anterior.

Cuando brazos amigos le ayudaron á subir al lecho, y á la luz de un candil fueron despojándolo de sus ropas, Febrer experimentó una sensación de bienestar y descanso. ¡No levantarse más de estas blanduras! ¡Permanecer en ellas para siempre!...

¡Sangre!... El rojo escandaloso de la sangre por todas partes; en la chaqueta y la camisa, que cayeron como guiñapos al pie de la cama, en la blancura rígida de las gruesas sábanas, en el cubo de agua que se iba colorando al mojar Pèp un trapo para lavar el busto del herido. Cada prenda arrancada de su cuerpo, esparcía en torno una menuda lluvia. Las ropas interiores despegábanse de la carne con un tirón que producía escalofríos. La luz del candil, en su llamear vacilante, sacaba de las sombras una eterna nota roja.

Las mujeres prorrumpían en lamentos. La madre de Margalida, olvidando toda prudencia, juntaba las manos y elevaba los ojos con una expresión de terror. ¡Reina Santísima!.... Febrer, á quien el descanso en la cama había devuelto la serenidad, extrañábase de estas exclamaciones. Él se sentía

bien: ¿por qué se alarmaban de tal modo las mujeres? Margalida, silenciosa, con los ojos agrandados por el terror, iba de un lado á otro, revolviendo ropas, abriendo arcas con la precipitación del miedo, pero sin aturdirse ante los gritos furiosos de su padre.

El buen Pèp, ceñudo, con una palidez verdosa en su tez obscura, manejaba al herido al mismo tiempo que daba órdenes. ¡Hilas! ¡muchas hilas!... ¡Silencio las hembras! ¿Á qué tantos gritos y lamentos? Lo que debía hacer su mujer era ir en busca de cierto pucherete con un ungüento maravilloso guardado á prevención desde los tiempos de su valeroso padre, un *vèrro* temible habituado á las heridas.

Y cuando la madre, atontada por estas órdenes furiosas, quería unirse á Margalida para buscar el remedio, la reclamaba otra vez su marido al lado del lecho. Debía sostener al señor: lo había puesto de lado para examinar y lavar al mismo tiempo el pecho y la espalda. El pacífico Pèp había visto de mozo sucesos más estupendos que aquél, y entendía algo de heridas. Al borrar las manchas de sangre con el trapo mojado, dejó al descubierto dos orificios en el busto de don Jaime, uno en el pecho y otro en la espalda... Bueno: la bala le había atravesado el cuerpo: no habría que extraerla, y esto llevaban adelantado.

Con sus manos rústicas, á las que pretendía infundir cierta delicadeza femenil, pugnaba por for-

mar unos tapones de hilas, introduciéndolos en aquellos orificios de carne rota y sanguinolenta, que seguían vomitando mansamente el rojo líquido. Margalida, frunciendo las cejas y desviando la vista para no encontrarse con los ojos del herido, intervino apartando á Pèp. «Deje, padre»: tal vez ella sabría hacerlo mejor... Y Jaime creyó percibir en su carne viva, sensible, vibrante por el cruel rasguño, una impresión de frescura, de dulce calma al hundirse en ella los tapones manejados por los dedos de la muchacha.

Quedó Jaime inmóvil, sintiendo en la espalda y en el pecho los trapos amontonados por las dos mujeres en su horror á la sangre.

El optimismo que le había animado al doblarse sus piernas y caer junto á la torre, volvió á reaparecer. Seguramente, aquello no era nada: una herida insignificante: sentíase mejor. Le molestaba, como si fuese algo inoportuno, el gesto triste y silencioso de los que le rodeaban, y sonrió para animarlos. Intentó hablar, pero el primer intento de palabra le produjo una gran fatiga.

El payés le atajó con un gesto. Quieto, don Jaime: debía permanecer inmóvil. El médico iba á venir. Su hijo había montado en la mejor caballería de la casa, para traerlo de San José.

Y al ver á don Jaime con los ojos muy abiertos, persistiendo en su sonrisa animosa, Pèp siguió hablando para entretener al herido.

Estaba él durmiendo con la pesadez de un sueño

inconmovible, cuando le despertaron las voces y tirones de su mujer, los gritos de los *atlòts,* que corrían hacia la puerta queriendo salir. Fuera de la alquería, por la parte de la torre, sonaban tiros. ¡Otro ataque al señor, lo mismo que dos noches antes!... Pepet, al escuchar los últimos disparos, pareció alegrarse. Eran de don Jaime: conocía el estampido de su revólver.

Pèp había encendido el farol que le servía para salir al campo, su mujer cogió el candil, y todos corrieron cuesta arriba hacia la torre, sin pensar en el peligro. El primero que encontraron fué el *Ferrer,* moribundo, con la cabeza chorreando sangre, lanzando aullidos y retorciéndose lo mismo que un demonio... Ya había acabado de penar. ¡Que Dios le acogiese en su misericordia! Pèp había tenido que ir á las manos con su hijo, rabioso y maligno como un mono, que, al ver al moribundo, extrajo de su faja un gran cuchillo, pretendiendo rematarlo. ¿De dónde habría sacado Pepet aquella arma? ¡El demonio son los muchachos! ¡Famoso juguete para un seminarista!...

Y el padre señalaba con los ojos el cuchillo regalado por Febrer al *Capellanet,* que estaba ahora abandonado sobre una silla.

Luego habían descubierto al señor, caido de bruces cerca de la escalera de la torre. ¡Ay, don Jaime, qué susto el de Pèp y su familia! Le habían creído muerto. En estos trances es cuando se conoce el cariño que se tiene á las personas.

Y el buen payés, con su mirada lacrimosa, parecía besar al herido, acompañándole en esta caricia muda las dos mujeres, que encogidas junto á la cama pretendían devolverle la salud con sus ojos.

Esta mirada de cariño y de zozobra dolorosa fué lo último que vió Febrer. Sus ojos se cerraron, y dulcemente fué cayendo en un sopor, sin ensueños, sin delirio, en la blandura gris de la nada, como si su pensamiento se durmiera antes que su cuerpo.

Cuando volvió á abrir los ojos ya no era roja la luz que alumbraba la habitación. Vió el candil colgado en el mismo sitio, con la mecha negra y apagada. Una luz glacial y lívida penetraba por el ventanillo del dormitorio: la luz del amanecer. Jaime experimentó una sensación de frío. Arrancaban de su cuerpo las cubiertas del lecho: unas manos ágiles tentaban los envoltorios de sus heridas. La carne, insensible pocas horas antes, estremecíase ahora al más leve contacto, con la espeluznante vibración del dolor, despertando un deseo irresistible de quejarse.

El herido, siguiendo con su mirada nebulosa las manos que le martirizaban, vió unas mangas negras, luego una corbata, un cuello de camisa distinto de los que usaban los payeses, y encima de todo esto una cara con bigote cano, una cara que había visto muchas veces en los caminos, pero que no podía asimilar al recuerdo de un nombre. Poco

á poco fué reconociéndola. Debía ser el médico de San José, al que había encontrado muchas veces á caballo ó guiando un carrito; un practicón viejo, calzando alpargatas como los payeses, y que sólo se diferenciaba de éstos por la corbata y el cuello planchado, signos de superioridad que mantenía cuidadosamente.

¡Cómo le atormentaba este hombre al palpar su carne, que parecía haberse endurecido, haciéndose más sensible, con una sensibilidad enfermiza y tímida, cual si se contrajera al simple contacto del aire!... Cuando perdió de vista esta cara y no sintió ya el martirio de las manos, sumióse otra vez en el sopor del descanso. Cerró los ojos, pero su oído pareció aguzarse en esta obscuridad. Hablaban en voz baja fuera de la pieza, en la inmediata cocina, y el herido sólo llegó á percibir algunas frases de esta conversación sorda. Una voz desconocida, la del médico, sonaba en medio del angustioso silencio. Felicitábase de que la bala no se hubiese quedado en el cuerpo: indudablemente sólo había atravesado en su trayectoria el pulmón. Aquí un coro de exclamaciones de asombro, de ayes contenidos, y la protesta de la misma voz. Sí, el pulmón: no había que asustarse. «El pulmón se cicatriza con facilidad. Es el órgano más bondadoso del cuerpo. Sólo había que temer á la pulmonía traumática.»

El herido, escuchando esto, persistía en su optimismo. «No es nada: no es nada.» Y otra vez

volvía á sumergirse dulcemente en el brumoso mar del sopor, un mar inmenso, terso, pesado, en el que se hundían visiones y sensaciones sin ondulación ni huella.

Desde este instante Febrer perdió la noción del tiempo y de la realidad. Vivía aún: estaba cierto de ello, pero su vida era anormal, extraña, una larga vida de sombra é inconsciencia, con ligeros intervalos de luz. Abría los ojos y era de noche: el ventanillo estaba negro y la llama del candil lo coloreaba todo de inquietas manchas rojas que danzaban agarradas á las sombras. Volvía á abrirlos cuando sólo consideraba transcurridos unos instantes, y era ya de día: un rayo de sol entraba en la habitación trazando un redondel de oro á los pies de la cama. Y de este modo se sucedían con una rapidez fantástica el día y la noche, como si se hubiese trastornado para siempre el curso del tiempo. Cuando no era así, la general revolución, en vez de marchar aceleradamente, se inmovilizaba en una monotonía desesperante. Al abrir el herido los ojos era de noche, eternamente de noche, como si el globo viviese condenado á interminables tinieblas: otras veces brillaba el sol siempre seguido, como en los países árticos, sometidos al deslumbramiento irritante de un día de meses.

En un despertar de estos encontró los ojos del *Capellanet*. El muchacho, creyéndolo súbitamente mejorado, le habló con voz queda para no incu-

rrir en las iras de su padre, que recomendaba el silencio.

Ya habían enterrado al *Ferrer*. El valentón estaba pudriendo tierra. ¡Qué tiros tan certeros los de don Jaime! ¡Qué mano la suya!... Le había deshecho la cabeza.

El *atlòt* recordaba todo lo ocurrido después, con el orgullo del que ha gozado el honor de presenciar un suceso histórico. Habían llegado de la ciudad el juez con su bastón de borlas, el oficial de la Guardia civil y dos señores que llevaban papeles y tinteros; todos con escolta de tricornios y fusiles. Estos personajes omnipotentes, tras un descanso en *Can Mallorquí*, habían subido hasta la torre, mirándolo todo, escudriñándolo todo, corriendo el terreno como si quisieran tomar medidas, obligándole á él, ¡al *Capellanet!* á que se tendiese en el sitio en que había encontrado á don Jaime, adoptando su misma postura. Luego unos vecinos piadosos, con la venia del juez, se habían llevado el cadáver del *Ferrer* al cementerio de San José, y la imponente comitiva de la justicia bajó á la alquería, para hacer preguntas al herido. Imposible hablarle. Dormía, y cuando le despertaban miraba á todos con ojos vagos, volviéndolos á cerrar inmediatamente. ¿De veras que no se acordaba el señor?... Ya le preguntarían otra vez cuando estuviese bueno. No había cuidado: todas las gentes honradas, lo mismo que la justicia, «estaban á favor de ellos». Como el *Ferrer* carecía

de parientes próximos que le vengasen y se había hecho antipático, los vecinos no tenían interés en callar y todos decían la verdad. El *vèrro* había ido dos noches á buscar al señor en su torre, y el señor se había defendido. Era seguro que no le harían nada. Lo afirmaba el *Capellanet*, que por sus aficiones belicosas tenía algo de jurisconsulto. «Defensa propia, don Jaime...» En la isla sólo se hablaba de este suceso. En los cafés y casinos de la ciudad todos le daban la razón. Hasta habían escrito á Palma relatando el hecho para que lo publicasen los diarios. Á estas horas sus amigos de Mallorca estarían enterados de todo.

La causa iba á ser corta. Al único que se habían llevado á Ibiza para meterlo en la cárcel era al *Cantó* por sus amenazas y mentiras. Intentaba hacer creer que era él quien había ido en busca del odiado mallorquín: ensalzaba al *vèrro* como una víctima inocente: pero de un momento á otro le pondría en libertad la justicia, cansada de sus trapacerías y embustes. El *atlòt* hablaba de él con desprecio. Aquel gallina no podía darse el lujo de matar á un hombre. ¡Todo farsa!...

Otras veces, al abrir el herido sus ojos, veía la figura inmóvil y acurrucada de la mujer de Pèp mirándole fijamente con sus pupilas sin expresión, moviendo los labios como si rezase, interrumpiendo este silabeo mudo con suspiros profundos. Apenas se encontraba con la mirada vidriosa de Febrer, corría á una mesita llena de botellas y vasos. Su

cariño manifestábase con un incesante deseo de hacerle beber todos los líquidos ordenados por el médico.

Cuando Jaime, en su turbio despertar, encontrábase con el rostro de Margalida, sentía una impresión placentera que le ayudaba á mantenerse con los ojos abiertos. Las pupilas de la muchacha tenían una expresión adorante y temerosa. Parecía implorar misericordia con sus ojos lagrimeantes, aureolados de azul sobre la blancura monástica y delicada del rostro. «¡Por mí! ¡todo por mí!», decía mudamente con un gesto de remordimiento.

Se aproximaba á él tímida, vacilante, pero sin rubor que alterase su palidez, como si lo extraordinario de las circunstancias hubiera vencido su antiguo encogimiento. Arreglaba el embozo del lecho desordenado por los movimientos del herido, daba de beber á éste y levantaba con manos maternales su cabeza, para ahuecar la almohada. Llevábase el índice á la boca, con una imposición de silencio, cuando Febrer intentaba hablarle.

Una vez el herido agarró al paso una de sus manos y se la llevó á la boca, acariciándola con un beso prolongado. Margalida no osó retirarla. Únicamente volvió la cabeza como si quisiera ocultar sus ojos llenos de lágrimas. Gemía con angustia, y el enfermo creyó oir las mismas expresiones de remordimiento que otras veces había adivinado en su mirada. «¡Por mi culpa!... Ha sido por mi culpa!» Jaime experimentó una sensación de ale-

gría ante estas lágrimas. ¡Oh, dulce *Flor de almendro!...*

Ya no vió más su cara de fina palidez: sólo distinguió el brillo de sus ojos envueltos en blancas neblinas, como se ve el resplandor del sol en un amanecer tempestuoso. Le zumbaron cruelmente las sienes, su mirada se hizo turbia. Al dulce sopor de antes, blando y vacío como la nada, sucedió un sueño poblado de incoherentes visiones, de imágenes de fuego vibradoras sobre un fondo de intensa negrura, de tormentos que arrancaban á su pecho gemidos de miedo y alaridos de angustia. Deliraba. Muchas veces, en medio de sus espantosas pesadillas, despertábase por un instante, un instante nada más, el preciso para reconocerse incorporado en la cama, con los brazos y sujetados por otros brazos que intentaban retenerlo inmóvil. Y de nuevo volvía á sumirse en aquel mundo de sombras, poblado de espantos. En este fugaz despertar, semejante á la rápida visión luminosa de un respiradero en la negrura de un túnel, reconocía junto á su cara las caras afligidas de la familia de *Can Mallorquí.* Otras veces sus ojos se encontraban con los del médico, y en una ocasión hasta creyó ver las patillas canas y los ojos de aceite de su amigo Pablo Valls. «¡Ilusión! ¡Locura!», pensaba al sumirse de nuevo en su inconsciencia.

A veces, mientras sus ojos permanecían sumidos en este mundo lóbrego, surcado por los rojos

cometas de la pesadilla, su oído vibraba débilmente con palabras que parecían sonar lejos, muy lejos, y sin embargo eran pronunciadas junto á su cama. «Pulmonía traumática... Delirio.» Estas palabras eran repetidas por diversas voces, pero él dudaba que se refirieran á su persona. Sentíase bien; aquello no era nada: un fuerte deseo de seguir acostado; una renuncia de la vida; la voluptuosidad de estar inmóvil, de permanecer allí hasta que llegase la muerte, que no le infundía ahora miedo alguno.

Su cerebro, desordenado por la fiebre, parecía girar y girar en loca rotación, y este movimiento circulatorio despertaba en su memoria confusa una imagen que la había ocupado muchas veces. Veía una rueda, una enorme rueda, inmensa como el globo terráqueo, perdiéndose su parte más alta en las nubes, hundiéndose el arco inferior entre el polvo sideral que brillaba en la negrura celeste. La llanta de esta rueda era de carne animada; millones y millones de criaturas soldadas, amasadas, gesticulantes, con las extremidades libres, moviéndolas para convencerse de su soltura y su libertad, mientras los cuerpos estaban pegados unos á otros. Los rayos de la rueda atraían la atención de Febrer por sus diversas formas. Unos eran espadas, con las sangrientas hojas cubiertas de guirnaldas de laurel, símbolo de heroísmo; otros parecían áureos cetros, rematados por coronas de rey ó de emperador; varas de justicia; barras de oro, formadas de monedas superpuestas; báculos con piedras precio-

sas, símbolos de divino pastoreo desde que los hombres se agruparon en rebaños para balar temerosos con la vista puesta en lo alto. Y el cubo de esta rueda era un cráneo, blanco, limpio, brillante, cual de marfil pulido; un cráneo enorme lo mismo que un planeta, que permanecía inmóvil mientras todo giraba en torno de él; un cráneo luminoso, como la luna, que en sus negras oquedades parecía gesticular malignamente, burlándose silencioso de todo este movimiento.

La rueda giraba y giraba. Los millones de seres sujetos á su continua revolución gritaban y manoteaban, entusiasmados y enardecidos por la velocidad. Jaime tan pronto los veía subiendo á lo más alto, como descendiendo cabeza abajo; pero ellos, en su ilusión, creían marchar rectamente, admirando á cada vuelta nuevos espacios, nuevas cosas. Juzgaban como un lugar desconocido y asombroso el mismo punto por el que habían pasado momentos antes. Ignorando la inmovilidad del centro en torno del cual rodaban, creían con la mejor buena fe que el movimiento era de avance. «¡Cómo corremos! ¿Adónde iremos á parar?» Y Febrer sonreía, apiadado de su simpleza; viéndolos ufanarse de la rapidez de su progreso, cuando estaban en el mismo sitio; de la velocidad de una ascensión que emprendían por milésima vez y había de ser seguida fatalmente por el descenso cabeza abajo.

De pronto, Jaime sintióse empujado por una

fuerza irresistible. El gran cráneo le sonreía burlonamente. «Tú también: ¿por qué resistirte á tu destino?» Y se encontraba adosado á la rueda, confundido con aquella humanidad crédula é infantil, sin el consuelo del dulce engaño: y sus compañeros de viaje le insultaban, le escupían, le golpeaban indignados al enterarse de su absurda negación del movimiento, creyéndolo loco al poner en duda lo que era visible para todos.

La rueda estallaba, poblando el negro espacio de llamas de explosión, de millares de millones de gritos y estremecimientos, que eran otros tantos seres arrojados á través del misterio de la eternidad: y él caía y caía, durante años, durante siglos, hasta sentir en su espalda la blandura de la cama. Abría entonces los ojos. Margalida estaba allí, contemplándolo con expresión de terror á la luz del candil. Debían ser altas horas de la noche. La pobre muchacha suspiraba de miedo mientras le cogía los brazos con sus manecitas temblorosas.

—*¡Don Chaume! ¡Ay, don Chaume!*

Había gritado como un loco; se inclinaba fuera de la cama con un marcado deseo de caer al suelo; hablaba de una rueda y una calavera. ¿Qué era aquello, don Jaime?...

El enfermo sentía el roce amoroso de unas manos dulces que arreglaban las ropas desordenadas, subían el embozo y lo apretaban en torno de sus hombros, maternalmente, con el mismo cuidado acariciador que si fuese un niño.

Febrer, antes de sumirse en la inconsciencia, antes de atravesar de nuevo las puertas ígneas del delirio, veía próximos á sus ojos los ojos húmedos de Margalida, cada vez más tristes y lagrimeantes en sus círculos azulados; sentía el soplo tibio de su aliento en sus propios labios, y luego estremecerse éstos con un contacto sedoso y húmedo, una caricia leve y tímida semejante al roce de un ala. «*Dòrga, don Chaume.*» El señor debía dormir. Y á pesar del respeto con que hablaba al herido, sus palabras tenían un susurro de cariñosa intimidad, como si don Jaime fuese otro para ella luego que la desgracia los había aproximado.

El delirio de la fiebre empujaba al enfermo por extraños mundos, donde no persistía la más leve forma de realidad. Se veía otra vez en su solitaria torre. El sombrío cubo no era ya de piedra: estaba formado de cráneos unidos como bloques por una argamasa de polvo de huesos. De huesos eran también la colina y los peñascos de la costa, y blancos esqueletos las líneas de espuma que coronaban las rompientes del mar. Todo cuanto abarcaba la vista, árboles y montes, buques é islas lejanas, estaba osificado, con una blancura deslumbradora de paisaje glacial. Cráneos con alas parecidos á los querubines de los cuadros religiosos, revoloteaban en el espacio, lanzando por su mandíbula caída roncos himnos á la gran divinidad que lo llenaba todo con los bullones de su sudario, y cuya cabeza de hueso se perdía en las nubes. Él mismo sentía

que uñas invisibles le despojaban de su carne, sanguinolentos andrajos que, adheridos á él por toda una vida, arrancábanle alaridos de dolor al despegarse. Luego se veía mondo y pulido en su blancura de esqueleto, y una voz lejana parecía murmurar una horrible consagración en sus orejas ausentes. «Había llegado el momento de verdadera grandeza: dejaba de ser hombre para convertirse en muerto. El esclavo había pasado por la gran iniciación, trocándose en semidiós.» Los muertos mandan. No había más que ver con qué supersticioso respeto, con qué miedo servil saludaban los vivos en las ciudades á los que se marchaban. El poderoso descubría su frente ante el mendigo.

Con la potente visión de sus cuencas negras y sin ojos, para los cuales no había distancias ni obstáculos, abarcó el conjunto de la tierra. ¡Muertos; muertos por todas partes! Lo llenaban todo. Vió tribunales con hombres vestidos de negro, los ojos entornados y el gesto imponente, oyendo las miserias y locuras de sus semejantes, y tras ellos otros tantos esqueletos enormes, con una grandeza de siglos, envueltos en togas, que eran los que movían las manos de los jueces al escribir éstos y los que soplando sobre sus cabezas les dictaban sus sentencias. ¡Los muertos juzgan! Vió grandes salones de luz cenital con hemiciclos de bancos, y en ellos centenares de hombres que hablaban, vociferaban y gesticulaban, en la ruidosa labor de confeccionar las leyes. Tras ellos se ocultaban los verdade-

ros legisladores, los muertos, los diputados con sudario, cuya presencia no adivinaban estos hombres de grandilocuente vanidad, creyendo hablar siempre por inspiración propia. ¡Los muertos legislan! En un momento de duda bastaba que alguien recordase lo que habían pensado los muertos en otros tiempos para que se restableciera la calma, aceptando todos su opinión. Los muertos eran la única realidad, eterna é inmutable. Los hombres de carne un accidente pasajero, una burbuja insignificante que estallaba de hueca soberbia.

Y vió blancos esqueletos velando como tétricos ángeles á las puertas de las ciudades que eran su obra, vigilando el rebaño apriscado en el interior, repeliendo como reses malditas á los locos irrespetuosos que se negaban á reconocer su autoridad. Vió al pie de los grandes monumentos, de los cuadros de los museos y de los estantes de las bibliotecas, la muda sonrisa de los cráneos que parecía decir á los hombres: «Admiradnos: esta es nuestra obra, y cuanto hagáis vosotros será á nuestra semejanza.» El mundo entero pertenecía á los muertos. Ellos reinaban. El viviente, al abrir su boca para el alimento, mascaba partículas de los que le antecedieron en el camino de la vida: al recrear ojos y oídos en la belleza, le daba el arte obras y patrones de los muertos. Hasta el amor sufría esta servidumbre. La hembra, en sus pudores ó sus arrebatos, que creía espontáneos, plagiaba sin saberlo á sus abue-

las, que habían sido, según las épocas, tentadoras con una modestia hipócrita ó francamente mesalinescas.

El enfermo, en su delirio, comenzaba á sentirse agobiado por la densidad y el número de estos seres, blancos y huesosos, de negros alvéolos y maligna risa, armazones de una vida desaparecida que se empeñaban tenazmente en subsistir, llenándolo todo. Eran tantos, ¡tantos!... Imposible moverse. Febrer tropezaba con sus abombados y limpios costillares, con las agudas aristas de sus caderas: se estremecían sus oídos con el chasqueteo de las rótulas. Le oprimían, le asfixiaban, eran millones de millones; todo el pasado de la humanidad. No encontrando espacio donde poner sus pies, se alineaban en filas unos sobre otros. Eran á modo de una marea montante de huesos que subía y subía hasta alcanzar la cumbre de las más altas montañas y tocar las nubes. Jaime se ahogaba en esta inundación blanca, dura y crujiente. Lo atropellaban, gravitaban sobre su pecho con la pesadez de las cosas muertas... Iba á perecer. En su desesperación se asió á una mano que parecía venir de muy lejos, saliendo de la sombra: una mano de vivo, una mano de carne. Tiró de ella, y poco á poco en la bruma fué tomando forma la mancha pálida de un rostro. Después de su existencia en un mundo de cráneos escuetos y huesos pelados, este rostro humano le causó la misma impresión de grata sorpresa que siente el explorador al encontrarse

con la cara de uno de su raza, tras larga estancia entre tribus salvajes.

Tiraba más de aquella mano, se condensaba la vaguedad del rostro y reconocía á Pablo Valls, inclinado sobre él, moviendo los labios como si murmurase palabras cariñosas que él no podía oir. ¡Otra vez!... ¡Siempre el capitán apareciendo en sus delirios!

Sumióse de nuevo el enfermo en su inconsciencia después de esta rápida visión. Ahora su sopor era más tranquilo. La sed, una sed horrible que le hacía avanzar las manos fuera del lecho y apartar sus labios del vaso vacío con un gesto de ansiedad no saciada, comenzó á decrecer. Había visto en su delirio claros arroyos, ríos silenciosos é inmensos á los que no podía llegar nunca, hundidas sus piernas en dolorosa inmovilidad. Ahora contemplaba una catarata luminosa y espumeante, rodando en el fondo de su ensueño, y podía al fin caminar, aproximarse á ella, viéndola á cada paso más grande, sintiendo en su rostro la fresca caricia de la humedad.

En medio del estrépito de esta caída de agua, llegaban á su oído apagadas voces. Alguien volvía á hablar de la pulmonía traumática. «Estaba vencida.» Y una voz agregaba alegremente: «En hora buena. Ya tenemos hombre.» El enfermo reconoció esta voz. ¡Siempre Pablo Valls resurgiendo en su delirio!...

Seguía su marcha hacia adelante, atraído por

la frescura del agua. Acababa colocándose bajo el sonoro raudal y se estremecía con escalofríos voluptuosos al recibir en su espalda todo el empuje del derrumbamiento acuático. Una sensación de frescura esparcíase por su cuerpo, haciéndole suspirar de placer. Sus miembros parecían dilatarse bajo la helada caricia. Se ensanchaba su pecho, desvaneciéndose la opresión que le había martirizado hasta poco antes, como si la tierra entera gravitase sobre su tronco. Sentía que en el interior de su cráneo se iban disolviendo las nebulosidades del cerebro. Deliraba aún, pero su delirio no se desarrollaba cortado por escenas de terror y gritos de angustia. Era más bien un ensueño plácido, en el que el cuerpo extendíase con estiramientos de voluptuosidad y el pensamiento se dilaba por los risueños horizontes del optimismo. Las espumas de la cascada eran blancas, vibrando en las facetas de sus diamantes líquidos los colores del iris. El cielo era de tinta rosa, con lejanas músicas y suaves perfumes. Alguien temblaba misterioso, invisible y al mismo tiempo sonriente, en esta atmósfera fantástica: una fuerza sobrenatural que parecía hermosearlo todo con su contacto. La salud que llegaba.

La incesante caída líquida, la sábana de agua que se encorvaba al desprenderse de las altas rocas, despertó en su memoria anteriores ensueños. Otra vez la rueda, la inmensa rueda, imagen de la humanidad, que giraba y giraba en idéntico sitio,

emprendiendo una ascensión tras otra, para pasar siempre por los mismos puntos.

El enfermo, reanimado por la impresión de frescura, creyó poseer nuevos sentidos para darse cuenta de lo que le rodeaba.

Vió otra vez la rueda girando y girando en el infinito: ¿pero realmente estaba inmóvil?...

La duda, principio de nuevas verdades, le hizo mirar con mayor atención. ¿No era un engaño de sus ojos? ¿Sería él el equivocado, y aquellos millones de seres que lanzaban gritos de júbilo en su prisión rodante, estarían en lo cierto al creer que realizaban un nuevo avance con cada vuelta?...

Era cruel que la vida se desarrollase centenares y centenares de siglos en esta agitación engañosa, ocultando una inmovilidad real. ¿Para qué entonces la existencia de lo creado? ¿No tenía la humanidad otro fin que engañarse á sí misma, dando vueltas por su propio esfuerzo á la caja circular que la aprisionaba, como esos pájaros que con sus saltos mueven la jaula que es su cárcel?...

De pronto ya no vió la rueda: vió pasar ante él un globo enorme, inmenso, de colar azulado, en el que se marcaban mares y continentes con perfiles iguales á los que había contemplado en los mapas. Era la Tierra. Él, imperceptible molécula en la inmensidad del espacio, ínfimo espectador de la estupenda representación de la Naturaleza, veía el globo azul con su cintura de nubes.

También daba vueltas como la rueda fatal. Gi-

raba y giraba sobre sí mismo con una monotonía desesperante, pero este movimiento, que era el más inmediato, el más visible, el que todos podían apreciar, resultaba insignificante. Otro movimiento era el de verdadera importancia. Sobre el de la monótona rotación siempre en torno del mismo eje, estaba el de traslación, que arrastraba al globo por los espacios infinitos en eterno viaje, sin pasar nunca por los mismos lugares.

¡Maldición á la rueda! La vida no era una eterna revolución por idénticos puntos. Sólo los cortos de vista, al contemplar este movimiento, podían imaginarse que era el único, no viendo más allá. La imagen de la vida era la misma Tierra. Giraba sobre sí misma en determinados espacios de tiempo; repetíanse los días y las estaciones, como en la historia de los humanos se repiten las grandezas y las ruinas; pero había algo más sobre todo esto, el movimiento de traslación, que arrastra hacia lo infinito, siempre adelante... ¡siempre adelante!

La teoría del «eterno recomenzar de las cosas» era falsa. Repetíanse los hombres y los sucesos, como en la tierra se repiten los días y las estaciones; pero aunque todo pareciese igual no lo era realmente. La forma exterior de las cosas podía semejarse; el alma era distinta.

No; ¡se acabó la rueda! ¡Perezca la inmovilidad! Los muertos no podían mandar: el mundo, en su movimiento de traslación, corría demasiado

aprisa para que ellos lograsen sostenerse en su superficie. Se agarraban á la corteza con las garras de hueso, pugnando por mantenerse firmes durante muchos años, tal vez durante siglos, pero la velocidad de la carrera acababa por expelerlos á todos, dejando atrás una estela de huesos rotos, luego de polvo, al fin de nada.

El mundo, cargado de vivientes, corría siempre adelante, sin pasar dos veces por el mismo sitio. Febrer lo había visto aparecer en el horizonte como una lágrima de luminoso azul; luego agrandarse y agrandarse, hasta llenar todo el espacio, pasando junto á él con rotación de rueda y velocidad de proyectil á un mismo tiempo; y ahora se empequeñecía otra vez, huyendo por el extremo opuesto. Ya era una gota, un punto, nada... perdiéndose en la obscuridad, ¡quién sabe hacia dónde y para qué!...

Resultaba inútil que sus ideas de poco antes, al verse vencidas, se revolvieran con el intento de una última protesta, gritando que aquel movimiento de traslación era igualmente falso y que la Tierra giraba como una rueda alrededor del sol... No; el sol tampoco era inmóvil y con todo su coro familiar de planetas caía y caía, si es que en el infinito se puede caer ni subir: marchaba y marchaba, ¡quién sabe hacia qué punto ni con qué fin!...

Definitivamente, abominaba él de la rueda, la hacía trizas con la imaginación, sintiendo el goce del preso que pasa la puerta del encierro y aspira

el aire libre. Creía que de sus ojos caían escamas como de los del apóstol hebreo en el camino de Damasco. Contemplaba una luz nueva. El hombre era libre y podía libertarse del tirón de los muertos, organizar su vida con arreglo á sus deseos, cortando el lazo de esclavitud que le soldaba á estos déspotas invisibles.

Cesó de soñar: se sumió en la nada con el placer íntimo y silencioso del trabajador que descansa tras una jornada de provecho.

Cuando después de mucho tiempo, ¡mucho! abrió los ojos, se encontró con los de Pablo Valls fijos en él. Le tenía cogido de las manos: le miraba cariñosamente con sus pupilas amarillentas.

No podía dudar: era una realidad. Su olfato percibió el olor del tabaco inglés, ligeramente perfumado de opio, que parecía flotar siempre en torno de su boca y sus patillas. ¿No era, pues, una ilusión el haberle visto en el curso de su delirio? ¿Era su voz real la que había escuchado en medio de sus pesadillas?...

El capitán rompió á reir, mostrando sus dientes largos, amarilleados por la pipa.

—¡Ah, buen mozo!—exclamó—. Esto marcha, ¿verdad? Ya no hay fiebre: ya no hay nada de peligro. Las heridas están bien. Debes sentir en ellas un picazón de mil demonios; algo así como si te hubiesen metido avispas bajo los vendajes. Es la formación de los tejidos, la carne nueva que escuece al crecer.

Jaime se dió cuenta de la verdad de estas palabras. Sentía en el lugar de sus heridas una fuerte picazón, una rigidez que ponía tirante su carne.

Valls adivinó una súplica de curiosidad en los ojos de su amigo.

—No hables, no te canses... ¿Que cuánto tiempo estoy aquí? Cerca de dos semanas. Leí en los papeles de Palma lo tuyo, y al momento me planté aquí. Tu amigo el *chueta* siempre será el mismo... ¡Los malos ratos que nos has hecho pasar! Una pulmonía, hijo mío, y de las de peligro. Abrías los ojos y no me reconocías: delirabas como un loco. Pero eso se acabó. Te hemos cuidado mucho... Mira quién está aquí.

Y se apartaba de la cama para que viese á Margalida, oculta tras el capitán, encogida y vergonzosa, ahora que el señor podía mirarla con ojos limpios de fiebre. ¡Ah, *Flor de almendro!*... La mirada de Jaime, tierna y dulce, la hizo enrojecer. Tuvo miedo de que el enfermo pudiera acordarse de lo que ella había hecho en los momentos más críticos, cuando estaba casi segura de que iba á morir.

—Ahora á estarse quieto—continuó Valls—. Permaneceré aquí hasta que nos vayamos juntos á Palma. Ya me conoces... Yo lo sé todo; yo lo arreglo todo... ¿Eh? ¿me explico?...

El *chueta* guiñaba un ojo y reía maliciosamente, seguro de su habilidad para adivinar los deseos de los amigos.

¡Famoso capitán! Desde que estaba en *Can Mallorquí,* todos parecían pendientes de sus mandatos, admirándolo como un personaje de inmenso poder, templado por eterna jovialidad. Margalida ruborizábase ante sus palabras y guiños, pero lo quería al verle tan abnegado con su amigo. Recordaba sus ojos empañados de lágrimas, una noche en que creyeron que iba á morir don Jaime. Valls había llorado, al mismo tiempo que mascullaba maldiciones. El *Capellanet* adoraba á aquel señorón de Mallorca, desde que lo vió reir al enterarse de que pensaban hacerlo cura. Pèp y su mujer le seguían como perros obedientes y sumisos.

Varias tardes hablaron Pablo y el enfermo de los sucesos pasados.

Valls era hombre rápido en sus decisiones.

—Ya sabes que no me canso cuando se trata de un amigo. Al desembarcar en Ibiza vi al juez. Eso se arreglará: tú llevas razón y todos lo reconocen: defensa propia. Unas pocas molestias cuando estés bueno, pero nada al final... El asunto de tu salud, también está resuelto. ¿Qué más queda?... ¡Ah, sí! Algo más queda, pero eso también lo tengo en punto de arreglo.

Y reía maliciosamente al decir esto, apretando las manos de Febrer, el cual, por su parte, no quiso preguntar más, temeroso de sufrir una decepción.

Una vez, al entrar Margalida en el dormitorio,

Valls la cogió de un brazo llevándola junto al lecho.

—¡Mírala!—exclamó con burlesca gravedad dirigiéndose al enfermo—. ¿Es esta la que tú quieres? ¿No te la han cambiado?... Dale, pues, la mano, tonto. ¿Qué haces ahí contemplándola con ojos espantados?...

Las dos manos de Febrer estrecharon la diestra de Margalida. ¡Ay! ¿era verdad?... Sus ojos buscaban los de la *atlòta,* que permanecían bajos, mientras la emoción blanqueaba sus mejillas y hacía palpitar las alas de su nariz.

—Ahora, besaos—dijo Valls empujando suavemente á la muchacha hacia el enfermo.

Pero Margalida, como si se viera amenazada de un peligro, se desasió de las manos, huyendo de la habitación.

—Bueno—dijo el capitán—. Ya os besaréis dentro de un rato: cuando yo no esté.

Valls mostrábase conforme con este casamiento. ¿La quería Febrer? Pues adelante... Esto era más lógico que la boda con su sobrina por los millones del padre. Margalida era una gran mujer. Él entendía de estas cosas: cuando Jaime la sacara de la isla, habituándola á otros usos y otros trajes con la facilidad de asimilación que tienen las hembras para todo lo bueno, nadie reconocería á la antigua payesa.

—Yo he arreglado tu porvenir, pequeño inquisidor. Ya sabes que tu amigo el judío consigue siem-

pre lo que se propone. Te queda en Mallorca con que vivir modestamente. No muevas la cabeza: ya sé que deseas trabajar, y más ahora que estás enamorado y quieres constituir una familia. Trabajarás: entre los dos montaremos un negocio: hay donde escoger. Yo siempre llevo la cabeza atiborrada de proyectos: es cosa de la raza... Si prefieres irte de Mallorca, te buscaré una ocupación en el extranjero... Es asunto que debe pensarse.

En todo lo referente á la familia de *Can Mallorquí*, el capitán hablaba con una autoridad de amo. Pèp y su mujer no osaban desobedecerle. ¡Cómo discutir con un señor que sabía de todo! El payés opuso escasa resistencia. Ya que don Pablo deseaba el matrimonio de Margalida con el señor y daba palabra de que esto no traería desgracia á la *atlòta*, podían casarse. Era un gran infortunio para los dos viejos verla marcharse de la isla, pero preferían esta tristeza á conservar á su lado como yerno á Febrer, que les inspiraba un respeto irresistible.

Al *Capellanet* le faltaba poco para arrodillarse ante Valls. ¡Y aun dicen en Palma si los *chuetas* son malos!... Bien se conocía que eran mallorquines los que hablaban. ¡Gente injusta y orgullosa!... El capitán era un santo. Gracias á él, ya no iría al Seminario. Sería payés; *Can Mallorquí* quedaba para él. Hasta había recobrado de su padre el cuchillo por intercesión de don Pablo, y contaba con la promesa de una pistola moderna regalada por el capitán: una de aquellas armas milagrosas que había admi-

rado en Palma en los escaparates del Borne. Apenas se efectuase el casamiento de Margalida, saldría en busca de novia por el *cuartón,* llevando en la faja estos dos nobles acompañantes. Los *vèrros* no debían acabarse en la isla: rebullía en él la heroica sangre de su abuelo.

Una mañana de sol, Febrer, apoyado en Valls y en Margalida, avanzó con paso de convaleciente hasta el porche de la alquería. Sentado en un sillón de brazos, contemplaba con avidez el tranquilo paisaje extendido ante él. Sobre la cumbre del promontorio alzábase la torre del Pirata. ¡Cuánto había soñado y sufrido en ella!... ¡Cómo la amaba al recordar que en su interior, solo y olvidado del mundo, había incubado esta pasión que iba á llenar el resto de una vida hasta entonces sin objeto!...

Debilitado por la larga permanencia en el lecho y la sangre perdida, aspiraba el ambiente tibio de la mañana luminosa, cortado por las ráfagas que venían de la costa.

Margalida, luego de contemplar á Jaime con ojos amorosos, que aun guardaban cierta timidez, volvió al interior de la alquería para preparar el desayuno.

Quedaron los dos hombres en largo silencio. Valls había sacado su pipa, llenándola de tabaco inglés, y expelía olorosas bocanadas.

Febrer, con la vista fija en el paisaje, abarcando en su retina deslumbrada el cielo, los montes,

el campo y el mar, habló en voz baja, como si dialogase consigo mismo.

La vida era hermosa. Lo afirmaba con la convicción del resucitado que vuelve inesperadamente al mundo. El hombre podía moverse libremente, lo mismo que el pájaro y el insecto, en el seno de la Naturaleza. Para todos había sitio. ¿Á qué inmovilizarse en las ataduras que otros habían inventado, disponiendo del porvenir de los hombres que habían de venir detrás de ellos?... ¡Los muertos, siempre los malditos muertos, queriendo mezclarse en todo, complicando nuestra existencia!...

Valls sonrió, mirándole con ojos maliciosos. Varias veces le había escuchado en su delirio hablar de los muertos, agitando los brazos como si pelease con ellos, queriendo repelerlos de sus angustias terroríficas. Al escuchar las explicaciones que le dió Jaime, al enterarse de su respeto al pasado y de aquella sumisión á la influencia de los muertos que había entorpecido su vida, confinándolo en una isla apartada, Valls quedó silencioso y abstraído.

—¿Tú crees que los muertos mandan, Pablo?...

El capitán se encogió de hombros. Para él no había en el mundo nada absoluto. Tal vez el imperio de los muertos fuese desigual y estuviera ya en decadencia. En otros tiempos mandaban como déspotas: esto era indudable. Ahora podía ser que sólo mandasen en unos lugares, perdiendo en otros para siempre toda esperanza de poder. En Mallorca

aun gobernaban con mano fuerte: lo decía él, el *chueta*. En otros países, tal vez no.

Febrer sentía honda irritación al recordar sus errores y angustias. ¡Malditos muertos! La humanidad no sería feliz y libre mientras no acabase con ellos.

—Pablo, ¡matemos á los muertos!

El capitán miró un instante con cierta zozobra á su amigo, pero al ver la serenidad de sus ojos, se tranquilizó, y dijo sonriendo:

—Por mí, ¡que los maten!

Luego, recobrando su gravedad y reclinándose en el asiento, mientras lanzaba una bocanada de humo, añadió el *chueta:*

—Tienes razón. Matemos á los muertos: pisoteemos los obstáculos inútiles, las cosas viejas que obstruyen y complican nuestro camino. Vivimos con arreglo á lo que dijo Moisés, á lo que dijo el Buda, Jesús, Mahoma ú otros pastores de hombres, cuando lo natural y lo lógico sería vivir con arreglo á lo que pensamos y sentimos nosotros mismos.

Jaime miró tras él, como si sus ojos quisieran buscar en el interior de la casa la dulce figura de Margalida. Luego resumió todas las congojas y las nuevas verdades de su pensamiento repitiendo la misma afirmación enérgica: «Matemos á los muertos.»

La voz de Pablo le sacó de sus reflexiones.

—¿Te hubieras casado ahora con mi sobrina, sin miedo y sin remordimiento?...

Febrer dudó antes de contestar. Sí; se habría casado, sin parar atención en los escrúpulos que tanto le habían hecho sufrir. Pero faltaba algo para esto; algo que estaba por encima de la voluntad de los hombres y era superior á su poder; algo que no podía comprarse y que gobernaba al mundo; algo que traía con ella la humilde Margalida, sin saberlo.

Sus angustias habían terminado. ¡Vida nueva!

No; los muertos no mandan: quien manda es la vida, y sobre la vida el amor.

FIN

Madrid. Mayo y Diciembre 1908.

491983

Blasco Ibáñez, Vicente
Los muertos mandan.

LS
B6445mu

University of Toron
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocke
LOWE-MARTIN CO. LIMITI